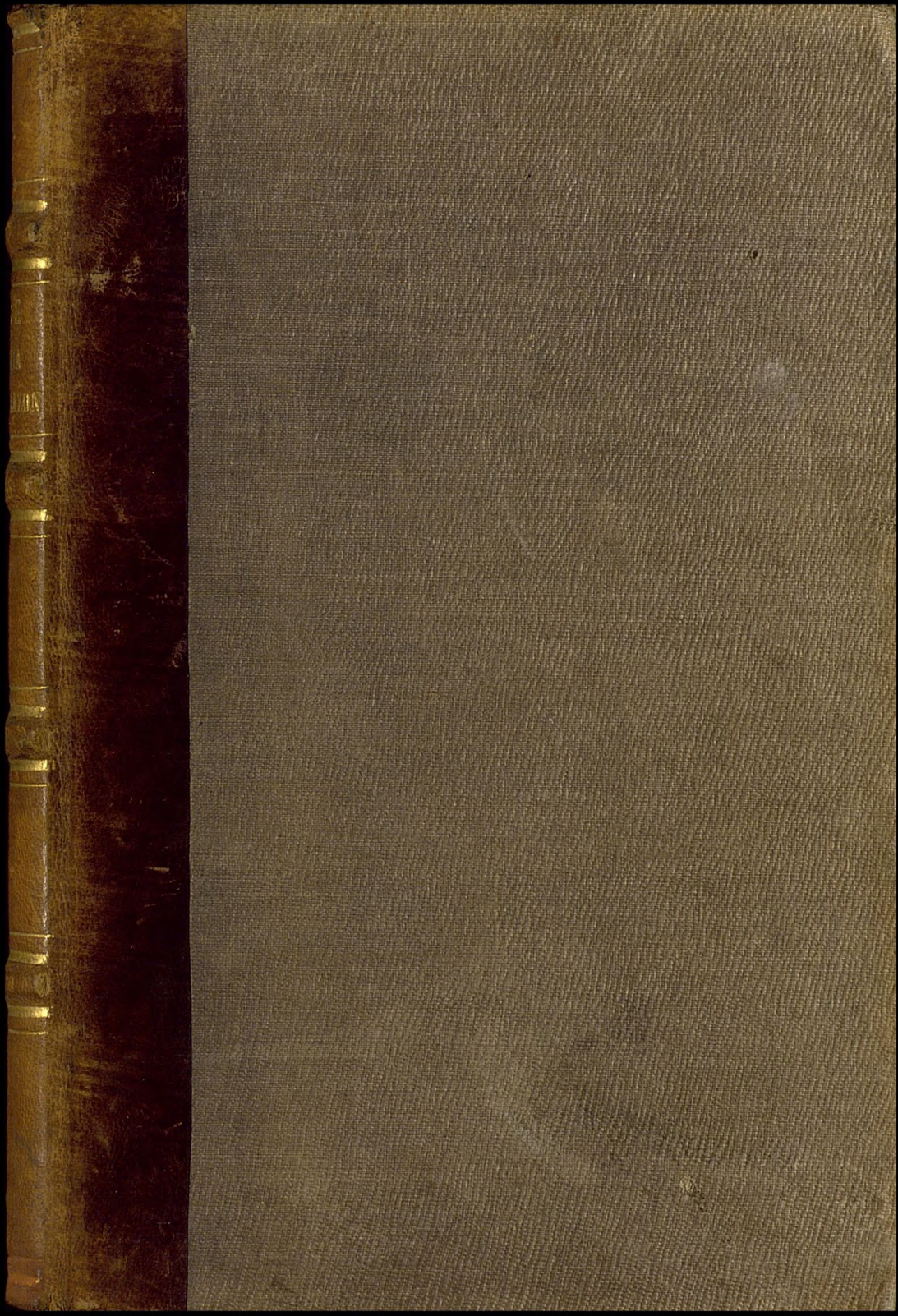
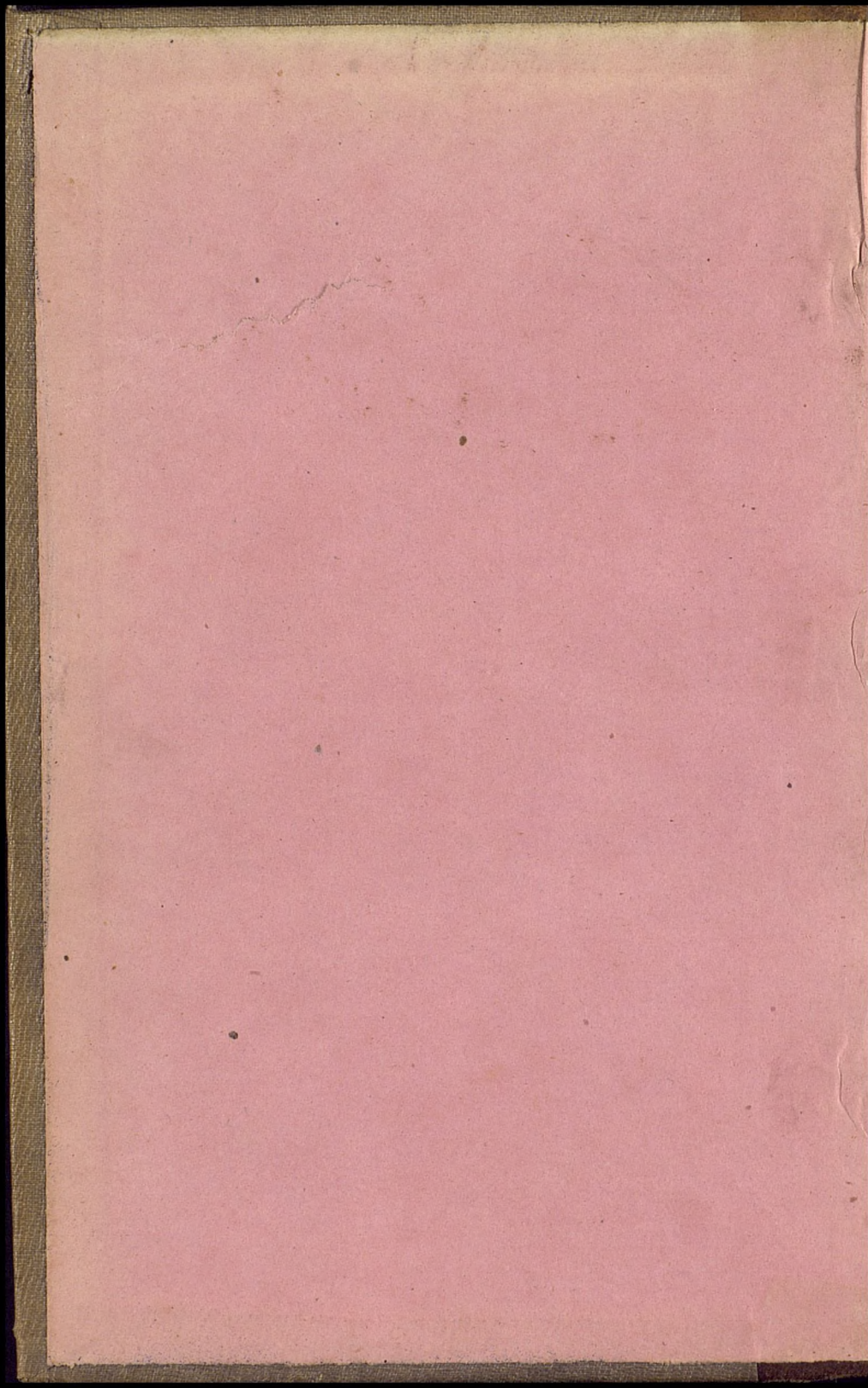
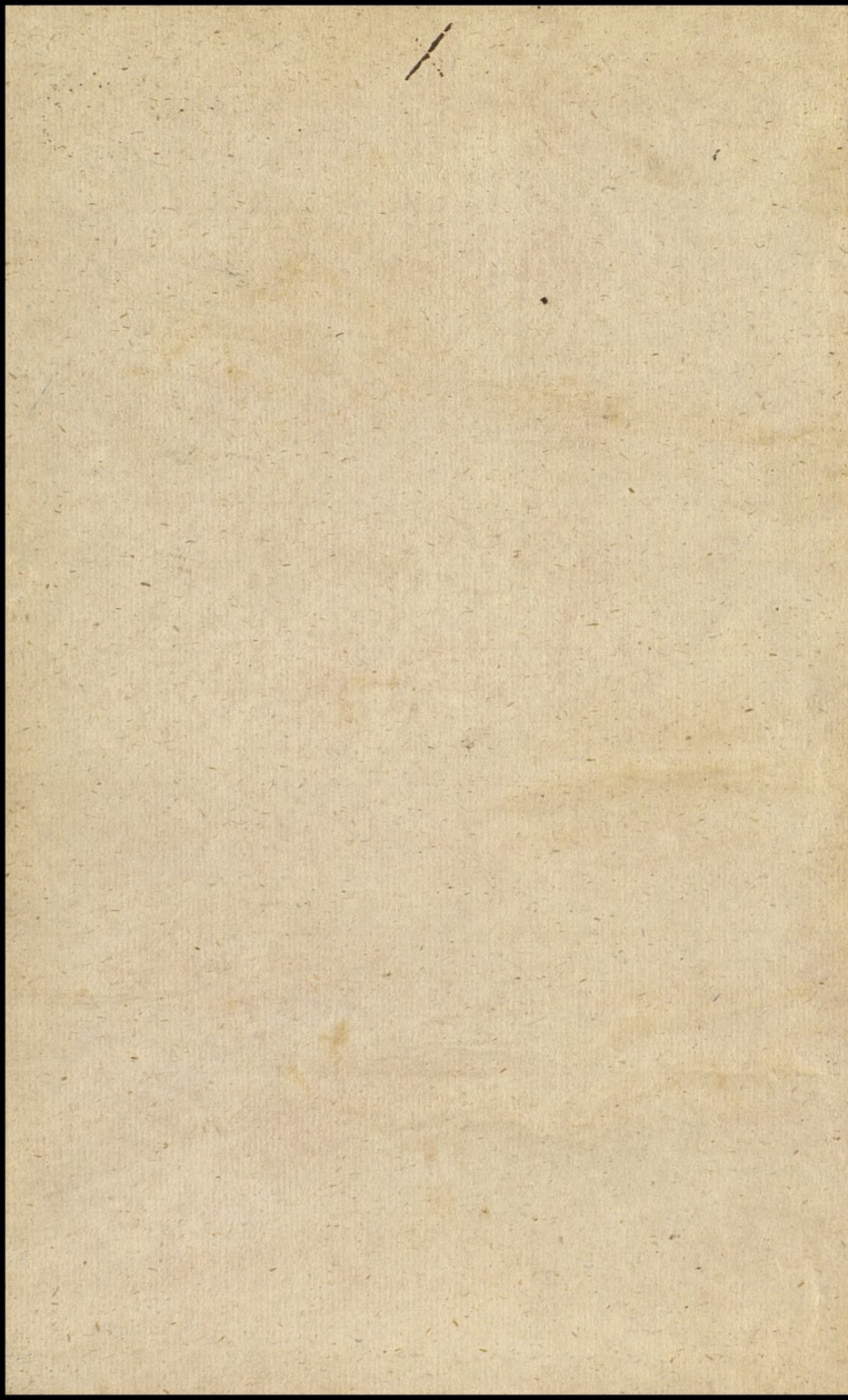






R. 93.469



FL
1
TOR
HI

1856.

X



XIX-8668

FILOSOFÍA

DEL

SENTIMIENTO Y DE LA RAZON.

ESTUDIOS

DE

D. JOSÉ MARIA DE LA TORRE.

"Mi alma es un tesoro muy poco conocido de donde salen todos los rayos de luz; todas las armonías, todos los perfumes, todos los colores y todos los gustos."

SAN AGUSTIN.

CADIZ.

Imprenta y Librería de la Revista Médica.

1856.

63 255

IMP., LIBRERIA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA,
á cargo de D. Juan B. de Gaona,
PLAZA DE LA CONSTITUCION, N.º 11.

67
tus-111

PRÓLOGO.

Desde Platon hasta nosotros se viene repitiendo que *lo bello es el esplendor de lo verdadero*: yo añado, y *lo bueno es su esencia*, porque la verdad solamente se halla en Dios, causa de toda luz, de toda vida. Así el que busque la verdad sin la bondad esté seguro de caer en tinieblas: por el contrario el que busque la verdad con la bondad hallará la luz del cristianismo. Estos principios son los que me he propuesto desenvolver en el presente libro, para lo cual he seguido un plan nuevo, que principalmente me ha dictado el corazón. Sin embargo he consultado todos aquellos autores que han estado á mi débil alcance, cuyas doctrinas han robustecido mi obra considerablemente, pero como tendrá el lector ocasion de conocer he procurado dar *á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César*.

Ojalá que este libro inspirase á hombres de saber el deseo de mejorarlo. Por lo que á mí hace estoy

convencido de mi insuficiencia, pero no puedo menos de considerar que los hombres avezados á las especulaciones de la razon y á engolfarse siempre llevando esta facultad por brújula, desdeñan por lo comun lo fácil y lo sencillo como indigno de su capacidad. Las grandes nomenclaturas científicas alucinan á muchos, creyendo hacer por medio de ellas descubrimientos importantes que muy á menudo se tornan en amargos desengaños, despues de haber fatigado inútilmente la imaginacion y la memoria y despues de haber querido esceder los límites de la razon; así las grandes verdades se descubren siempre difícilmente por la razon misma de que son de suyo llanas y están al alcance de todos. Nadie hace reparo en lo que experimenta en sí mismo, porque la fuerza del hábito le tiene ya trazado el camino que ha de seguir, y porque descansando los mas en el estudio que han hecho de la filosofía, se cuidan muy poco de comprobarlo en su propio modelo. Si este trabajo mereciese alguna atencion del público, lo que tal vez es desear demasiado, no tengo otro mérito que haber hecho florecer un principio que germina en toda la humanidad.

DISCURSO PRELIMINAR.

LA razon humana ha sido erigida en soberana del mundo por los filósofos de todos los siglos. No seré yo el que niegue la gran importancia que en sí encierra esta preciosa facultad intelectual, sin cuya luz estaria el mundo para el hombre cubierto de tinieblas; pero ¡ay! cuántos errores, cuántas prevaricaciones, cuántos dislates no se han suscitado en nombre de la razon! Sin embargo es lo sensible que estos errores y que tamaños absurdos no han sido mas que consecuencias naturales del principio tan generalmente proclamado. Cuando la razon humana se quiere divinizar, se diviniza juntamente el error. Probemos este aserto con la historia de la filosofía en la mano, lo que servirá de proemio á la presente obra, así como me reservo probar en ella que la verdad no es patrimonio esclusivo de la razon.

«Cuando abrazamos de una mirada los estravios de tantos genios superiores, dice Monseñor Bouvier en su *Historia elemental de la filosofía*, se confunde nuestro orgullo. Podríamos tener la presuncion de creernos mas hábiles ó infalibles que aquellos? Qué es pues la razon abandonada á sí misma si no ha podido conducir á los que la

han poseído en un grado tan alto sino á contradicciones sin fin é increíbles absurdos?» En efecto, para hacer mas palpable esta verdad bastará una ligera reseña de las escuelas filosóficas que han dominado sucesivamente á una gran parte del género humano desde Tales hasta nuestros días.

Tales de Mileto, fundador de la escuela jónica fué el primer órgano del racionalismo en la antigüedad. Admitió la providencia divina sosteniendo que el mundo estaba sometido al destino y gobernado por necesidad, y concluyó proclamando el agua y la humedad como principio de todas las cosas.

Pitágoras estableció la escuela itálica. Enseñaba que el mundo debió ser formado por reglas matemáticas y admitió como primer principio la unidad absoluta. Dios es el alma universal del mundo. Las almas existen antes que los cuerpos en número determinado. Cuando un cuerpo se disuelve, el alma se eleva hácia la morada común de todas ellas si es pura, pero si no lo es vuelve á animar de nuevo un cuerpo humano ó un cuerpo de bestia. Los hombres y las bestias, pues, tienen la misma naturaleza segun la doctrina de la metempsícosis tan extendida por todo el oriente.

Cincuenta años despues apareció la escuela de Jenofonte de Colofon, Parménides y Melisus profesando el panteísmo idealista y llegando sobre muchos puntos hasta el escepticismo. Con la escuela atomista fundada por Leucipo volvió á entronizarse el materialismo. De estas dos escuelas puestas en contradiccion nació la duda y de ella la secta de los sofistas.

Esta secta abusó del arte del raciocinio hasta tal punto que oscurecia la verdad aun en lo mas claro y sencillo. Estos fueron los primeros *ergotistas*. Gorgias de Leonte, príncipe de los sofistas, afirmaba que nada existe

en realidad ó que al menos nada puede ser conocido con certeza, y que las reglas de moral son convenciones humanas. Protágoras, de la misma secta, sostuvo que todas las opiniones son verdaderas, puesto que cada uno tiene el derecho de sostener la suya.

Floreció Sócrates y quiso oponer un dique al torrente de la duda. Dedujo la existencia de una causa primera del orden admirable del universo y reconoció los atributos de la divinidad. Atendiendo á que en todos los países del mundo se miran ciertas acciones como buenas y otras como malas, concluyó de aquí que el mismo Dios ha grabado leyes morales en el corazón del hombre y que el bien difiere esencialmente del mal. Por esta luz interior probó la existencia de una vida futura. Sócrates después de proclamar esta moral tan pura, enseñó también que la felicidad consiste en la posesión de la sabiduría, y que la sabiduría embellece el alma, al paso que el vicio la desfigura, pero concluyó con esta sentencia, que *lo único que sabia era que nada sabia*. Esta sentencia es admirable respecto de la razón humana, porque en vano esta soberbia facultad pugnará por lanzarse en el campo de lo infinito, pero Sócrates que hacia alarde de racionalista, no buscó compensación admitiendo la evidencia por la misma luz interior de que habló tan sabiamente. Además Sócrates que entrevió la revelación no la proclamó como fundamento de su doctrina, llegando hasta desmentirse á sí mismo admitiendo inteligencias superiores en los astros y practicando poco antes de morir un acto de idolatría. Así es que su moral sublime se puso en contradicción con su conducta y con su máxima que era el compendio de su sabiduría.

En tiempo de Sócrates existía también la escuela cínica que hacia profesión de despreciar todas las ciencias excepto la moral, pero una moral que concluía por

admitir el suicidio afectando austeridad. Diógenes fué el mas célebre de los cínicos.

Siguió la escuela académica fundada por Platon, que quiso volver el cetro al espiritualismo, admitiendo la unidad de Dios. Como base de su dialéctica estableció que la regla de la verdad se encuentra en el alma, nó en los sentidos: que el pensamiento es el comercio del alma consigo misma: la palabra es su espresion: que existen en nosotros unas nociones generales que no nos vienen por los sentidos, ni nacen espontáneamente, que por consiguiente no las formamos sino que las encontramos en nosotros á medida que tenemos necesidad de ellas. Las posee, pues, nuestra alma antes de estar unida al cuerpo. Son por tanto unas nociones innatas que se adormecen y se despiertan despues por la reminiscencia. Difiere la memoria de la reminiscencia en que se ejercita sobre los objetos sensibles. Los sentidos son órganos de la opinion. Pronuncia la razon especulativamente sobre lo verdadero y sobre lo falso por las ideas invariables: en la práctica discierne lo que conviene de lo que no conviene por *la nocion innata en nosotros de lo bueno y de lo bello*. Para proceder en dialéctica con método y seguridad es necesario prestar atencion á la naturaleza de cada cosa y á sus accidentes. La naturaleza es invariable: los accidentes carecen de fijeza. Bajo la primera relacion se usa de la definicion, de la division y del análisis: bajo la segunda de la induccion y del raciocinio. Platon como filósofo es sin duda alguna el coloso de la antigüedad, porque es el que nos ha legado las mejores nociones acerca de las facultades de nuestra alma, como tendremos ocasion de probarlo en el discurso de este libro. Platon fué tambien profeta, en opinion de algunos filósofos, hablando de su varon justo, pero este hombre sublime se estrelló tambien contra el escollo de su misma razon al

establecer algunas bases de su república poética. Si Platon hubiese nacido en tiempo del cristianismo hubiera sido sin duda, como lo es San Agustin, una de sus lumbreras mas resplandecientes.

Aristóteles fué el primero que redujo la ciencia á método. Considera la lógica como un instrumento para adquirir las demás ciencias y como el medio de llegar al conocimiento cierto ó probable de la verdad. Lo cierto constituye la ciencia, lo probable forma la opinion. El análisis conduce á la ciencia: la dialéctica que diserta nos deja en los límites de la opinion. Distingue los términos, las proposiciones y los silogismos. Los términos manifiestan las ideas de la cosa ó de sus accidentes. Las proposiciones se forman de los términos y son la expresion de los juicios. El silogismo se forma de tres proposiciones, dispuestas de tal modo que la tercera se deduzca naturalmente de las dos primeras. Combate las ideas sustanciales de Platon y dá por base de la certeza los axiomas evidentes y la esperiencia. Quiere que se parta siempre de la esperiencia y que por ella se lleguen á conocer los axiomas. La ciencia no puede descansar sobre los sentidos, porque estos no dan testimonio sino de las cosas singulares, pero de las observaciones singulares llegamos á los principios generales claros y manifiestos que no tienen necesidad de prueba alguna. Sobre esta doble base, la esperiencia y los axiomas, elevamos el edificio de nuestros conocimientos. Estos son absolutos ó relativos. Los absolutos abrazan todo lo que es universal y necesario y lo que está fundado sobre la esencia de las cosas, esto es, constituyen la ciencia. Los conocimientos relativos tienen por objeto lo que es particular, contingente y variable y no merecen sino el nombre de opinion.

«Al reflexionar sobre esto, dice Monseñor de Bouvier en su historia citada, de la cual he formado una parte

de este extracto, no se vé bien en qué difiere Aristóteles en su teoría sobre la certeza, de Platon. Es verdad que el primero parte de los sentidos y de la esperiencia, pero él tambien funda la ciencia propiamente dicha, sobre lo universal invariable y sobre axiomas que no admiten demostracion. Del mismo modo que Platon no vé en los sentidos sino órganos de la opinion. ¿Cómo las nociones generales, principio de la ciencia, se deducen de las impresiones adquiridas por los sentidos? Ya hemos probado, añade, la imposibilidad de esta deduccion.»

En efecto, la esperiencia de los siglos ha acreditado que la lógica de Aristóteles ha conducido á las sutilezas escolásticas ó sea al reinado del sofisma y aun al materialismo.

«Sócrates, dice Vico en su *Ciencia nueva*, introdujo la dialéctica que procede al conocimiento de una cosa dudosa por la induccion sacada de otras cosas ciertas, teniendo con la primera alguna relacion ó semejanza. La induccion habia ya producido á Hypócrates, príncipe de la medicina. En el Timeo de Platon se lee que gracias al método de la sintesis la escuela itálica de Pitágoras habia llevado muy lejos la ciencia de las matemáticas. En el tiempo de Sócrates y de Platon florecia Atenas en todas las artes que ornan el espíritu humano. En seguida vino Aristóteles que inventó el silogismo, método que esplica la universal por la particular mucho mas que reunir las particularidades para formar de ellas las generalidades. A este siguió Zenon, autor del sorites, método reducido á aumentar las sutilezas sin añadir nada á su penetracion. Estos dos filósofos no han prestado ningun beneficio real al género humano, y Bacon rinde homenaje al método de la induccion.»

El mismo Aristóteles en su psicología distingue tres facultades en el alma: la nutritiva que es comun á todos

los seres organizados: la sensitiva que está en todos los animales, y la inteligente que esclusivamente reservada al hombre domina en él á las otras dos. El entendimiento es activo ó pasivo: como activo tiene la facultad de conocer: como pasivo recibe las imágenes que le son transmitidas. El alma es, pues, á un tiempo activa y pasiva: bajo el primer aspecto, piensa, y bajo el segundo siente. Hay una gran diferencia entre pensar y sentir. Aristóteles queriendo que todo venga por los sentidos, coloca la sensacion antes que el pensamiento. El entendimiento activo es inmortal: el entendimiento pasivo perece con el cuerpo con las demás facultades del alma. Su doctrina sobre la divinidad es poco satisfactoria. «Aristóteles, dice Mr. Gaume, hizo reinar el empirismo, que legado á los peripatéticos no tardó en acercarse al materialismo.»

La escuela de los estóicos, establecida por Zenon, admitió como fundamento de todos los conocimientos humanos, á imitacion de Aristóteles, las impresiones de los sentidos unidas á la comprension. Daba como el último *criterium* de la verdad, la evidencia, es decir, una comprension tan clara que sea imposible dudar de ella. Nada hay en el entendimiento que antes no haya estado en los sentidos. Así desechaba como Aristóteles los tipos eternos de Platon y las ideas innatas. Estos filósofos afectando insensibilidad y negando hasta el dolor, llegaron á enseñar que era permitido matarse, por ser no solo un acto de valor sino el grado mas alto de virtud.

Epicuro estableció el placer que proviene de la sensacion como el principio de su moral, pero es menester guardar moderacion para huir del dolor. Las sensaciones son el criterio de la verdad. El error, si lo hay, se encuentra en el juicio. El alma se disuelve como el cuerpo, y el hombre todo entero se destruye.

Esta doctrina materialista engendró, como era con-

siguiente, una corrupcion general y condujo rápidamente á los vergonzosos escesos que perdieron á Grecia y á Roma.

No encontrando Pirron en los sistemas de filosofía ninguno que le satisficiese, dedujo de aquí que si todos ellos no eran falsos, á lo menos ninguno estaba probado suficientemente. Sostuvo, pues, que la verdad no estaba descubierta y sin negar ni asegurar nada admitió la duda como fundamento de su doctrina. Este fué el maestro de los escépticos llamados pirrónicos: su duda se llama escepticismo ó pirronismo.

Arcesilao instituyó una nueva filosofía que consistia en demostrar la nulidad de la filosofía; pero retuvo los principales dogmas de Platon, que comunicaba con el mayor secreto á los que reputaba dignos de ser iniciados en esos misterios.

«La historia de la filosofía, dice Ancillon, no presenta sino un verdadero caos. Las nociones, los principios, los sistemas, se suceden y combaten sin que sepamos el verdadero objeto de estas construcciones tan atrevidas como poco sólidas.» El término vergonzoso de la filosofía pagana fué confesar su nulidad despues de los opuestos sistemas que habian prevalecido alternativamente en un espacio de mas de mil años. Sin embargo la filosofía Griega pasó á Roma doscientos cincuenta años antes de J. C. y se establecieron diferentes escuelas de todos los filósofos famosos ya mencionados.

Ciceron examinando los sistemas de todas las escuelas se adhirió á un justo medio entre la duda universal de los pirrónicos y las afirmaciones demasiado positivas de los dogmatistas. Sobre este elemento compuso sus obras de elocuencia. Enseña que no se puede encontrar la dicha sino buscando la virtud por sí misma. No presenta en parte alguna de sus obras filosóficas un cuerpo

de doctrina, antes bien se observa generalmente en ellas que se abstiene de dar su parecer aun sobre las verdades mas importantes, tales como la existencia de Dios y de su unidad, la distincion del alma y el cuerpo y la vida futura. Las bellas máximas que se encuentran en sus escritos no atestiguan que sean el resultado de su conviccion, pues son puestas por él en boca de sus interlocutores. En moral adopta con preferencia los principios de los estoicos combinados con los de los peripatéticos y los platónicos. No obstante esto se puede deducir de sus obras, segun opinion de algunos filósofos, que era Deista y que así como Séneca esperaba una felicidad futura ó la nada, lo mismo para el hombre virtuoso que para el malvado. Esta creencia dista muy poco del ateismo puro.

En el segundo siglo de la era cristiana se habia querido reunir ya en Egipto, bajo el reinado de los Ptolomeos, todas las doctrinas formando con ellas una especie de fusion á que se daba el nombre de sincretismo. A principios del tercero se separó todo lo que se consideró ser menos importante en las diversas escuelas y se conservó lo que era comun entre ellas. Esta operacion intelectual se llamó eclecticismo ó eleccion, y sincretismo ó reunion. Los eclépticos esceptuaron sin embargo á los epicúreos, y obligados á luchar contra los cristianos que les oponian la sublimidad de su moral, no menos que la santidad de su vida, adoptaron el sistema conocido con el nombre de neoplatonismo. Potamon es considerado como el fundador del eclecticismo. Admitia las ideas claras ó la evidencia como el *criterium* de la verdad: reconocia dos principios de las cosas, la materia inerte y una causa activa, y rechazaba lo mismo las ideas sustanciales de Platon que las formas corpóreas de Aristóteles. El fin del hombre lo hacia consistir en una vida virtuosa sin

escluir los bienes exteriores y las satisfacciones sensuales confesadas por la razon. Su objeto sin duda fué querer conciliar á Platon, Aristóteles y Zenon.

Fundóse tambien esta nueva escuela en Atenas y aquí y en Alejandria sufrió entónces algunas modificaciones en el sentido del cristianismo. Su metafísica era la siguiente. Existe un mundo inteligente compuesto de la esencia de los seres y contenido en la inteligencia divina. El mundo sensible no es mas que la espresion del otro, en el cual están los tipos de todos los seres reales. Los objetos de los sentidos son las cosas mismas materialmente existentes y nó su representacion: los objetos del entendimiento son asimismo las cosas reales en el órden metafísico y nó sus imágenes. El sentimiento difiere del entendimiento como los objetos sensibles difieren de los objetos intelectuales. Las almas humanas forman parte del mundo intelectual: existen en la inteligencia divina, de la cual son emanaciones intelectuales. El alma divina penetra la materia en todos sentidos, obra sobre ella y la imprime las diversas formas que la constituyen en sustancias individuales. Así todos los seres emanan de la unidad suprema, por la inteligencia divina, que contiene eternamente su plenitud en sus ideas prototipas.

Lo que se acaba de leer está sacado de las obras de Plotino y de Porfirio. Los últimos esfuerzos de los ecléticos fueron querer justificar las costumbres paganas y las simplezas religiosas del vulgo, haciendo derivar los dioses, los espíritus, los genios, sus invocaciones y su culto del Dios supremo de los antiguos filósofos.

La filosofía quiso amalgamarse con el cristianismo en los primeros siglos de la iglesia, y produjo la heregia, pero la moral de los Padres y Doctores fué siempre la misma, fué siempre grande, pura y santa apoyada en la relacion de la criatura con el Criador, sancionada por la

esperanza de las recompensas eternas y superior á los sentidos. La moral de los filósofos estaba encerrada en las escuelas, al paso que la del cristianismo se proporcionaba á las diversas condiciones del pueblo. Así se explica como ha podido atravesar las generaciones corrompidas y las tinieblas de una crasa ignorancia, en la cual ha estado envuelto el mundo tan largo tiempo.

Los conocimientos de los judíos españoles unidos á los de los árabes fueron los que ilustraron á algunos de nuestros escritores de la edad media.

Abelardo fué en Francia el fundador de la filosofía escolástica al principio del siglo XII. «La denominacion de escolástica, dice Monseñor Bouvier, ha sido consagrada por la posteridad para designar la manera de enseñar en las escuelas de teología y de filosofía. Consistia este método en dividir, definir, discutir, suponer, probar, argumentar, objetar y muchas veces en disputar mezclando sutilezas y cuestiones inútiles. Los principios estaban tomados de los peripatéticos y de los estoicos. Esta filosofía duró hasta principios del siglo XVI. Es digno de notarse que á pesar de lo contenciosa, necia y absurda que era generalmente, en cuanto á ciencia, puesto que su carácter no era tanto la investigacion de la verdad, como el arte de sutilizar y disputar hasta lo infinito, no tocaba á las grandes máximas del orden moral, mientras que la filosofía incrédula de los antiguos ha combatido la religion, las virtudes y la sociedad.»

Por este tiempo Lutero proclamó la soberanía de la razon en materia religiosa. Cada individuo es dueño de juzgar de los libros sagrados y por consiguiente de formular una religion á su antojo. A este absurdo se dió el nombre de cristianismo reformado. Lutero negó la libertad humana, y estableció bajo el nombre de predestinacion lo que los antiguos habian llamado fatalidad y lo que los

mahometanos conocian bajo la denominacion de destino. Negó asimismo la infalibilidad al gefe de la Iglesia y algunos dogmas de la religion. Viéndose atacado sobre algunos puntos de controversia, llegó su audacia y su furor hasta declarar, segun lo afirma Mr. Augusto Nicolás, que solo su reforma era la verdadera porque él estaba inspirado por el Espíritu Santo.

Baile apareció en el siglo XVII con su enorme Dicionario histórico-crítico, en el que se dan razones en pró y en contra y se hace uso de sátiras y de obscenidades con un tono de ligereza y de incertidumbre que deja ver á las claras que su deidad es la duda. Ha sido reputado por esta y por sus demás obras como el patriarca de la incredulidad moderna.

El famoso Bacon sacudió el yugo de la rutina, pensó por sí mismo y sacó cuanto dijo en sus obras de su propio caudal. Este autor estableciendo el árbol genealógico de las ciencias las aplica á las tres principales facultades del alma que son la memoria, la imaginacion y el entendimiento, formando tres clases generales de todos los conocimientos humanos, á saber: la historia, que pertenece á la memoria; la poesía, que viene de la imaginacion y la filosofía que está bajo el dominio del entendimiento. Se le ha dado el nombre de Padre de la física y de la filosofía experimental, porque en una de sus obras parte de la esperiencia para clasificar los conocimientos naturales, pero criticando á Aristóteles ha adoptado tambien uno de sus principios fundamentales, cual es la esperiencia, principio que llevado demasiado lejos da á entender que la materia es la causa de las causas. Mr. de Maistre ha criticado sus escritos.

Renato Descartes se hizo cargo de los errores á que conducia la autoridad de Aristóteles y se propuso inaugurar una era nueva á la filosofía. La geometría, el álge-

bra, la óptica, los meteoros, la constitucion del mundo físico fueron los primeros objetos de sus investigaciones. En 1637 publicó sus *discursos sobre el método para dirigir bien su razon en la investigacion de la verdad*. En seguida publicó sus *Meditaciones* y sucesivamente sus demás obras. Mr. Cousin ha publicado una edicion de todas ellas en doce volúmenes. Descartes creyó que el medio de hallar la verdad era admitir hipotéticamente una duda universal. Suponiendo que todo era incierto buscó una primera verdad incontestable que le sirviese de fundamento. Se detuvo en su pensamiento y dijo: De cualquier modo que me considere me veo obligado á confesar que pienso: si dudase de mi pensamiento ya pensaria, porque la duda es un pensamiento. Ahora bien; es imposible el pensar sin existir. De aquí su famoso axioma: *Yo pienso; luego existo*. Segun él esta es la base de toda verdad lógica y de toda certeza. La percepcion clara de las ideas es lo que llamaba evidencia. Partiendo de este punto decia: Tengo una idea clara y distinta de Dios; luego Dios existe, porque no se puede tener idea sino de lo que es posible, y Dios, ser necesario, no puede ser posible sin existir. «Este mismo argumento, dice Monseñor Bouvier; que no ha parecido claro y sólido á todos, lo habia propuesto S. Anselmo en el siglo XI.» Manifestándonos el alma directamente por el pensamiento, añadia Descartes, es mas fácil que sea conocida por nosotros, que el cuerpo, ella es esencialmente simple y por consecuencia inmortal, puesto que no puede disolverse; la materia por el contrario es esencialmente estensa. No queriendo dar espiritualidad ni inmortalidad á las bestias, sostiene Descartes que no son mas que máquinas bien organizadas.

La prodigiosa influencia que gozó Descartes sobre su siglo fué debida principalmente á sus obras meta-

físicas. Admitiendo la evidencia por *criterium* de la verdad acostumbró á los entendimientos á pensar por sí mismos, pero su duda metódica hizo muchas veces que se separase de sus mismas reglas, y mas de una vez confundió varias apariencias con la evidencia verdadera. «Descartes, dice Mr. Gaume, formuló la universalidad de los derechos de la razon. Reconoció la razon individual con el derecho de examinar y juzgar toda especie de doctrina.»

Gasendi, en oposicion con Descartes, hace venir todas las ideas de los sentidos. Tomó la defensa de Epicuro y quiso rehabilitar su memoria. Halla preferible su filosofía á la de Aristóteles y Platon, esceptuando los puntos que se apoyan en la fé cristiana. Su filosofía es un verdadero eclecticismo formado con diferentes sistemas antiguos y modificado por el cristianismo. Reconoce á Dios como causa primera y admite un alma secundaria y material que anima el mundo. Nosotros tambien tenemos dos almas, una racional, espiritual é inmortal; y otra material comun á los hombres y á las bestias, que es el principio de actividad para el cuerpo. Esta última es la que une al cuerpo el alma racional y hace que no forme mas que un individuo. La imaginacion pertenece al alma sensitiva y por esto se ponen en relacion las dos almas. La primera es inmortal.

Tomás Hobbes despreciando á todos los autores, especialmente á los modernos, no se cuidaba de leerlos. No tuvo mas modelo que él mismo. Hé aquí algunos puntos de su doctrina. Lo verdadero y lo falso son atributos del language, nó de las cosas. Las primeras verdades han dependido de la voluntad de los hombres. La razon no es natural en nosotros como la sensacion y la memoria; es el fruto de nuestros esfuerzos. La nocion exacta de las consecuencias deducidas de los nombres constituye la ciencia. Los cuerpos no salen de la nada y no entran en ella: no

nacen ni mueren sino varían de forma. El bien y el mal morales no tienen fundamento alguno. Las diferentes religiones aprobadas por las leyes civiles son igualmente buenas.

Benito Espinosa partiendo del axioma antiguo que *nada se hace de nada*, concluyó que ninguna sustancia puede ser criada porque procedería de la nada. Pues quien dice sustancia dice ser, dice infinito; puesto que el ser por sí mismo no puede ser limitado. Lo infinito no puede producir lo finito, porque lo haría proceder de la nada, lo que es un absurdo. Luego lo finito y lo infinito existen al mismo tiempo. No hay otro Dios que este gran todo animado que se llama naturaleza. Niega la libertad humana, la vida futura, sus penas y recompensas y la diferencia esencial del bien y el mal. Quiere erigir en teoría científica el panteísmo presentando el mundo como un grande animal. Otros antes que Espinosa habían enseñado también el panteísmo, pero ninguno ha aglomerado tantos argumentos metafísicos y geométricos para demostrar los atributos de este pretendido Dios.

Leibnitz reconoció los talentos de Descartes, pero combatió su filosofía. No queriendo admitir por fundamento de la certeza la percepción clara y distinta, le substituyó el principio de la contradicción. Decía que no se debía admitir como cierto más que lo que está comprobado por la experiencia y demostrado de una manera sólida. En su teoría sobre el origen del mal, distingue tres clases de males. El metafísico, el físico y el moral. El primero es el límite del ser, su imperfección; es inseparable de la criatura. El segundo es lo que afecta desagradablemente á un ser sensible. Este mal en oposición con el bien no es más que una negación. El tercero es la transgresión de las leyes divinas: es el resultado de la libertad humana, pero quiere que el hombre, sin una razón suficiente, no pueda deter-

minarse á un acto mas bien que á otro; que por consiguiente se vea en la necesidad de tomar el partido que le parezca mejor. Su sistema de las mónadas ó unidades indivisibles de la sustancia, su optimismo y su armonía preestablecida contienen principios evidentemente falsos.

Locke establece por máxima fundamental que todos nuestros conocimientos provienen de la esperiencia ya interior ya exterior. Tenemos un conocimiento intuitivo de nuestra existencia, un conocimiento demostrativo de la existencia de Dios, y un conocimiento sensitivo de las cosas materiales, pero solo de las que han afectado nuestros sentidos. La existencia de las ideas está contenida en los límites de la esperiencia. Los axiomas claros por sí mismos son verdades incontestables, pero no pueden servir para la investigacion de la verdad, porque estando fundados en la esperiencia todos los conocimientos humanos comienzan por hechos particulares.

David Hume critica todos los sistemas y no halla ninguna base para asentar la certeza. La existencia de Dios le parece incierta, la vida futura una quimera, pretende acumular razones contra la inmortalidad del alma y hace la apología del suicidio.

Condillac siguió á Locke y tomó como él la esperiencia por base de la certeza. Nuestras ideas y todas las operaciones de nuestra alma derivan de los sentidos y las referia á lo que llamaba con impropiedad *la facultad de sentir*. Desarrolló su sistema suponiendo una estatua animada. Todos sus argumentos parten del punto único de la sensacion. Su tendencia es el materialismo.

El baron de Holbach nos presenta en sus obras y especialmente en su *Sistema de la naturaleza*, el conjunto del materialismo y del ateismo, así antiguo como moderno. Creo que no será fuera de propósito copiar aquí el juicio que formó el mismo Voltaire de esta última obra. «El sis-

tema de la naturaleza, dice, es difuso y á veces declamador: se contradice y muchas veces afirma lo mismo de que se disputa: me ha cansado mucho.» El baron de Holbach niega la existencia del gérmen, de una manera absurda, como si pudiera haber especies en la naturaleza si todos los seres fueran el producto de la descomposicion de la materia. La naturaleza, pues, admitido este principio estaria poblada de mónstruos todos diferentes.

Voltaire fué sin duda uno de los hombres mas notables de su siglo, pero como filósofo jamás quiso sostener ni abrazar ningun sistema: nunca profundizaba las cuestiones, pero tuvo la audacia de burlarse impiamente de la humanidad atentando á la destruccion del cristianismo. En el tomo sexto de las obras de Palissot, pág. 39, se lee una carta de aquel dirigida á este, que era su amigo, en la cual no encubre su pensamiento y reconoce él mismo el mal que habia hecho á la sociedad: «jóvenes ó viejos, dice, no tenemos mas que un momento, y en qué se emplea? Yo he perdido el tiempo de mi existencia en componer un enorme fárrago de libros, la mitad de los cuales no debieron salir á luz jamás.» Este documento auténtico es mucho mas espresivo que cuantas obras se han escrito contra sus doctrinas impías.

J. J. Rousseau fué un hombre lleno de elocuencia, así como de contradicciones y de errores. Basta leer sus obras, señaladamente sus *confesiones*, para conocer á fondo á este filósofo. «Alabando la castidad, dice Monseñor Bouvier, condujo á la corrupcion por medio de páginas seductoras: predicó la humanidad y espuso á sus hijos en el Hospital sin querer ni aun que se tratase de reconocerlos: declamó contra la incredulidad de los filósofos, y minó la revelacion por sus fundamentos en la profesion de fé del vicario Saboyardo que escribió en su Emilio.» Habiéndole consultado una señora sobre unas dudas que tenia,

la respondió en 1763: «Teneis una religion que dispensa de todo exámen: seguidla en la sencillez de corazon. Este es el mejor consejo que puedo daros.» El 15 de Enero de 1769 escribió á un jóven que no creia ni aun en Dios: «Buen jóven, de buena fé os conjuro.... vuestro corazon sencillo, á despecho de vuestros argumentos, reclama contra vuestra triste filosofia.» En una carta escrita á Veruet le dice hablando de Voltaire: «Este fanfarron de impiedad, este bello genio y esta alma baja, este hombre tan grande por sus talentos, y tan vil por el uso que hace de ellos, nos dejará largos y crueles recuerdos de su permanencia entre nosotros.» No han sido menores los recuerdos que nos dejó el filósofo de Ginebra, pues á mas de su deismo nos legó su *contrato social* que contribuyó de una manera deplorable á preparar la revolucion francesa. De una obrita anónima que se publicó en París poco despues de su muerte intitulada *Los Apologistas involuntarios*, cuyo piadoso autor parece que fué víctima de aquella devastadora anarquía, copio el siguiente trozo que no recuerdo si pertenece á sus confesiones: «J. J. Rousseau dijo de sí mismo con tanta razon como modestia.» «Decir y probar igualmente el pró y el contra, persuadirlo todo y no creer nada, fué en todo tiempo la diversion favorita de mi espíritu. No miro ninguno de mis libros sin estremecerme; en lugar de instruir corrompo: en lugar de alimentar enveneno: pero la pasion me descarria, y con todos mis bellos discursos no soy mas que un malvado.»»

Pero volviendo á los sistemas filosóficos traduciré un trozo de la obra *Le ver rongeur des sociétés modernes*, del abate Gaume, para poner fin á esta reseña.

«La sociedad incrédula y materialista aplaude el sistema de la naturaleza de Holbach y responde por el órgano de Diderot, Helvecio, Raynal y otros muchos que la verdad es una quimera: el placer la única ley, el único deber.

Cabanis dice que los nervios son el principio del pensamiento: que el efecto es de la misma naturaleza que la causa (este filósofo hizo una retractacion completa de su doctrina poco antes de su muerte). Destutt de Tracy le prestó el socorro de una árida ideología. Cabanis fué el fisiologista y Destutt de Tracy el metafísico del materialismo, y Volney el moralista. «Conservarse y hacerlo todo por conseguirlo es la ley de la naturaleza humana.» «El mayor bien es la vida: el mayor mal es la muerte: el bien supremo es la salud.» «El asesinato es un deber siempre que sea útil.» «Mi cuerpo y despues la nada;» hé aquí toda la religion. «Dios no es nada: el alma no es nada: todo es materia.» Estas doctrinas monstruosamente impías encierran todo el materialismo del siglo XVIII.

Sin embargo la filosofía pagana emprendió una reaccion espiritualista como hizo en otro tiempo contra la antigua.

Kant concibió el pensamiento de remediar el mal que causaba la filosofía empírica llevada á sus extremos. Los sentidos, segun él, sobre los cuales se funda la esperiencia no atestiguan mas que hechos particulares de los cuales es imposible deducir principio alguno general. Hume partiendo de la esperiencia debia negar el principio de la casualidad incurriendo en una duda irremediable. No puede haber conocimientos ciertos sin un juicio sintético que supone un principio general é invariable. El análisis no puede tener lugar sino en cuanto es precedido por una sintesis. Los juicios sintéticos no se hallan mas que en la razon pura. Todo lo que es necesario, segun el testimonio de la conciencia, es *á priori* y lo que es accidental es *á posteriori*. Lo necesario es *puro*: lo accidental *empírico*. El conjunto de los conocimientos puros se llama la *filosofía trascendental*. Estos conocimientos no derivan de la esperiencia. Hay dos clases de juicios, los analíticos, cuyo atributo

está contenido en el sugeto, no hacen mas que desarrollar una nocion sin añadir nada. Los otros, cuyo atributo no está contenido en el sugeto, en los cuales añade el alma alguna cosa al atributo, no segun la esperiencia, sino *á priori* sin sintéticos. Este filósofo hace descansar la certeza de la inmortalidad del alma y de la existencia de Dios no sobre el raciocinio, sino sobre la ley moral y sobre la necesidad de su cumplimiento; pero no asigna base á la ley moral ni suministra regla alguna para distinguir el bien del mal. Destruyendo por su crítica las pruebas ordinarias de la vida futura y de la existencia de Dios, no las reemplaza sino con una vaga teoría que no presenta nada sólido.

«Cousin, Jouffroy, Damiron, quieren restaurar el espiritualismo, añade Mr. Gaume, pero privados de fundamento y de brújula, caen en el panteísmo y en el eclecticismo sin destronar el sensualismo de Volney. El eclecticismo no es mas que el escepticismo y el racionalismo absoluto. Jouffroy muere en una duda espantosa. La doctrina del eclecticismo es que la verdad completa, la que debe ser conocida para satisfacer la razon está sin hallar todavía. Ningun sistema, ninguna religion, ni aun el cristianismo es la espresion adecuada. De aquí la necesidad de una investigacion universal en todos los sistemas y en todas las religiones para formar un símbolo completo de todas las verdades esparcidas. Pero cuál es la piedra de toque para distinguir la verdad del error? La razon de cada individuo: el luteranismo con todas sus consecuencias. Jamás la razon emancipada de la tutela de la fé se ha mostrado mas orgullosa.»

Por último, Hegel declara que el antiguo y el nuevo testamento no tienen á sus ojos ningun valor estético. «La leyenda del Cristo, dice, pasa en el dominio de la realidad mas vulgar.» Para completar el cuadro añadiré que

en nuestros dias enseña Fenerbadch en Alemania que todas las ideas falsas en hecho de moral y de estética han venido del cristianismo y concluye su filosofia invitando á adorar la muerte.

Hé aquí en compendio el racionalismo universal: hé aquí el uso que han sabido hacer de la razon tantos grandes hombres en todas las épocas. Qué concluiremos, pues, de todo esto? Concluiremos diciendo que la razon es perjudicial al hombre? No. Es perjudicial sin duda el abuso que se hace de ella, como diré mas adelante.

«Qué es la razon? pregunta Bernardino de Saint Pierre en sus *Estudios de la naturaleza*. Si no es mas que la relacion de los objetos con nuestras necesidades no es otra cosa que nuestro interés personal. Hé aquí por qué hay tantas razones: razon de familia, razon de estado, razon de todos los paises y de todas las edades. La razon de un jóven no es la de un anciano, ni esta ni aquella es la razon de la mujer. «Todo el mundo tiene razon, decia el duque de la Rochefoucault, y sin duda porque cada uno tiene la suya nadie está de acuerdo.» «Desconfiemos, pues, de la razon, ya que desgraciadamente nos estravia en la investigacion de la verdad.»

Sin embargo, no debe inculparse gratuitamente la razon humana haciéndola responsable de todos los errores. Tampoco considero acertado decir con los filósofos moralistas, que la razon humana está enferma, y que de su estado anormal nacen todas nuestras miserias. Ni diré por último, como el señor Donoso Cortés, que no es la razon sino la voluntad la que ha enfermado en el hombre. En el discurso de este libro tal vez podré llegar á descubrir la raiz verdadera del mal que aqueja á nuestra misera especie, en cuyo caso me atreveré á proponer su único y eficaz remedio. Baste ahora decir que la razon humana es una facultad limitada, y que de su-

ponerla infinita provienen casi todos nuestros errores, bajo el punto de vista científico. Esta preciosa facultad no ilumina mas que el horizonte en que vivimos, por decirlo así, y ha menester el concurso de las demás facultades del alma para remontar su vuelo, si bien por todas partes se halla rodeada del profundo misterio que envuelve la naturaleza.

Para hacer esto patente he estractado algunas páginas de la *Palingenesia* del ilustre naturalista Cárlos Bonnet, que estampo á continuacion, para que nos convenzamos de que la razon humana no es susceptible de penetrar en lo infinito. Esta es precisamente la mejor refutacion que puede hacerse de las obras de todos los racionalistas así antiguos como modernos. Si los hombres no han de creer en mas efectos que en aquellos cuyas causas les sean claramente conocidas, forzoso es que comiencen por negarse á sí mismos, como hizo lógicamente en otro tiempo la secta de los llamados egoistas.

«Cuando considero que nuestra vida no es mas que un instante en la duracion: cuando reflexiono profundamente en los estrechos límites de nuestras facultades, no puedo dejar de pensar que este mundo que habitamos no es nuestra verdadera patria. Lejos de mí la idea de favorecer un escepticismo universal, que seria la destruccion de toda filosofía; pero quiero persuadir á la razon que no le es dado alcanzar aquellas cosas que parece haber sido hechas únicamente para ella. No emprenderé aquí demostrar en todos sus pormenores cuán imperfectos son todos nuestros conocimientos, porque seria materia para una obra muy superior á mis fuerzas, pero baste decir que todas nuestras enciclopedias y bibliotecas contienen un pequeño número de conocimientos ciertos y probables y un número mucho mayor de opiniones y sueños de todos los tiempos y de todos los lugares.

«Los cuerpos obran los unos sobre los otros por diferentes fuerzas. Estas fuerzas no nos son conocidas sino por algunos de sus efectos. El físico observa estos efectos y el matemático los calcula, pero ni el uno ni el otro conocen las causas que los operan.

«Sabemos que los cuerpos son formados de elementos ó de partículas primitivas y que hay diferentes órdenes de cuya combinacion resultan los diversos compuestos, cuyas nomenclaturas nos dan un faustoso catálogo, pero conocemos la naturaleza íntima de los elementos? Una multitud de hechos nos aseguran de la existencia del magnetismo, de la electricidad y del calórico: conocemos mejor la naturaleza de estos fluidos? El analista del aire conoce mejor el fondo de la mecánica de este fluido que el de la luz el secreto de la composicion de un rayo de colores? El anatómico vé vasos, nervios, glándulas, músculos, visceras, etc. y no sabe como ha podido hacerse una simple fibra. Los esperimentos han llegado á convencerle de la existencia de un poder invisible que anima todo el sistema muscular. A esta fuerza le dá el nombre de irritabilidad y sabe que por ella se contrae la fibra muscular: hé aquí todo lo que sabe de cierto, pero ignora tanto lo que es esta fuerza en sí misma como ignora el astrónomo lo que es en sí misma la atraccion. Así la oscuridad impenetrable que envuelve los elementos de los cuerpos, se esparce por toda la naturaleza y no nos la deja ver sino como un grande enigma, cuya palabra buscan los filósofos hace mas de tres mil años.

Qué diré del mas profundo de todos los misterios que encierra la creacion, la union del alma y del cuerpo? El alma siempre presente á su cuerpo no sabe cómo le está presente. Tiene un sentimiento muy claro de su existencia ó de su *yo*; sabe muy bien lo que no es ella é ignora completamente lo que ella es. Hé aquí grandes

rasgos de nuestra ignorancia. Las sensaciones, las ideas, las afecciones, las pasiones, son los elementos del mundo moral, nó los elementos primitivos sino los derivados, y estos elementos nos son tan desconocidos como los del mundo físico. La cosmología es la ciencia del mundo ó sea su representacion simbólica. La cosmología perfecta seria pues aquella que representase exactamente todas las partes de la naturaleza y sus diversas relaciones con unos pormenores que nada dejaran que desear.

«Profundizando la naturaleza de nuestras facultades se reconoce que tienen una relacion mas directa con nuestras necesidades físicas y morales que con nuestros placeres intelectuales. No son hechas seguramente para llegar sobre la tierra á satisfacer esta insaciable y ardiente curiosidad que nos aguija sin cesar. Nuestro destino actual no es otro que ver la superficie de los seres, recoger algunos hechos, analizarlos, compararlos entre sí y sacar algunos resultados mas ó menos inmediatos: hé aquí nuestra verdadera ciencia. Hombre, sé, pues, humilde en tus esperanzas y no des vuelos á tus ideas sino con temor. Espera este gran maestro, la muerte, y adora á Dios. Una esperanza eterna florece en el corazon del hombre: él no es jamás dichoso y debe serlo siempre. El alma inquieta y encerrada en sí misma reposa solamente en la vida futura.»

INTRODUCCION.

PARA pintar en miniatura un cuadro histórico de la filosofía pagana desde sus tiempos mas remotos hasta el presente, diré, sirviendo de epílogo al discurso que precede que Aristóteles ha sido siempre considerado como el príncipe de los Filósofos. Colocó la sensación antes que el pensamiento y dió por base de la certeza los axiomas evidentes y la esperiencia. Además inventó el silogismo y asentó que el análisis conduce á la ciencia. Esta doctrina era contraria á la dialéctica de Sócrates que procedia al conocimiento de una cosa dudosa, por la induccion sacada de otras cosas ciertas, no menos que á la dialéctica de Platon que encontraba en el alma, nó en los sentidos, la regla de la verdad por las nociones innatas en nosotros. El método de este consistia en prestar atencion á la naturaleza invariable de cada cosa y á sus accidentes, que carecen de aquel carácter, estableciendo el análisis para la primera relacion y la induccion para la segunda. Bacon de Verulamio combatió el silogismo de Aristóteles, y revivió el método de la induccion, pero adoptó el principio

de la esperiencia como base de la verdad. Descartes combatió tambien á Aristóteles, pero admitió una duda universal, que por mas hipotéticamente que la considerara no dejó por eso de llegar á convertirse en la duda de los escépticos. Llamó evidencia á la percepcion clara de las ideas, que fué precisamente el *criterium* de los estoicos, y con estos elementos fundó su famoso principio del pensamiento. Desde este filósofo hasta Destutt de Tracy volvió á recobrar Aristóteles su perdido imperio y la sensacion y la esperiencia produjeron el materialismo del siglo XVIII. Kant quizo rechazar la filosofia empírica asentando que los sentidos no atestiguan mas que hechos particulares, y que por consiguiente la esperiencia de aquellos no puede deducir principio alguno general: que el análisis no puede tener lugar sino en cuanto es precedido por una síntesis: que lo necesario es puro, y lo accidental empírico, y que la filosofia transcendental es el conjunto de los conocimientos puros. Todo su sistema es una vaga teoría que con algunas modificaciones han seguido los modernos eclécticos, tan poco felices como él. En suma, la filosofia profana ha mirado en todos tiempos la razon humana, como único y competente juez, en cuanto concierne á Dios, á la naturaleza y á todo el género humano.

Pero es cierto que la autoridad de la razon es la que únicamente puede conducirnos al descubrimiento de la verdad? Si así fuera todos los filósofos profanos que han tomado la razon por guía la hubieran alcanzado de una manera cumplida. Por el contrario cuando la razon cree caminar sola y sin auxilio, entonces precisamente es cuando le salen al encuentro las pasiones para descarriarla. Entonces es cuando halla todos los goces en la materia y como su luz propia es harto corta se desliza en las tinieblas del materialismo. A este resultado conducirá siempre la razon, aunque haga el vano alarde de parecer fria é in-

flexible. No existe por ventura en el hombre alguna otra facultad que sea capaz de elevarlo á la noción del Criador, empezando por el conocimiento de sí mismo? En lo que no cabe duda es en que necesitamos del concurso de todas nuestras facultades mentales para formar cualquier juicio, al paso que existe en nosotros una facultad especial que es la única que puede ponernos en relaciones con la noción de lo infinito, noción que sin embargo no puede comprender la razon humana por su naturaleza finita.

De esta facultad importante es, pues, indispensable partir, con el auxilio de las demás, en cuanto son susceptibles dentro de sus limites, para llegar á la investigacion de la verdad eterna, fuente de la vida y de la inmortalidad.

«La verdad se esconde de los que la buscan con temerario orgullo, dice nuestro ilustre Jovellanos; solo se presenta clara y brillante, cual bajó del cielo, á los que la buscan con sobriedad y con rectitud de intencion.»

Confieso ingénuamente que al leer tantos nombres ilustres como encierra la historia de la filosofía, tantos nombres gloriosos que han sabido levantar nuestros conocimientos á la altura de las ciencias, se me cae la pluma de la mano al pretender dar un paso mas en la ciencia filosófica, porque ¿quién soy yo para tener la arrogancia de acometer tamaña empresa? ¿A dónde están mis títulos para que mi doctrina pueda inspirar alguna confianza? Este justo recelo me confunde, pero sin embargo, si la rectitud de intencion, como dice el sabio Jovellanos, es prenda suficiente para hacer brillar la verdad, me lisongeo de que no será estéril la lectura de este libro. Además de que si su doctrina fuera provechosa, si pudiera contribuir á esclarecer el principio religioso del cristianismo, algo ha de deber el mundo á la ignorancia, para compensar en parte los muchos errores que le ha regalado la sabiduría humana.

desarrollo. En estos países, como en los demás, el progreso es el resultado de la actividad humana, y no de la intervención divina. La historia de la humanidad es la historia de su lucha por la vida, y la estadística es la ciencia que estudia esta lucha. La estadística es una ciencia que se ocupa de la recolección, el análisis y la interpretación de los datos. Los datos son la materia prima de la estadística, y sin ellos no se puede hacer nada. La recolección de los datos es el primer paso en el proceso estadístico. Una vez que se han recolectado los datos, se debe analizarlos para ver qué información contienen. El análisis de los datos puede ser muy complicado, pero es necesario para entenderlos. Una vez que se ha analizado los datos, se debe interpretar los resultados. La interpretación de los resultados es el último paso en el proceso estadístico. La estadística es una ciencia que se ocupa de la recolección, el análisis y la interpretación de los datos. Los datos son la materia prima de la estadística, y sin ellos no se puede hacer nada. La recolección de los datos es el primer paso en el proceso estadístico. Una vez que se han recolectado los datos, se debe analizarlos para ver qué información contienen. El análisis de los datos puede ser muy complicado, pero es necesario para entenderlos. Una vez que se ha analizado los datos, se debe interpretar los resultados. La interpretación de los resultados es el último paso en el proceso estadístico.

CAPITULO I.

PRINCIPIO FUNDAMENTAL.

„El temor de Dios es el principio de su amor: mas debe unírsele un principio de fé.”

Eclesiástico, cap. 25, v. 16.

Antes de echar los cimientos de esta obra, reunamos aquí algunos materiales que han de contribuir á su mayor solidez y ornato. Mis cortas fuerzas no me permiten mas que levantar un pequeño edificio, pero si el camino que he seguido es acertado, si el término que he elegido para su construccion es el punto desde donde se descubre con claridad un vasto horizonte, me alienta la esperanza de que ha de llegar el día en que sobre estos mismos cimientos, tal vez mas ensanchados, se alce un templo magestuoso que ilumine el sol de la verdad.

«El medio mas seguro de destruirlo todo, dice el sabio Augusto Nicolas en sus escelentes *Estudios filosóficos sobre el cristianismo*, era (en el siglo XVIII) exigir la razon de todo, pero era tambien el medio menos filosófico, porque qué filosofia es la que empieza por hacer abstraccion de todas nuestras facultades y por inutilizar nuestra alma, á fin de no dejarle mas que un solo órgano, el raciocinio? No debe cualquiera filosofia racional ponerse de acuerdo y mejorarla?»

«Descartes, dijo Bernardino de Saint-Pierre á media-

dos del siglo XVIII en sus *Estudios de la naturaleza*, asienta por base de las primeras verdades naturales: *Yo pienso, luego existo*. La alta reputación de este filósofo ha sido causa de que su argumento de la existencia se haya considerado como un axioma. Pero según mi sentir este argumento peca esencialmente en que no tiene la generalidad de un principio fundamental, pues se sigue implícitamente que cuando un hombre no piensa cesa de existir ó al menos cesa de tener pruebas de su existencia. Y cuando los resultados del pensamiento humano han sido empleados muchas veces para dudar de la existencia de Dios y aun de la nuestra, como el escéptico Pirron, este raciocinio, como todas las operaciones de nuestra inteligencia, nos es sospechoso con justo título.»

«Yo sustituyo al argumento de Descartes, añade, este que me parece mas general: *Yo siento, luego existo*. Él se estiende á todas nuestras sensaciones físicas, que nos advierten mucho mas frecuentemente nuestra existencia que el pensamiento. Tiene por móvil una facultad desconocida del alma, que yo llamo el *sentimiento*, al cual se refiere el pensamiento mismo, pues la evidencia á que en-caminamos todas las operaciones de nuestra razon, no es otra cosa que un simple sentimiento. Esta facultad misteriosa difiere esencialmente de las sensaciones físicas y de las relaciones que nos presenta la razon, pero se mezcla de una manera constante é invariable en todo lo que hacemos.»

«La razon, prosigue en otro lugar, produce muchos hombres de talento en los siglos que pretenden ser ilustrados, y el sentimiento hombres de genio en los siglos que se pretende ser bárbaros. La razon varia de edad en edad y el sentimiento es siempre el mismo. Los errores de la razon son siempre locales y versátiles y las verdades del sentimiento son constantes é invariables.»

«Suprimid el sentimiento interior, dice Juan Jacobo Rousseau en su *Emilio*, y desafío á todos los filósofos modernos juntos á que contesten á Berkley. La filosofía moderna rechaza los espíritus, y de repente aparece este dialéctico diciendo que no hay cuerpos en la naturaleza. Ah! quién ignora que sin sentimiento interior ni rastros de verdad quedarían sobre la tierra?»

«Epicuro, Hobbes y Machiavelo, dice Vico, en su *Ciencia nueva*, se han engañado atribuyendo al acaso la direccion del mundo, lo mismo que Zenon y Espinosa asignándole el mismo papel al destino. Platon ha dicho con sabiduría que las cosas humanas estaban arregladas por la Providencia. Ciceron rehusaba discutir con Aticus si este no reconocia en los sucesos del mundo la intervencion de la Providencia. La Providencia ha dado la religion á los primeros gobiernos del mundo; por consiguiente si los pueblos pierden la religion no les queda *raiz* que los sostenga ni forma que los reuna. ¿Cómo Bayle ha osado decir que las naciones pueden subsistir sin el conocimiento de Dios? ¿Y cómo Polibio ha afirmado que la filosofía podia reemplazar la religion?....»

«Reconocemos la admirable intervencion de la Providencia, dice el mismo al concluir su obra, en los tres sentimientos que la pretendida incomparable ciencia de los antiguos ha inspirado á los eruditos hasta nuestros dias: la admiracion, la veneracion y la emulacion. La luz divina es la causa de estos tres sentimientos, pues á pesar del orgullo de los eruditos y del orgullo de las naciones atestiguan: Que todos los sabios admiran y veneran la sabiduría infinita de Dios y que desean unirse á ella.» — «La religion y el pudor son los dos lazos que forman las naciones: la audacia y la impiedad son las causas eternas de su ruina.»

Si el lector ha reparado en la ilacion de las citas que

antecedentes, no le quedará duda de que existe en nosotros una facultad poco explorada todavía, que se llama el sentimiento. Pero no basta que estemos penetrados de la existencia de esta facultad misteriosa: es necesario saber qué cosa es el sentimiento. Los filósofos eclécticos, y aun algunos espiritualistas modernos, no lo han reconocido mas que como una parte de la sensibilidad humana, esto es, como parte de una facultad puramente pasiva. Así, hacen proceder las pasiones del sentimiento, en tanto que las virtudes no son otra cosa que emanaciones de una cualidad del alma llamada la virtud, término del sentimiento moral. El sentimiento de lo bello es para los racionalistas, mas que un sentimiento, mas que un atributo de la facultad llamada así, una cualidad de la imaginación. Esto es tan cierto, que solo al hablar de la imaginación es cuando ocurre tratar en psicología del sentimiento de lo bello, de la propia manera que se reserva para la moral el hablar de las virtudes. ¿Qué cosa, pues, es el sentimiento esencia? Será el sentimiento íntimo llamado la conciencia? No, porque en rigor la conciencia no es propiamente el sentimiento de la existencia del individuo, sino un precioso atributo erigido en tribunal para discernir lo justo de lo injusto, en cuya acepción, el sentimiento llamado íntimo es propiamente hablando el sentimiento de la justicia. Sócrates llamó á este sentimiento *luz interior*, por la cual probaba la existencia de una vida futura. Vico establece al mismo propósito que el *criterium* de la ciencia consiste en creer que lo que es tenido por justo por todos los hombres ó por la mayor parte de ellos, debe ser considerado como la regla de la vida social, y donde deben descansar los límites de la razón humana. Esta doctrina de la conciencia es tan saludable como evidente para el hombre justo, pero el caribe que paladea un sabroso manjar en la carne de su enemigo, y el hombre

civilizado empedernido en el crimen, puede decirse que tienen conciencia? La tienen en efecto, sí, pero la del primero está sin despertar todavía: la del segundo empezó á despertarse para volver á dormirse profundamente. Así pues el sentimiento llamado íntimo no es á mi modo de ver el sentimiento esencia.

Esta gran facultad, como veremos mas adelante, es una facultad innata en nosotros, es un principio activo, fecundo, divino. Si observamos que el hombre como ser racional está sujeto al error y que como ser religioso se halla en la via de la verdad por el arreglo de su vida y por la riqueza de su esperanza, concluiremos fácilmente que el sentimiento esencia, el compendio de todos los sentimientos humanos, es el sentimiento religioso.

Aristóteles, segun el P. Lacordaire, dijo que el hombre *es un animal religioso*; pero esta doctrina está en contradiccion con su principio fundamental de la experiencia por el ministerio de los sentidos.

Pero ¿qué es el sentimiento religioso? Es un sentimiento juntamente de amor y de temor divino; porque así como no puede haber entre nosotros cariño verdadero sin mezcla de temor de perder el objeto querido, de la propia manera el amor divino incluye el temor de perderlo desconfiando de nuestra flaqueza. Este temor anexo al amor divino nos revela, así como el pudor, la caída del hombre y la existencia del pecado.

«El hombre por su razon, dice un filósofo, se detiene allá donde terminan sus percepciones, y no referiria ninguna causa á un autor invisible si no tuviese el sentimiento en el fondo de su corazon.» Y añade en otro lugar: «El hombre es de tal manera impulsado por su sentimiento, que cuando deja de tomar á la divinidad por modelo, no puede prescindir de hacer otra á su imágen. Este es el origen de la mitología.»

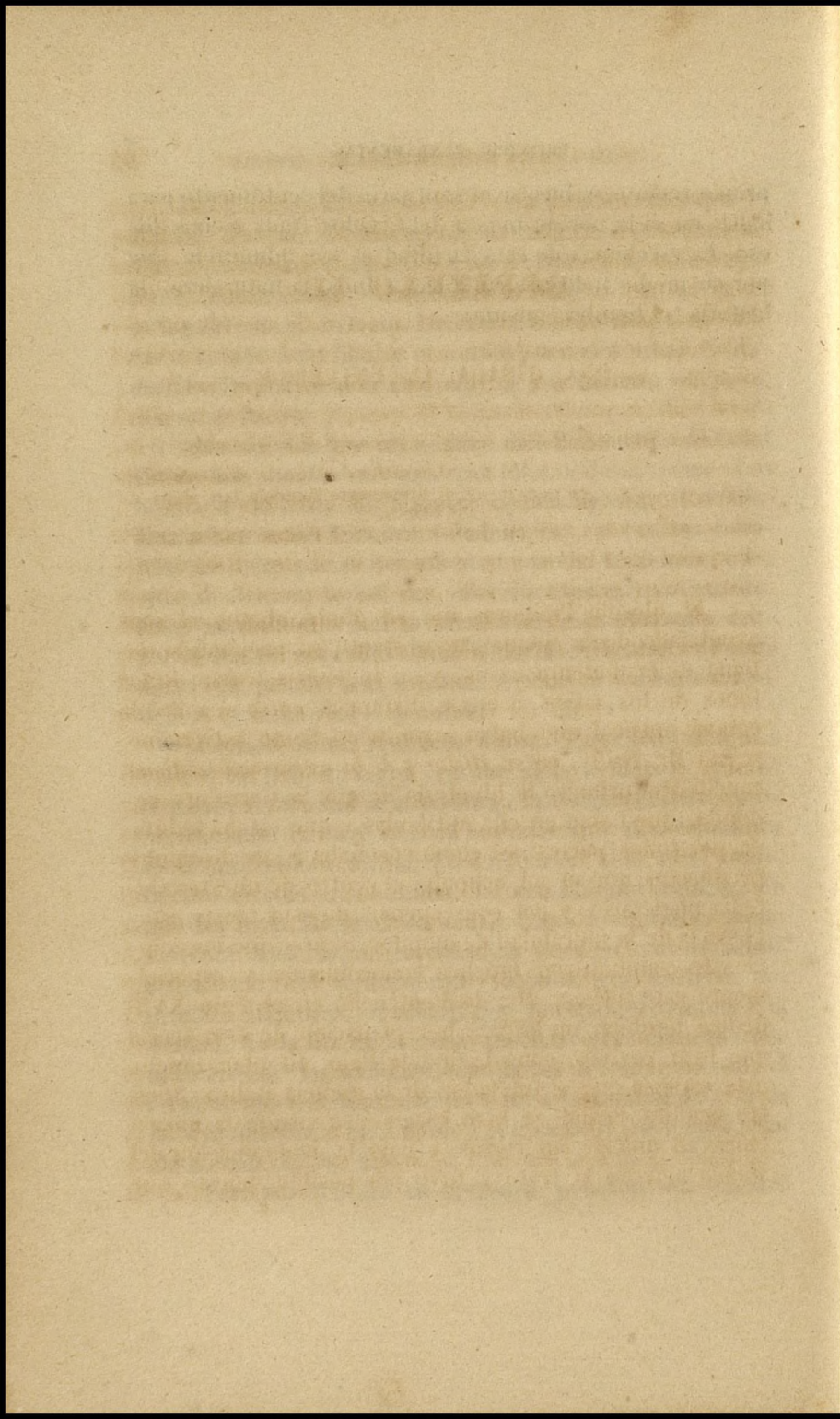
Del famoso Diderot se refiere que en los ratos que le dejaban libre sus impías tareas se dedicaba á enseñar á su hijo de memoria el catecismo diocesano. Si su conciencia estaba adormecida, el sentimiento religioso no se habia estinguido en él. Ni cómo hubiera podido estinguirse? Diderot amaba á su hijo, y el sentimiento del amor verdadero lo elevaba, mal de su grado, al sentimiento religioso, que es su fuente.

«He visitado por mi mismo, dice Bernardino de Saint Pierre, los pueblos salvages mas idiotas de la tierra. Los negros de la costa de Guinea, de Madagascar, Cafrería, Mozambique, los Tártaros y Malabares, en fin, los hombres de todas partes del mundo levantan las manos y los ojos al cielo en todos sus movimientos estraordinarios. Estos movimientos son involuntarios, causados solamente por el sentimiento del alma hácia la divinidad.» ¿Puede darse una prueba mas señalada de que el sentimiento religioso es innato en el hombre?

Además, si no podemos darnos cuenta de ninguna verdad sin haberla antes sentido: si la evidencia, que es el grado de verdad mas poderoso, necesita herirnos profundamente, es claro que nó la razon sino el sentimiento es el que puede afirmar la evidencia. Y si este sentimiento es solo una cualidad del sentimiento esencia, de nuestra gran facultad de sentir hasta lo infinito, como veremos muy luego, ¿no se sigue de aquí que el sentimiento raiz, el sentimiento religioso, que encierra tan grandes atributos, es solo el que es capaz de contener la verdad? Nó la luz de la razon muchas veces ofuscada por el interés de las pasiones, sino la luz del sentimiento, el sentimiento religioso, comun á toda la humanidad, *es la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.* San Juan, cap. 1.º, v. 9.

Pero por ventura es necesario penetrar en nuestro

propio recinto, y buscar el santuario del sentimiento para hallar en él la noción innata del Criador? Nada menos que eso. La excelencia de esta facultad es tan admirable que por su medio todo nos conduce á Dios, la naturaleza, la historia, el hombre mismo.



CAPITULO II.

UNA OJEADA AL UNIVERSO.

"Los cielos declaran la gloria de Dios,
y el firmamento anuncia las obras de
sus manos."

Psalmó 18.^o v. 2.

El filósofo Pitágoras fué sin duda alguna el mas aventajado de su tiempo, no obstante su pretendido sistema de la metempsicosis, y su ingeniosa teoría de los tonos de los astros, á cuyas distancias entre sí aplicó la octava musical que habia inventado. Como astrónomo, segun Mr. Bailly, en su *Historia de la astronomía antigua*, concibió el primero la hipótesis de que la tierra era redonda, que habia en ella antípodas y que estaba habitada por todas partes; así como enseñaba á sus discípulos predilectos que el sol ocupaba el centro de nuestro sistema planetario, y por consecuencia de esta teoría establecia la de la pluralidad de mundos. Se cree que los egipcios le comunicaron muchos conocimientos y especialmente este último. Mr. de Fontenelle en el siglo XVIII dedicó tambien un libro á la esplanacion de esta teoría que hizo revivir, considerándola bajo un plan mucho mas estenso que el fundador de la escuela itálica. Nuestro erudito Feijóo, se hizo cargo á su vez de la misma teoría en una de sus cartas, y bajo la denominacion del *Mundo máximo* la trató y tuvo por posible, puesto que

engrandece, si es lícito proferir esta palabra, la omnipotencia divina. Ultimamente, la ciencia astronómica moderna, despues de los trabajos de Herschel, ha admitido la teoría de que cada estrella fija es un sol que rije un sistema planetario. Ha hecho mucho mas todavia; ha admitido como probable que el sol puede estar habitado.

En el principio crió Dios el cielo y la tierra. «Criado desde el principio y antes de todos los tiempos, dice Bos-suet hablando del universo, pero ordenado tan solo en el tiempo.»

«Cada molécula de la materia, dice Mr. Augusto Nicolás, posee una cierta cantidad de luz, de calor y de electricidad, que le es propia y que es del todo independiente de los rayos solares. Por lo mismo tuvo razon Moisés en distinguir la luz primitiva de la emanada del sol. La luz es puesta en accion por la vibracion de un fluido sutil que llena el espacio y penetra en los cuerpos, á que se ha dado el nombre de éter.»

«El sol, continúa el mismo autor, segun los trabajos de Herschel hasta Arago, es un globo sólido y opaco envuelto en una doble atmósfera, la una inmediata que es sombría y densa y la otra superior que presenta los fenómenos luminosos. Así el sol es ya considerado como un globo eléctrico, como una inmensa Pila de Volta, que segun las leyes de la electricidad despide sus corrientes á su circunferencia mas apartada y puede él mismo estar al abrigo de los fuegos que lanza sobre nosotros, y por consiguiente ser habitable y habitado como creía Herschel. Las manchas serian cambios ó hendiduras en una de las dos capas.» «Las otras partes del universo, añade, inaccesibles al hombre, pueden ser mansion de otras criaturas inteligentes. Uno de los goces del cielo será sin duda ver descorrer ese velo que nos oculta el conjunto de la creacion.»

Si consideramos que nuestro sol es mas de un millon de veces mayor que la tierra, que nuestro planeta dista de aquel astro cerca de treinta millones de leguas, y que Urano, el mas remoto de nuestros planetas descubiertos, se halla á la enorme distancia de unos quinientos millones de leguas del sol; y si á la consideracion del plan inmenso que abarca nuestro sistema solar acumulamos tan innumerables sistemas solares como estrellas fijas existen en la estension del cielo, sin dejar de tener en cuenta las enormes distancias que todos estos sistemas guardan entre sí, puesto que el circuito de la eclíptica, que tiene doscientos diez millones de leguas, no puede parecer mas que un punto, visto desde las estrellas mas próximas.... basta con estas consideraciones y aun sobra mucho para perder el entendimiento y la imaginacion. (1) Añádase á esto que los cometas, cuyo

(1) Copérnico fundó el nuevo sistema planetario, probando en oposicion al sistema de Ptolomeo, seguido hasta él, que el sol estaba en el centro y que la tierra era un planeta.

Galileo probó el movimiento de rotacion de la tierra. Fué el primero que mejoró el telescopio.

Keplero, llamado el legislador de los cielos, describió las órbitas de los planetas, pero no pudiendo esplicar fisicamente su movimiento dió un ánima á cada planeta.

Newton esplicó las leyes de la atraccion y de la gravitacion como causa de los movimientos de rotacion y revolucion.

Laplace amplió algo mas la teoria, pero todos los astrónomos desde Copérnico, embebidos con el principio del nuevo sistema no se han fijado en que este no es enteramente lógico en sus consecuencias: que es mas lógico el de Ptolomeo, porque los fenómenos se esplican hoy todavia mejor por este sistema que no por aquel.

Mr. N. acaba de publicar una obra de astronomía en que prueba que teniendo en cuenta el movimiento de rotacion del sol, ha buscado la *orientacion* de los planetas y hallado el medio de esplicar todo el sistema de Copérnico con mucha mas facilidad que hasta aquí, haciéndolo tan lógico en todas sus consecuencias como lo es en

curso conocieron los caldeos, así como el movimiento de las fijas, son ya considerados, nó como planetas que pasan cerca del sol para separarse despues de él distancias casi infinitas, sino como planetas, cuya órbita verdadera establece una comunicacion entre dos sistemas solares, mas ó menos inmediatos entre sí, llena el vacio que separa uno de otro sistema y enlaza dos soles pasando alternativamente cerca de ellos. A esta circunstancia atribuyen algunos astrónomos el que los cometas no lleguen á perder nunca su poblada cabellera, aunque vengan de remotas distancias á acercarse á nuestro sol, así como tambien se esplican por las reapariciones periódicas de estos astros, si bien en espacio de tiempo tan diferente unas de otras, que la órbita ó elipse de algunos se estienda solamente hasta el sistema solar mas inmediato al nuestro, al paso que la de otros abarca sistemas solares mucho mas remotos. Esta nueva hipótesis de los cometas es una corroboracion de la teoría de la pluralidad de mundos en una escala infinita (1).

si mismo el de Ptolomeo.—"El movimiento del sol es de *oriente á poniente*, dice, y demostrando la influencia de este movimiento con respecto al de los planetas, hallo que de ser este izquierdo en vez de derecho, ó vice versa, resulta esplicado y simplificado todo el sistema." —(Estracto de un artículo sobre astronomia traducido de *La Presse* de 10 de octubre de 1851).

(1) La astronomía que primitivamente se limitó á considerar los planetas comprendidos en nuestro sistema solar, abarca actualmente un campo de observaciones mucho mas estenso. Las mejoras introducidas en los instrumentos han puesto á los astrónomos modernos en el caso de penetrar en mas remotas regiones del ilimitado espacio, y yendo mas allá de nuestro sistema planetario llegar al universo estelar, del cual es solo un punto nuestro sistema. Sir William Herschel fué el primero que indicó, y astrónomos posteriores lo han confirmado, que el sol es una de las estrellas de la via-láctea, y que tiene juntamente con las demás estrellas que forman este inmenso grupo, un mo-

Si de tan altísima cumbre bajamos á considerar la profundidad de lo mínimo, nos llenaremos de asombro al hacernos cargo de que en el siglo XVIII llegó el microscopio á descubrir un numerosísimo mundo invisible, nunca imaginado. Baste decir que aumentando los objetos este instrumento óptico veinte y siete millones de veces, todavía eran casi imperceptibles las miríadas de vivientes que descubrieron Bonnet, Spallanzani, Buffon, Trembley Senebier y otros célebres naturalistas. Tales son los corpúsculos animados que bullen en las infusiones y en los

movimiento de traslación en el espacio al rededor de ese lejano é inmenso centro. Este movimiento es tan rápido que le hace recorrer 3,336.000 millas por día, y se deduce como consecuencia que llegará el tiempo, aunque remoto, en que las estrellas que forman las constelaciones australes del Centáuro etc. se harán visibles sobre nuestro horizonte boreal, mientras que Sirio y las estrellas que forman la zona ó faja de Orion dejarán de verse sobre nuestro horizonte. El profesor Madler, astrónomo ruso, que hace algunos años se halla dedicado á este asunto, ha publicado últimamente el resultado de sus trabajos. Ha llegado á la conclusion que las *Pleyades* forman el grupo central de todo nuestro sistema sideral, incluyendo la via-láctea y todas las estrellas mas lucientes, esceptuando las nebulosas mas distantes, y que *Alcyone* ó *Eta Tauri* es la estrella de este grupo que reúne las mayores probabilidades de ser el verdadero sol central. Este grupo está situado en medio de una espesísima region de estrellas de estraordinaria brillantez, al rededor de la cual cree que existe una zona comparativamente pobre de estrellas. Despues, otra ancha y rica capa de forma anular, á la que sigue otro intervalo tambien escaso de estrellas y luego otro grupo estelar, y probablemente seguirán varias fajas mas, alternando del mismo modo, siendo el último de estos círculos estelares la via-láctea. Es difícil formar idea adecuada de la estupenda magnitud de este sistema, que parece regirse por la ley de la gravedad. La luz que recorre 192,000 millas por segundo necesita 537 años para llegarnos desde el sol central, cuya masa es, 117.400,000 veces mayor que la de nuestro luminar, el cual con su sistema planetario invierte 18.200,000 años en su revolucion al rededor del sol central.—(Nota traducida de una obrita Inglesa sobre astronomia recién publicada en Londres).

fluidos que se corrompen. En suma, los descubrimientos del microscópio han sido para la historia natural, lo que el perfeccionamiento del telescopio para la astronomía. Este ha descubierto innumerables soles: aquel ha puesto en relieve un mundo desconocido hasta entonces inmensamente poblado, y uno y otro concurriendo al mismo fin, derramando torrentes de luz sobre la filosofía, han hecho patente que el universo es infinito, así en lo máximo como en lo mínimo.

Pero no páran aquí las maravillas del universo. Si el planeta que habitamos está muchos millones de veces mas poblado de seres invisibles por su pequeñez y transparencia que de seres perceptibles desde el arador hasta el elefante y la ballena, ¿por qué los demás planetas, y aun los satélites de nuestro sistema, como es la luna respecto de nosotros, no han de encerrar tambien tres reinos de la naturaleza? El filósofo Anaxágoras, anterior á Pitágoras y á Sócrates, y segun algunos historiadores el primero que defendió la unidad divina, dijo que la luna era habitable como la tierra, porque debia tener agua, montañas y valles. Esto fué adivinar los descubrimientos que el telescopio hizo muchos siglos despues. Puesto que nuestros planetas son de la misma figura y de la misma materia que la tierra, por qué no han de gozar de las mismas preeminencias que el astro que habitamos? Creo, empero, que la ciencia moderna considera la luna en el tercer período geológico. Y si hay vegetacion, si hay vivientes innumerables visibles é invisibles en todos los planetas y satélites de nuestro sistema solar, por qué no ha de haberlos asimismo en cuantos astros giran en todos los sistemas que componen el universo, incluso sus innumerables soles? No nos contentemos solamente con lo infinito en espacio: es menester considerar tambien que hay infinito en número. Pero qué especies de vivientes

poblarán la infinita naturaleza? Es probable que cada astro contenga especies innumerables y todas diferentes en cada uno para que consideremos tambien lo infinito en especie. (1)

Pero por ventura hemos tocado el término de las especies invisibles de animales que pueblan el aire, el mar y la tierra? Podemos lisonjearnos de la perfeccion del microscopio? Nada menos que eso: antes bien lo infinito en lo minimo nos dá lugar á creer que así como el Doctor Power ha asentado que el menor animal que puede observar la simple vista es un término medio proporcionado entre los mayores y los mas pequeños de los animales, es muy probable que los vivientes de las infusiones sean todavía ballenas respecto de otros vivientes que ni aun puede entrever la imaginacion. Mr. Bonnet sustenta tambien esta creencia.

Los naturalistas no se han contentado solamente con observar el reino animal. Las plantas microscópicas necesitan del aire, como las que vemos crecer en rededor de nosotros, pero para multiplicarse han menester un aire que se renueve. El número de estas plantas es considerable, y se presume con fundamento que la variedad de los climas influye en la variedad de las especies de plantas que producen. «Tan solo el microscopio, dice Mr. Senebier, penetrando los misterios tan pompósamente ocultos por los pétalos de las flores descubre en ellas las partes de la generacion, la reunion ó la separacion de los

(1) He hecho la distincion de lo infinito en número y en especie para significar que en las hechuras de Dios cada especie llega á un número infinito; al paso que pudiera creerse queria dar á entender que lo infinito en número comprendia juntas todas las especies. El sello de lo infinito se encuentra en la naturaleza por todas partes, porque en todas partes se halla el espíritu de Dios que la anima.

sexos, la semilla que cae en el útero para fecundar el germen. Por este mismo medio se ha llegado al conocimiento de esta analogía siguiéndola en el feto y en el fruto. Se ha descubierto el sistema vascular de los vegetales y se ha creído descubrir en él una especie de circulación como en los animales. Con el auxilio de este instrumento, en fin, se han hallado pequeñísimos animales que se reproducen por vástagos, por yemas, por divisiones, que tienen sexos bien distintos y que son hermafroditas en todo rigor. Todas estas observaciones demuestran que una infinita variedad produce en el universo una perfecta unidad.»

Pero basta un grano de arena para darnos cuenta de lo infinito en lo mínimo. El grano de arena que es una parte muy pequeña del universo, es sin embargo en sí mismo un gran todo respecto de las partes que lo componen. Cada una de estas partes reducida al último grado de la escala de la divisibilidad que podemos concebir, es á su vez un todo susceptible de nuevas y aun de muchas divisiones y subdivisiones, pues porque Dios haya señalado un término á las moléculas de los diferentes elementos que forman nuestro globo, no se sigue de aquí que una parte infinitesimal de cualquiera de ellas no fuera algo todavía. Para que podamos entender esto basta partir de la nada en busca de la molécula en su último grado divisible, y puesto que existe todavía formando un todo, es claro que no solo es inaniquilable sino que es susceptible de nuevos grados de divisibilidad hasta lo infinito antes de ser reducida á la nada. En efecto la *unidad* de los cuerpos divisibles debe ser infinita, porque es el punto de contacto entre la naturaleza y Dios, que es infinito. Quedará duda de los grados sin cuento á que puede llegar á reducirse un grano de arena, una gota de agua, ó una molécula de luz sin dejar nunca de existir? ¡Oh, abismo insondable de lo infinito!!

Hasta aquí hemos venido contemplando lo infinito en espacio, en número y en especies: ¿no habrá tambien infinito en duracion cuando es imposible aniquilar ó reducir á la nada un átomo? El universo, pues, tiene el sello de la eternidad en la materia. Ya satisfaré oportunamente á este argumento.

Por la ligera mirada que hemos soltado, reconocemos en el universo un espectáculo único é infinito. Ni el salvage en el breve espacio de su horizonte, ni el hombre civilizado queriendo ensanchar los límites de su entendimiento para abarcar lo infinito, pueden eximirse de experimentar un sentimiento de admiracion al contemplar la naturaleza. Hé aquí el primer homenaje que el hombre tributa á su Criador. En efecto, la admiracion no solamente le hace sentir al hombre que es un ser superior á todos los demás seres que pueblan el universo, sino tambien le hace presentir un Artífice supremo, por mas que no pueda darse cuenta de su origen. La admiracion manifiesta palpablemente que el hombre considera el maravilloso espectáculo del universo como *un hecho* que está pasando á su vista, y siente que un hecho es lo mismo que un efecto, ó que un conjunto de efectos, é intuitivamente adora en su alma la presencia de una causa motora. La admiracion es, pues, el despertador del alma y el primer grado de la adoracion, porque todo el que admira, cree, y por eso ha sido, es y será siempre sentir antes que creer.

El sentimiento de admiracion del hombre civilizado debe ser mucho mas profundo que el del salvage, porque este siente lo magno, aquel lo infinito. Puesto que no puede comprenderse lo infinito, porque lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño están fuera del alcance de nuestros sentidos y de nuestra razon, forzoso es que haya en nosotros una facultad que nos dé cuenta de ello, cuando de lo infinito no ha dudado jamás ni el judío,

ni el cristiano, si el sectario, ni el materialista. Esta facultad superior es el sentimiento del alma. Admiramos porque sentimos lo infinito: sentimos lo infinito porque reside en nosotros una facultad que participa de la naturaleza infinita. Pero esta facultad no tiene nada de física, no está en las condiciones del universo material. Yo siento que soy un ser orgánico que me hallo tal vez compuesto de los elementos que constituyen el globo que me sirve de morada, pero tambien siento que sin dejar de tocar la tierra me elevo á lo infinito, y que por medio del deseo, que es una necesidad anhelante de lo infinito, me lanzo mas allá de las miríadas de mundos que giran en el universo y siento que hay *mas allá* todavía. Poco me importa no comprender este misterio que encierro en mí mismo, pero me basta para tener la evidencia de que mi facultad moral es infinitamente superior al conjunto de mis facultades corpóreas. Hay, pues, en mí un principio que tambien es infinito, pero no es infinito en espacio, número ni especie: ¿será, pues, infinito en duracion? Cuando examino que la materia no puede ser humanamente aniquilada, creo que puesto que reside en mí un principio superior á ella, deberá ser infinito en duracion. Luego este principio es eterno, y hé aquí por qué presiento la existencia de una causa eterna á que debe estar subordinado el plan infinito del universo. Luego yo siento que hay Dios. Esta nocion metafísica, que solo puedo espresarla porque la siento, me despeja la incógnita respecto de la eternidad de la materia. El que es eterno de una manera independiente de la materia en armonía con mi modo de sentir lo infinito, debe ser de otra naturaleza diferente. No será, pues, de naturaleza material, y existiendo mi ser material debe aquella haber existido siempre, porque yo sé que mi cuerpo ha tenido principio, y que por consiguiente tendrá fin, pero tambien siento dentro de mí un

principio que no es material cuando se remonta hasta lo infinito. Cuatro consecuencias se desprenden de aquí: la primera, que el primer principio nada material es increado: la segunda, que el principio que me hace sentir lo infinito es de naturaleza diferente de mi cuerpo, ó sea de naturaleza análoga á la del primer principio: la tercera, que el principio increado es evidentemente el mismo principio creador; y la cuarta, que solo el que ha creado la materia es el que puede aniquilarla.

¡Hombre incrédulo! ¿No sabes que es universal la creencia de lo infinito? Sin embargo lo infinito no se comprende, pero se siente; y si lo sientes no has podido elevarte á la noción de una causa primera, y por ella á la noción de tu espiritualidad? Ah! si nada sientes porque no tienes el corazón cultivado, pregunta al universo, y los astros con sus curvas combinadas te trazarán el nombre de Dios en todos los idiomas de la tierra!....

CAPITULO III.

DE LA NATURALEZA DE DIOS.

"Yo te alabaré, señor, con todo mi
corazon: contaré todas tus maravillas."
Psalmo 9.^o v. 2.

"Conocido será el señor que hace
justicia."

Ibid. v. 17.

Dios es una sustancia espiritual, única increada y creadora, por consiguiente eterna, infinita, perfecta. Su perfeccion á mas de ser eterna é infinita comprende los tres grandes atributos de su omnipotencia, su sabiduría y su bondad. Es uno en esencia y trino en potencia ó en *personas*. Lo primero, porque siendo él solo el centro de toda perfeccion es el único ser capaz de bastarse á sí mismo. Lo segundo, porque en todas las obras de Dios concurren su omnipotencia, su sabiduría y su bondad. Pero su omnipotencia y su sabiduría infinitas tal vez hubieran sido infecundas sin su bondad infinita, pues bastándose á sí mismo de toda y por toda eternidad fué no obstante impelido por este maravilloso atributo para poner en ejercicio los demás. La bondad, pues, es la esencia activa del Criador, y como el amor es el producto de la bondad ó es la bondad misma en Dios, haciendo la fe-

licidad ajená, de aquí se sigue necesariamente que la creacion del mundo tuvo por fin único la felicidad eterna del género humano, siendo la obra maestra de la omnipotencia y de la sabiduría de Dios regidas ó movidas por su infinita bondad. Pero Dios previó desde ab-eterno que despues de la creacion iba á existir el mal, puesto que no puede concebirse existencia relativa física, intelectual ni moral, sin extremo opuesto, ó sea en toda su estension, como en lo físico el todo nos dá la idea de la nada, en lo intelectual la afirmacion nos hace comprender tambien la negacion, y en lo moral lo justo supone lo injusto. Estos extremos comprendidos en la estension demuestran relaciones finitas respecto de los seres creados, y así solo Dios que es propiamente infinito puede ser centro único sin extremo alguno. Pero Dios en su alta sabiduría proveyó de remedio contra la existencia necesaria del mal ordenando que los extremos se tocasen, y así, en lo físico, de la corrupcion de la semilla hizo brotar la planta; en lo intelectual contrapuso al error el milagro, y en lo moral ordenó que el mal produjera siempre el efecto de algun bien temporal ó eterno. «Nuestros bienes y males, dice un autor, son provisionales, y menos que bienes y males son medios variados para obtener ó evitar los bienes y los males reales de la otra vida.» Es decir que la sabiduría de Dios tiene preordenado que el hombre conozca el mal en la tierra para que sepa apreciar debidamente los dones de la felicidad futura.

«El universo que habitamos no existia aun, dice Mr. Nicolas, cuando ya el mal se habia introducido por el orgullo en las inteligencias superiores. La primera tentativa del mal contra la gloria de Dios nos dá lugar á creer que debemos á ella la creacion del universo y del hombre su rey, destinado á reemplazar á los ángeles rebeldes en la felicidad que habian perdido. Por esto el hombre fué

criado en un estado de inocencia y de gracia, pero libre y por consiguiente capaz de pecado.»—«Entre la falta del hombre y la del ángel, continúa, hay la notable diferencia que la de aquel era menos espontánea, puesto que la habia cometido á instigacion de este, y era tambien menos inmediata, pues aunque toda la humanidad habia pecado, solo lo habia hecho en la persona de su Gefe.... Así la bondad de Dios aspiraba desde entonces á manifestarse por medio de un beneficio mas soberano.»

En efecto, no satisfecha la infinita bondad de Dios con la sabia reparacion que habia dado al mal, quiso distinguir á la especie humana con la prueba mas solemne y evidente de su purísimo amor, concibiendo estirpar el pecado ofreciéndose en holocausto, para que su misericordia infinita fuese el áncora del arrepentimiento. Así Dios no es ni puede ser por su naturaleza perfecta autor del mal, sino por el contrario proveyó á su reparacion y remedio sacrificándose por la felicidad eterna del género humano. Pero Dios no deja de ser omnipotente porque el mal exista; antes por el contrario, así como por su naturaleza eterna, segun San Agustin, no puede morir nunca como Dios, en cuya escepcion única estriba precisamente el atributo de su omnipotencia, es decir, su poder para haber hecho el mundo de la nada; del mismo modo por su naturaleza perfecta no puede ser autor del mal, y por eso es omnipotente en el atributo de su bondad, que por un estremado amor ha convertido en su infinita misericordia.—«En el orden material, dice un filósofo cristiano, el orden mas admirable del poder divino es el haber criado el mundo de la nada. El mundo cristiano no solamente fué sacado de la nada sino de entre los elementos mas violentamente contrarios á su naturaleza.» La religion cristiana, tan solo, es, pues, la que siente, conoce y adora esta misericordia divina, esta omnipotencia en el atributo

de la bondad, sabia é infinita, como la obra personal é integral del mismo Dios, revestido de nuestra propia naturaleza, para hacérsela mas comprensible con su santísimo ejemplo. Por eso fuera del cristianismo no se puede sentir ni comprender al Criador infinitamente misericordioso, pues como todos los atributos de perfeccion que nuestro limitado entendimiento puede concebir, parecen nada en comparacion de lo que realmente son en Dios estos mismos atributos, por su naturaleza infinita; y como que nada puede acercarse mas á la perfeccion divina que el sacrosanto atributo de su misericordia, siempre solieita en aconsejar interiormente al hombre su arrepentimiento, sin ordenárselo, para dejar espedita su libertad; de aquí nace necesariamente la prueba filosófica mas evidente y consoladora en favor de la verdad y la esclencia del cristianismo; de esta religion augusta y sublime basada en el sentimiento de la bondad infinita del Criador. *Como vos, Padre mio, estais en mí y yo en vos, así sean ellos una misma cosa en nosotros.* «Sean uno, dice Bossuet, nó como los ángeles, ni como los arcángeles, ni como los querubines, ni como los serafines, sino *uno*, dice Jesucristo, *como nosotros.*» ¡Oh, divinidad del cristianismo!...

CAPITULO IV.

RESEÑA HISTORICA DEL SENTIMIENTO.

"La luz vino al mundo y los hombres amaron mas las tinieblas que la luz," S. Juan, c. 3. v. 19.

La historia del sentimiento es la historia del mismo Dios, del ángel y del hombre.

El Ser increado, el único que *es* desde abeterno hasta mas allá de la consumacion de los siglos, el *es* sin principio ni fin, sin pasado ni futuro, el *es* presente de toda y por toda eternidad, quiso ser comunicable por un sentimiento de divino amor, emanacion de su infinita bondad. Y su poder y su sabiduría y su amor, eran *uno* en esencia y *trino* en personas. Y eran tres perfecciones de una misma sustancia, de una misma unidad que al difundirse como un piélago inmenso de purísima luz, crearon el espacio infinito (1) porque infinitas eran; al modo que la

(1) El espacio es el continente del universo. La no existencia no puede contener la existencia: la nada no puede contener nada, luego el espacio es *algo*. Admito el espacio infinito, aunque ignoro qué cosa podrá ser en realidad, porque habiendo espacio *medido* debe haber tambien espacio *sin medida*, por la regla de que lo relativo supone lo absoluto. El espacio infinito, á mi ver, no debe representarse de figura circular, porque el círculo supone limites. La idea de espacio, pues, se explicaría mejor representada por dos líneas, una vertical y otra hori-

planta aromática ha menester la atmósfera para esparcir su fragancia. Y el es trino y uno formó en seguida los coros celestiales por un sentimiento de caridad, á cuyo gran beneficio correspondieron las gerarquías con un sentimiento de adoracion. Y luego hizo Dios al hombre por un sentimiento de misericordia, y lo formó á su semejanza por virtud del soplo de vida, infundiéndole un espíritu capaz de sentirlo y de conocerlo. A este último fin enriqueció sus facultades intelectuales con el conocimiento del mejor idioma posible para que pudiera comunicarse con él por medio de la palabra. Y el hombre abrió los ojos á la luz y espresó su gozo por un sentimiento de admiracion que le despertó el espectáculo de la naturaleza; y porque sintió la admiracion á la vista de tantas maravillas, todas nuevas para él, adoró á su Autor con el mismo sentimiento que los ángeles; pero luego vió á la muger, vió á la última ereacion sacada de su ser mismo, y al nacer en su pecho un sentimiento de amor. nó ya aquel sentimiento espiritual que lo elevó á la altura de los coros ce-

zontal, sin principio ni fin; es decir, que la figura geométrica que nos da una idea de lo infinito es la figura de la cruz. ¡Notable coincidencia que solo se puede explicar bien lo infinito en espacio por el signo que adora el cristiano!

Tengo entendido que el malogrado Sr. Balmes en su *Filosofía fundamental*, obra profunda, sustenta que no hay nada infinito mas que Dios, poniendo por consiguiente limites al universo y trasformando la idea de espacio en idea de la nada. Acabo de dar mi pobre opinion sobre este punto, y respecto á que el universo no es infinito, añadiré, que por respetable que sea para mí esta teoria, de un filósofo cristiano tan eminente como el Sr. Balmes, creo sin embargo que es mas piadosa que filosófica; porque siendo Dios infinito, parece muy lógico que este mismo sello resplandezca en el conjunto de sus hechuras. La grandeza material en nada desvirtúa la omnipotencia espiritual. Jamás el palacio podrá decir que es tanto como su señor; y mucho menos el universo respecto de Dios, que está en todas partes.

lestiales, sino un sentimiento de amor misto, parte espiritual y parte carnal, sintió tal vez entonces su grandeza sin comprender que podía ser miserable. Era un ser compuesto de dos naturalezas diferentes: llamó bien lo que halagó su concupiscencia, su goce mas inmediato, y desoyó el precepto divino, esclavo de su soberbia. Así se convirtió despues en pasión terrenal lo que habia sido en su origen un amor participante de los grandes atributos divinos: un amor contenido en un vaso terrenal, pero susceptible de pureza, honestidad, bondad, inocencia.

Despues del diluvio se sumieron las generaciones en el estado salvaje mas lastimoso. Esceptó la descendencia de Sem, que conservó algunas nociones de su origen y de su creencia, gran parte de la tierra, erizada de selvas fragosas, se pobló de hombres indómitos y feroces, lo que dió lugar á la fábula de los gigantes que se pierde en las sombras de la historia. El móvil de su regeneracion, segun la *Ciencia nueva* de Vico, fué un sentimiento de temor, lo que este erudito autor esplica satisfactoriamente por la circunstancia de haber sido adorado Júpiter armado del rayo. Entonces los hombres dispersos, que faltos de lenguaje tal vez se entenderian por interjecciones, como únicas oraciones monosílabas capaces de espresar sentimientos y pasiones, se acogieron en grutas mas ó menos espaciosas, huyendo del furor de los elementos, y cada cual llevó consigo á una compañera. Este es el origen de la familia, y por consiguiente el manantial del sentimiento del amor como esposos, como padres, como hijos; de la misma manera que de la familia tomó su origen el gobierno, como imagen de ella, haciendo nacer el sentimiento de adoracion, si bien á falsas deidades, y el sentimiento de la justicia distributiva.

Si volvemos otra vez la vista hácia la historia sagrada, hallaremos que los preceptos del decálogo que recibió

Moisés en el monte Sinaí se reducen al sentimiento de amor á Dios y de caridad respecto al prógimo.

Estos mismos sentimientos, elevados á la altura de misericordia divina, hizo que bajase á padecer y morir entre los hombres y por los hombres el Redentor del mundo. Pero Jesucristo quiso suscitar en nosotros con su ejemplo y doctrina no solo el amor á Dios y al prógimo, sino tambien el amor al enemigo, la mansedumbre, la piedad, y todas las virtudes que hicieron florecer la fé, la esperanza y la caridad. La religion cristiana, es pues, la única y verdadera fuente del sentimiento, la fuente inagotable de las virtudes; y nó en vano los sabios de la tierra quisieron oponerle los sofismas de la razon y el desvarío de sus falsas creencias, pues así resaltó mas y mas la grandeza de su dominio y se difundió mas y mas el olor de su santidad. Así es como se esplica únicamente que un hombre pobre y humilde, seguido de un corto número de hombres oscuros é ignorantes, postrase á sus plantas pueblos, naciones é imperios llenos de reconocimiento, de entusiasmo y de fé. Oh religion cristiana! Oh sentimiento sublime personificado en el Salvador del mundo! Ven con tu sagrado fuego á encender los pechos yertos por las dudas del raciocinio, y con tu amor, tu paz, tu abnegacion, tu humildad, tu fé ardiente é ilustrada por el sentimiento de la perfeccion que reside en tu divina esencia, prueba á la humanidad ansiosa de conocer la verdad, que tu esencia y tu verdad son el mismo Dios. Ese Dios soberano y omnipotente que no pudiera sentirse ni concebirse infinitamente misericordioso sin su personal sacrificio, movido tan solo por un sentimiento de entrañable amor....

Pero por ventura pueden enumerarse los beneficios que debe el mundo al tesoro del sentimiento? Un sentimiento de amor tributó primeramente el hombre á su dulce compañera, y este mismo sentimiento embellecido con

el encanto de la inocencia, es el primer acto espontáneo del tierno niño hácia su cariñosa madre, que lo sustenta con su mismo seno. ¿Qué diremos de la muger, de esta mitad del género humano, como hija, como esposa y como madre? Diremos solamente aquí que como madre es la fuerte columna que sustenta la humanidad, y que como hija y esposa debiera siempre el hombre fortificar su inocencia y su virtud, en vez de hacerla objeto de sus acechanzas; pero felizmente para ella los sentimientos del pudor, de la honestidad y aun el mismo sentimiento del amor la salvan muy á menudo, á despecho de los amaños de las pasiones.

Los pueblos salvages, en fin, hasta los mismos antropófagos, se humillan á los pies del piadoso misionero que les presenta la imágen del Crucificado diciéndoles que es su verdadero Dios. Desde aquel instante brota en el pecho del salvage el raudal del sentimiento: este dulce calor lo regenera, y amanece para él otra vida llena de atractivos que jamás habia vislumbrado, y que morigerándole le abre el camino de la felicidad.

Basta lo dicho para probar la escelencia de la verdad del sentimiento, pero aun separándose del conocimiento de los libros sagrados y de la historia profana, existe otra verdad filosófica que lo esclarece y ensalza. ¿Cuál es el mortal medianamente educado que no experimenta el sentimiento de la justicia? ¿Quién no siente la verdad, la bondad, la caridad, la virtud, la adoracion? ¿Cuál es el hombre que está privado de la facultad de admirar? ¿Cuál es el que no experimenta que bulle en su pecho un deseo siempre creciente que se lanza fuera de su naturaleza, y que no sienta que no hay nada en el mundo que lo pueda satisfacer cumplidamente? ¿Quién no siente lo infinito en espacio y en duracion? ¿Quién no presiente al Artífice al admirar la obra? Pues bien, todos estos senti-

mientos que brotan en ramales de una misma fuente, y que no pueden pasar de ser sentimientos relativos en la especie humana, tienen necesariamente su origen en los sentimientos absolutos que existen fuera de nosotros. Puesto que existen muchas partes, debe indefectiblemente existir un gran todo. Puesto que la humanidad se da cuenta de todos estos sentimientos que la engrandecen, que la elevan, que la enagenan, forzoso es que exista un gran cáuce que, semejante á un inmenso océano, reciba las corrientes de los innumerables rios que se escapan de la humanidad para desembocar y confundirse en su seno.

Si lo relativo, pues, supone lo absoluto, claro y evidente es que existiendo el hombre existe su criador; y como que su criador no puede ser sino un espíritu eterno, como causa primera, como ser increado, claro y evidente es que el hombre para sentir los atributos de Dios de una manera relativa, participa asimismo de su naturaleza espiritual y por consiguiente inmortal. El hombre, pues, es un sentimiento personificado, respecto de su Autor: por este mismo sentimiento esencia llega hasta él, como por un alambre eléctrico, y por el mismo descende hasta sentir su miseria, origen de su grandeza. Por eso el hombre que llega á sentir en su pecho el dulce calor del sentimiento religioso ve claramente con los ojos del alma que el espacio infinito está lleno del espíritu de Dios y que los cielos y la tierra proclaman su omnipotencia y su gloria.

CAPITULO V.

DE LA NATURALEZA DEL HOMBRE.

"De piel y de carne me vestiste:
de huesos y de nervios me compagi-
naste."

"Vida y misericordia me concediste
y tu visita custodió mi espíritu."

Job L. 10, v. 11 y 12.

Los filósofos espiritualistas, los racionalistas y los materialistas han definido siempre al hombre segun sus opiniones y creencias. Nada es empero mas lógico que el haber sido consecuentes con los principios que han establecido en sus obras. Los hebreos lo llamaron *alma parlante*. Los materialistas lo han definido *materia organizada*. La filosofía trascendental de Kant y algunos ecléticos modernos están en armonía con esta definicion de Mr. de Bonald: *una inteligencia servida por órganos*. En la primera definicion el hombre es un espíritu puro: en la segunda es una máquina hábilmente construida por sí misma, ó bien por el ininteligente acaso, que es lo propio. En la tercera vislumbro ya al hombre, pero no lo veo enteramente, porque hallo los órganos esclavos de la sola inteligencia, sobreponiéndose siempre el principio espiritual en la facultad de conocer. En suma, el hombre, segun los unos, no

es mas que un pensamiento, y segun los otros no pasa de ser una sensacion. *El hombre*, dice tambien un filósofo moderno, *es el misterio mas desconsolador*.

En verdad puede asegurarse que en estas definiciones no se halla al hombre: no veo en ellas su pintura ó sea su retrato acabado, sino un tosco bosquejo tocado con algun mas detenimiento ya en la cabeza, ya en el tronco del cuerpo. El hombre como espíritu puro es mucho mas que hombre: como materia organizada es mucho menos que hombre: como compuesto de dos naturalezas en que predomine lo espiritual por una sola de sus facultades, no es el hombre ni exacto ni completo. ¿En dónde, pues, hallaremos al hombre que siempre vemos y que todavia no conocemos? En mi sentir el ilustre Bossuet es el que lo ha definido mas acertadamente.

«En él se han encontrado reunidos, dice, lo inmortal y lo perecedero, lo espiritual y lo carnal, el ángel y el bruto.» En efecto, el hombre es ángel considerado espiritualmente, y se acerca mucho á la condicion del bruto (1) bajo el punto de vista material. La union de estas dos naturalezas tan

(1) Al adoptar esta definicion considero hipotéticamente al bruto como lo consideró Descartes y despues Buffon y otros filósofos, esto es, como una máquina físicamente organizada, incapaz por consiguiente de perfectibilidad.

Sin embargo la doctrina que concede un alma inmaterial á los brutos no es nueva ciertamente.

En 1768 escribió un libro en inglés Mr. Dean vicario de Middleton, con el título de *«Ensayo sobre la vida futura de los animales»* en el cual establece las proposiciones siguientes:

1.^a *«La escritura santa insinúa en diversos lugares que los brutos existirán en un estado futuro.*

2.^a *«La doctrina de su existencia futura ha sido sostenida por algunos sabios judios y santos Padres de la Iglesia.*

3.^a *«La razon nos enseña que los brutos tienen un alma y que por lo mismo existirán en un estado futuro.*

opuestas es el misterio que constituye al hombre. «*Lo que es nacido de carne, carne es, dice el Salvador; y lo que es*

4.^a «El sistema de los que creen que Dios aniquila el alma de los brutos no está apoyado sobre ningun fundamento sólido.»

Diferentes sabios han creído verosímil que el alma de los brutos existirá en alguna parte despues que haya cesado de animar el cuerpo que le estaba asignado, pero ninguno ha usado el tono afirmativo que Mr. Dean. Entre otros Mr. Ditton en su «*Disertacion sobre la verdad de la Religion cristiana*» se espresa así:

«Como no conozco todos los fines que Dios se ha propuesto al crear los animales ni todos los usos que hace de ellos en el universo, no puedo saber tampoco la manera de que dispone de sus almas cuando sus cuerpos han dejado de vivir. Los que dicen que tales almas no existen ó que no conservan su individualidad no pueden probar lo que afirman, como tampoco pueden probarlo los que dicen lo contrario. Lo que me parece seguro es que las bestias no son puras máquinas, y lo que creo evidente, contra la opinion de otros autores, es que estas almas no son conducidas por un alma comun.»

Mr. Cárlos Bonnet en «*La Palingenesia*» no solamente trata de probar la inmortalidad del alma de los brutos, sino que ha intentado hacer probable la inmortalidad de su *ser*, considerándolos como seres mistos. Su teoría acerca del hombre, fundada en la preexistencia del gérmen y eslabonada con la de los animales, presenta el universo bajo un punto de vista nuevo y magnífico.

Nuestro erudito Feijóo cree tambien que los brutos tienen un alma de un órden inferior y proporcionada á su respectiva naturaleza. Las denomina, si mal no recuerdo, almas adjetivas para distinguirlas de la espiritualidad sustantiva de la nuestra. Pero busquemos fuentes mas puras todavia. En el primer capítulo del Génesis se leen estas palabras:

V. 20. «Produzcan las aguas reptil de ánima viviente, y ave que vuela sobre la tierra debajo del firmamento del cielo.»

V. 24. «Produzca la tierra ánima viviente en su género bestias y reptiles y animales de la tierra segun sus especies.»

Y S. Agustin en el Libro 5.^o de la *Ciudad de Dios*, hablando de la Providencia divina dice al enumerar sus obras «El que tambien al ánima irracional dió memoria, sentido y apetito, y á la racional demás de esto, espíritu, inteligencia y voluntad.»

En el discurso de este capítulo se verá tambien mi sentir á este respecto.

nacido de espíritu, espíritu es.» (San Juan c. 3.º v. 6.º) Hé aquí al hombre de carne y espíritu, obrando unas veces como ángel y otras como bruto, ó siendo ya lo uno, ya lo otro.

Cuando la omnipotencia divina quiso desenvolver los elementos que yacian confundidos en el caos, que creó desde abeterno, para dar forma á todas las cosas y dar vida á todas las especies de animales, bastó el *hágase* de su voluntad soberana para henchir los mares de peces y poblar la tierra y el aire de vivientes de todas hechuras; pero el *hágase* del Eterno, el mandato de su infinita sabiduría, no solamente produjo las especies de animales, sino tambien les infundió un espíritu adecuado á su naturaleza relativa, porque si la palabra creadora dió la hechura, el espíritu de la misma palabra, ó sea el pensamiento divino que contenia, ó por mejor decir, el sentimiento de pura bondad que presidió á la creacion, se trasmitió á todas las especies de vivientes. Así la tierra y el aire y el mar brotaron especies numerosas por virtud del sentimiento eterno, recibiendo de él no solo la forma, mas tambien la vida. Los animales de toda especie participaron, pues, de la voluntad de Dios en escala proporcionada á la naturaleza de cada una y conforme á sus altos designios. Pero Dios quiso distinguir al hombre comunicándole en su espíritu el destello de sus divinos atributos, para lo cual, á mas de su omnipotencia como Padre, reunió la sabiduría y el amor como Hijo y como Espíritu. Por eso al formarle dijo: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*; es decir, que Dios quiso hacerle partícipe de su esencia *una y trina* para que resplandeciesen en él los dones de su bondad, de su poder y de su sabiduría. La imagen y semejanza es una relacion puramente espiritual, y por eso el espíritu divino que encierra el hombre es el que siente y aspira á la inmortalidad en el seno del mismo Dios, su eterna fuente.

El primer hombre y la primera muger recibieron de manos de Dios una naturaleza perfecta compuesta de dos sustancias, una puramente espiritual, otra puramente corporal. Pero el genio del mal los sedujo por el ministerio de los sentidos, y en la degradacion del espíritu cayó el cuerpo en ruina. El espíritu, pues, fué responsable de su soberbia, como aconteciera al ángel caído, pero Dios imprimió en la carne el sello de corrupcion, sujetándola á la descomposicion y á la muerte, en tanto que si el espíritu perdió la inocencia, adquirió la esperanza de volver á la gracia divina.

Esto se explica mejor en los dos primeros hijos de Adan y Eva: ambos heredaron por la sangre una naturaleza manchada: la culpa está representada en Cain: los sentimientos divinos están representados en Abel. Ambos participaron de las dos sustancias, una recibida directamente de Dios, otra de Adan y Eva, pero sin embargo, Cain procedió como bruto: Abel como ángel. ¿Qué quieren, pues, significar estos hechos? Significan el mal y el bien, la culpa y la gracia; significan que cuando la soberbia se sobrepone á los sentimientos, obra el bruto, porque tal es la condicion del hombre encenagado en los vicios, y por el contrario, que cuando los sentimientos se sobreponen á las pasiones, obra el ángel. Por eso decia Platon que encontraba dentro de sí mismo el sí y el nó, lo que le evidenciaba la dualidad de su naturaleza. En efecto, el hombre en la via de la pasion siente que el alma le dice *nó* y el cuerpo *sí*; al paso que en la via de la virtud se efectúa el fenómeno opuesto: entonces el alma dice *sí* y el cuerpo *nó*. Estos dos elementos encontrados forman la lucha de la carne, segun el language de la Escritura, con el espíritu, ó bien del espíritu contra la carne; y estos mismos elementos hicieron sin duda que San Pablo esclamara así: «Veo una ley en mis miembros que

contradice á la ley de mi voluntad, y me lleva esclavo á la ley del pecado; porque no hago lo bueno que quiero, mas lo malo que aborrezco, aquello hago.» (San Pablo á los romanos). Y Santo Tomás añade: «El Verbo se vistió nuestra carne para sanar por este medio aquella porcion del hombre viciada y corrompida por el pecado de Adan.»

Pero la carne no es mas que una vestidura del alma: el preso y nó la cárcel es quien debe sufrir la pena: el libre albedrio se compone de inteligencia y voluntad, y ni la voluntad ni la inteligencia son carne. Así hablan los racionalistas cristianos, y confieso ingénuamente que son razones de gran peso. Sin embargo, considero en primer lugar que la herencia del pecado nos viene de padres á hijos y que esto no puede obrarse de otro modo sino por la sangre, puesto que el espíritu, creacion inmediata de Dios, no debe participar de tan triste legado sino desde el instante de su union al cuerpo humano. En segundo lugar considero que hay filósofos racionalistas que no están enteramente de acuerdo con su propia alma por la autoridad ilimitada que conceden á la razon. En esto son sin duda consecuentes. Agreguemos aun, que la filosofia mental llama espontáneos los movimientos internos que no proceden de la voluntad, en lo que tácitamente reconoce los impulsos orgánicos. No hay duda, es preciso concederlo, el cuerpo humano no es simplemente una vestidura del espíritu que lo engrandece y glorifica: el cuerpo humano tiene sus necesidades propias: ha menester alimento y reposo, abrigo y cuidados solícitos, y estas condiciones inherentes á su naturaleza mortal son hasta cierto punto independientes del espíritu, porque si la dependencia fuera absoluta, como los racionalistas de buena fé suponen, bastaria la actividad del alma, su actividad inmutable para mantener al individuo en accion constante sin necesida-

des físicas, que es como puede concebirse el cuerpo glorioso. Además ¿quién podrá negar que las facultades del espíritu decaen de actividad cuando está enfermo el cuerpo? Por el contrario, ¿quién podrá negar que muchas veces la salud es causa de incredulidad moral? Por ventura ¿no se vé claramente en estos hechos la influencia de lo físico sobre lo moral en la naturaleza del hombre? ¿El que tiene el vicio de la embriaguez no queda reducido á la condicion de una bestia? El estado anormal del cuerpo, y aun la misma salud, como he dicho, influye, pues, en el estado normal del alma; por consiguiente, debemos considerar nuestra constitucion física como algo mas que como el recinto de una cárcel.

Pero dice tambien la filosofía moral en boca del gran Ganganelli. «El hombre es todo, ó nada, segun la educacion que recibe,» á lo que responden las ciencias médicas por el órgano de sus mas hábiles profesores, «y segun su organizacion.»

Hé aquí en pocas palabras la causa de la disparidad de opiniones que se observa entre unos y otros: disparidad deplorable que ha hecho materialistas á muchos hombres sensatos. Dígalo, entre otros que pudiera citar, el célebre Broussais: díganlo sus numerosos prosélitos. En efecto, la filosofía mental y la filosofía moral jamás han pensado en ponerse de acuerdo con la anatomía y la fisiología, y de aquí han surgido siempre dificultades insuperables entre los filósofos y los profesores de las ciencias médicas. Pero por qué los filósofos han desdeñado tanto el cuerpo humano? Desconfian por ventura de poder enaltecer los preciosos atributos del alma si conceden algo al cuerpo? Creo por el contrario que las concesiones que hagan á la sustancia material orgánica, han de redundar en mayor gloria de la sustancia espiritual. Procure, pues, una filosofía desapasionada y sana conciliar estos extremos

investigando el punto de contacto que existe entre las dos naturalezas del hombre.

El principio de la vida, ó llámese la vitalidad humana, es sin duda alguna un gran misterio. Parece de todo punto imposible que el calórico y la electricidad, que tal vez sean los principales elementos que constituyen nuestro cuerpo, tengan poder para influir de algun modo en el destino del hombre; y sin embargo pudieran recogerse hechos numerosos de la batalla de la carne con el espíritu, empezando por nuestros mas piadosos cenobitas y acabando por los primeros monarcas de la tierra. Oigamos otra vez á San Pablo, uno de los escogidos de Dios. «De la materia provienen la disolucion, las enemistades, la idolatría y los homicidios, y del espíritu la caridad, la paz, la paciencia, la humanidad y la pureza. No se apague, pues, el espíritu; antes bien sustitúyase á la carne» (S. Pablo 1.^a á los Corintios y 2.^a á los Galatas). «Amad el alma, decian tambien los primeros cristianos, no mirando los cuerpos sino como una estatua, cuya belleza hace pensar en el escultor.»

En efecto, la voluntad del hombre es muchas veces contrariada por su organizacion, y hé aquí precisamente la gran importancia de la educacion moral, cuando con conocimiento de los conatos materiales opone en tiempo oportuno su benéfica influencia para modificarlos, atenuarlos ó extinguirlos.

Veamos lo que dice Mr. Hutin en su *Manual de la fisiología del hombre* acerca de los temperamentos.

«Se designan comunmente bajo el nombre de temperamentos diferencias individuales, que tienen su origen en el predominio relativo de ciertos aparatos orgánicos, y en la energía proporcional de los diferentes actos del cuerpo humano, capaces de modificar de una manera sensible toda la economía, y que imprimen á cada individuo

en salud ó en enfermedad una manera de ser y un sello particular en la manifestacion de sus fenómenos físicos y morales.»

Hé aquí un ligero extracto de la historia fisiológica de los temperamentos segun Mr. Rostan.

1.º Temperamento en que domina el aparato digestivo y sus dependencias. El hombre en el cual predomina este aparato es notable por la vivacidad de su apetito, la fuerza de su estómago y la rapidez de sus digestiones. No es menos digno de atencion por el desarrollo de su inteligencia: no conoce la moderacion: procede con audacia: sus pasiones son impetuosas.

2.º Id. en que dominan los aparatos respiratorio y circulatorio. Se caracteriza por la actividad de sus funciones y la fuerza de su pulso. La imaginacion risueña y animada, el entendimiento ligero: las impresiones se suceden con rapidez. El que está dotado de este temperamento, dice Richerand, es inconstante en el amor.

3.º Id. en que domina el encéfalo (masa nerviosa en la cavidad del cráneo). Fisonomía agradable y menlancólica: movimientos circunspectos: sensaciones vivas: pasiones eternas. El hombre así organizado es ambicioso de gloria; tiene una imaginacion al principio risueña y fecunda que con el tiempo se vuelve inquieta, lúgubre, pero siempre activa: su penetracion es prodigiosa.

4.º Id. en que domina el aparato locomotor. Las funciones orgánicas son de notable energía, muy desarrollado, entendimiento mediano: pasiones frias. Hay sin embargo escepciones. Platon despues de haber vencido en la arena llegó á ser el mayor ingenio de su tiempo. Hipócrates parece haberse hallado en el mismo caso.

Sigue el temperamento del aparato genital en que hay deseos amorosos que renacen sin cesar, imaginacion libidinosa etc. cuya exaltacion es mas comun en el bello sexo.

Después el caracterizado por la atonía de todos los aparatos, que hace al hombre indolente y sin pasiones: es poco apto para los placeres y la virtud le es fácil. En fin, el desarrollo de los diferentes aparatos orgánicos, es lo que llama Mr. Rostan una constitucion *fuerte* por la estabilidad de la salud.

«Todas las diferencias individuales que acabamos de estudiar, añade Mr. Hutin, pueden ser originales ó adquiridas. Es muy cierto que los padres transmiten á sus hijos por la generacion sus semejanzas físicas y morales.»

No estoy en manera alguna conforme con las ciencias médicas en que por la generacion se transmitan las semejanzas morales. Este es en mi entender un extremo opuesto al de los filósofos citados que niegan al cuerpo toda función que pueda rozarse con el alma. Lo que sí creo es que los hijos heredan muchas veces las lesiones orgánicas de sus padres, como tambien su temperamento, es decir, una organizacion semejante, la cual hace que el alma ejecute ciertas funciones análogas. Pero aun así y todo el ejemplo que se recibe en la niñez es el que principalmente decide del destino del hombre, porque siendo poderosa una buena educacion para cambiar los temperamentos, es claro que las inclinaciones naturales pueden modificarse en su origen y mucho mas los conatos físicos.

Pero es indispensable reconocer tambien que no todas las organizaciones humanas se prestan para el logro de los mismos fines. Aparte de aquellas almas privilegiadas, que crea la omnipotencia divina para que incorporadas en la tierra á la materia en el mismo momento de empezar á organizarse, formen á los grandes hombres, yo creo que el alma humana, considerada en general, encierra en sí los mismos atributos. Sin embargo, en identidad de temperamento, hay hombres que descuellan por sus sentimientos, otros por su imaginacion, quien por su memoria,

quien por su entendimiento, mientras que otros hombres en nada se distinguen; y no solo hay hombres que puedo llamar vulgares, mas tambien los hay rudos, estúpidos, así como hay lisiados de todos los miembros. Pues bien, el alma de un estúpido es en mi sentir de tan buenos quilates como la del hombre de gran entendimiento, pero su organizacion imperfecta y tal vez acompañada de un mal régimen, y falto de educacion, no le ha permitido su desarrollo intelectual. Es preciso no poner en duda los vicios de conformacion ni las lesiones en todo lo que se separe de lo comun de los hombres, porque como dice Amariah Brigham, en sus *Observaciones sobre la influencia de la cultura del entendimiento y de la escitacion mental en la salud*, con ocasion de la demencia: «El cérebro considerado como un todo es el instrumento por el cual el alma obra. La enagenacion mental prueba tambien esta verdad, porque semejante enfermedad es el resultado de una lesion en este órgano, y no es como se podria suponer una afeccion de la inteligencia. Aunque la lesion sea imperceptible, existe sin duda alguna en este caso, porque si el desórden del espíritu pudiera tener lugar independientemente de las enfermedades corporales, este hecho destruiria el principio de inmaterialidad é inmortalidad, porque lo que puede menguar puede tambien morir.»

«La filosofía, dice á su vez Mr. Dupaty, ha sido injusta en no descender mas profundamente en el hombre físico, porque allí es donde el hombre moral está oculto.» Y añade Amariah Brigham estas notables palabras: «El espíritu, aunque sea inmaterial é indestructible, está sin embargo unido á un cuerpo material del que depende el vigor y la fuerza de la inteligencia.»

Oigamos ahora á otro hombre eminente: «En tanto que se ignore que en la vida el alma obra con la ayuda de los órganos materiales; en tanto que el falso sistema

de filosofía que rige desde Platon hasta nosotros considere el espíritu como un ente aparte en el que la materia no puede influir ni tener conexión alguna, no se podrá concebir ningún plan razonable de educación, ni ningún medio verdadero de conservar el cérebro en un estado normal.» (Mr. Roberto Macnish).

«Si el cuerpo hiciese comparecer al entendimiento ante un tribunal de justicia por los daños que le ha hecho sentir, se encontraria que el entendimiento habia sido un huésped ruinoso para su dueño.» (Ensayos de Plutarco).

Puesto que la Escritura, la trasmision del pecado original de padres á hijos, y las ciencias médicas están de acuerdo en que el cuerpo del hombre no es una simple vestidura del alma, parece natural querer inquirir su mútua influencia, porque aquella filosofía se acercará mas á la verdad, que busque, por decirlo así, el unison de las dos sustancias opuestas que constituyen al hombre.

Al soltar esta última reflexion me parece oir la voz de un racionalista que quiere interrogarme.—Decidme, ¿cuál es el *yo* humano?—Pudiera responder sencillamente que el hombre, puesto que el alma y el cuerpo forman su integridad; pero soy espiritualista por conviccion, nó por sistema, y respondo categóricamente. El *yo* humano es el espíritu.—¿Y cómo podeis compaginar la libertad del espíritu con la influencia de la carne?—Respondo lo primero, que la verdadera libertad del espíritu está en el camino del bien, al paso que en el camino del mal está la esclavitud verdadera. Respondo lo segundo, que toda virtud supone lucha y que á mayor lucha consigo mismo y con la carne, mayor victoria para el espíritu: mas depurada y limpia será su virtud.—En efecto, sepamos lo que han alcanzado hasta ahora las ciencias respecto de la correspondencia recíproca del espíritu con la materia, ya que

acabamos de establecer que esta felizmente en nada deprime el libre albedrío del hombre.

El doctor Español Spallarossa, pulsista famoso, en un libro que consagró al estudio de su especialidad, se espresa en estos términos: «Tres géneros de fuerzas concurren á la vida del hombre: las fuerzas animales, que traen su origen de la parte espiritual: las naturales, cuya causa es la electricidad, y las vitales que dependen de la organizacion ó estructura y se llaman tambien fuerzas orgánicas.» Y luego añade: «Existe en nosotros un ente de naturaleza no conocida, motor de la materia con quien está unido, y por quien es solicitado y escitado á los movimientos necesarios al todo. Porque no podamos investigar la naturaleza de este ente, que llamamos alma, no podemos negar su existencia, así como ninguno ha negado haber materia, sin embargo de que no es posible conocer cabalmente, y esplicar de un modo adecuado lo que es la materia misma, siendo tan clara la existencia de las sustancias materiales. En el hombre, pues, concurren estas dos sustancias, material y espiritual, cada una con sus facultades particulares, diversas y distintas entre sí, pero que tienen mútuas relaciones, siendo la vida del hombre *un resultado de la mútua accion y reaccion* de estos dos géneros de facultades. El vínculo que une á estas dos facultades y el modo que emplean para ejecutar este recíproco comercio activo y pasivo es un misterio para la humana capacidad siempre superior á nuestro discurso.»

Admitida la teoría médica de que el hombre es un conjunto de tres fuerzas llamadas animales, naturales y orgánicas, porque de no admitirla se sigue la imposibilidad de esplicar los fenómenos constitutivos y funcionales, veamos ahora si estas condiciones de su naturaleza, menoscaban en algo el principio espiritual. Creo por el contrario que el alma humana tanto mas se enseñoreará del

cuerpo en que está ingerida, cuanto mas libremente pueda hacer uso de sus facultades morales é intelectuales, porque si bien debe contribuir poderosamente al sosten de las fuerzas naturales y orgánicas, así como estas prestando vigor al cuerpo la auxilian y favorecen, su principal objeto, su naturaleza, su destino es desdeñar lo perecedero como criada para lo inmortal y eterno.

Pero los filósofos racionalistas cristianos temen sin duda hacer concesiones á la materia, nó ya porque esta teoría ataque directamente la libertad del hombre, puesto que hemos probado lo contrario, sino porque en su fé sincera creerán dar armas á los materialistas para que concluyan diciendo que el hombre es un ser puramente material. Respondo lo primero á este propósito, que nadie hace mayores concesiones á la razon (facultad puramente espiritual) que los mismos materialistas y aun los deistas, pues que pretenden nada menos que medir con ella lo infinito. Digo en segundo lugar, que los que juzgan de Dios y de sus obras sin el apoyo de la verdadera Religion están juzgados por sí mismos; por consiguiente conceder cualidades importantes á la materia es reconocer en su naturaleza inerte la mano poderosa del Criador. Fuera de eso, ¿no hay germinacion, no hay virtud vegetativa en las plantas, y sin embargo carecen de espíritu? Los cuerpos de la naturaleza están sujetos á varias leyes, la atraccion, la repulsion, la cohesion, la composicion etc.; los fluidos tienen sorprendentes propiedades, y ninguna de estas leyes, ninguna de estas propiedades ha podido formarse á sí misma: todas han sido efectos de una causa primera. ¿Por qué, pues, hemos de dudar de que el cuerpo humano, compuesto de varios elementos, que necesita el riego de la alimentacion; pueda desenvolverse á beneficio de sus fuerzas propias, mayormente cuando le está unido un espíritu imperecedero que le infunde su virtud animal viviente? Mas, todavia.

La industria humana ha llegado á construir máquinas enormes, que teniendo el fuego por agente caminan y navegan con la celeridad del rayo. Y el Ser todopoderoso ¿no ha de haber podido dar movimiento al cuerpo humano por medio de un agente natural? Pero tal vez no pudiera sin faltar á su principio inmutable, sin dejar de ser eterno en sus decretos, dar á la materia los atributos del espíritu, porque esta sustancia es respecto de aquella lo que en buena lógica es la afirmacion respecto de la negacion. Dios es espíritu puro, perfectísimo, y sus relaciones de amor, de inteligencia con el hombre no han podido establecerse sino por medio de otro espíritu proporcionado á la naturaleza humana. La materia no puede sentir ni pensar, ni producir ningun acto que no sea puramente mecánico. Y hé aquí por qué soy tambien de parecer que los brutos están dotados de un espíritu quizás en parte análogo al alma racional, pero de un orden sumamente inferior, puesto que solo son susceptibles de producir algunos actos de inteligencia entre sí y con el hombre, pero nunca respecto de su Autor omnipotente.

Creo en verdad que cualquier hombre descreido que contemplase con debida atencion el cuerpo humano, se persuadiria de que era una obra maravillosa físicamente considerado. Y una vez escitado el sentimiento de admiracion, pudiera responderse de que acabaria por adorar al Criador. En efecto, ¿qué hombre de buena fé no admira la sabia economía que se observa en el cuerpo humano? Prescindamos, si se quiere, del hombre interior, que es precisamente donde mas debe admirarse: prescindamos del primor del obrero que construyó los aparatos respiratorio, digestivo, circulatorio etc.: de su precision y habilidad para fabricar la masa nerviosa del cérebro: prescindamos de los músculos, tendones, venas, arterias, vasos etc. y del admirable sistema nervioso; prescindamos, en fin, de las principales ma-

ravillas que encierra el cuerpo humano bajo la jurisdiccion del escalpelo: nosotros no vamos ahora á ser espectadores de una diseccion anatómica, que sea dicho de paso, es donde algunas escuelas médico-quirúrgicas han creído haber estudiado á todo el hombre, cuando no han contemplado mas que su cadáver: no vamos á escuchar tampoco una disertacion fisiológica: nos basta el hombre exterior para admirar y adorar en él á su Escultor soberano. Detengámonos aquí un breve instante y observemos.

El exterior del hombre es mucho mas hermoso y mas aventajado que el de otro animal de cualquier especie. Es mucho mas hermoso, porque si bien todos los animales terrestres, acuátiles y volátiles tienen el sello de perfeccion necesario para desempeñar sus funciones en el gran teatro del mundo, conforme á los designios de Dios, las proporciones del hombre físico lo engalanan con el tipo de la verdadera belleza, siendo maravillosa la agilidad de sus miembros, la soltura de sus ademanes, la gracia y expresion de sus gestos y la pasion de que sus afectos lo revisiten. Es mucho mas aventajado, porque á ningun animal le es dable salir del reducido círculo comun á su especie, al paso que el hombre por la escelencia de sus facultades físicas amolda su naturaleza á todo cuanto quiere obrar. ¿De dónde, pues, dimana esta superioridad respecto de todo lo criado? Dimana del conjunto de sus formas, es decir, de la perfeccion relativa con que Dios colocó todas y cada una de sus partes en aquel lugar de su cuerpo que le hiciera apto para ser superior á todos los demás vivientes. Empezando por el rostro, qué deduccion podemos hacer de que la nariz se halle debajo de los ojos, la boca debajo de la nariz y las orejas á los lados guardando proporcion con aquella? En primer lugar deducimos la belleza, pues si suponemos un rostro que tenga trocadas sus facciones resultará una deformidad espantosa. En segundo

lugar deducimos la sabiduría con que han sido colocadas, porque si la boca estuviese en la frente, no pudiéramos saborear los manjares, careciendo de la combinacion del paladar con el olfato, ni tampoco pudiéramos introducirnos los bocados sino á costa del aseo y limpieza tan necesarios para escitar nuestro apetito. Si los ojos no tuviesen párpados no pudiéramos soportar la luz, y si los párpados careciesen de pestañas no tendríamos defensa contra el polvo y la humedad. Otra maravilla se observa tambien en las facciones del rostro, pues las mas de ellas desempeñan á lo menos dos funciones diferentes. Solo la barba es una faccion, digámoslo así, de ornato, pero que contribuye mucho á la belleza. Nos sirven los ojos para ver, para pintar los afectos de nuestra alma, y para desahogar las angustias de nuestro corazon por medio del llanto: la nariz nos sirve para respirar, para oler y para descargar la pesadez de la cabeza por medio de la destilacion. La boca tiene las herramientas que ha menester para la masticacion, que es como si dijéramos que los alimentos llegan al estómago medio digeridos ya para facilitar la nutricion. Este órgano es muy digno de parar mientes, pues por medio de la lengua humedecida con el fluido que la baña, á la manera de un manantial que nace al pié de un árbol, pronunciamos palabras para espresar nuestros pensamientos y afectos y nos ponemos en relaciones con todos nuestros semejantes. Tenemos á los lados los oidos, no solo para que se hallen en armonía con nuestro órgano vocal, sino tambien para que nos adviertan los peligros que nos rodean. En prueba de esta verdad basta observar la cautela que usa el ciego para disponer de sí mismo. Nuestro sentido mas estenso es el de la vista por el horizonte que abraza durante el dia, así como en la oscuridad de la noche nos es de mas utilidad el del oido. Sigue á este el olfato y por último el paladar y el tacto. La frente

del hombre es una de sus facciones mas importantes: es por decirlo así el cielo de su rostro, puro ó sereno, nublado ó lleno de tempestades. Las cejas son dos pequeños arcos que dan sombra y armonía á la luz de la frente, y que al mismo tiempo espresan ya virtudes, ya pasiones, en su dilatacion ó contraccion. Son un objeto de mucho estudio para el filósofo fisonomista. La dignidad del hombre se retrata sobre todo en su frente coronada de abundante cabellera, así como la magestad y la virtud la espresa mejor una frente algo mas dilatada. Pero el hombre no pudiera contemplar la naturaleza, ni cuanto pasa en su rededor si no anduviese en dos pies. Los pies á su vez nos fueran inútiles, si no tuviéramos en ellos dedos y articulaciones que facilitasen el movimiento del cuerpo. Ni este movimiento llegaría tampoco á practicarse con celeridad ni con regularidad si las piernas careciesen de rodillas. Las piernas en sus contornos van de mayor á menor, no solamente porque tienen que apoyar el tronco del cuerpo, á manera de columnas, sino tambien para poder ejecutar sus movimientos, pues basta recordar la pesadez y entumecimiento de las piernas hinchadas, á causa de su mayor volúmen. El tronco del cuerpo tiene en la parte inferior las oficinas indispensables para ciertos usos, por ser el parage mas distante de nuestros sentidos y mas oculto á los ojos del pudor. El tronco del cuerpo tiene por detras la redondez necesaria en las caderas para robustecer las piernas y contrapesar su volúmen, y por delante el espacio que ha menester para contener la masa intestinal etc. Adelgaza en la cintura para dar al cuerpo esbeltez y agilidad, y vuelve á tomar mayor estension por la espalda y el pecho para prestar brios á los brazos y encerrar nuestro aparato respiratorio. El pecho de la muger es una de las grandes maravillas que se observan en la naturaleza humana. Se divide en dos partes exactamente iguales, re-

dondas, finas y tersas con dos pequeñas prominencias sabiamente colocadas en su centro. Cuando la muger llega á ser madre este es el receptáculo que la divina Providencia ha destinado, como manantial de vida para que pueda alimentar á su tierno hijo con un licor tan suave como sabroso, capaz de robustecerle sin perjudicar lo delicado de su complexion. Los brazos tienen tres coyunturas: una es la que se halla anexa al hombro ó tronco del cuerpo: otra en el centro para poderse doblar y mover á su sabor; y la tercera es la que lo une á la mano. ¡La mano! ¡ah! ¿quién es capaz de no adorar la sabiduría del Criador al contemplar la mano del hombre? Ese tegido maravilloso de la mano terminado en cinco dedos desiguales entre sí, y cada uno de ellos con tres articulaciones, escepto el pulgar que nó tiene mas que dos, es el gran instrumento del hombre para obrar prodigios sin cuento. ¿Qué no debe el hombre á su mano? ¿Y qué nó debe la mano al Ser que la formó? Ella levanta los palacios y las ciudades, beneficia y embellece los campos: ella produce esos castillos flotantes que navegan de uno á otro polo: á ella se deben todos los primores de la industria; ella es el alma de las artes liberales, como son la pintura, la escultura, la música instrumental: ella ha trazado los signos que puestos en combinacion componen los numerosos idiomas y dialectos que se hablan en el globo: ella nos defiende en los peligros, ejecuta las hazañas, nos preserva de muchos males, provee á nuestra subsistencia, á nuestro aseo y hasta nos lleva á la boca el alimento; y ella, finalmente, por medio del tacto nos proporciona placeres esquisitos. Si el hombre, pues, careciera de estos miembros, si en vez de sus manos tuviera el casco del caballo ó las garras del leon, ciertamente no hubiera podido hacer un uso tan maravilloso de sus facultades intelectuales. Pero todo está en armonía en la obra maestra del Criador. El hombre in-

telectual existe á la altura elevada en que se halla, porque el hombre físico se ha prestado á poner en ejecucion hasta sus mas atrevidos pensamientos.

No quiero pasar en silencio una particularidad notable. La estructura de la muger no está muscularmente desarrollada como la del hombre fuerte, pero en cambio hay en ella mas delicadeza y redondez. Todo el mundo sabe que la figura geométrica mas bella es el círculo; pues bien, la muger bella describe círculos en su cabeza, su rostro, su garganta, sus pechos, sus brazos, su cintura, sus piernas: es, pues, un conjunto de anillos misteriosos con que forma la cadena que aprisiona el corazón del hombre.

Juzgo que todas estas observaciones son de suyo suficientes para despertar la admiración del materialista, porque ¿no se revela en el hombre exterior un designio sabiamente llevado y concluido? El acaso, el azar, la naturaleza puede formar este conjunto armonioso? ¿este ser que tocando la tierra la desdeña para mirar de frente al cielo? No ciertamente. Una causa sobrenatural es la que obra tantas maravillas, porque hay que notar todavía que todas las observaciones del filósofo recaen siempre sobre hechos consumados. El hombre, pues, no ha podido fabricarse á sí mismo. Hay Dios, que es su padre y su Autor, y el que reconoce á Dios en sus hechuras es porque así lo siente su alma. Luego el hombre también tiene un alma, porque lo puramente material no puede en manera alguna concebir lo espiritual: el hombre, pues, tiene un alma espiritual.

«¿Qué es todo este mundo visible, dice el Ciceron español, nuestro Fr. Luis de Granada, sino un grande y maravilloso libro que vos, Señor, escribiste y ofreciste á los ojos de todas las naciones del mundo? ¿Qué serán todas las criaturas de este mundo tan hermosas y acabadas,

sino unas como letras quebradas é iluminadas, que declaran bien el primor y sabiduría de su Autor? Y porque vuestras perfecciones, Señor, eran infinitas y no podia haber una sola criatura que las representase todas, fué necesario criarse muchas, para que así á pedazos, cada una por su parte nos declarase algo de ellas. De esta manera las criaturas hermosas predicán vuestra hermosura, las fuertes vuestra fortaleza, las grandes vuestra grandeza, las artificiosas vuestra sabiduría, las resplandecientes vuestra claridad, las dulces vuestra suavidad y las bien ordenadas y proveidas vuestra maravillosa Providencia. ¿Quién, Señor, no se fiará de vos con tantos abonos? ¿quién no creerá á tantos testigos? ¿quién no se deleitará de la música tan acordada, de tantas y tan dulces voces que por tantas diferencias de tonos nos predicán la grandeza de vuestra gloria?... Gran jornada es subir por las criaturas al Criador, y gran negocio es saber mirar las obras de tan gran maestro, y entender el artificio con que están hechas, y conocer por ellas el consejo y sabiduría del Hacedor.»

Pero, ¿cuál es la entraña ó el órgano que sirve al alma de morada? Este es uno de los muchos misterios cuyo conjunto forma la dualidad humana. Diré sin embargo que la fisiología reconoce como causa principal de la actividad cerebral la impulsión del corazón. Esta noble entraña ha sido siempre tenida por el centro de nuestras facultades afectivas, aunque la frenología establece su residencia en el centro del cérebro. Véase lo que dice acerca del corazón el sábio médico Mr. Lauvergne en su excelente obra *De la agonía y muerte*.

«El cérebro y el corazón son dos órganos misteriosos sobre los cuales los siglos pasados, presentes y futuros no dirán nunca lo suficiente, y que permiten todas las utopías posibles al que quiera hacer comprender sus fun-

ciones. Nosotros creemos en las oscilaciones del alma súbitas y alternativas entre el cerebro y el corazon y vice versa. El corazon es un órgano psicológico del que se tiene la costumbre de unir las funciones á las del entendimiento, mientras que algunas veces es bastante poderoso para encadenarle y sustituirle á sus voluntades. Son solidarios el uno y el otro, y por su concurso se completa la humanidad.»

Si siempre ha de ser un misterio para nosotros la correspondencia recíproca del cerebro con el corazon, y vice versa, es en vano indagar el sitio en que el alma tiene su guarida, debiendo mirar con la debida prevencion las opiniones de algunos filósofos que la han colocado ya en el diafragma, ya en el centro del cerebro, Pero, ¿por qué el alma no ha de residir en todo el cuerpo, por mas que haya centros nobles en que obre con mayor eficacia? Además, si los efluvios del cuerpo humano forman en torno nuestro una atmósfera invisible, pero indudable, semejante á la que rodea la tierra, por qué el alma no ha de estar en nosotros y ceñirnos juntamente con una aureola invisible é impalpable pero espléndida? Por ventura está bien analizada la causa de la simpatía? Así como la física reconoce en los cuerpos la fuerza de la atraccion, tal vez por el contacto de una corriente misteriosa que se destaca entre ellos ¿por qué las almas humanas en condiciones de semejanza, respecto del desarrollo de sus atributos divinos, no han de acercarse mutuamente en la via de la virtud mucho antes que los cuerpos? ¿Se ha estudiado suficientemente en los ojos, por ejemplo, la mirada de la virtud y la mirada de la pasion? La primera siempre atrae al alma, porque es de origen divino: la segunda puede atraer los sentidos, pero el alma casi siempre la repele. La verdadera simpatía procede, pues, de una causa honesta, noble, grande, es decir, procede del sentimiento

del alma; en tanto que el atractivo de la carne no escita la simpatía sino el calor de la pasión favorecido por las fuerzas orgánicas. La simpatía, principio de un puro amor es propiedad del ángel: la pasión, desorden del apetito carnal, es propiedad del bruto.

Salustio, citado por San Agustín, dijo que: «El ánimo la tenemos comun con los dioses y el cuerpo con los brutos.» Y el mismo gran Doctor, en otro pasaje de la *Ciudad de Dios*, establece que: «Dios crió la naturaleza del hombre en alguna manera media entre los ángeles y las bestias.» Estas citas que agrego aquí de propósito para robustecer la definición que he adoptado del hombre, según Bossuet, dan lugar á concluir que nada disminuye la libertad moral del hombre porque el cuerpo sea algo respecto del alma; pero que aumenta sí, considerable é indefectiblemente la responsabilidad de los padres para con sus hijos respecto de su régimen de vida y de su educación, égida verdadera para salir triunfante de la lucha de las pasiones. Otra prueba concluyente de que el cuerpo es algo respecto del alma se encontrará si se observa que aquel muere, por enfermedad comunmente, á despecho de la voluntad humana. Muchos médicos están contestes en creer que hay en el suicida enágenación mental. El mismo Jesucristo, en cuanto hombre, exclamó: *Triste está mi ánimo hasta la muerte*, en el momento en que iba á dar principio su cruenta pasión, tal vez para demostrarnos la estrechez del lazo que une el espíritu á la carne. «El alma y el cuerpo, dice Bossuet, forman un todo natural. Como el hombre no es una naturaleza puramente inteligente, sino una naturaleza inteligente unida á un cuerpo, necesita de los sentidos. Estando unida al cuerpo, el buen estado de este debe constituir una parte de felicidad de aquella, y para perfeccionar la union, es necesario que la parte inteligente mire por el cuerpo que le está unido.»

En efecto así como es de la naturaleza divina ser Padre, Hijo y Espíritu en una misma sustancia, el hombre tiene en su naturaleza ser dos en uno, espíritu y carne. Por eso el cuerpo humano, que resucitará el día del juicio *hermoso y glorioso ó feo y abominable*, según los merecimientos del espíritu, está llamado á participar de la recompensa ó de la pena, del mismo modo que una esposa comparte las alegrías é infortunios de su consorte.

La ascension del Salvador del mundo testificada por todo el Apostolado y por numerosos fieles fué en espíritu y carne, á fin de que el cuerpo que habia sufrido tan cruento martirio entrase á participar de los bienes del cielo.

En resolucion, el hombre es un ser compuesto de dos sustancias: una espiritual, que es el alma: otra material, que es el cuerpo. La primera procede de lo increado, que es Dios: la segunda, si bien de origen divino, procede de la corrupcion, que es el sello del pecado. Por eso el hombre es una mezcla de grandeza y de miseria; rey destronado, según el profundo Pascal.

El alma encierra como potencias activas:

El sentimiento, fuente de todas las intuiciones elevadas que nos ponen en comunicacion directa con el Criador. Su carácter distintivo es la verdad eterna, la vida inmortal.

Las virtudes, que nos hacen gratos á los ojos de Dios, por el bien que resulta al prógimo de su ejercicio, y á nosotros mismos por nuestra perseverancia. Su carácter distintivo es la verdad moral, que conduce á la verdad eterna.

La voluntad, que es la que impele las mas veces al hombre. Esta potencia está mas íntimamente unida con= Las facultades intelectuales, ó sea la inteligencia que las comprende todas, siendo la principal la razon.

La voluntad y la inteligencia, pues, obran de consuno en el libre albedrío del hombre ó sea en la eleccion del bien y del mal; al paso que el sentimiento, como potencia íntimamente consagrada á Dios, obra siempre en el círculo del bien. El carácter distintivo de la voluntad y de la inteligencia es la verdad y el error científico, la verdad y el error naturales (1) y la duda, ó sea el límite que separa el bien del mal, y la verdad del error, ó vice versa.

Facultades pasivas.

La memoria, que si bien es una facultad intelectual, hace veces de libro de nuestra historia y de nuestros conocimientos.

La sensibilidad, facultad por la cual experimenta el alma el placer y el dolor.

El principio de soberbia que contiene el alma humana resulta de la union estrecha de la voluntad con las facultades intelectuales infiltradas en

El cuerpo humano. Este es un compuesto de las fuerzas naturales y orgánicas. Obra de una manera mecánica segun su temperamento, favoreciendo é irritando las pasiones, ó bien modificándolas ó sojuzgándolas, segun la educacion del espíritu que lo anima. Sus caracteres distintivos son: salud ó equilibrio: enfermedad heredada ó adquirida por exceso ó defecto: la muerte.

De esta teoría se desprende que el hombre es susceptible de descubrir la verdad eterna y la verdad moral, que residen en lo íntimo de su alma, así como de adquirir la verdad científica y la verdad natural. Las dos primeras por el ministerio del sentimiento: las dos últimas por el ministerio de la razon.

(1) Llamo verdad natural á la certidumbre de todos aquellos hechos, comunes en la vida, que no constituyen principios capaces de conducir á las ciencias.

Las verdades de sentimiento son absolutas.

Las verdades de razon son relativas.

Por eso las primeras están exentas de error.

Por consiguiente, cuando el hombre cultiva la razon desdeñando el sentimiento, aquella facultad como limitada puede conducirlo al error en el interés de sus sentidos ó de sus pasiones. Por el contrario, cuando cultiva mas el sentimiento que la razon, descubre la verdad eterna sintiendo lo infinito de Dios, y lo inmortal de su espíritu. Pero ni el uno ni el otro es enteramente el hombre, segun los designios soberanos. El hombre verdadero, el hombre que propiamente puede llamarse imágen de Dios, es el que cultivando su sentimiento y su inteligencia ama, eleva ó hace brillar la verdad científica teniendo por base la verdad eterna.

CAPITULO VI.

DEL ALMA HUMANA.

„La sabiduría alabaré su alma y
se honrará en Dios.“

Eclesiástico, c. 24, v. 1.º

Si el espíritu de Dios llena el espacio infinito, porque es infinito en bondad, en poder y en sabiduría, es fácil deducir de aquí que cuantos vivientes pueblan los innumerables mundos que giran en el universo están animados por su espíritu divino. Pero la inmensa cadena de los seres ha sido formada de eslabones sin cuento, y cada eslabon encierra un profundo misterio, porque está decretado desde abeterno que el hombre sienta lo infinito, pero que no comprenda todo lo que siente por la estrechez del vaso que lo contiene á él. Sin embargo, haciendo uso de nuestro limitado entendimiento, diremos que el universo está ceñido con un velo de amor. Todo el reino animal lo siente á su manera, y en especial las aves lo espresan con sus dulces conciertos: el mismo reino vegetal se enamora y prodiga como en holocausto sus esquisitas esencias: hasta los cuerpos inanimados, cumpliendo la ley de la atraccion, parece que nos hablan de la bondad del Artífice supremo.

Así Dios está en todo lugar en espíritu animando y conservando todas sus hechuras, y solamente para el hombre, que es su ser predilecto y mas querido, está juntamente en cuerpo, por medio del pan sagrado, en el profundo misterio de la transustanciación. Este signo de infinito amor solo ha sido reservado para aquel cuyo espíritu hizo Dios á su imagen y semejanza. El rey profeta dijo (Salmo 110 y en otros llamados eucarísticos por los santos padres de la Iglesia) que «el Señor Dios de las misericordias habia formado el compendio de todas sus maravillas preparando un manjar para aquellos que le temen.» Oráculo profundo que se cumplió muchos siglos despues en la institucion del Sacramento de la Eucaristía. La poesía mas sublime jamás hubiera podido inventar este rasgo de infinito amor sin una inspiración divina. Un ilustrado escritor dice á este propósito que Santo Tomás cuenta sesenta milagros obrados en este solo sacramento. «¿No quiere probar esto, añade, que el fuego del amor divino ha bajado á la tierra para encender nuestros corazones? Ah! en este banquete celeste, reduciéndose por nosotros á un estado de muerte mística, nos dá su cuerpo adorable para servir de alimento á nuestras almas, y su sangre preciosa para que sea el néctar y la prenda de nuestra gloriosa inmortalidad. ¿Pero cuándo nos dió esta rica y soberana prenda? Nó en los dias felices en que Israel escuchaba dócil los oráculos de su sabiduría, sino en la víspera del dia mismo en que iba á ser inmolado por el hombre!...» Tan infinita misericordia no puede haber sido obra sino de un Dios infinitamente perfecto en el atributo de su bondad. Tal es el carácter divino del cristianismo.

Si Dios, pues, anima todo lo que ha criado, y si con su propia sustancia nutre y fortifica el alma del hombre, preciso es que este espíritu glorioso encierre preciosísimos atributos. «Yo siento, dice Mr. La Mourette, que es

necesario un Dios para llevar un corazon tan grande como el que ha dado al hombre.» «El carácter del Evangelio, dice en otro lugar, es convertir nuestra debilidad en la fuerza de Dios participando de su sustancia inmortal.» — «¿Quién podrá referir, Dios mio, los milagros de vuestra sabiduría, y la alteza de vuestros designios sobre el hombre? *Hagámosle, digisteis, á nuestra imagen y semejanza.* Del fondo de vuestra virtud sacásteis aquel rayo de luz que da movimiento y facultad de pensar á la nada, y hace de una masa fria un adorador del Dios vivo. ¡Qué espectáculo! Hé aquí á Dios conocido fuera de sí mismo; y cómo la nada, despues de un silencio eterno, contempla la grandeza de su gloria y publica las maravillas de su poder.»

«El hombre, dice Young en su libro intitulado *El sabio en la soledad*, ocupa en el plan de la divinidad la esfera que tiene entre las cosas criadas. Si es la criatura mas distinguida de la tierra, tambien lo es á los ojos del ser que todo lo conoce. Capaz de disfrutar de una dicha mas sublime que la de los animales, tambien está destinado á una felicidad mucho mayor. Capaz de inmortalidad, una vez que está en estado de deseirla, debe esperarla de su virtud por lo mismo que la puede gozar.» «Quién se atreveria á pensar, dice en otro pasage, que toda la grandeza del hombre, todo el conocimiento de que es capaz, todos los nobles deseos de su corazon y todas las inmortales esperanzas de que está poseido fuesen reducidas para siempre á la triste suerte de servir de pasto á los gusanos que van arrastrando sobre la tierra? ¿No seria esto herir con un tiro solo á Dios y á los hombres?»

«Todas las sensaciones físicas son en sí mismas testimonios de nuestra miseria, dice Bernardino de Saint Pierre; un gusano nace en la abundancia en el seno de un fruto: halla en seguida en sí mismo de qué hilarse una tela que le sirva de envoltura: despues se trasforma en mari-

posa brillante para perpetuar su especie entregándose al amor sin cuidado y sin remordimiento; mientras que el hijo de un rey nace desnudo entre lágrimas y gemidos, necesitando siempre del socorro ajeno, y hallando en sí mismo á su mayor enemigo. Ah! si no fuéramos todos mas que hijos del polvo, valiera mil veces mas venir á la existencia bajo la forma de un insecto que bajo la de un emperador. Pero el hombre ha sido abandonado á la última de las miserias á fin de que recurra sin cesar á la primera de las causas.»—«El sentimiento, dice el propio autor, nos prueba mejor que la razon la espiritualidad é inmortalidad de nuestra alma, pues mientras la segunda nos propone la satisfaccion de nuestras pasiones mas groseras, puesto que no hay pasion que no tenga su razon, el primero es siempre puro en sus deseos.»

Las citas que anteceden no nos dejan duda alguna de que el hombre encierra en si mismo una sustancia espiritual é inmortal, don preciosísimo de la bondad infinita del Criador destinado á una felicidad sin fin, á trueque de que sepa vencer el mal durante una corta vida. Pero por ventura ¿sabemos qué es el alma? Locke va á respondernos: «Si la sustancia del alma nos es desconocida, dice, no lo es menos la del cuerpo.»—«La idea de la sustancia espiritual es por lo menos tan clara como la de la sustancia corporal. — «La cohesion de las partes sólidas en el cuerpo es tan difícil de concebir como el pensamiento en el alma.»—«El poder de comunicar el movimiento por impulsión, que pertenece al cuerpo y el de producirlo por el pensamiento, que pertenece al alma, son igualmente ininteligibles.»—«La noción de un espíritu no encierra menos dificultad que la del cuerpo.»

Pero la noción del alma es aun mas clara que la del cuerpo, pues este no se conoce sino por sus sentidos exteriores, que las mas veces nos engañan, en vez de que

conocemos el alma por un sentido íntimo, invariable é incapaz de error. Así debemos tener un sentimiento mas vivo de nuestra alma que de nuestro cuerpo, pues nadie que entre en sí mismo puede dudar de la existencia del alma que siente y piensa en él. La duda misma, como decia Descartes, es una prueba evidente de este ser.

«Las sensaciones, las ideas, los juicios, las voliciones, dice un autor, no son susceptibles de division. La materia es divisible por su estension; luego no son materiales.» «El calor, la duracion, el sonido, la blancura, tienen partes como modos de la materia, pero como modos de nuestra alma no tienen partes.»—«La naturaleza y la inmortalidad de nuestra alma, añade, no pueden probarse por las luces de la razon, y mientras la consultemos á ella sola no hallaremos sino lo mortal y lo perecedero.

El alma cuya inmaterialidad conocemos por los sentimientos y por la inteligencia se une íntimamente con el objeto de su deseo, sin que la distancia, el tiempo, el tamaño ni otra causa alguna puedan impedir esta union. Cuando el alma lo quiere se hace, y en un instante recorre todo el mundo. ¿Quién no reconoce en esta actividad prodigiosa la espiritualidad del alma? El cuerpo se convierte en nuevas sustancias por la traspiracion, el alimento, las enfermedades, la edad, y puede ser privado de uno ó mas de sus miembros, sin que el alma padezca mudanza alguna. Si hubiera un hombre á quien hubieran retratado al nacer y cada año de su vida hasta la decrepitud, ¡cuántos individuos diferentes se creeria ver en la numerosa coleccion de sus retratos! Algunos parecerian hermanos mayores de los otros, pero en su conjunto se observaria desde el tatarabuelo hasta el tataranieto, sin que se creyese sin embargo que aquellos retratos correspondian á una misma familia: mas bien se verian familias diferentes sin punto de contacto unas con otras. Pues mayor es todavía la mudanza interior por

la alteracion constante de los sólidos y renovacion de los líquidos y de los fluidos. «Por las esperiencias multiplicadas, dice Mr. Lafont en su *Introduccion á la medicina de Cullen*, hechas en todas las sustancias del cuerpo humano, parece que todas ellas tienen por principios elementales, y por sustancia primitiva y constituyente el calórico, el oxígeno, el hidrógeno, el carbon, el fósforo, el azótico, el azufre, y la tierra calcárea; agregado todo y combinado en diversas proporciones, bajo diversas formas, y en diferentes partes, reunidas y concurrentes entre sí á la formacion del hombre, y á las funciones de viviente, por la accion de la materia inerte y del principio de vida. De este modo todas las sustancias líquidas, sólidas y fluidas del cuerpo humano, cambian necesariamente de forma, de consistencia, de agregacion y composicion por la cesacion y alteracion, bien sea de la accion del principio de vida, ó bien de las fuerzas atractivas de la materia inerte.»—«Es imposible, añade en otro lugar, que la materia y sus leyes por sí solas puedan producir funciones y acciones intelectuales y racionales.»

«La misma razon que sirve para probar la providencia de Dios, dice Plutarco, sirve tambien para probar la inmortalidad del alma.»

«El principal efecto de la union de nuestra alma con nuestro cuerpo, dice otro autor citado, se reduce á una correspondencia reciproca de las impresiones del cuerpo y de las afecciones del alma; voliciones del alma y movimientos del cuerpo.»—«Ningun cuerpo puede obrar sobre una sustancia inmaterial, pero la voluntad de Dios ha hecho que el alma se comunique por el cérebro para que el cuerpo esperimente tales movimientos cuando el alma experimenta tales voliciones.»

Tambien ha dicho Xenofonte: «Yo no creo que el alma deje de sentir y de pensar desde que deje de estar unida al cuerpo, que no tiene de sí ni sentimiento ni cono-

cimiento. Al contrario debe ser mucho mas sabia desde que se halle exenta de los lazos que la ligan á la materia.»

Los antiguos consideraron el alma como vehiculo de los sentidos. Los latinos distinguieron dos clases de alma, una femenina y otra masculina, á saber, el *ánima* y el *ánimo*. Decian que el *ánimo* opera en el *ánima* por la sustancia nerviosa, mientras que el *ánima* obra por la sangre. Consideraron el *ánima* como causa del movimiento, y el *ánimo* como causa del vigor.

«Los poetas teólogos, segun Vico, confiaban la accion material del alma á tres partes del cuerpo: la cabeza, el cuerpo y el corazon. Situaron en la cabeza todos los conocimientos que son producto de la imaginacion: y la memoria, que es en verdad la fuente de todos los conocimientos, ha sido confundida por los latinos con la fantasía y la imaginacion. En la edad media la palabra fantasía ó imaginacion era empleada en sentido de espíritu ó de inteligencia.»

Existe, pues, en nosotros un espíritu inmortal estrechamente ligado á nuestros órganos y en perpétua lucha, de que todo hombre puede darse cuenta sin necesidad de recurrir á los filósofos antiguos ni modernos. San Agustin ha definido este espíritu que reside en nosotros: «*Vida que se conoce á sí misma.*» Esta definicion adoptada por todos los espiritualistas, es tan clara como cabe serlo; pero tengo para mí que el alma humana se siente mejor que se define por la razon misma de que es un misterio, tanto en su naturaleza espiritual como por su union á la materia. Pero porque no nos sea dado definir con claridad este principio divino, ¿se ha de seguir de aquí que no podamos ofrecer una imágen de él? Porque no podamos definirlo, no nos ha de ser lícito llegar á describirlo de un modo hipotético? Me parece que lo uno y lo otro es posible, si bien imperfectamente, al menos lo bastante para

que nuestra razon, á pesar de ser una facultad limitada, pueda formarse una idea de su mismo principio. Respecto de la naturaleza inmaterial de nuestra alma, creo hacerla entrever por una progresion, nó de la materia al espíritu sino de la forma á la diafanidad. Si los innumerables vivientes que deben poblar la naturaleza en escala mucho menor todavía que los descubiertos el siglo pasado por los 27 millones de aumento del microscopio, es muy probable que se escapen siempre á nuestra percepcion, aun cuando este instrumento se mejorase (1); nó precisamente por su estremada pequeñez, sino por su estremada transparencia; esto puede darnos una aproximada idea de la naturaleza espiritual de nuestra alma, porque el origen de su transparencia y diafanidad se halla en un grado tan subido, que careciendo enteramente de plástica ó de extension, exista sin embargo en esencia, y que exista por

(1) El microscopio solar acromático ha llegado en nuestros dias á adquirir una potencia extraordinaria. Por su medio se descubren en la naturaleza nuevas maravillas que elevan el alma á la contemplacion de la sabiduria infinita del Criador. El reino animal, el vegetal y el mineral ostentan á porfia sus escondidos tesoros, y sobre todo las sales de este último reino superan en belleza á cuanto el humano ingenio puede imaginar. Y no se crea ni remotamente que la brillantez y hermosura de estos objetos son producidos por una vision de óptica, pues la sencillez del aparato, y la identidad del fenómeno siempre que se espone el mismo objeto á la accion del rayo solar, no dejan duda alguna de su realidad admirable. En estos objetos casi imperceptibles á la simple vista, transformados en colosos, es donde debe estudiar el filósofo las leyes eternas á que obedece cada especie de sustancia.

Por medio de este microscopio ha visto tambien el autor una obra sorprendente de la industria humana. Se refiere á un instrumento en figura de punzon, cuyo vértice era la medida llamada punto (la dozava parte de una línea) dividida en cien partes exactamente iguales y á las mismas distancias entre si, formando su correspondiente escala marcada de cinco en cinco. Leccion saludable que da el hombre mismo á los que dudan de las maravillas recónditas de la naturaleza.

consiguiente tanto mas pura cuanto mayor sea la distancia que la aleje de las condiciones de la materia. Si nuestra razon no alcanza á comprender esta sustancia, es seguro que partiendo de la forma trasparente y perdiéndose en el espacio, nos saldrá al encuentro el sentimiento de lo infinito para patentizarnos la existencia del espíritu. La pureza y transparencia del alma, para despojarla de todo principio material y etéreo deben ser, pues, semejantes á la imágen de una luz pura, porque siendo el espíritu lo mas precioso que hay en nosotros, no parece fuera de razon compararlo con la sustancia mas hermosa que existe en la naturaleza, y porque así como el rayo de luz encierra los colores del iris, de la misma suerte la luz del alma contiene nuestras facultades morales é intelectuales. En efecto, la imágen de esta luz purísima y diáfana tiene por foco el tesoro del sentimiento: su impulso interior la da movimiento y constituye su actividad, y los rayos que difunde en nosotros son nuestras facultades mentales. Hé aquí representadas las tres grandes potencias del alma y contenidas en un mismo principio, como reflejo de la bondad, del poder y de la sabiduría del Criador, cuyas tres perfecciones constituyen el triángulo ó imágen de la gloriosa Trinidad. Por eso dijo Dios uno y trino: *Hagamos al hombre*, porque cada una de las divinas personas quiso comunicarle un destello de su mas hermoso atributo. Pero ¡oh Providencia admirable y digna de nuestra adoracion! El hombre no sólo es un ser privilegiado por Dios, sino que la actividad divina lo multiplica constantemente, así como á todas sus hechuras.

Si fuera cierto el cálculo formado acerca de la vida y de la muerte de la humanidad: si cada instante ó segundo que señala el reloj fuese el período fijado para que se efectuase en la tierra un nacimiento y una defuncion, lo que correspondería próximamente á una vida y una muerte

diaria por cada 10000 á 11000 habitantes (1), y si admitimos la existencia de mundos innumerables como sustenta hoy la ciencia astronómica, esto nos daría una prueba evidente de la incansable actividad del Criador en multiplicar sus hechuras; pues semejante al sol derramando torrentes de luz en el centro de nuestro sistema planetario para darle fecundidad, vida y alegría, prodiga á manos llenas las maravillas de la creacion en sus nuevas é inteligentes hechuras, pero sol de soles, sol infinito, difunde su virtud divina en el universo desde el centro de su eterna gloria. Y no se diga que el cristiano no debe admitir la teoría de la pluralidad de los mundos como contraria á su creencia, porque el mismo Dios que abarca el universo con su espíritu, el mismo Dios que en el profundo misterio eucarístico se halla en todas partes en cuerpo, es poderoso tambien para multiplicar sus hechuras en cuantos astros giran en la naturaleza. Nada hay imposible para un Dios omnipotente. Además que todas las ciencias humanas están basadas en hipótesis, y algunas, como la astronomía, engrandecen las maravillas de la creacion.

Ya que las ciencias naturales nos han suministrado egemplos para que concibamos, si bien de una manera remota é incompleta, la espiritualidad de nuestra alma por la diafanidad de los cuerpos, su pureza por la imágen de la luz, y sus potencias y facultades por los colores que el rayo luminoso encierra; y ya tambien que acabamos de hablar de la ciencia astronómica ¿seria acaso imposible representarnos por ella el trasunto, nó de la gloria, sino de

(1) Creo sin embargo que los nacimientos son mas numerosos que las defunciones, por mas que las pestes y las guerras aumenten á veces el número de las segundas, porque solo así puede comprenderse el aumento progresivo de la especie humana, computada hoy en 800 á 1000 millones de almas.

la region de las almas? En efecto, no seria indigna de la omnipotencia de Dios la hipótesis de que su excelso trono tuviese por escabel un universo espiritual, del que fuese imágen el universo visible. Cada sol espiritual difundiria sus luces en uno de los astros que giran en el cielo, de modo que cada astro material y cada astro espiritual compusiesen un todo misto. Cada rayo de luz celeste constituiria un ser moral é intelectual que habria de infundirse en un cuerpo determinado del astro material á que correspondiese; porque como la presciencia de Dios conoce *personalmente* desde abeterno á todas sus criaturas racionales, tambien hubiera podido desde entonces, por el atributo de su omnipotencia, señalar á cada una de por sí el rayo espiritual que habria de animar su cuerpo en el trascurso de los siglos. Creo que esta hipótesis en nada contraria el dogma de nuestra fé: y que antes bien engrandece la creacion doblemente que la astronomía, por cuanto á lo infinito de la sustancia material se aduna lo infinito de la sustancia espiritual, aun independiente del cielo empíreo; pero Dios ha vedado á la razon penetrar en tan profundos misterios, y por consiguiente si es algo disculpable el hombre que pretende ensanchar sus dominios, es cuando con rectitud de intencion busca nuevos motivos para bendecirlo y adorarlo.

CAPITULO VII.

DEL SENTIMIENTO.

„El hombre bueno del buen tesoro
de su corazon saca bien.”

S. Lucas c. 6.^o v. 45.

„Haz todo cuanto hay en tu corazon:
porque Dios está contigo.”

Paralipómenon c. 17, v. 2.

«Grandes afanes y vigiliass han consagrado los filósofos al estudio de las facultades del alma que tienen por objeto la generacion, la espresion y la deduccion de nuestras ideas; pero son pocos, muy pocos, los que se han dedicado al estudio de nuestros sentimientos. Se han hecho progresos muy apreciables en ideologia, gramática y lógica: no puede decirse otro tanto de la ciencia de las afecciones de nuestra alma: contentos con reconocer y sentir su existencia, solo han buscado los medios de contenerlas dentro de los límites de la razon, por medio de la filosofía moral.

«Tanto empeño en un trabajo y tanta negligencia en otro, prueban evidentemente que la primer ciencia es mucho mas fácil que la segunda, y que hay medios mas es-

peditos para observar atentamente los fenómenos de la inteligencia cuando investiga la verdad, que los de la voluntad cuando busca el bien ó huye del mal.»

«El placer que sentimos al percibir muchas verdades enlazadas íntimamente entre sí, procede del sentimiento de la belleza, innato como el de la curiosidad (sentimiento que nos guía en los estudios mas abstractos), como el social, como el religioso en el alma humana, porque basta que un sentimiento, que una facultad sea comun á todos los hombres, y que en todos obre de una misma manera, para inferir legítimamente que es connatural en nosotros: y pues no hay ninguno insensible á la impresion de la beldad, debemos mirar el placer que de su contemplacion resulta, como inherente á nuestra naturaleza.»

«La diferencia entre las ideas y los sentimientos es visible: las primeras son resultados del trabajo del alma: los segundos son afecciones y cualidades suyas. Por ese motivo conocemos tan bien la generacion, combinacion y deduccion de nuestras ideas, y hemos hecho tan pocos progresos en la teoría de los sentimientos, que es, por decirlo de paso, la piedra de escándalo entre las dos sectas de filosofia racional (la sensualista y la espiritualista), que dividen hoy la república de las ciencias. La análisis que tan felizmente se aplica al estudio de las ideas: el language perfeccionado que tan metódicamente representa aquella análisis, no son fáciles de emplear en el estudio de las afecciones del alma. El sentimiento es un gas que se evapora cuando queremos separarlo, ó un rayo que recorre en un solo instante toda la estension del firmamento. ¿Quién podrá detenerlo ú oprimirlo para someterlo á la lenta operacion de nuestra inteligencia?»

Así se espresa el Sr. D. Alberto Lista en un discurso sobre *El sentimiento de la belleza* (Cádiz: 1838). Este filó-

sofo, humanista y poeta, este hombre sabio, á quien tendré ocasion de volver á citar, fué quizás entre nosotros el primero que comprendió la necesidad de que la filosofía se ocupase del estudio de la fuente del sentimiento humano, por mas que él mismo conociese la dificultad de someterla al exámen de la razon. Este árduo estudio, en verdad, como ya he repetido en el discurso de la presente obra, es sobrado superior á mis débiles fuerzas; pero no desconfio, una vez abierta la senda, de que hombres de corazon y de vastos conocimientos, hombres que se propongan buscar el bien como base de la verdadera filosofía, se ocuparán gustosos de ilustrarlo cada vez mas y mas, en vista del ejemplo que mi insuficiencia les ofrece. Entretanto séame permitido proseguir desarrollando mi teoría acerca del sentimiento, y ojalá que muy luego fuese mejorada todo lo posible para la felicidad del género humano y gloria del cristianismo.

Una de las grandes conquistas que ha hecho el sentimiento en el presente siglo, conquista tanto mas admirable cuanto que en vez de la violencia solo ofrece el carácter de una voluntaria rendicion, es á no dudarlo la carta que dejó escrita á sus amigos el célebre médico Mr. Broussais. ¿Quién ignora el principio de la irritabilidad orgánica que desarrolló en sus escritos? ¿Quién no sabe que Mr. Broussais era materialista por conviccion y por sistema? Pues bien; este mismo hombre oyó resonar en su corazon en los últimos dias de su vida el eco misterioso del sentimiento esencia, y aunque de firme é independiente carácter, no pudo resistir el deseo de dejar consignada en un breve escrito la declaracion de su fé (1). Oigámosla.

(1) Este documento, segun lo afirma Mr. Augusto Nicolas, se publicó íntegro en 1839 en la *Gaceta Médica de Paris* y se repitió por extracto en el *Derecho* en 1841.

RETRACTACION DE BROUSSAIS.

«A MIS AMIGOS, Y SOLO A MIS AMIGOS.—RESEÑA DE MI OPINION
Y DECLARACION DE MI FÉ.

«Tengo, lo mismo que otros muchos el sentimiento íntimo de que todo lo que existe ha sido ordenado por una inteligencia: procuro indagar si ella es la que todo lo ha criado, pero no puedo alcanzarlo, porque la esperiencia no me ha representado un hecho de creacion absoluta.... Mas sobre todos los puntos debo confesar que en mis facultades intelectuales no tengo mas que conocimientos incompletos y siento una inteligencia ordenadora, que no me atrevó á llamar creadora aunque tal debe ser.»

En este notable escrito se observa todavia la lucha del orgullo humano contra la verdad eterna, pero como era consiguiente quedó aquel humillado y fuera de combate. En efecto, la potencia que ha podido coordinar la naturaleza forzosamente ha sido tambien creadora, porque si fuera eterna la materia seria una causa absolutamente independiente que jamás hubiera podido necesitar del concurso de una inteligencia cualquiera para dictarla leyes. Si la materia fuera eterna, repito, lo que es fisica y moralmente imposible porque no puede darse serie alguna que no tenga necesariamente un primer término, hubiera sido eternamente el caos, porque su misma eternidad absoluta escluiria toda progresion y toda potencia que interviniera de su propia voluntad para sacar del caos un todo único y armónico.

«Triste es á la par que consolador para la humanidad, dice Mr. Nicolas, comentando el escrito que acaba de leerse, ver como los campeones del materialismo, muriendo en todo el vigor de la edad, borran con una pluma todos sus famosos escritos, para no dejar á las gene-

raciones venideras mas que tres ó cuatro palabras de aquella eterna verdad, por la cual empezamos todos.»

El inmortal Platon, estudiando en sí mismo aquella luz interior que vislumbró su sabio maestro Sócrates, luz, que sea dicho de paso, tal vez les revelara el Pentatéuco y demás libros sagrados escritos ya en un período de mas de mil años, (1) es decir, la unidad de Dios: el inmortal Platon, repito, vió reflejada en el cielo la idea eterna, como principio del universo, cuya existencia reconoce toda la humanidad por los movimientos involuntarios de nuestro espíritu. Estos movimientos involuntarios fueron sus primeras nociones, y de ellas dedujo la existencia de ciertas facultades incorpóreas que están contenidas en nosotros.

(1) El sabio médico español D. Andrés Piquer, en su *Discurso sobre el uso de la lógica en la Religión*, dice á este respecto lo siguiente:

«En los escritores gentiles anteriores á la Ley de Gracia no se trata este punto (negar la divinidad de las sagradas letras), porque no tuvieron noticia de las Santas Escrituras, salvo Platon, de quien se dice que tomó de ellas lo mejor de su filosofía, de manera que Numenio le llama *Moses atticissans*, esto es, *Moises en griego*.

«Sin embargo, el abad Calmet, que trató de propósito este punto, no adhiere al dictámen comun de los antiguos escritores, que suponian haber tomado Platon las noticias de los libros de Moises, por haber tratado con los judíos en Egipto.»

Este punto, pues, es controvertible, pero si bien el alma humana siente á Dios por la facultad preciosa de que vamos tratando en el presente capítulo, como lo prueban todos los pueblos del mundo teniendo creencias religiosas, es imposible sin la revelacion llegar á alcanzar el conocimiento de sus divinos atributos. El pueblo griego, en lo mas desarrollado de su civilizacion, levantó altares al *Dios desconocido*: lo mismo hicieron los Incas en el Perú, convencidos sus sacerdotes de que el Sol, que adoraban como Dios, estaba sujeto á una ley necesaria, y por consiguiente que un Dios mas poderoso que él le habia impuesto aquella ley. He aquí todo el esfuerzo de que es capaz el sentimiento auxiliado de la inteligencia cuando carece de las preciosas luces de la revelacion.

Siguiendo su investigacion comprendió que la idea eterna no tiene su origen en nosotros, sino que la recibimos como un destello suyo. Bajo estos principios fundó su famosa teoría de las ideas innatas, asentando que las ideas abstractas tienen mas realidad que las ideas corpóreas.

Leibnitz, uno de los defensores de las ideas innatas, cuya doctrina bebió en los ricos raudales de Platon, las comparó ingeniosamente con el jaspe que se descubre en el mármol á medida que se pulimenta.

La doctrina de los tipos eternos de Platon ha sido debatida por muchos filósofos, los unos como sus partidarios, los otros como sus antagonistas.

Oigamos á este propósito lo que dice D. Nicomedes M. Mateos, en una obrita intitulada *Veinte y seis cartas al Sr. Marqués de Valdegamas en contestacion á los veinte y seis capítulos de su Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*.—¿Cuál es la naturaleza de las ideas? De la contestacion á tal pregunta brotan todos los sistemas.

«Si las ideas no son mas que sensaciones, el materialismo se nos viene encima, y Epicuro, Bacon, Hobbes, Gasendi, Locke, Condillac, Tracy y Broussais, nos dicen: el hombre no aventaja al bruto mas que en una organizacion mas delicada; no hay mas moral que el interés bien entendido, no hay mas cielo que el *jucundus census cura remota* de Lucrecio.

«Si las ideas son inspiraciones divinas solamente, el panteismo nos avasalla, y Zenon, Malebranche, Fenelon, Spinoza, Berkley, Schelling, Hegel y Bonald, nos dicen: «Dios es todo, el hombre nada»; y la razon humana desaparece como una sombra fugitiva.

«Si las ideas no son mas que abstracciones, el idealismo nos seduce y nos cautiva, y Aristóteles, Santo Tomás, Arnauld, Regis, Reid, Kant, Fichte y Maine de Biván nos enseñan que la razon se pierde en vanas representa-

ciones, sin realidad, sin consistencia, sin sustancia, concepciones, en fin, maneras de ver de nuestra inteligencia, que penden siempre del punto de vista.

«Si las ideas son la sustancia misma de nuestro espíritu; si nuestro espíritu las encuentra en sí como en propiedad esencial; si nuestro espíritu las halla á la par en la razon soberana como eternas, y en la suya como creadas, resplandece para nosotros el espiritualismo; y Platon, Plotin, San Agustin, Descartes, Bossuet y Leibnitz nos dicen: *Nosce te ipsum*. Por qué? Porque conociéndose el hombre á sí mismo conoce á Dios, porque no puede contemplar su espíritu sin tocar con el espíritu soberano, porque no puede contemplar sus ideas, sin ver que dependen estas de las eternas y absolutas que constituyen la razon soberana, el Verbo divino; porque entonces y solo entonces se establece aquel comercio interior del alma con Dios, que es la sustancia del cristianismo y lo es á la par de la verdadera filosofía.»

Este pasage lleno de erudicion, reduce á cortas palabras los diferentes sistemas que se han seguido en filosofía desde Platon hasta nosotros, es decir, el materialista, el panteista, el idealista y el espiritualista. Pero hé aquí una prueba mas de la limitacion de nuestra facultad de conocer, tal vez la mayor, cuando se establecen principios cuyas consecuencias nos arrastran al error. «Católico era Condillac, dice el mismo autor, y empujó el catolicismo al materialismo: católico fué Arnauld, y le empujó al idealismo: católico fué Malebranche y le encaminó al panteismo: católico fué Bossuet y le colocó en el verdadero sendero.»

Si me fuera lícito dar mi opinion en materia tan importante, dijera en primer lugar que el sistema de Platon, segun tengo entendido, nos hace ser emanaciones de la divinidad misma, siendo así que nuestras almas son crea-

ciones espirituales de la propia naturaleza que los ángeles. Esta diferencia de principio esencial hace que varíe en algun modo el sistema de aquel filósofo, llamado el divino. En efecto, si el alma fuera un destello de la divinidad, ó mas propiamente hablando, si fuera una parte de la divinidad, no solamente serian las ideas innatas, sino que el alma poseería la ciencia infusa. Pero Dios en sus altos fines lo ha dispuesto de otro modo mas conveniente para el hombre, porque este estado, si bien lo hubiera hecho impecable, tambien hubiera sido un obstáculo para que hubiera podido ofrecer sus propios merecimientos. En segundo lugar, si las ideas fueran la sustancia misma de nuestro espíritu, es evidente que este poseería antes de unirse al cuerpo el conocimiento del idioma de la tierra en que habria de expresarlas, pues sin caudal de palabras no puede haber en mi sentir infiltracion de ideas: ó de otro modo, para que las ideas que nos suministran las cualidades de los cuerpos y los números singular y plural hubieran de estar grabadas en el fondo de nuestra alma, habria sido necesario que no hubiera habido nunca sino una lengua universal, cuyo conocimiento nos infundiria el Criador al formar nuestro espíritu, como hizo sin duda con Adán. En tercer lugar bastaria al tierno niño ver un objeto cualquiera para hacer la abstraccion de sus cualidades, sin necesidad de agena inspiracion, puesto que su memoria era ya depositaria de un caudal de ideas abstractas y de ideas generales antes de venir á este mundo. En cuarto y último lugar la facultad de recordar nos suministraria la reminiscencia de nuestro origen divino. Sin embargo, nada de esto sucede al hombre desde el nacer; ignorante de su propia existencia, va poco á poco ensanchando el círculo de sus ideas á medida que crece en edad y en conocimientos. Obsérvese tambien de paso que el niño está siempre lleno de curiosidad por saber cuanto pasa en torno

suyo en prueba de su ignorancia, y que aguijado por un movimiento interior se recrea en desmenuzar sus juguetes, no tanto por la mala intencion de romperlos ó destruirlos, como comunmente se cree, sino porque tal vez, segun opinion de mas de un hombre pensador, y entre ellos el Sr. Lista, nace filósofo queriendo investigar á su manera las causas de las cosas.

Se me argüirá diciendo que en el sistema de las ideas innatas se habla solamente de las ideas generales de ser, de sustancia, de atributo, de unidad, pluralidad, causa, efecto etc., por las que poseemos los llamados axiomas, base de todos los razonamientos. Yo replicaré que en mi sentir se aumenta la dificultad lejos de disminuirse, porque los axiomas no solamente suponen conocimiento de ideas, sino operaciones de la razon, juicio, raciocinio, método, pues estos son los elementos para alcanzar la verdad científica que comprende un axioma.

El Doctor D. Juan José Arbolí (en la actualidad dignísimo Obispo de Cádiz) en su *Compendio de las lecciones de filosofia que se enseñan en el colegio de humanidades de S. Felipe Neri de Cádiz* hablando de la cuestion que nos ocupa se espresa así:

«La discordancia de opiniones sobre el origen de las ideas versa sobre las morales y sobre las generales y las abstractas.

«Aristóteles y su escuela, Locke y Condillac las hacen derivar de la sensacion.

«Platon, Descartes, Leibnitz, Malebranche y otros quieren que sean innatas, nacidas en el alma sin que ningun sentimiento humano concorra á formarlas.»

«Las dos opiniones son falsas.»

«No se derivan las ideas morales de la sensacion, porque una cosa es el acto, y otra muy distinta la calidad que lo constituye moral.»

«La teoría de las ideas innatas descansa sobre una ilación defectuosa, á saber: «Hay muchas ideas que no pueden traer origen de la sensacion; luego son innatas ó carecen de origen.» Esto supone que la sensacion es el único de nuestros sentimientos. Además entienden por ideas innatas, nó los elementos con que el alma forma los juicios, sino las nociones, la creencia, los principios. Que el alma encuentra conocimientos que están en ella, pero que no tienen origen en ella, los cuales descubre, pero no los forma.»

«Las ideas generales y abstractas no son innatas porque la idea general es parte de la individual, y la abstracta lo es de la concreta.»

«Todos nuestros conocimientos son obra del juicio: luego ninguno hay que pueda llamarse innato.»

«El origen de una idea es lo que sirvió para formarla: causa de la idea es el principio activo que la forma. Los orígenes ó las fuentes de nuestras ideas son nuestros sentimientos: la causa productora de todas es el juicio ó la razon juzgando. *La racionalidad y la sensibilidad* son propiedades innatas en el hombre, pero sus conocimientos todos son adquiridos, todos son productos de la razon trabajando, ya inmediatamente sobre los sentimientos, ya sobre ideas mas ó menos distantes de su primitivo origen.»

Al comparar el alma humana con la imágen de la luz que contiene los colores del iris, he dicho en el capítulo precedente que su foco es el sentimiento, su impulso interior la actividad y sus rayos las facultades intelectuales. De esta pintura de nuestra alma, si me es permitido llamarla así, se deduce naturalmente que el sentimiento no solo es una potencia activa, sino que es la fuente de la misma actividad. Por consiguiente el sentimiento y la racionalidad son propiedades innatas en nuestro espíritu. Sin embargo el sentimiento como esencia, tiene tambien atributos innatos, lo que no sucede á la racionalidad. Llamo atri-

butos las cualidades intuitivas y morales; y llamo cualidades intuitivas aquellos sentimientos elevados que nos ponen en relacion directa con Dios; así como cualidades ó atributos morales los que nos sirven de merecimientos y juntamente estrechan la confraternidad humana, ó sean las virtudes. En efecto, todo hombre siente á Dios sin comprenderlo: lo siente porque la potencia que es el venero de nuestra alma está, digámoslo así, en contacto con lo infinito: no lo comprende porque nuestra alma es creacion espiritual de Dios, nó una emanacion suya. Si el alma fuera emanacion de la Divinidad, no solo la comprendiera sino que seria en algun modo igual á ella: pero siendo creacion divina, si bien no puede comprenderla, puede empero sentirla, porque si no la sintiera, no pudiera ponerse en relaciones íntimas con ella. Y hé aquí por qué no solo el sentimiento es la primera potencia de nuestra alma, sino que tambien ella y sus atributos son innatos. No sucede así respecto de nuestra inteligencia. Esta, segun la teoría que he establecido al hablar de la naturaleza del hombre, alcanza la verdad científica y la verdad natural. Por estas verdades, especialmente por la primera, puede remontar su vuelo hasta llegar al trono del Altísimo, pero siempre en alas de la verdad eterna como base primordial ó principio fundamental de aquella, porque siendo la razon limitada y no teniendo límites el sentimiento, es claro que la razon se espondría á caer siempre en el error si nó buscara el patrocinio de la potencia que solo puede igualarle á ella.

Este íntimo enlace, este acuerdo del sentimiento con la razon, y de la razon con el sentimiento, puede todavia reducirse á términos mas precisos, haciendo resaltar la escelencia de nuestra razon cuando está bien dirigida. El sentimiento es luz interior de amor divino. La palabra (verbo) es luz exterior de inteligencia divina. Esta da mas pávulo á aquella. Así la sabiduría y el amor proceden del

verbo. Así la palabra, don recibido de Dios, espresa las ideas, y las ideas, á su vez, hacen brotar del manantial del sentimiento todos los atributos divinos que contenia, y que por consiguiente son innatos.

Una de las pruebas mas evidentes de esta concordancia, y de que el sentimiento es la facultad mas poderosa que reside en nuestra alma, y por la cual nos ponemos en comunicacion con lo infinito, se halla sin duda alguna en nuestras oraciones, pues el sentimiento religioso es el que nos eleva á Dios, fuente de lo infinito, y el que establece relaciones íntimas con su soberano espíritu.

Pero quiero dar otra prueba todavía de esta gran verdad. Compárese por un momento el universo descrito por un materialista con el universo que describe un espiritualista. El primero, no admitiendo mas facultad que su razon, pretende reducirlo todo á medida, y cuando llega á la meta de su inteligencia cree que son los límites del universo y esclama: «Discórdancia, desórden, confusion.» El segundo siente lo infinito lo mismo en la sustancia material que en la espiritual: halla leyes eternas, órden, armonía, grandeza, magnificencia, la unidad en la infinita variedad, misterios y concluye por adorar al Criador. Ambos seres están dotados de razon y de sentimiento, pero el uno tiene por principio la soberbia: el otro el sentimiento cultivado: este por su educacion ha puesto en relieve sus preciosos atributos, y goza y ama y espera.

Platon, pues, y los filósofos que han seguido la doctrina de las ideas innatas, si bien eminentes en otros muchos conocimientos para gloria de las ciencias, confundieron sin duda las abstracciones y las ideas generales con los sentimientos del alma, siendo así que estos no son otra cosa que atributos ó perfecciones suyas; porque entiendo propiamente por idea abstracta una cualidad de un cuerpo que sustantiva el espíritu por medio del método analítico;

así como creo que la idea general, que es una idea de pluralidad ó de coleccion, no puede existir en nuestra mente sin haber antes existido la individualidad ó el singular, los cuales se generalizan por el método sintético. De lo blanco de un cuerpo, que es una cualidad suya, hago la abstraccion blancura; es decir, convierto en sustantivo abstracto una cualidad física. Esta operacion del entendimiento es un análisis. Del sustantivo singular hombre, formo la idea general de humanidad. Esta operacion es una síntesis. De forma que para que las ideas abstractas y generales fueran innatas seria necesario que nuestra alma fuese antes de nacer depositaria de los conocimientos que son el resultado de un profundo estudio por medio del language. Considero, sí, muy posible que en el mecanismo de nuestras facultades mentales existan los elementos constitutivos para que nuestra alma ejecute sus operaciones racionales, es decir, que exista en ella el músico y el instrumento templado y acordado, pero de ninguna manera las notas que han de producir su armonía, porque estas notas numerosísimas son obra de operaciones complicadas que exigen tiempo y estudios. Si Platon por la luz interior que sintió arder en sí mismo, como rayo de un sol eterno, hubiera contemplado, nó las cualidades de esta luz celeste, sino las perfecciones de que es susceptible: si al propio tiempo hubiera oído hablar á esta facultad íntima una lengua universal comprensible para el niño y el anciano, para el hombre salvaje y el civilizado, para el pastor y el monarca, entonces hubiera concluido que el hombre encierra en el fondo de su alma un tesoro inapreciable capaz de elevarlo á lo infinito en perfeccion. Y si Platon alcanzó este conocimiento intuitivo, su error fué sin duda habérselo atribuido enteramente á la razon, y como secuela natural hizo estensiva las ideas innatas á las nociones generales de las ciencias humanas.

En efecto, las ciencias humanas son todas adquiridas por el entendimiento y por la memoria: la ciencia divina es innata en nosotros: basta sentir nuestra existencia para presentir la noción de un Ser supremo. Pero el tierno niño, se me dirá, en toda la plenitud de la inocencia de su alma no conoce á Dios: su dulce madre es quien le inspira este sentimiento. Nó, y mil veces nó. El tierno niño casi desde el nacer se sonríe á vista de su madre cariñosa y la ama con la pureza de un ángel sin saber que la ama. Ama, sí, y el amor, primer sentimiento delicioso que brota del corazón del niño: el amor, primera fragancia suave que se exhala del alma del tierno infante, nadie ha podido enseñárselo ni hacérselo comprender. Los sentimientos no se inspiran ni se comunican como las ideas: los sentimientos se descubren, se desarrollan con la buena educación, pero seguramente existen en cónclave religioso en lo mas íntimo del alma. En suma, los sentimientos nacen esculpidos en el corazón con el hombre; al paso que las ideas han menester ser grabadas en sus facultades mentales con la edad.

«Nuestro conocimiento *reflexivo*, dice el ilustre Bonnet, deriva esencialmente de nuestro conocimiento *intuitivo*.»

«El hombre *siente* una multitud de relaciones. *Percibe* menos que siente, por eso es ignorante. *Afirma* mas de las que percibe, por eso yerra.»

Laromiguière.

«El deseo es la dirección de las facultades.»

Condillac

«Las tres propiedades constitutivas del alma son sentir, conocer y querer, aunque distintas entre sí unidas con vínculos tan necesarios que ninguna seria lo que es sin la concurrencia de las otras.»

Arbolí.

«En la base de todo raciocinio hay sentimiento.»

Nicolas.

«El pensamiento es un sentimiento continuado.»

El baron d'Holbach.

«No hay ningun deseo moral, de los que son innatos y generales, y no pertenecen á la clase de facticios y creados por la sociedad, que no tenga facultad y objeto que lo satisfaga. Dígalo el sentimiento del amor, considerado así física como moralmente: dígalo el de la amistad, mas puro, mas desinteresado, mas noble: dígalo el de la curiosidad, para cuya satisfaccion se han concedido al hombre las facultades de abstraer y analizar: dígalo, en fin, el sentimiento social, impreso igualmente en todos los hombres, y que se satisface cercenando una parte de la libertad natural, para hacer mas agradable y fructifera la que se conserva en el órden civil; bien como se podan en un árbol algunas ramas, y se asegura así en las guias el fruto mas abundante y sazonado.

«De estas consideraciones se deduce por legítima analogía, que al sentimiento religioso, tan innato y general como los otros ya citados, ha de corresponder como á ellos un objeto fuera de nosotros que lo satisfaga: y pues los hombres sienten la necesidad de que exista una divinidad, indudablemente existe Dios. Esta prueba, que los moralistas y teólogos deberán desenvolver mas estensamente, pero que nosotros no hacemos mas que indicar, no ha sido hasta ahora esplicada con el rigor demostrativo que merece.»

D. Alberto Lista (De los sentimientos humanos, artículo 1.º)

Las citas que anteceden, tomadas de filósofos que han seguido sistemas diferentes, establecen el sentimiento como base de las facultades de nuestra alma. Hé aquí justamente la doctrina, que forma nuestra creencia. Pero ¡cosa

estraña! el baron d'Holbach, el autor del monstruoso *Sistema de la naturaleza*, que pretende hacernos creer que la materia se reproduce al descomponerse sin necesidad de germen: el baron d'Holbach, que hace proceder al hombre del mas vil de los insectos, como si todas las especies de vivientes, que jamás en su cruzamiento se reproducen, no fueran otros tantos testigos que depusieran contra tamaño absurdo: el baron d'Holbach, digo, concibió en un momento lúcido que «el pensamiento es un sentimiento continuado.» Lástima grande que no hubiera profundizado esta verdad: ella sin duda le hubiera hecho borrar sus escritos, y el mundo no hubiera visto á tantas medianías despreocupadas socavando los cimientos de la Religion.

Pero dejando á un lado digresiones, añadiré, que el alma humana baja á la tierra sintiente y amante con la inocencia de la pureza y de la ignorancia. Sin el sentimiento, á pesar de la luz de la revelacion, todos los hombres seriamos materialistas. Sin la razon ilustrada y encaminada al bien por el sentimiento, no hubiera salido nunca la humanidad de su primera infancia. Al concurso, pues, de estas dos facultades, que resume todas las demás, debe el mundo los nombres gloriosos de los grandes hombres, que con sus virtudes y con sus escritos han levantado la religion y las ciencias, como la cruz sobre la cima de la montaña. Sí, el pulimento de la educacion moral es solo el que puede hacer resplandecer la luz divina que arde en la naturaleza del hombre, porque los sentimientos son los reflejos de nuestra alma.

Es llegado, pues, el instante de dar á conocer el desarrollo de que es susceptible esta potencia innata en nosotros, compendiada en el sentimiento religioso. Este sentimiento esencia, fuente de todos los sentimientos humanos, es propiamente dicho

el sentimiento de la divinidad, esclarecido por

el sentimiento de la admiracion, que no es otra cosa que la expresion de
el sentimiento de lo infinito, es decir, de
el sentimiento de la perfeccion, que reúne y concentra en sí de una manera absoluta
el sentimiento de lo bello,
el sentimiento de lo bueno,
el sentimiento de lo verdadero, formando de consuno
el sentimiento de la evidencia, la verdad eterna.

Una vez hallado el sentimiento de la evidencia respecto de la existencia de Dios, la primera relacion que nos eleva á él, es

el sentimiento de la inocencia, movido por
el sentimiento de la pureza, ó por
el sentimiento de la castidad, los cuales hacen nacer
el sentimiento de la adoracion por el testimonio de nuestra conciencia ó sea por
el sentimiento de nuestra justicia.

Los seres puramente espirituales, como los ángeles, son inocentes, esto es, á nadie han dañado nunca, porque no saben mas que adorar. Así el sentimiento de la inocencia del niño es respecto de nosotros tan suave y delicioso, que nos despierta á nuestra vez el sentimiento de la adoracion hácia el Ser Supremo, aunque no idénticamente de la misma naturaleza, semejante sí al que le tributan los coros celestiales, porque por él nos elevamos especialmente como padres

al sentimiento del amor.

Este sentimiento sublime, cuando está basado en el sentimiento de la perfeccion divina y contrastado de una manera tan culminante, por nuestra flaca naturaleza, con el sentimiento de nuestra miseria, se convierte en el sentimiento de la gratitud hácia un Ser todo poderoso, que nos ha prodigado por

el sentimiento de su suma bondad
el sentimiento de su divino amor, y sobre todo
el sentimiento de su infinita misericordia.

La ternura de este sentimiento celestial, no solo alimenta en nosotros el sentimiento del amor y de la gratitud, sino que hace brotar

el sentimiento de la caridad para con el prójimo;
y tanto por los méritos que nos mueve á contraer

el sentimiento de la piedad, así como este hace florecer

el sentimiento de la virtud, cuanto por la seguridad que inspira en nosotros

el sentimiento de la fé, nos hallamos en posesion del deleitoso

sentimiento de la esperanza, sentimiento que nos promete una eterna felicidad, en armonía con

el sentimiento insaciable del deseo, que solo puede hartarse en el seno de lo infinito, es decir, en el seno de la perfeccion por toda una eternidad, en el seno del mismo Dios.

Hé aquí en resúmen las emanaciones del sentimiento religioso: empezar por sentir la presencia necesaria del Ser Omnipotente, criador del Universo, y acabar por sentir la necesidad de unirse á él para siempre por la sabia gradacion de nuestros mas dulces sentimientos.

¿Quién no vé, pues, en este mecanismo admirable de la preciosa facultad llamada el sentimiento, quién no ama debidamente en este rico tesoro que encerramos en nosotros mismos, no solo la sabiduría y misericordia de Dios, sino tambien la escelencia de la sustancia espiritual que forma la parte mas integrante de nuestro ser? Y no se diga que he pasado en silencio el sentimiento de nuestra propia existencia, porque es imposible sentir atributo alguno de esta facultad enteramente divina sin preexistir, esto es, que

todo el que siente existe por la evidencia misma de su sentimiento.

Pero por ventura hemos agotado ya todos los sentimientos humanos? Nada menos que eso: el corazon del hombre es semejante á un gran vergel que encierra perfumes esquisitos de preciosas y numerosísimas flores. Todavía no he mencionado la flor de la amistad, el honor, la patria, el valor, la gloria, la generosidad, el entusiasmo, la emulacion, la benevolencia, la templanza, la prudencia, el respeto, la veneracion, la fortaleza, el pudor, la modestia, la resignacion, la mansedumbre, la humildad, la abnegacion y otros muchos sentimientos, en fin, que paso en silencio por no ser mas prolijo. Hay además sentimientos sin nombre, porque son medios colores ó medias tintas, por decirlo así, ó sean el producto de dos ó mas sentimientos; tal es, por ejemplo, el sentimiento de la amistad que nos inspira la muger; sentimiento que no está bien deslindado, porque sin ser el sentimiento del amor, es no obstante diferente de la amistad que el hombre nos infunde. Pero ¡cosa admirable! toda esta suma de sentimientos, al parecer, de naturalezas tan opuestas, vienen á resolverse en uno solo, en el sentimiento religioso. En efecto cuando este sentimiento es puro y sublime presenta el augusto carácter de uno y trino, emblema de la gloriosa Trinidad, amando á Dios, al prógimo y á nosotros mismos.

Quisiera en este momento que me fuera dado hallarme en presencia de todos los materialistas de la tierra para decirles: *he aquí el corazon del hombre. Preguntad á vuestro sentimiento si este vaso sagrado es solamente de barro!...*

CAPITULO VIII.

DEL SENTIMIENTO RELIGIOSO Y DE LA CONCIENCIA.

“Está firme en el camino del Señor,
y en la verdad de tu sentimiento y
ciencia.”

Eclesiástico, c. 5.^o, v. 12.

La ley natural, la ley escrita y la ley de Gracia, son las tres grandes leyes que Dios ha dado al género humano segun sus necesidades. Por la ley natural el hombre ha sentido en su corazon la presencia de Dios, por la ley escrita le ha temido y por la ley de Gracia le ha adorado. Que ha bastado y basta la ley natural para sentir á Dios lo dicen todos los pueblos de la tierra teniendo un objeto de culto. Si han errado en sus creencias idólatras no es culpa del sentimiento, porque cualquiera que sea el estado y la condicion del hombre, siempre abarca su corazon el sentimiento de lo infinito: sentimiento que ha querido medir con su razon limitada poniendo de su lado las pasiones. Pero puesto que el sentimiento de lo infinito comprende por su misma naturaleza el sentimiento de nuestra existencia; y puesto que el sentimiento religioso es la esencia del sentimiento de lo infinito, lo será asimismo del sentimiento de nuestra existencia; esto es, el sentimiento religioso es el sentimiento llamado íntimo por los psicologistas, á que

dan el nombre de conciencia. ¿Pero es cierto que la conciencia egerce las dos funciones que la psicología le tiene señaladas, á saber, la de asegurarnos de que existimos, y la de hacernos distinguir el bien del mal? Yo tengo para mí, por lo que acabo de indicar, que el sentimiento religioso mas ó menos desarrollado, como único que es capaz de contener lo infinito, es el sentimiento esencia, y ahora añado que por eso cualesquiera de sus numerosos atributos, como son por ejemplo el amor, la honestidad, la prudencia, el deseo etc. bastan para asegurarnos de que existimos, porque no puede sentirse ni la esencia ni los atributos del sentimiento sin existir. Si esto es así, queda limitada nuestra conciencia á mostrarnos cuándo inclina la balanza del lado del bien ó del mal. En esta acepcion creo que el sentimiento llamado la conciencia es mas propiamente hablando el sentimiento de la justicia. ¿Pero cuál es la base verdadera de este sentimiento? En la ley natural sólo sentimos á Dios, en la ley escrita le hemos temido y en la ley de Gracia le adoramos, es decir, que en el primer estado el hombre conoce á Dios intuitivamente, en el segundo teme su justicia y en el tercero le adora por su misericordia. ¿Cuál, pues, deberá ser la base inmutable de nuestra conciencia? La base inmutable debe ser sin duda alguna el principio eterno de la justicia y el amor de Dios adunado é identificado con el sentimiento religioso, que es el primer móvil de nuestra alma.

Es así por ventura como procede la justicia de la tierra? Ah! la justicia de la tierra se resiente de su origen. Además en la justicia de la tierra entra por mucho la fria razon de estado, que desde luego me atrevo á asegurar que tiene de implacable todo lo que tiene de equitativo el sentimiento de la justicia adunado con el sentimiento del amor. Y por qué? Porque todos los códigos criminales que dominan en Europa han sido formados en parte de las an-

tiguas leyes romanas. En dónde está, si nó, el código criminal que haya sido calcado sobre la base de la ley del verdadero Dios? Desgraciadamente no existe ninguno de este origen divino. ¿Y se ha reparado por ventura que las leyes romanas fueron tomadas tambien en parte de las leyes de Licurgo y de Solon, y que estas á su vez se remontan á la época de los primeros gobiernos que existieron en el mundo, gobiernos teocráticos depositarios del principio religioso que dominaba entonces: teócratas y legisladores que habian fundado sus leyes bajo la creencia de falsos dioses, es decir, bajo la creencia de divinidades crueles, vengativas y licenciosas? ¿Habré menester abrir la historia para atestiguar con hechos dolorosos la esclavitud en que por muchos siglos gimieron la muger, el niño y el siervo? ¿Quién no sabe los bárbaros suplicios que inventaban hasta los pueblos depositarios de la ley escrita? ¿Quién ignora que hubo gobiernos tiránicos que para hacer los suplicios mas horribles ponian á los reos dentro de un toro de metal sobre una hoguera, y que hubo un tirano que hasta los mandaba atar á cadáveres para que hambrientos y putrefactos exhalasen el último suspiro? (1) ¿Quién no sabe los suplicios espantosos que aun se prodigan en el vasto imperio de China?

Es de todo punto indudable que la civilizacion que cundió por el mundo la religion del suplicio de la cruz ha mejorado considerablemente las antiguas leyes emancipando á la muger, al niño y al siervo, y levantando edificios de beneficencia pública para dar lenitivo al dolor y á la estremada pobreza.—La república poética de Platon, la república llamada poética en su siglo, seria impracticable en nuestros días, como ha observado oportunamente Mr.

(1) Falaris y Busiris tiranos de Sicilia.

Aimé Martin. Pero sin embargo, la razon de estado permitió atizar hogueras semi-humanas con mano fanática en siglos no muy remotos y aun en épocas mas recientes. La razon de estado se sobrepone todavía en Europa á la conciliacion de la justicia y el amor: la razon de estado es aun indiferente á los males que agovian á una gran parte de la humanidad: todavía nos queda el niño desvalido sin la verdadera base de educacion moral que reclama imperiosamente desde sus mas tiernos años: todavía nos queda la flor de la mocedad arrancada de los hogares paternos para someterla á cruentas ordenanzas, y condenarla después, si escapa con vida, á la holganza, ó si se inutiliza reducirla á depender de la caridad pública, en premio de sus servicios: todavía nos queda la muger pobre y honrada en la dolorosa disyuntiva de prostituirse ó de perecer de miseria: todavía nos queda el derecho del mas fuerte sobre el mas débil: todavía nos quedan suplicios de largas agonías (1): todavía nos queda la triste é infeliz raza ne-

(1) De propósito nada he querido decir en el cuerpo de esta obra acerca de la pena de muerte, porque todas las legislaciones del mundo antiguas y modernas la han considerado necesaria para reprimir los crímenes; pero ¿es verdad que una sociedad determinada, ó sea un cuerpo de nacion, á quien representa el poder judicial, tiene el derecho de imponer la pena de muerte? Los apologistas de ella no solo la miran bajo el punto de vista de castigo ejemplar, sino tambien como satisfaccion á la vindicta pública. Yo creo que la justicia humana para tener en verdadero equilibrio la balanza, no debiera quitar sino aquello mismo que pudiera dar, lo mismo que pudiera devolver, aunque no lo devolviese jamás. Tal es la pérdida de la libertad, pero ¿acaso el poder judicial es poderoso para dar la vida? ¿Puede devolverla si se prueba la inocencia de un reo ya ejecutado? Nó, pero puede y debe privar de la libertad á un malhechor por todo el tiempo que considere necesario para expiacion del delito; y si se trata de un asesino debe privarlo desde luego de libertad para siempre, y no solo privarlo durante toda su vida, para que no vuelva á perpetrar otro crimen, mas tambien debe

gra siendo esclava de la codicia humana, so color de pres-tarla un protectorado civil y religioso. Nó, no es este el fruto del principio eterno del amor y la justicia de Dios: son partos monstruosos de la fria razon de estado. No en vano son tan precarias y vacilantes las leyes humanas que han menester estarse renovando constantemente en todos los gobiernos de la tierra.

obligarlo, en perpétuo aislamiento, á utilizar sus brazos en una clase de trabajo que por lo menos produzca para su sustento, cuando no produjese tambien una parte para aliviar las cargas del Estado. Justo, muy justo es todo rigor en este caso, despues de establecido un buen sistema de penitenciarias que sacase á los delincuentes de los horrores de las cárceles y de los presidios, y que tratara de mejorar su condicion moralizándolos. Desgraciadamente no sucede asi y menos aun respecto de la pena de muerte. Esta sentencia se fulmina sobre el hombre que ha privado á otro de la vida, es decir, porque un hombre obró mal contra otro, la sociedad erigida en juez obra el mismo mal contra él: en el primer caso es un crimen; en el segundo es un acto de justicia. El castigo es de idéntico género que el daño perpetrado y todavía con circunstancias mas agravantes, porque puede cometerse un crimen en actos indeliberados por la exaltacion de las pasiones, en tanto que la justicia de la tierra con calma, frialdad, premeditacion devuelve el mismo género de mal, con todas las pretensiones de que va convertido en bien. Ah! la pena del Talion es una venganza, y la venganza es siempre una pasión, nó una virtud como la justicia. La pena del Talion de *alma por alma*, ojo por ojo, era proporcionada á los primeros tiempos del mundo, y especialmente á un pueblo errante, como el pueblo hebreo, que acaudillado por Moisés reunia el doble carácter de sacerdotal y guerrero. La civilizacion cristiana es mucho mas piadosa en su código criminal que todos los pueblos antiguos al imponer penas á los delitos, pero aqui no se trata mas que de la pena de muerte, sobrado distante todavía de hallarse abolida en Europa. Pero ¿cuál es la consecuencia práctica que arroja la pena de muerte? Una consecuencia fatal para la sociedad moralizada, para el hombre honrado: que muchos criminales han cometido uno y otro y otros atentados, y que no hubieran cometido mas que el primero si desde luego se les hubiera privado de libertad para siempre, porque en verdad, ¡es tan violento, es tan duro imponer las mas de las veces de primera intencion la pena

Pero dejando á un lado las leyes humanas y la conciencia pública, tan susceptibles de mejoras adoptando el principio divino de la justicia y el amor, y volviendo á la conciencia privada ó sea al sentimiento de la justicia, diré sin titubear que el egoismo lo engaña muchas veces. En efecto, el sentimiento de la justicia cuando no está bien afirmado en el sentimiento religioso vé siempre disminuido todo lo que atañe á nosotros, al paso que vé siempre abultado todo lo que atañe á los demás. De nosotros mismos procede, pues, el que tengamos mas ó menos conciencia. Oh sentimiento religioso! «¿Quién me instruirá de Dios, sino Dios mismo? dice un piadoso autor. Que la razon abata su altivez. Esto no es mengua para el hombre: antes bien es la prueba mas solemne de que reconoce la enorme diferencia que hay entre el Criador y la criatura. El rayo de luz que nos deja entrever la razon, cuya existencia atestigua el calor benéfico que experimenta el sentimiento, demuestra evidentemente la existencia del astro luminoso que la emana.»

En efecto, el sentimiento religioso no solamente nos patentiza la existencia de Dios, sino que absorbe en sí el sentimiento de nuestra justicia y de nuestro amor,

capital! Además, los ateos se esfuerzan en creer, que tornarán al no ser, á la nada, porque les aterroriza la idea de tener que comparecer ante el tribunal de Dios, que puede condenarlos á un eterno castigo. Los criminales, pues, mirarian acaso con mucho mas horror una larga vida de expiacion, en apartado retiro, sin esperanza de libertad y esclavos del trabajo, que la misma muerte, con la cual los familiariza su ferocidad. En suma, solo Dios tiene el derecho inconcuso de quitar la vida á quien se la ha dado, porque para ese mismo ser todavia reserva en su alta justicia un premio ó un castigo ulterior. «La mejor impugnacion de la pena de muerte, dice un jurisconsulto español, ya citado, es su misma descripcion: quien por ella no la rechace, menos la rechazará por si-logismos. *Dejad á los muertos enterrar á los muertos.*»

produciendo la equidad, verdadero equilibrio de lo justo y de lo bueno. Hé aquí la causa poderosa por la cual el hombre religioso se halla en la via de la verdad, al paso que el impío no sale nunca del camino del error.

¿Pero cuál es la Religion verdadera? «Una religion que comienza y que se acabará con el mundo, dice un filósofo cristiano, refiriendo la historia del mundo á la suya, habiendo sido establecido su imperio en las revoluciones de los demás imperios: una religion que llama á todos los pueblos, aun á los mismos mahometanos, á su primera revelacion dada al primero de todos los pueblos, siempre subsistente para atestiguarlo siempre: una religion, en fin, que por tantos testimonios sacados de la razon, de la historia y de la naturaleza desenvuelve el origen de los desórdenes del mundo y de nuestros infortunios y miserias, y que aunque anunciando un Dios oculto forma un cuerpo de luz tan resplandeciente.... tiene en sí misma el carácter de la Divinidad. Dios no se manifiesta al hombre pecador sino bajo un velo, pero las dos grandes obras en que brilla la unidad de un designio siempre seguido, le hacen reconocer particularmente. Estas dos grandes obras son la naturaleza y la religion.»

Sí, la naturaleza y la religion, pero desgraciadamente la razon humana suele confundirlas, y de aquí los grandes errores que han surgido en todos tiempos, y que hicieron un faustoso alarde en el siglo XVIII. Véase las contradicciones en que cae un apóstol de la naturaleza empeñado en negar la excelencia y la divinidad del cristianismo.

«La naturaleza sola conocida por la esperiencia, dice el autor del *Compendio del código de la naturaleza*, dará al hombre medios para combatir los fantasmas que le asustan. En tanto que los hombres encaprichados con sus opiniones religiosas vayan á buscar en un mundo imaginario

los principios de su conducta sobre la tierra, no tendrán principios: en tanto que se obstinen en contemplar los cielos caminarán á tientas sobre la tierra. Si los ojos de los hombres acostumbrados á las tinieblas se entreabren un instante á la luz de la razon que los hiere, se abalanzan con furia sobre el que les presenta una antorcha que los deslumbra. En consecuencia el ateo se mira como un genio malhechor, como un envenenador público; el que convida á sus asociados á romper prisiones, no parece sino un insensato ó un temerario á unos cautivos que creen que su naturaleza no los ha hecho mas que para ser encadenados y temblar. ¡Nó, mortales! el amigo de la naturaleza no es vuestro enemigo: vuestro intérprete no es el ministro de la mentira: el discípulo de la razon no es un insensato que procura comunicaros un delirio peligroso. Si derriba esos templos y esos altares tan bañados de lágrimas es para levantar á la paz, á la razon y á la virtud un monumento verdadero. Si destruye la base ideal de esa moral incierta y fanática es para dar á la ciencia de las costumbres una base indestructible. Oid, pues, la voz de la naturaleza.

«Oh, vosotros, dice, que consiguiente al impulso que os doy, caminais hácia la felicidad, no resistais á mi ley soberana. Vanamente buscareis vuestro bienestar, mas allá de los límites del universo en que mi mano os ha colocado. En vano lo esperais de esas regiones celestes que vuestro delirio ha creado. Atreveos, pues, á sacudir el yugo de esa religion, mi soberbia rival, que desconoce mis derechos. En mi imperio es donde reina la libertad. Restituido á la naturaleza, á la humanidad y á tí mismo, ¡oh hombre! derrama flores sobre la ruta de tu vida. En cualquiera clase que te halles sigue el plan que te está trazado para lograr la felicidad. Que la humanidad sensible te interese á la suerte del hombre, tu semejante: que tu corazon se enternezca

sobre las desgracias de los otros: que tu mano generosa se abra para socorrer al desgraciado que su destino abate: piensa que puede algun dia abatirte á tí como á él: reconoce, pues, que todo desgraciado tiene derecho á tus beneficios: enjuga sobre todo los llantos de la inocencia oprimida: que las lágrimas de la virtud en el peligro sean recogidas en tu seno: que el dulce ardor de la amistad sincera caliente tu corazon honrado: que la estimacion de una compañera querida te haga olvidar las penas de la vida: sé fiel á su ternura; que ella sea fiel á la tuya: que á la vista de unos padres unidos y virtuosos tus hijos aprendan la virtud. Sé justo, porque la equidad es el apoyo del género humano: sé bueno, porque la bondad encadena todos los corazones: sé indulgente, porque siendo tú mismo débil, vives con seres tan débiles como tú: sé dulce, porque la dulzura atrae la aficion: sé reconocido, porque el reconocimiento alimenta y nutre la bondad: sé modesto, porque el orgullo hace irritar el amor propio de los seres apasionados de sí mismos: perdona las injurias, porque la venganza eterniza los odios: haz bien á quien te ultraja á fin de manifestarte con mas grandeza que él, y hacerte de él un amigo. Y por último, sé reservado, moderado, casto, porque la voluptuosidad, la intemperancia y los excesos destruirán tu ser y te harán despreciable. Conduciéndote así no serás jamás privado de las recompensas que te serán debidas: ninguna fuerza sobre la tierra podrá á lo menos arrebatarte el contento interior, este manantial el mas puro de toda felicidad.»

¿Qué le falta á este elocuente autor, para ser un buen cristiano? Sustituir el nombre de Jesucristo á la voz naturaleza, y creer que cuanto habla del cielo es con relacion á los falsos cultos. Porque, por ventura, es el hombre dueño de darse á sí mismo tan altas virtudes? ¿Selas habrá inspirado la naturaleza bruta al espresarse con tanta elocuencia? A dón de está, pues, el cimiento para poder levantar este soberbio

edificio? Hé aquí el sentimiento religioso en todo su desarrollo empapado en la sustancia de la moral evangélica, pero sojuzgado por la razon que da á una causa ininteligible los atributos de Dios por el prurito de raciocinar sobre la esperiencia, es decir, sobre lo que alcanza la limitacion de su facultad de conocer. Sin embargo la razon misma no dicta al hombre que cuando no hay vida futura, de la que se deba esperar ni premio ni castigo, es mas llano seguir el sendero de las pasiones que el de las virtudes? No necesita el hombre de un poder sobrenatural para que se enseñoree de su pecho el sentimiento de la abnegacion? Véase, pues, como hasta los mismos impíos por caminos desusados suben al monte Calvario, adonde solo adoran la materia inerte, quiero decir, el leño de la cruz, sin ver el fulgor divino que derrama por todo el universo.

En suma, todos los sentimientos nos aseguran de nuestra existencia, y particularmente el sentimiento religioso, que es la esencia de nuestra alma. Y por cuanto carece de conciencia el que no tiene bien desarrollado el principio religioso, se sigue de aquí que este sentimiento es la base de nuestra conciencia, sentimiento que es juntamente el destello de la justicia y del amor divino, de cuya union procede la equidad, virtud adorable que debiera ser el fundamento de toda legislacion cristiana.

CAPITULO IX.

DE LO BELLO, LO BUENO Y LO VERDADERO.

“El fruto de la luz consiste en toda bondad, y en justicia y en verdad.”

S. Pablo á los Efesios, c. 5, v. 9.

El sentimiento religioso, ó sea el sentimiento esencial, es tan profundo en nuestro corazon, que no hay atributo alguno de él que no nos eleve á lo infinito, que es su verdadera fuente; pero este sentimiento de lo infinito tiene varias faces, por decirlo así. Lo infinito en espacio, que es lo primero que admiramos en el espectáculo del universo, despierta en nosotros lo infinito en duracion, ó sea la eternidad. Lo infinito en duracion, lo que no ha tenido principio ni tendrá fin, supone un poder sobrenatural; y de aquí el sentimiento de la omnipotencia de Dios, el *Jehová* de los hebreos, que segun Mr. Philarette Chasles significa *el que ha sido es y será*, es decir, el presente perdurable desde la eternidad hasta la eternidad, segun el language enérgico de la Escritura, el Eterno. Pero el Eterno, el Dios omnipotente es infinito en perfeccion, en bondad y en sabiduría, y de aquí nacen los tres sentimientos que se despiertan en nosotros de lo bello, lo bueno y lo verdadero.

Tres ciencias independientes entre sí han sido objeto

de estos tres profundos sentimientos. La estética, ciencia moderna llamada de la belleza: la ética ó ciencia de la moral en sus relaciones con la teodisea ó ciencia de Dios y con la psicología ó ciencia del alma, y por último, la lógica, que comprende la crítica y la dialéctica ó sea la ciencia del juicio y del raciocinio. Sin embargo, muchos siglos antes de estar reducidas á cuerpo de doctrina existian prácticamente estas tres ciencias en los libros sagrados y aun en algunos autores profanos de la antigua Grecia. No es mi ánimo tratar aqui de estas ciencias, sino apuntar solamente la importancia de estos tres sentimientos, que han sido la base de ellas, por mas que lo verdadero se haya considerado siempre como producto de la razon humana.

I.

DE LO BELLO.

Schwager, autor citado por Young, dice: «Sacar á los hombres de la tibieza en que viven por costumbre y avivar sus sentimientos por medio de vivas reflexiones para conducirlos á la perfeccion, es hacer á la religion un gran servicio, vivificar la virtud y dar un saludable fervor á la práctica de todas nuestras sagradas obligaciones.» El autor citado, como se deja entender, considera en este pasage la perfeccion en absoluto, es decir, como el cáuce á donde vuelven á recogerse todos los grandes atributos de Dios. Yo tambien considero de este modo el sentimiento de la perfeccion, como diré despues, pero como una relacion de este gran atributo divino me propongo decir algo acerca de lo bello.

Lo bello propiamente dicho, segun la estética, es la filosofia de las bellas artes bajo el punto de vista cien-

tífico. El artista, así como el juez del arte, es el sentimiento, nó la razon; pero: «¿A qué tienden las artes? pregunta Mr. Mallefille, ¿á qué aspiran los artistas? A realizar por la plástica, á manifestar bajo apariencias materiales, en una palabra, á hacer perceptible á los sentidos el sentimiento de lo bello, la idea que se ha formado, la concepcion íntima que tiene cada uno de este mismo sentimiento; á formular en creaciones vivientes el tipo de la perfeccion que lleva uno en sí mismo; á trasportar lo absoluto en lo relativo; á dar por último á cada objeto su fisonomía por escelencia.»

En efecto, existe en nosotros mismos, y especialmente en todo hombre bien educado, un sentimiento delicioso que diviniza idealmente los objetos. Este es el tipo de perfeccion de que habla Mr. de Mallefille, pero carecemos siempre de instrumento para espresar bien todo lo que sentimos. La semejanza del modelo representado en la inteligencia del artista por el órgano del sentimiento con su misma obra, constituye la mayor aspiracion posible del arte. Sin embargo, la belleza no es mas que una faz de la perfeccion, y así toda la perfeccion de que somos capaces es una relacion de belleza respecto de la perfeccion divina, porque siendo esta infinita y limitadas nuestras facultades, no podemos siquiera dar un feliz acabamiento al tipo sentido, porque si bien sentimos lo infinito en perfeccion, carecemos de medios de espresarlo por no poder concebirlo.

Pero si queremos no obstante conocer la importancia del sentimiento de la belleza, diré con Hegel en sus *Leciones de estética* que: «en las obras del arte es donde los pueblos han depositado sus pensamientos mas íntimos y sus mas ricas intuiciones, y frecuentemente las bellas artes son la sola llave que nos abre la puerta á los secretos de la sabiduría de Dios y á los misterios de su religion.»

En el entender de algunos críticos que no juzgan de la importancia del arte sino por la correccion de la forma exterior de los objetos, no existe semejante belleza donde no hay mas que la ilusion de la realidad; por consiguiente todo el favor que puede dispensarse al arte, dicen, es apellidarle arte de *imitacion*. Además la naturaleza es obra del Criador, y es mas digno de lástima que de admiracion el que pretende superar sus hechuras. Otros filósofos menos rigoristas no quieren tampoco conceder la belleza sino como producto de un conjunto de accidentes escogidos, cuyos tipos existen en el universo. De este número fueron Batteux en sus *Principios filosóficos de literatura*, quien se da por autor del principio de imitacion, y Arteaga en sus *Reflexiones filosóficas sobre la belleza ideal*, autores por otra parte muy recomendables, pues que dieron un gran paso en la ciencia del buen gusto (1).

(1) D. José Gomez Hermosilla, en su *Arte de hablar en prosa y en verso* con ocasion del buen gusto se esplica de esta suerte: "Las bellezas y fealdades de las composiciones literarias (y lo mismo deberá decirse respecto de las otras artes) son absolutas é independientes del juicio que de ellas se forme, porque no son otra cosa que su conformidad ó discordancia con la naturaleza, la cual es independiente de nuestros juicios: que el sentir las confusamente, equivocándolas tal vez, pertenece á la pura sensibilidad; pero que el conocerlas, analizarlas, distinguir las y declararlas buenas ó malas, con no equivocado juicio, es de la competencia esclusiva del talento unido con la no pequeña instruccion que para semejante exámen y decision se requiere." Y mas adelante prosigue así: "Si las perfecciones y defectos de las composiciones son cosas reales, constantes é independientes del juicio que de ellas se forma; y si para que este sea fundado, cierto y seguro, es necesario que el juez reuna al talento natural la instruccion adquirida que exija aquel género de obras sobre cuyo mérito ha de fallar; es evidente que considerado el gusto (*paladar intelectual*), primero en la persona del autor, porque en efecto este es el primer juez en cada composicion, y segundo en la de los lectores ú oyentes, tendrá buen gusto el escritor que distinguiendo bien lo falso de lo verdadero, lo fútil de lo sólido, lo

Hegel va á responder á los primeros: «Dícese que la naturaleza es obra de Dios y que el arte es obra del hombre. Pero no se considera que Dios obra en el hombre y para el hombre, y que el círculo de su actividad puede estenderse fuera de la naturaleza, pues mayor gloria es para Dios lo que hace el alma que lo que produce la naturaleza. Dios es espíritu, por consiguiente el hombre es su verdadero intermediario y su órgano.» Y añade en otros pasajes: «La belleza en la naturaleza no aparece sino como un reflejo de la belleza del alma, como una belleza imperfecta que por esencia está encerrada en la del alma.»—«La belleza del arte es mas elevada que la de la naturaleza, porque procede del espíritu que es doblemente su padre.»

A mas de estas verdades de Hegel, que son para mí concluyentes, creo que la infinita bondad del Criador no ha querido derramar mas quilates de perfeccion sobre todas sus hechuras, precisamente para que el alma del hombre presienta la existencia de un mundo muy superior al que le sirve de morada, y que por este presentimiento se eleve á la divina perfeccion, en la cual están contenidos todos los supremos atributos del Ser omnipotente. El hombre, pues, desdeñando lo perecedero é imperfecto, llega por el sentimiento de lo bello, así como por el sentimien-

aparente de lo real, lo necesario de lo supérfluo, en suma, lo bueno bajo todos aspectos de lo que no lo sea por algun lado, adopte lo primero y deseche lo segundo. Y le tendrá igualmente el que oiga ó lea la composicion, si distinguiendo tambien lo que merece ser aprobado de lo que fuese digno de reprobacion, alaba lo primero y reprueba lo segundo.» «Por último, el buen gusto al componer y al juzgar consiste en distinguir lo bueno de lo malo; y como estas operaciones no pueden ser obra sino del talento competentemente ilustrado, es evidente que el tener buen gusto es exclusivamente efecto de la instruccion, pues la disposicion natural del sugeto no contribuye á ello sino como contribuye á todas las demás habilidades del hombre.»

to de lo bueno y de lo verdadero hasta el escabel del trono del Eterno. ¡Oh, facultad maravillosa del sentimiento! Órgano de toda luz, de toda verdad, de toda perfeccion ¿cómo es que el hombre te posee aun desde antes del nacer y se ha cuidado tan poco de cultivarte!

El mismo Hegel va á responder tambien á los segundos: «El principio esclusivo de lo ideal, dice, es poner en armonía la forma exterior con el alma.» Y sigue en otro lugar: «Las formas bajo las cuales aparece el espíritu en el mundo real deben ser consideradas como simbólicas, pues nada son por sí mismas sino la manifestacion ó la espresion del espíritu. Así por reales que sean llegan á ser ideales y se distinguen de la naturaleza como tal que nada representa de espiritual. Esta es la gran diferencia que existe entre la naturaleza y el arte, lo que esplica tambien que no basta siempre la belleza de la forma para dar lo que llamamos ideal, porque la vitalidad de lo ideal consiste precisamente en que la idea que se quiere representar penetre la apariencia exterior bajo todos sus aspectos.»

«El bello ideal, dice el Sr. Garcia Luna, en sus *Leciones de filosofia ecléctica* al tratar de la imaginacion, no tiene modelo en el conjunto de las realidades.»—«La belleza física es un reflejo de la belleza moral.»—«La sustancia del bello ideal es el mismo Dios.»—«El sublime ocupa en nuestro ánimo el lugar de lo bello, siempre que el objeto que contemplamos participa mas ó menos de la idea de lo infinito.»

«Lo sublime, segun La Harpe, en su *Curso de literatura antigua y moderna*, es rápido é instantáneo, porque nada que es estremado puede ser comun ni duradero. Es una palabra, un rasgo, un movimiento, un gesto, y aun el silencio á veces, y su efecto es semejante al del relámpago. Es independiente del arte, pues se encuentra en

personas que no tienen idea alguna de él. Si hay un carácter distintivo por el cual pueda reconocerse es sin duda que lo sublime, sea de pensamiento, de sentimiento ó de imagen, es tal en sí mismo que la imaginacion, el entendimiento y el alma, no pueden concebir nada mas allá. Lo que es bello, lo que es grande admite mas ó menos, pero lo sublime es el último término posible.»

En el *Tratado del sublime* de Longino, siguiendo la traduccion de Boileau se leen estas palabras.

«Lo sublime en el discurso puede hallarse en un solo pensamiento, en un solo giro de palabras. Es lo extraordinario, lo sorprendente, lo maravilloso del discurso ó de la espresion.» Así, dice el ilustrado traductor de Boileau, yo juzgo que lo sublime, hablando de estilo, es lo mas acabado ó por mejor decir la perfeccion en cada especie de estilo.»—«Lo sublime, segun Longino, es lo que constituye la suprema perfeccion y escelencia del discurso.»—«Todo lo que es verdaderamente sublime tiene la propiedad de elevar el alma haciéndole concebir mas alta opinion de sí misma.» «La señal infalible de lo sublime es cuando sentimos que un discurso nos deja mucho que pensar, cuando hace en nosotros un efecto al cual es difícil resistir y cuando el recuerdo que nos deja es permanente y casi indeleble. En suma, una cosa es verdaderamente sublime cuando agrada universalmente y en todas sus partes.» «Todo lo extraordinario es admirable y sorprendente.»—«La naturaleza ha engendrado en nuestras almas una pasion invencible por todo lo que nos parece mas grande y mas divino. Así vemos que el mundo entero no basta á la gran estension del espíritu humano. Nuestros pensamientos pasan mas allá de los cielos y trasponen los límites que rodean y terminan todas las cosas.»

«Por la palabra sublime, dice D. Antonio Capmany en su *Filosofía de la Elocuencia*, no hemos de entender aquí

lo que en la oratoria se llama grandilocuencia, la cual pide siempre grandeza y alteza en la dicción. El sublime puede encerrarse en una sola sentencia, en una sola imagen, en una sola frase. Así es que una idea puede producirse con estilo sublime y no ser por esto sublime: porque solo tiene esta calidad lo que por extraordinario, estupendo ó grande nos sorprende, admira y arrebató. Y estos efectos son mas de la forma extraordinaria de la espresion, que de la grandeza misma del objeto. Por ejemplo, este pensamiento. *El árbitro supremo de la naturaleza con una sola palabra crió la luz*, está en estilo elevado y magnífico; y sin embargo no es sublime, porque no es un modo de decir tan nuevo y maravilloso, que no lo alcance cualquier entendimiento. Pero cuando dice Moisés, *Dios dijo hágase la luz y la luz fué hecha*; ó con mas brevedad, segun la version literal del testo hebreo: *Haya luz, y hubo luz*, el dicho es en todos sentidos sublime, porque bajo todos aspectos es extraordinario y estupendo.

«Cinco son las fuentes que se señalan comunmente al sublime: cierta elacion de espíritu que nos hace pintar felizmente las cosas: una gran viveza de afectos y pasiones, que se puede llamar entusiasmo, capaz de conmover y perturbar los ánimos; y estas dos lo deben todo á la naturaleza, pues nacen con el hombre. Las otras tres dependen del arte, como son: las imágenes y figuras manejadas de cierta manera: la nobleza de la espresion; y la dignidad y magnificencia de las palabras.» Pero prescindamos de las reglas del arte, y elevémonos á la altura de la ciencia.

D. Alberto Lista, en sus artículos sobre la ciencia de las humanidades, se espresa del modo siguiente:

«La *unidad* á que se someten las partes de un todo, es la *esencia de la belleza*. En general, siempre que aplaudimos, siempre que sentimos lo bello, es porque obser-

vamos cierta ley de armonía, que reduce á la unidad nuestras sensaciones. Lo que censuramos es inarmónico: no está en la simetría correspondiente.» «Es claro que la variedad es necesaria en las artes y en la naturaleza, pero esta variedad ha de hallarse reducida á la unidad: si nó desaparece la belleza.» «Concluyamos, pues, que la armonía no consiste en dar perpétuamente un mismo sonido, sino en producir una serie de sonidos tales que el oído los someta fácilmente á las leyes de la música. Los inteligentes las conocen: los que no lo son las sienten.»

«Mas difícil es señalar los límites entre la belleza y la sublimidad. Parece imposible en efecto hallar la ley de la unidad en objetos que superan la capacidad de nuestra alma, y no se someten, por decirlo así, al compás mezquino de nuestra imaginación. Dimensiones sin término, masas inmensas, acciones y cualidades superiores á las de la humanidad, la oscuridad, el silencio, la nada, las potestades invisibles, en fin, el Ser supremo, no presentan ciertamente caracteres de *variedad reducida á unidad*.

«Mas si ellos no los presentan ¿será imposible hallarlos en las ideas que de estos sublimes objetos nos formamos? San Agustín llama á Dios, *belleza antigua y siempre nueva*. El Ser supremo es sencillísimo en su esencia: ¿lo es la idea que de él forma nuestro entendimiento: lo es la imagen que se graba en nuestra fantasía? El primero obra por medio de la análisis, y la segunda da cierto relieve sensible, aunque vago, á las ideas, que produce aquella análisis. La omnipotencia, la inmensidad, la misericordia, la justicia y los demás atributos del ser independiente, ¿no son las ideas componentes de la que tenemos formada del objeto sublime de la naturaleza? Hay ó nó unidad que las enlace?

«Los objetos bellos en moral son los que se conforman con las leyes establecidas por el Creador en este orden;

y en esta conformidad consiste la unidad que los hace bellos. Si llegan á ser sublimes no por eso falta esta unidad.» «La sublimidad física tiene tambien su unidad en la correspondencia de los efectos con los poderes que los han producido. La idea de la nada es sublime, porque nos muestra el poder soberano que sacó de ella todas las cosas.» «Pero ¿y el desórden? un monton inmenso de peñascos hacinados por un terremoto, es ciertamente un objeto sublime: ¿dónde está su belleza? En las ideas de órden físico que asocia inmediatamente nuestra fantasía á aquel caos, á aquel monton de partes incoherentes.» «El poder que produce esos estragos es demasiado grande para que no procuremos ligarlo con las ideas del órden físico á que está sometido el universo.»

«Nos parece, pues, que todos los objetos bellos tienen por forma la unidad; y que si no es fácil hallarla y delinearla en los objetos sublimes, que tienen una belleza de órden superior, no es difícil de encontrarla en las ideas que de estos objetos forma nuestra alma, elevada por el sentimiento de la sublimidad.»

Lo bello y lo sublime son, pues, relaciones del sentimiento de lo infinito en perfeccion, pero con una diferencia que los distingue, segun mi modo de sentir, á saber; que lo bello escita en nuestra alma una suave fruicion, un goce expansivo y delicado, mientras que no alcanzamos lo sublime sino por el sentimiento de la admiracion que nos arroba y arrebatá, produciendo muchas veces en nosotros ora el amor, ora el temor, segun que contemplamos la bondad ó la omnipotencia divina. La fruicion y la admiracion son por lo tanto nuestros medios para distinguir lo que es bello y lo que es sublime.

Puesto que Dios es lo infinito en perfeccion tanto respecto de la belleza como de la bondad y sabiduría ¿por qué no ha de infundirnos contento la esperanza de que

los justos participarán tambien algun dia de estos hermosos atributos? ¿Por ventura no serán tipos de belleza las gerarquías celestiales? ¿no lo serán asimismo nuestras almas? «Un alma santa, dice Mr. Valroger, no siempre tiene un cuerpo hermoso ni una bella inteligencia. No hay en la tierra proporcion esencial entre los dones de la naturaleza y los dones de la gracia. Sin duda algun dia la Providencia establecerá una armonía perfecta entre la belleza del cuerpo, la belleza del entendimiento y la belleza moral: los cuerpos de los santos serán entónces transfigurados, y la mas alta belleza, el mas alto poder intelectual serán el premio de la mas alta virtud.»

Conocido ya el principio fundamental del arte, preguntaremos á los mismos filósofos estéticos qué es un artista? «No se sube á la perfeccion, dice Mr. de Mallefille, sino conducido por el entusiasmo. Y qué es el entusiasmo? una parte del amor, la parte mas aérea, la mas sublime y mas ardiente tambien. El amor, esa fuerza expansiva, no podria dirigirse sobre sí mismo. Va allí donde están nuestros deseos y nuestras esperanzas.»

«Creen algunos que la inspiracion, dice Hegel, puede ser producida por la escitacion sensible, pero no es un simple efecto del calor de la sangre. La inspiracion artistica no es otra cosa que estar lleno y penetrado del asunto de que se va á tratar, tenerlo presente en sí y no poder descansar hasta haberle impreso su carácter y revestido de la forma perfecta que constituye una obra de arte: es la actividad viviente que se identifica con la misma cosa. De otro modo: la inspiracion es el estado del alma en el cual se halla el artista en el momento en que su imaginacion está en actividad y en que realiza sus concepciones.»

Y añade con elocuencia el Sr. García Luna: «El artista aumenta el número de las voces que cantan las glorias

del Altísimo. Es parecido al amante que limpia el espejo para que en él se refleje mejor la imagen de su amada. El anhelo de comunicar á la materia el destello de perfeccion que vé en lo íntimo de su alma, es el homenaje mas sincero que puede rendir á su Criador.»

Y dice tambien Mr. Lauvergne, encareciendo el goce del artista: «El alma cuidadosa de la belleza moral se basta á sí misma en su cérebro, en el cual todos los centros particulares se balancean y equilibran como los astros en el azul del firmamento.»

II y III.

DE LO BUENO Y LO VERDADERO.

Hasta aquí he considerado el sentimiento de lo bello como una faz de la perfeccion. Resta hacerme cargo de él en su íntimo enlace con lo bueno y lo verdadero, cuyos tres eminentes atributos constituyen la perfeccion del *Es* eterno. Para lograr este fin diré con Vico, que: «La primera poesía ha sido una *facultad natural* (el sentimiento) de los antiguos dirigidos por los sentidos, por la imaginacion y por la ignorancia de las causas de lo que veían y admiraban sin poderlo comprender. La poesía de los primeros pueblos ha sido, pues, divina, y la naturaleza de los niños participa tambien de la naturaleza de los primeros pueblos.»

¿Y por qué la poesía no ha de ser divina en todos los tiempos del mundo? Por ventura no reúne lo bello, lo bueno y lo verdadero en sus aspiraciones á la perfeccion? Así el conjunto de estos tres sentimientos es el que ha formado á los grandes músicos, pintores, escultores y arquitectos, como tambien á los mas famosos poetas, escri-

tores y oradores. Si la inspiracion de los grandes génios es el entusiasmo entreviendo la belleza, la bondad y la sabiduría de Dios, como centro de toda perfeccion; si el entusiasmo es amor ardiente que exhalándose de nosotros se remonta como la fragancia del incienso hasta perderse en el espacio; y si el amor es un compuesto de deseo y de esperanza, ¿por qué no ha de ser siempre Dios el término de todas nuestras aspiraciones, por mas que no podamos espresar todo lo que siente nuestra alma por medio del instrumento que perciben nuestros sentidos? ¿Por ventura no habrá sonidos en este instrumento que nos hagan olvidar su forma mas ó menos acabada? ¿Por qué el sentimiento de lo bello es el alma de las bellas artes? Porque procede de un destello del amor divino. ¿Y cómo este amor no ha de ser siempre bueno y verdadero?

La filosofía aplicada á las bellas artes consiste, además de la propiedad del instrumento, en la espresion de los sentimientos y de las pasiones. La poesía considerada como arte, esto es, aquella cuyo instrumento es el metro, la rima y el lenguaje escogido; la música, la pintura y la escultura son las que principalmente pueden desarrollar los sentimientos y las pasiones; pero debe observarse sin embargo que la espresion de los sentimientos constituye la ciencia de la poesía, al paso que la espresion de las pasiones no puede pasar de la esfera de la imitacion con mas ó menos propiedad, mas ó menos exageradamente; mucho mas cuando el drama y principalmente la tragedia cifran su mayor importancia en la pintura de las pasiones que mas han distinguido en bien ó en mal á los personajes históricos. Así por ejemplo las poesías sagradas y algunas heroicas, la música de Hayden, Mozart y Palestrina, el Júpiter de Fidias, el Apolo de Belvedere, el Pasma de Sicilia de Rafael, la Concepcion llamada la Perla de Murillo, serán siempre productos de inspiraciones di-

vinas, es decir, de la verdadera ciencia poética que en sus aspiraciones á la perfeccion comprende lo bueno, lo bello y lo verdadero, mientras que las producciones de otros géneros de estas mismas artes, se contendrán en los límites de lo terreno, unas veces para la correccion de las costumbres y otras veces por desgracia para su misma corrupcion. Por eso en mi sentir la espresion de las pasiones no constituye la poesía propiamente dicha y por consiguiente no comprende la belleza artística, que siempre con grandes alas debe remontar su vuelo hasta perder de vista la tierra.

Pero la filosofía ha considerado todas las pasiones en el número de los sentimientos, esto es, ha fundido siempre en un mismo crisol el bien y el mal sin cuidarse de hacer distinciones, y de aquí procede necesariamente que el vicio y el crimen pretendan invadir los dominios del arte, lo mismo que lo sarcástico y lo frívolo, siendo así que no hay verdadera poesía donde no reina la virtud ó donde no hay aspiraciones á la perfeccion divina,

«Las pasiones nobles, dice un autor, agradan siempre, pero la virtud es la mayor belleza.» «Si la virtud se apareciese á los hombres con todos sus encantos, decia Platon entreviendo á Jesucristo en su Varon justo, no habria quien no la amase.» «La belleza mas digna de nuestros homenajes, dice un autor inglés, es la bondad de Dios que se manifiesta en las obras de la creacion.»

A los que sustentan que la poesía no es mas que una ficcion, una dulce mentira, porque solo han estudiado los poetas idólatras de la antigüedad, les responderé sencilla mente que el politeismo fué una creencia que pobló toda la tierra y aun el cielo de deidades profanas llenas de pasiones y de vicios; y que por consiguiente, fuera de los recursos de la imaginacion, la poesía de los antiguos se resiente de la ignorancia de la unidad de Dios y de sus di-

vinos atributos. La forma, pues, tuvo que hacer las veces del sentimiento, y de aquí la belleza exterior que se observa en las obras de ingenio y de las artes de los griegos y de los romanos, al paso que nada perfeccionan el alma.

Veamos al hábil arquitecto Sr. Lista echar los fundamentos de la ciencia poética. Dice así con su acostumbrada maestría.

«Hasta ahora los que mas honor han hecho á la poesía la han considerado como un arte.—Examinemos si las reglas del arte de la poesía pueden deducirse de algun principio general que la eleve á la dignidad de ciencia.

«Mas para emprender esta investigacion es necesario subir á un punto de vista mas general y elevado, y dar á la palabra *poesía* una significacion mas lata que la que generalmente se le atribuye. Es necesario prescindir del instrumento de que se vale el poeta propiamente dicho, que es el language, y considerar su profesion como el arte en general de describir lo bello y lo sublime, y de halagar y elevar el alma con sus descripciones, ya sean hechas con la voz hablada y escrita, ya con los sonidos de la música, ya con el buril, ya con los pinceles, ya en fin con las simetrías geométricas.

«Consideradas las bellas artes bajo este aspecto, y no reconociendo entre ellas mas diferencia que la del instrumento con que describen, es claro que para profesar dignamente cada una, ha de combinarse el conocimiento del objeto que se proponen todas, á saber, la belleza y la sublimidad con el conocimiento de los medios peculiares de descripcion propios de aquella arte.

«Y existiendo reglas y principios ciertos para la construccion de las frases en el language, para la combinacion de los sonidos en la música, para las proporciones de la geometría, para la mezcla de los colores y para la representacion de las perspectivas en la pintura, nadie podrá

negar que el instrumento de cada arte supone una ciencia particular para su conocimiento, y un arte respectivo y reglas competentes para la práctica.

«¿Existe en el hombre el sentimiento de la belleza y de la sublimidad? ¿Hay en los objetos de la naturaleza, sometidos á nuestra contemplacion, cualidades en virtud de las cuales existen en nosotros las impresiones de lo bello y de lo sublime? ¿Posee el hombre la facultad de transmitir á sus semejantes, por diversos medios y con distintos instrumentos, las impresiones que los objetos de la naturaleza han producido en él? ¿Puede su imaginacion, eligiendo diversos rasgos y cualidades del variado espectáculo del universo crear seres ideales, que produzcan en el ánimo impresiones de la misma especie que los objetos bellos y sublimes de la naturaleza? Pues si no puede negarse que existe este sentimiento y estas facultades, forzoso será tambien confesar, que debe ser estudiado y reducido á principios el sistema de hechos y fenómenos psicológicos á que da motivo la propiedad que tiene nuestra alma de sentir y de reproducir la belleza y la sublimidad. Este sistema constituye la ciencia de la poesía considerada en su generalidad: ciencia que se semeja mucho á la ideología, con la diferencia de que esta se versa acerca de ideas y aquella acerca de sentimientos é imágenes: ciencia mas difícil, porque el criterio de la belleza no se fija por raciocinio como el de la verdad, y es mas delicado y fugitivo; pero ciencia no menos exacta porque se funda en hechos, que pasan en nuestro interior y de los cuales todos tenemos conciencia.

«Existe, pues, la ciencia poética; pues es universal en el género humano el sentimiento de lo bello y de lo sublime y la facultad de reproducir sus impresiones.»

Nuestro inmortal Cervantes hablando de la poesía se esplica de esta manera.

«La poesía es una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada y que se contiene en los límites de la discrecion mas alta: es amiga de la soledad: las fuentes la entretienen: los prados la consuelan: los árboles la desenojan: las flores la alegran; y finalmente deleita y enseña á cuantos con ella comunican.»—«La escelencia de la poesía es tan limpia como el agua clara, que á todo lo no limpio aprovecha: es como el sol que pasa por todas las cosas inmundas sin que se le pegue nada: es habilidad, que tanto vale cuanto se estima: es un rayo, que suele salir de donde está encerrado, nó abrasando, sino alumbrando: es instrumento acordado, que dulcemente alegra los sentidos, y al paso del deleite lleva consigo la honestidad y el provecho.» Y añade en otro lugar: «Que admiraba y reverenciaba la *ciencia* de la poesía, porque encerraba en sí *todas las demás*; porque de todas se sirve, de todas se adorna y pule, y saca á luz sus maravillosas obras, con que llena el mundo de provecho, de deleite y de maravilla.»

Pero contrayéndonos á lo bello en literatura, no puedo resistir el deseo de poner á continuación un pasage del *Discurso acerca de las Gracias*, que á mediados del siglo último escribió en lengua francesa el Padre Andrés, autor del *Ensayo de lo bello*. Lo considero de sumo interés para fijar bien la cuestion que nos ocupa. Dice así:

«*Gracia* no es precisamente la belleza de un objeto, sino una suerte de gracia sensible que causa al alma alegría ó contepto. Los griegos la llamaron *Charites*, nombre sacado de *Chara* que significa alegría, gozo. La palabra latina *gratia*, que procede de *gratum*, agradable ó deleitable, es, pues, la misma idea. Así entre nosotros, como entre griegos y romanos, se dice *gracioso* de una cualidad que no solo agrada al entendimiento sino que alegra el corazon.

«¿Cuál es la naturaleza de las gracias?

«Entre los cuerpos inanimados el que se ofrece mas agradablemente á la vista es el arco iris. Pero no por su forma, porque hay muchas figuras circulares, ni por sus colores, porque hay matices de mejor efecto, sino por los visos delicados que juntan estos colores sin confundirlos, es decir, por cierta *unidad* graciosa en que reside la forma esencial de lo bello.

«La necesidad de *gracias* en una obra de ingenio es incontestable. Tres cuestiones importantes vamos á resolver.

«Para decidir la primera es menester recordar la pintura de las gracias. Hay tres, cuyos nombres simbólicos significan *brillante* (Egléa), *dulzura* (Talia), *viveza* (Eufrosina). Se tienen de la mano, siempre risueñas, jóvenes y vírgenes, decentemente vestidas, con elegancia, en ropage talar, ligero y diáfano. Espliquemos este enigma. Son tres gracias, porque una sola en un discurso no basta para llamar nuestra atencion. El brillante solo fatiga: la dulzura sola fastidia: la vivacidad sola aturde. Las tres gracias, deben, pues, tenerse de la mano en una composicion. El brillante debe ser dulce, la dulzura viva, y la vivacidad dulce y luminosa. Están siempre risueñas, porque la alegría del corazon es la que les da vida. Jóvenes, porque son de la naturaleza del alma, que nunca envejece: vírgenes, porque de otro modo no serian gracias de ingenio, sino cortesanas indignas de nuestras miradas: decentemente vestidas, porque el mejor pensamiento y el sentimiento mas bello, ¿pudieran agradarnos si las palabras careciesen de decencia? Su ropage es talar, porque un poco de negligencia no sienta mal á las gracias, cuyo principal cuidado es imitar la naturaleza. Y por último, su ropage es ligero y algo diáfano para enseñarnos que un discurso no debe estar recargado de ornatos ni adolecer de

oscuridad, pues es preciso que se descubra sin dificultad el pensamiento del autor.

«¿Cuáles son las fuentes naturales de las gracias del discurso? Hé aquí la segunda cuestión.

«La composicion es una pintura: es menester, pues, imágenes. La pintura ha de ser animada, es menester, pues, sentimiento. Pero ¿en qué fuentes los buscamos? El Autor de la naturaleza las ha puesto en nosotros mismos en dos facultades propias: la imaginacion y el corazón: la imaginacion para tener el pincel: el corazón para conducirlo.

«La imaginacion, como lo espresa su nombre, es la madre de las imágenes y de todos los giros que se llaman ingeniosos. Ella es la que suministra á los oradores y á los poetas sus mas bellas figuras.

«El corazón es la fuente principal cuando habla á la verdad, á la justicia, á la religion, á la pureza de costumbres. En vano la imaginacion mas bella nos presentará las pinturas mas brillantes si el corazón no las anima con el sentimiento, porque es una regla de elocuencia conocida de todo el mundo que el que quiera conmover se conmueva antes. Solo el corazón sabe hablar al corazón.

*La tercera cuestion es la verdad.

«En efecto ¿para qué han de servir las gracias del discurso sino para embellecer la verdad? ¿Pero cuáles son las ciencias susceptibles de las gracias del discurso? No hay asunto tan sombrío en que ellas no puedan penetrar. ¿Por ventura la filosofía no contempla los mas hermosos objetos? la razon, el órden, las costumbres, el espectáculo del universo, no son susceptibles de gracias del discurso?

«Si se me dice que los misterios de la religion son inaccesibles á ellas, opondré el ejemplo de los PP. de la Iglesia. Entre los griegos S. Basilio, S. Juan Crisóstomo, S. Gregorio Nazianzeno. Entre los latinos S. Cipriano,

S. Ambrosio, Lactancio y el gran S. Agustín, quienes jamás han creído debilitar las pruebas de la religión cristiana por haber sembrado en sus escritos las flores de su elocuencia.

«Pero por qué citar á los discípulos cuando tenemos el testimonio del Maestro? De él ha sido dicho que *la gracia estaba esparcida por sus labios*. Imágenes, sentimientos, belleza, sublimidad, palabras llenas de luz, de fuego, de viveza, de dulzura, de caridad, de amor.... y siempre de amor. ¡Ah! cuántas gracias divinas en todos sus discursos!.... Jamás mortal alguno ha hablado con tantas gracias, ni con tanta perfección como nuestro divino Maestro y Salvador.»—Hasta aquí el elocuente P. Andrés.

En efecto, no es menester profundizar demasiado en la ciencia del discurso, en la ciencia de la poesía, para observar los caracteres distintivos de los cuatro Evangelistas inspirados por Dios. En todos y en cada uno luce la luz divina, pero como dotes especiales podemos distinguir la magestad en S. Mateo, la sencillez en San Marcos, la belleza en S. Lucas y la sublimidad en S. Juan. Este conjunto armónico forma la unidad divina, cuyo fondo difunde en nosotros las luces celestiales de la justicia y la misericordia, perfecta imagen del Verbo.

La estética, pues, es respecto de la poesía el arte de dar á la forma el colorido bello del pensamiento; en tanto que la poesía es el mismo pensamiento, á mas de bello, bueno y verdadero. Por eso un autor clásico la definió diciendo que «es la voz de las grandes cosas,» es decir, la expresión de lo bello, de lo sublime, de lo divino.—Así todo artista es poeta, de la propia manera que todo poeta es artista en cuanto todos abriga en su seno el sentimiento de la perfección. Considerada la poesía bajo este punto de vista es la madre del genio creador, y por consiguiente todas las bellas artes dimanar de ella. Pero porque el sen-

timiento de lo bello no es mas que una faz de lo infinito en perfeccion, es fácil de comprender que aquel espresará mas propiamente el tipo de belleza que encierra en lo íntimo de su alma, que sepa revestir sus concepciones con mas nobles y dignos atavíos. «La cultura de un genio creador, dice Mr. Lauvergne, nunca ha ayudado mas á la felicidad de la humanidad que en su aplicacion al estudio de las bellas artes. Desde el principio del mundo el instinto de los pueblos ha creído reconocer el language del cielo en los que se lo han revelado inspirándose con las maravillas de Dios, y con los esplendores del universo. El fuego divino del entusiasmo poético es el medio civilizador por excelencia; pero no lo es sino con la condicion de brillar como una emanacion del gran Ser. Los manantiales de su inspiracion para cumplir su mision providencial han de ser necesariamente Dios en el cielo y la Patria en la tierra.» «El alma de un poeta, continúa, no debe recibir las leyes de su siglo: el verdadero genio es el símbolo del alma libre: recoge en la tierra en los cálices de sus mil flores la miel de sus armonías y vuela á los cielos para cantarlas en toda la libertad del espacio.» Y añade en otro lugar este sábio médico: «No se pregunte nunca al genio cuál es su origen, sino véase si lo que produce es bello y bueno. Ninguno de los que han tenido visiones celestiales ha dicho nunca nada contrario á la felicidad y á la dignidad del hombre.» (*De la agonía y muerte en todas las clases de la sociedad.*)

«Hay almas, dice Mr. Valroger, que no llegan al amor de lo verdadero y del bien sino por el entusiasmo de lo bello» No hay, pues, belleza sin bondad, y no hay tampoco bondad y belleza que no sean verdaderas. Por eso precisamente, estos tres sentimientos que puedo llamar simbólicos se acogen y confunden en la perfeccion divina, que es Dios.

«Lo bello en todos los géneros imaginables, dice de Maistre, es lo que place á la virtud ilustrada.» «Lo bello, segun el divino Platon, es el esplendor de lo verdadero.» —«Así como para distinguir la luz de las tinieblas, dice una muger espiritualista, de quien hablaré mas adelante, no es menester mas que la misma luz que se hace sentir, del mismo modo para conocer la verdad basta la misma claridad que la rodea.»

«¿Qué es verdad? preguntaba á sus oyentes el profundo y elocuentísimo Bossuet en el sermón de la fiesta de todos los Santos; ¿bajo qué forma se nos presenta? Hombres torpes y carnales, lo entendemos todo corporalmente: queremos siempre imágenes y formas materiales. ¿No pudiera yo hoy despertar esos ojos espirituales é interiores ocultos en el fondo de vuestra alma? No pudiera yo desviarlos un momento de esas imágenes vagas y variables, que imprimen los sentidos, y acostumbrarlos á contemplar la verdad en toda su pureza? Veamos si es posible. Solo os pido que esteis atentos á lo que ahora haceis, y á la intencion que os reúne en este lugar sagrado. Yo os predico la verdad y vosotros la escuchais. La que os propongo en este momento consiste en que es feliz aquel que no está sujeto al error y que no se engaña nunca. Esta verdad es segura é incontestable. ¿No veis su evidencia? ¿Pero dónde la veis? Es en mis palabras? De ningún modo, no lo creais. ¿Dónde la veo yo mismo? En una luz interior que me la descubre, y aquí es donde vosotros la veis tambien. Continudad atentos y seguidme. Porque del mismo modo que cuando os señalo con el dedo algun cuadro ó algun adorno de esta real capilla, dirijo vuestra vista, pero no os doy la luz, ni puedo inspiraros el sentimiento, de la propia manera sucede con la enseñanza de esta Cátedra. Yo os hablo, os advierto, escito vuestra atencion, pero hay una voz secreta de la ver-

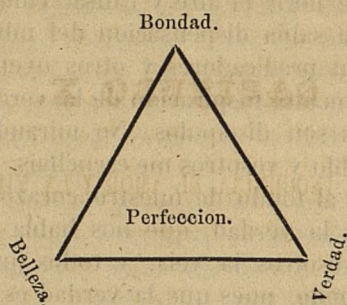
dad que me habla interiormente; y esa misma os habla á vosotros tambien, sin lo que todas mis palabras no harian mas que herir el aire y causar ruido en vuestros oidos. Segun la sabia dispensacion del ministerio sacerdotal, unos son predicadores y otros oyentes: segun el órden de esta oculta inspiracion de la verdad, todos son oyentes, todos son discípulos. No mirando mas que al exterior, yo hablo y vosotros me escuchais: pero atendiendo al interior, al fondo de nuestro corazon, vosotros y yo escuchamos la verdad, que nos habla y nos enseña. Yo la veo y vosotros la veis, y todos juntos la vemos de un mismo modo, pues que la verdad es una y la misma que se manifiesta en todo el mundo á todos los que tienen los ojos abiertos á sus luces.»

Sí, la verdad es una, inmutable; pero por el criterio de nuestro sentimiento alcanzamos la verdad eterna: por el criterio de nuestra razon llegamos á poseer la verdad científica, y por este mismo criterio acompañado de nuestros sentidos conocemos la verdad de los hechos. Estas verdades no son mas que relaciones de la primera como procuraré probar en su lugar respectivo.

Resta solo saber qué cosa sea la bondad. Diré en pocas palabras á todos los filósofos de la tierra, si quieren penetrarse bien de lo que es la bondad, que principien por investigar el fin que Dios se propuso al crear el universo, y hallarán al hombre, la mas noble y grande de sus hechuras: que sigan estudiando la historia de la humanidad, y verán el término á que la condujo el pecado; y que acaben por adorar el cristianismo, y se abismarán en él contemplando á Dios sacrificándose y sacrificado por el hombre. Solo la bondad infinita ha podido salvarlo. La bondad es, pues, la esencia del mismo Dios.

Resumiendo, la ciencia divina de la poesia, aquella

ciencia que tiene por base el sentimiento de amor divino, puede representarse con esta figura,



Así lo bello en absoluto es lo infinito en perfeccion: lo bueno en absoluto es lo infinito en perfeccion: lo verdadero en absoluto es lo infinito en perfeccion. Y así la bella, la buena, la verdadera poesía, en sus relaciones con lo infinito, es la fragancia del amor, de la virtud y de la sabiduría, que exhalándose de lo íntimo del alma, sube hácia el trono del Eterno.

CAPITULO X.

DE LA INOCENCIA, EL AMOR Y LA VIRTUD.

„Lavaré mis manos entre los inocentes y estaré, Señor, alrededor de tu altar.“

Salmo XXV. 25. v. 6.

«El sentimiento de la inocencia, dice Saint Pierre, nos eleva á la Divinidad, y nos encamina á la virtud. Jesucristo quiere que lleguemos á ser semejantes á los niños. Se les llama inocentes porque no han dañado jamás. Este sentimiento es un rayo de la Divinidad: él cubre al infortunado de una luz celeste que hace nacer en el corazon del hombre la generosidad, otra llama divina.»

En efecto la inocencia egerce en nosotros un poder irresistible. Sin este sentimiento delicioso no subyugaría nuestra alma la belleza, la ternura ni la gracia de que vemos revestido á un hermoso niño. Ageno á los vicios, á los engaños, á las maldades que engendra la edad con el mal egemplo, se ostenta el niño embellecido con la aureola de su inocencia. Su risa, sus juegos, sus caricias nos embebecen, y siempre que vemos al tierno infante nos encanta, y aun mas y mas cada día. Sus lágrimas, sus lamentos y sobre todo sus dolores nos arrancan el corazon,

y diéramos al precio de su salud mil veces nuestra vida. El amor tiene mucha parte en estos solícitos extremos del alma; pero ¿por qué se amórtiguan los dolorosos recuerdos de la pérdida de una buena madre, al paso que los de un hijo tierno acibaran para siempre nuestra existencia? Si el trato engendra el cariño ¿cuánto mas intenso no debiera ser el dolor causado por el recuerdo de una persona querida con quien hemos vivido desde el nacer, que el de una tierna criatura que apenas ha contado dos ó tres primaveras? ¿será porque nosotros hemos sido pedazos de nuestros padres, al paso que nuestros hijos son pedazos de nosotros? No hay duda de que este es argumento de gran peso, mas no obstante el principal consiste en que el sentimiento de la inocencia que abrigamos en nosotros mismos, es un sentimiento indeleble. ¿Pero por qué? Porque el niño acabado de salir de las manos de la divina Providencia exige adoracion. Amamos en él la terneza, la hermosura, la pureza, la inocencia amamos la imágen de los ángeles que en celestiales coros entonan himnos de alabanza á la Divinidad, y hallamos por tanto en el niño la delicia y la felicidad de nuestra alma.

«El alma lleva consigo, dice Mr. Lauvergne, sobre todos los objetos de la naturaleza ó del cielo, alguna parte de ese calor misterioso y sublime que se llama *amor*. Este sentimiento abraza lo que hay de mas metafísico en la naturaleza del hombre, y para que por él recibamos la inspiracion de Dios, es probable que el amor sea un don especial de Dios para ciertas almas privilegiadas. Este don aplicado á la inteligencia de las cosas, constituye el genio, así como el desarrollo de nuestras facultades afectivas es la poesía del corazon.»

El amor, este sentimiento sublime, que forma las familias, reúne las sociedades y puebla el mundo, es el tesoro mas precioso de la humanidad. Por amor se torna

grande el pequeño, animoso el cobarde, pródigo el avaro, generoso el egoísta, justo el malvado, casta la muger libertina... ¿De quién, pues, emana este sentimiento religioso? ¿será por ventura una emanación del cieno del vicio? ¿será acaso el fruto de los tenebrosos amañes del crimen? ¿será tal vez la consecuencia lógica de la impiedad? Nó, estas ideas estremecen y horrorizan. Por el contrario, el amor es fuente inagotable de virtudes y su origen no puede ser otro que divino. Uno de los grandes misterios del sentimiento del amor es estar constantemente acompañado de otro sentimiento que le aguija de continuo: hablo del temor. En efecto basta querer entrañablemente á un hijo, á un padre, á un esposo, á un hermano para que esperitemos el temor de perderlo. Apelo al corazón de todas las madres cuando estrechan entre sus brazos á los dulces y tiernos objetos de su cariño. Y este mismo amor mezclado de temor ¿cuál es la idea inmediata que inspira en los momentos de su efusión pura y ardiente? Levantar la mente al cielo y en fervorosa deprecación, pedir al Ser infinito en bondad conserve aquella vida que nos es tan preciosa. ¡Hombres incrédulos! presentaos á una tierna madre á decirle que no hay Dios. Ella sentirá en su corazón que participa de uno de los atributos de la Divinidad dando ser á su hijo y os responderá en seguida, lo que aquella amorosa matrona á quien hablaba un sacerdote del sacrificio de Isaac, ordenado á su padre Abraham: *Dios no hubiera jamás ordenado este sacrificio á una madre.* Hé aquí el sublime del sentimiento maternal; y ¿quién podrá desconocer el origen de este casto amor? ¿quién osará dudar siquiera del poder infinito que lo emana? El amor, pues, como fuente de delicia, y como inseparable del temor nos eleva á la contemplación de un Ser Supremo, infinitamente poderoso en el atributo de su bondad. «La bondad, dice Young, es lo mismo que la vida y

el alma de la adorable divinidad. La sabiduría y la omnipotencia no están determinadas á obrar sino por ella. Toda la creacion llevada á lo infinito es el teatro en que ejecuta sus milagros la bondad eterna teniendo mundos enteros por espectadores. Por la bondad es siempre activa la divinidad y toda su actividad es amor.»

Finalmente el amor sobre todos los demás sentimientos proclama al Autor de la creacion. El hombre como hijo es semejante á una flor sin abrir, porque el amor filial está encerrado en el respeto que debe á sus padres. Como esposo goza de un amor apasionado, es decir, es la flor abierta en el esplendor de su belleza; y como padre siente en su corazon un amor tan puro, que solo puede compararse al perfume de la flor. Luego el amor del hombre en las tres grandes funciones de la vida, es una flor hermosa que crece, se abre y exhala un perfume delicioso. En efecto, respetuoso como emanacion de la Divinidad, apasionado como imágen del Paraíso, y puro y celeste porque se remonta al cielo, se halla en armonía con las grandes maravillas de la naturaleza, ó es tal vez la esencia de todas las maravillas.

«No puede admitirse la virtud sin la religion, dice un filósofo, porque la virtud es el camino nó el término. Nos conduce al Supremo bien, pero ella no puede ser este Supremo bien. Es el premio de la felicidad, nó la misma felicidad que solo reside en Dios.» Esto responde victoriosamente á la doctrina de algunos ateos que negando á Dios creen que es posible la virtud.

Si la virtud tiene la fuerza de atraer á Dios á nuestros intentos, como ha dicho Saavedra; si en el corazon de una persona virtuosa reside el mismo Dios, como dijo un antiguo, es claro que si nó hubiera Dios tampoco hubiera virtud. Era necesario que el vicio fuera el monarca absoluto del universo para que el impío que no cree ni aun en

la virtud tuviera un argumento con que sostener su incredulidad; pero es así que hay y ha habido en el mundo innumerables personas de una virtud probada hasta con el mas horrendo martirio; luego Dios hay que acude á inundar con celestial alborozo los corazones que le llaman con la fè ardiente de la caridad y con la satisfaccion íntima de haber llenado cumplidamente sus deberes. «El solo bien real que hay en el mundo, dice La Mourette, es la satisfaccion del alma y el reposo del corazon».

La adversidad es el crisol de la virtud. Sí, la adversidad estrecha nuestras relaciones con Dios, porque no puede haber un mortal tan empedernido que no se humille ante la Magestad del rey de la creacion en aquellos momentos solemnes en que vé peligrar su vida ó la de algun objeto de su cariño. Si este sentimiento religioso se despierta espontáneamente en nosotros: si reconocemos en todos los dias de prueba la necesidad de implorar los auxilios divinos cuando ya están agotados los recursos humanos, no queda duda de que existe un Dios poderoso capaz de poner un pronto término á nuestras tribulaciones, ó de infundirnos fuerzas para soportarlas, pues no hay ningun sentimiento estéril ni que carezca de objeto en el corazon del hombre. Tan cierto es que el sentimiento mas profundamente escondido es el mas verdadero, puesto que reside en el santuario de nuestro corazon. Este es el sentimiento religioso.

La verdad es patrimonio del hombre virtuoso. Esta hija del cielo se halla á la vista del magnífico espectáculo de la naturaleza. De la propia manera que basta ver la luz de la luna, la aurora ó el ocaso para que al instante se ofrezca á nuestra mente la presencia del sol, alma de esos grandiosos fenómenos: así el conjunto del universo nos eleva á Dios, que es la verdad suprema. ¿Quién no escucha con profunda conviccion las palabras de paz y de

consuelo que pronuncia el varon justo? ¿Qué autoridad, qué ascendiente no egerce en nuestra alma el labio que nunca ha mentido cuando nos habla del cielo! ¿Y qué deduciremos de este encanto que la verdad produce en nosotros? Fácil es adivinarlo: que así como la llama busca su centro en la altura, la verdad, llama celeste, se lanza de nuestro corazon á unirse con su principio, que es el Hacedor de todas las cosas.

CAPITULO XI.

DE LA FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.

“Es la victoria que vence al mundo,
nuestra fé.”

Epístola 1.^a de S. Juan c. 5 v. 4.^o

“Es la fé la sustancia de las cosas
que se esperan.”

San Pablo á los Hebreos c. 11 v. 1.^o

“El Dios de la esperanza os colme
de todo gozo.”

Ib. á los Romanos c. 15. v. 13.

“Dios es caridad, y quien permanece
en caridad, en Dios permanece y
Dios en él.”

Epístola 1.^a de S. Juan, c. 4. v. 16.

El sentimiento de la fé es comun á todo el género humano. Todas las creencias religiosas están animadas por la fé. Ni aun el mismo ateo puede eximirse de poseer este sentimiento delicioso que le afirma y fortifica. ¿Qué espectáculo ofrecería el mundo si el hombre no abrigara la fé en todas sus acciones? ¿se ha estudiado lo bastante todo aquello de que es capaz este sentimiento sublime? Rotos los lazos que ligan y estrechan á la humanidad, bien pronto presentaría la imágen espantosa del caos. El equilibrio de todos los elementos sociales lo constituye única y esencialmente la fé. ¿Por qué el hombre hace el solemne

juramento de guardar fidelidad á su consorte? Porque tiene fé en que su digna compañera se la guardará tambien. ¿Por qué emprende vastos estudios para abrirse un porvenir? Porque tiene fé en que llegará á coger el fruto de su asiduidad y de sus desvelos. ¿Por qué el artista comienza una larga y prolija obra? Porque la fé le asegura de su término y de su triunfo. ¿Por qué el hombre se aventura á los peligros de la guerra? Porque tiene fé en que ha de sobrevivir á la batalla. ¿Por qué cruza los mares procelosos para visitar los puertos mas remotos de entrambos hemisferios? Porque la fé le acompaña durante las penalidades y riesgos de sus viages. ¿Por qué celebra un contrato verbal tal vez con un estrangero á quien no conoce? Porque tiene fé en su palabra. ¿Por qué el labrador siembra sus campos? Porque sustenta la fé de que va á recolectar abundantes mieses. ¿Por qué el hombre aquejado del dolor recibe la pocion desagradable que le administra su médico? Porque tiene fé en la ciencia que este profesa. ¿Por qué finalmente se alimenta con los manjares que le presenta un sirviente que acaba de recibir en su casa? Porque le alienta la fé de que no ha de emponzoñarle aquel desconocido..... Ah! el impío tiene fé hasta para tomar el manjar condimentado por una mano estraña, y aun para fiar la guarda de su reposo, de su familia é intereses á los avisos de un irracional, y ha de carecer de fé para adorar la misericordia de Dios, que le dió vida, que le conserva y alimenta? ¿Pero acaso sabe el impío que es el sentimiento sublime de la fé?

«La razon, dice el ilustre Nicolas, es como el ojo del espíritu y la mirada del alma; la revelacion es la luz que reflejando en los objetos los hace visibles. El ojo por sí no ve: es menester que la luz le advierta la presencia de los objetos. La luz por sí sola tampoco hace ver, si el ojo no se abre, no se fija y no penetra con sus miradas los

objetos. Esta es la imagen de la razon y de la fé.»

«¿Quién morirá tranquilo, dice el P. Lacordaire, si la fé no le ha perdonado? ¿Quién se adelantará sin miedo hacia la eternidad si la fé no ha ungido sus pies para el tránsito? ¿Quién tiene contra ella otra cosa que sus vicios?— «Pero, por qué esa distincion, añade en otro lugar, entre el órden interior y el órden exterior, entre el órden sustancial y el órden fenomenal? ¿Por qué, segun la espresion de Pascal, no vemos *el todo de nada*? Consiste en que si hubiéramos visto el todo de cada cosa, de la naturaleza y de Dios, hubiéramos carecido de libertad moral, y careciendo de libertad moral no hubiéramos tenido ni virtud ni mérito, y por consiguiente ninguna gloria de corazon delante de Dios.»

La fé es el faro de nuestra esperanza: es una luz divina cuyos vivos resplandores encienden nuestros mas puros sentimientos, disipando las sombras del error: es una dulce madre en cuyo regazo reposa tranquilamente el hijo amando lleno de confianza y de ternura: es el sentimiento mas acepto, porque se entrega sin exámen en manos del Criador: es la esencia de la moral cristiana cuyo suavísimo aroma fortifica el amor de Dios, del prógimo y de nosotros mismos con el ejercicio de la caridad; y es finalmente el mas alto grado de adoracion comprendido en esta frase: *creo, porque amo*.

Sin embargo, el incrédulo no puede menos de conceder la fé humana, puesto que está animado de ella, pero no sabe el medio de adquirir la fé divina. Esto es muy obvio: ¿Por qué el hombre es incrédulo? Porque es esclavo de sus pasiones. ¿Existe alguno que niegue á Dios siendo juntamente casto, sobrio, prudente, fiel y virtuoso? Es imposible. Pues tenga el incrédulo caridad de sí mismo, y esta dulce y suave virtud le hará florecer la fé, que, segun la espresion de S. Pablo, es la sustancia de la espe-

ranza. Nadie resiste á esta prueba: el que empieza por respetarse á sí mismo, acaba por adorar al verdadero Dios. Hé aquí el gran prodigio de la fé.

Así como no es posible tener fé sin esperanza, del mismo modo no hay esperanza sin fé. Sin embargo, la fé humana espera siempre llena de ansiedad: la fé divina por el contrario espera siempre tranquila y segura de su inmortal destino. Pero la verdadera esperanza, el sentimiento que procede de la fé para buscar á Dios está despojado de todo interés miserable. El hombre virtuoso no ama á Dios en la esperanza de alcanzar una felicidad suprema. Ama á Dios porque amarle es una necesidad de su corazón; porque este amor divino es, por decirlo así, el bautismo del sentimiento religioso que reside en la esencia de su alma. El amor divino es la pura abnegacion: es la imagen del Redentor del mundo sacrificándose por el hombre sin esperar recompensa; es un fuego sagrado y siempre activo que se renueva por sí mismo, como el astro que constantemente nos envia sus torrentes de luz. El amor divino no ha menester el pábulo de nuestra esperanza; antes bien es tal el maravilloso enlace de los atributos del sentimiento del hombre, de esta potencia activa y fecunda, que así como la fé es la sustancia de la esperanza, y así como la caridad hace nacer la fé, de la propia manera el amor divino acrisolando el sentimiento sublime de la abnegacion, hace florecer en él la dulce esperanza: sí, la esperanza, hija del divino amor, esta consoladora é inseparable amiga que nos acompaña hasta los umbrales de la eternidad.

No puede sentirse la caridad sin amar á Dios, porque esta virtud tierna y benéfica es un atributo del sentimiento religioso. Su ejercicio proporciona al alma goces tan puros como su misma esencia. Aliviar las miserias é infortunios del prógimo, consolar al doliente y al afligido

es participar de la gloria de Dios, es abrirse el camino de la inmortalidad siendo semejante á la Providencia divina. ¡Oh, delicias de la caridad! Dichoso mil veces el que sin ostentacion ni orgullo tiende su mano poderosa al desvalido: dichoso el que siendo columna de la humanidad menesterosa baña su corazon en las dulces fruiciones que la caridad inspira. ¿Quién sino Dios es capaz de proporcionarnos goces que nos hagan entrever las delicias inmortales de la beatitud? Tan cierto es que quien busca siempre á Dios, halla siempre á Dios.

Pero si Dios recompensa la virtud de la caridad pres-tándole puras alegrías independientes de la inconstancia de la fortuna: si Dios tiende su mano bienhechora para salvar de los escollos del infortunio al que espera en él con la confianza de haber llenado sus deberes y con el amor ardiente de la caridad, ay! del que pretende ponerse en lucha abierta contra el orden moral tan sabiamente decretado! Infeliz del que se aparta del camino del merecimiento por seguir el del vicio, porque nadie pone la planta impunemente en él. Entónces las preciosas recompensas de que disfruta el que anima en su pecho la fé, esperanza y caridad, son otros tantos castigos que se da á sí mismo el hombre vicioso y culpable, porque á mas de los males que produce el desenfreno de las pasiones, se halla privado del galardón que recibe la virtud.

Finalmente, los antiguos representaban la fé cristiana en figura de una vírgen con venda en los ojos abrazada á una cruz, para significarnos que la fé en la religion del crucificado ha de ser una fé ciega. La historia misma de la religion cristiana, en el trascurso de mas de diez y ocho siglos y medio, nos basta para que hoy quitemos la venda á la fé, y la representemos iluminada con las luces de la razon, de la filosofia, y sobre todo con la luz íntima y resplandeciente del sentimiento religioso. En efecto, los

progresos del cristianismo y sus triunfos constantes, tanto mas gloriosos cuanto mas combatidos por la impiedad, ya ignorante, ya orgullosa, han evidenciado la santidad de su doctrina y la divinidad de su autor. La fé cristiana no es, pues, una fé ciega en nuestros dias; la fé cristiana es una vírgen hermosa y pura cuya vista penetra los resplandores de la dichosa esperanza cuando estrecha tiernamente á su hermana la dulce caridad.

CAPITULO XII.

DE LA ADMIRACION, EL DESEO Y EL PRESENTIMIENTO

“Señor, Dios mio, ilumina mis ojos
para que yo nunca me duerma en la
muerte.”

“Haz que sean maravillosas tus mi-
sericordias, tú que salvas á los que
esperan en tí.”

Salmos 12 y 16. v. 4 y 7.

«La admiracion, dice Bernardino de Saint-Pierre, es un sentimiento que nos lleva directamente al seno de la Divinidad. Si es escitado en nosotros por algun objeto agradable, nos echamos en él como en nuestra fuente: si es espantoso, como nuestro refugio. En uno y en otro caso el grito de la admiracion es siempre *¡Oh Dios mio!* Dícese que este es un efecto de nuestra educacion, pero mas á menudo se nos habla de nuestros padres, del rey, de un protector y sin embargo no se nos ocurre nombrarlos en nuestras exclamaciones causadas por el placer ó el terror. Este sentimiento natural es comun á todas las naciones de la tierra.»

«El sentimiento de admiracion, observa Mr. Keratry es de un orden superior, porque nada nos hace admirar sino lo grande, lo sublime. Los goces de la sensibilidad fisica dejan siempre tras sí una sensacion de decaimiento, mientras que los de la sensibilidad moral despiertan en

nosotros el sentimiento de nuestra inmortalidad.»

«La admiracion, ha dicho tambien Young, este sentimiento delicioso en sí mismo, no supone vacío alguno en su objeto, por no dejar ninguno en el alma que le contempla.»

Por último, el abate de Valroger ha observado así mismo que «la admiracion es un sentimiento noble y generoso, y segun Mr. Molé, añade, por él se consuela el hombre de no igualarse á lo que le supera. El le obliga á imitar lo que, sin él, tal vez no hubiera sabido mas que envidiar. La admiracion es el amor y el culto de todo lo que Dios ha hecho de mas bello, de mejor y de mas grande.»

Si el sentimiento de admiracion no deja vacío alguno en el alma; si despierta en nosotros el sentimiento de nuestra inmortalidad, es claro que convirtiéndose en el amor y el culto de todo lo que Dios ha hecho, ha de conducirnos necesariamente á su seno como nuestra fuente ó como nuestro refugio. El incrédulo que solo quiere ver un mundo limitado en la naturaleza material, no obstante que no puede negar lo infinito en duracion, de donde ha sacado su estravagante teoría de la eternidad de la materia; el incrédulo que no siente las bellezas de la creacion, pues que solo habla de las pestes, de los reptiles ponzoñosos y de los volcanes (1); el incrédulo en fin

(1) A la fecha en que estoy escribiendo el presente capítulo (Diciembre de 1853) las lluvias que han caido en tierras de Andalucia, medidas con el pluviómetro esceden de una vara castellana. Pero los años anteriores han sido muy secos relativamente y en consecuencia de esta gran sequedad las viñas habian enfermado y los campos estaban inundados de langostas y de reptiles ponzoñosos. Tal vez estas condiciones de la tierra hayan contribuido poderosamente al desarrollo del cólera Asiático que por dos años ha afligido toda la Peninsula. ¿Qué podemos inferir de esto? No sé el juicio que formarán los físicos, geólogos y naturalistas, pero por

que no cree en la virtud ni menos en la inmortalidad, ¿por qué se admira de que todos los pueblos de la tierra tengan su objeto de culto? Sustenta en su pecho el sentimiento de admiracion, pero su objeto es el desórden: el desórden escita en él este sentimiento. ¿Y qué es el desórden sino la imagen del caos? Y qué es el caos sino la obra primitiva del Criador, porque cómo la materia eterna habia de ser susceptible de combinarse y organizarse en tiempo? Lo eterno es lo inmutable: lo inmutable es el mismo Dios; y hé aquí cómo el incrédulo, sin darse cuenta á sí mismo, experimenta el sentimiento de admiracion por medio del desórden, para subir desde este al caos, desde el caos á la eternidad, y desde la eternidad á la causa motora, que es Dios. La admiracion obra, pues, en el incrédulo por inducciones que gradualmente lo remontan á la noción del Criador.

lo que á mí hace, aunque profano á los misterios de estas ciencias, me ocurre decir que Moises, hallándose en las fertilísimas tierras de Asia, estableció como ley el *año sabático* que todo el mundo sabe era una prohibicion de sembrar las tierras cada séptimo año, con el fin de que este reposo restableciese su fecundidad. En nuestros paises los abonos de la agricultura suplen el año de reposo, pero tal vez no lo suplan completamente; de donde resulta que al cabo de algunos años se hace violencia á la fecundidad de los terrenos, cuya circunstancia unida á la sequedad atmosférica debe producir el desequilibrio de la virtud fecundante y convertirse esta en causa de enfermedades. Pero los reptiles ponzoñosos que por consecuencia de estas condiciones de los terrenos se reproducen y multiplican extraordinariamente, perecen con las lluvias abundantes, y su materia en putrefaccion tal vez preste nuevo vigor á los terrenos. No existe ley alguna en la naturaleza que no sea necesaria á su perfecto equilibrio; por consiguiente, así como los volcanes son grandes respiraderos de los inmensos laboratorios del reino mineral, de la propia manera los reptiles son los respiraderos, por decirlo así, de la fecundidad enferma, tal vez por el afán del hombre, y las pestes son los respiraderos atmosféricos sin los cuales las tierras y la atmósfera, no pueden restablecer el equilibrio que es precisamente, considerado en general, el órden del universo.

Pero hay mas todavía: el incrédulo admirando que todos los pueblos del mundo tengan creencias religiosas, admira tambien el orden á pesar suyo. Así la admiracion llena toda su alma, y si no reconoce desde luego la divinidad, es porque en su insensato orgullo pretende divinizarse á sí mismo. Calígula levantando un templo á su caballo, y exigiendo al pueblo romano que le tributase honores divinos, se burlaba de la idolatría: el ateo queriendo ser el ídolo de su época se burla de la humanidad: proclama la nada y no solo aspira á la apoteosis, sino que no le satisfacen todos los tesoros de la tierra.

¿Pero de dónde nace esta sed ardiente é insaciable? Ah! esta sed insaciable nace del deseo de ser feliz. Preciso es que haya vida inmortal porque tenemos un corazon tan grande que sin ella no puede satisfacerse jamás este deseo. Por eso la admiracion nos llena, porque su término es el mismo Dios. Por eso deseamos y nunca nos hartamos de desear, porque aspiramos á la posesion de lo infinito. Pero la pasion estravia el deseo del incrédulo. El deseo del hombre religioso sale de su corazon á reposar en el seno de Dios: el deseo del incrédulo sale de su corazon buscando lo infinito, pero como no halla mas que materia en los ámbitos del mundo, vuelve á recogerse en su pecho. Por eso cree el incrédulo que él mismo es el objeto de su deseo: por eso quiere divinizarse, porque al sentir á Dios en su corazon, cree que se siente á sí mismo. Así, pues, admiramos porque adoramos; adoramos porque deseamos; deseamos porque somos capaces de una felicidad infinita, como nuestro mismo deseo. Hé aquí estrechamente unido el sentimiento de la existencia de Dios con el sentimiento de nuestra gloriosa inmortalidad.

Otra prueba evidente de que el hombre encierra en sí mismo una facultad preciosa que se eleva hasta lo infinito, no obstante la limitacion de sus sentidos, se halla

en los presentimientos. «Sus efectos, escribía Saint Pierre en el siglo XVIII hablando de ellos, están probados en los pueblos civilizados y salvages por escritores sagrados y profanos y por todo hombre atento á las leyes de la naturaleza. Estas comunicaciones del alma con un órden de cosas invisibles son desechadas por nuestros sabios modernos, pero cuántas cosas existen que no alcanza la razon! Hay leyes particulares que prueban la accion inmediata de la Providencia sobre el género humano y que son opuestas á las leyes generales de la física.»

Cuando no tuviéramos sobrados ejemplos en las profecías del antiguo Testamento cumplidas en el nuevo con maravillosa exactitud; cuando las ciencias modernas no atestiguasen de una manera sorprendente todo lo explicado en el Génesis hace mas de 3500 años con asombro de los mismos sabios (1), bastaria trasladarnos á la cabecera del lecho de algunos moribundos. Médicos filósofos, y entre ellos Mr. Alibert y Mr. Lauvergne, hablan con admiracion de las escenas que han presenciado. Existe indudablemente el hecho psicológico y metafísico de que el sentimiento del alma se ofrece en toda su actividad y desnudez en los momentos mismos en que va á extinguirse la vitalidad humana. Parece entónces que nuestro inmortal espíritu, al romper los lazos que lo ligan á la materia, se asoma al rostro del moribundo, rodeado de sus atributos divinos para ostentarse en toda su pompa y magestad. ¡Cuántas palabras elocuentes se oyen salir de

(1) Al llegar aqui no puedo menos de tributar un homenaje profundo de admiracion y de respeto al Ilustrísimo Señor Don Nicolás Wiseman, Obispo de Lóndres, pues que con los altos dones de sabiduría, que hermosean su pluma incansable, ha prestado al mundo científico servicios eminentes, sacando nuevas luces que reflejan su esplendor en la sagrada Escritura, y siendo por confesion de los mismos protestantes Ingleses, el mas poderoso instrumento para ahogar la heregía en gloria de la Religion Católica.

los labios de aquel moribundo que tal vez no ha recibido una esmerada educacion! ¡cuántos dichos proféticos se han recogido por los parientes y amigos de aquellos que van á dejar de existir! ¡qué solemnidad en los consejos! ¡Qué fuerza de conviccion! ¡qué mágia tan profunda en las palabras del justo pròximo á lanzar el último suspiro! ¡Qué ideas tan consoladoras no despiertan en nosotros al tiempo mismo que somos subyugados por un acerbo dolor! Lloramos desconsoladamente la pròxima pérdida de aquel ser amado que yace en el lecho de muerte, y al mismo tiempo oimos que sus labios moribundos profieren palabras inefables que endulzan algun tanto nuestras lágrimas y que nos hacen descorrer el velo del porvenir, porque los cristianos somos *los herederos de la dichosa esperanza*.

¿Pero cómo puede explicarse este profundo fenómeno de las profecías? ¿cómo puede darse que un moribundo entrevea y nos dé á conocer los misterios del porvenir en aquellos momentos precisamente en que va á desprenderse de la vida?

Existe al alcance de todos el hecho fisico de la luz de la lámpara, que al ir á extinguirse concentra mas su foco para alumbrarnos con mas esplendor en su último momento. El cuerpo humano, considerado bajo el mismo aspecto funcional, equilibra tambien todos sus elementos orgánicos en las muertes tranquilas por efecto de un impulso secreto que recibe la vitalidad. La luz de la lámpara estalla al concentrarse en su foco mostrándonos mayor brillantez: la vitalidad se concentra y parece que por algunos instantes recobra su decaido ánimo; pero cuando vuelve á decaer para extinguirse: en el momento solemne en que el alma se despide de la vida es cuando precisamente han brotado de los labios moribundos frases sublimes y proféticas. Este hecho notabilísimo demuestra

en primer lugar que no son iguales las condiciones en que respectivamente se hallan el impulso vital y el foco de la luz; y en segundo lugar puede observarse que no hay punto de contacto ni de semejanza entre el mayor brillo de una luz y el mayor esplendor de la luz de la razon, ó por mejor decir de la luz interior del sentimiento que ilumina al moribundo y que lo hace resplandecer por el órgano de la razon; puesto que la primera es una causa elementalmente física, mientras que la segunda es una causa puramente moral é intelectual (1). El hombre moribundo que se animase maquinalmente antes de exhalar su último alien-

(1) El fenómeno que ofrece el alma humana pocos momentos antes de abandonar el cuerpo, se prueba tambien si se observa lo que pasa en cierta época de la vida. Todo el mundo sabe que no todas las organizaciones humanas gozan de la misma robustez: por mas que la vida pueda llegar á 80, 90 ó 100 años, lo comun es en los hombres dejar de existir (salvadas las crisis de la infancia, de la puericia, de la pubertad, etc.) entre los 60 á 70 años, por consiguiente la vida humana sube en los unos hasta los 40 ó 45 años de edad, mientras que en los otros empieza á declinar desde antes de los 40 años. Sin embargo no sucede lo mismo respecto de sus facultades morales é intelectuales. Las primeras siguen siempre en aumento, á pesar de la declinacion de las fuerzas físicas, y las segundas llegan á su mayor desarrollo en la madurez de la vida, que puede fijarse hasta los 60 años; es decir, que á medida que el cuerpo va disminuyendo en agilidad y en vigor, el espíritu por el contrario llega á toda la altura de que es susceptible. Así se esplica la gran importancia que han dado á los ancianos todas las naciones, y principalmente todos los pueblos primitivos de la tierra. Es cierto que la esperiencia es fruto de una larga vida, pero tambien es evidente que la madurez de la inteligencia está en razon inversa del desarrollo físico, porque cuanto menor es el obstáculo que presentan las fuerzas vitales al alma tanto mayor es su energia para ostentarse divina. Solamente en la decrepitud es en donde falta su lozanía á la inteligencia, pero en cambio se ofrece entonces con la inocencia de un niño. Estos hechos robustecen tambien nuestra teoria del sentimiento, puesto que las facultades morales, lejos de apagarse en el hombre con la edad, se presentan, aun en la misma decrepitud, con la pureza de un ángel al volver el alma al seno de su Criador.

to, y que sin proferir ni una sola palabra decayese para terminar su existencia, puede compararse de cierta manera con la luz de la lámpara porque el impulso interior del uno y de la otra es puramente físico; pero por ventura ¿cabe comparación posible entre lo espiritual y lo material? La actividad del sentimiento del alma en los instantes de sacudir el yugo de la materia sale de las condiciones del tiempo y de la medida y comienza á entrar en las condiciones de lo perdurable, de lo eterno. Por eso el alma humana en el primer momento de su eternidad participa de lo infinito, y al entrar en su nuevo estado de presente para siempre jamás, vé á un mismo tiempo lo pasado y lo porvenir que comienzan á pasar ante sus ojos como sucesos de que puede darse cuenta á sí misma. Hé aquí explicada, según mi sentir, la naturaleza de las profecías. He aquí en este hecho la prueba mas solemne de la existencia del alma, pues que la actividad del sentimiento, en razón inversa de las fuerzas físicas, es tanto mas maravillosa cuanto mas prontamente comienza á extinguirse la vitalidad humana.

Por lo que hace á las intuiciones beatíficas y aun á las mismas profecías por medio de ensueños ó de arrebatamientos, diré solamente que descartando todas aquellas predicciones á que no preste su apoyo y su sanción la autoridad de la Iglesia Católica, considero que el alma humana es susceptible de lanzarse instantáneamente á las condiciones de la eternidad que le son connaturales, para descorrer el velo del porvenir; mayormente todas aquellas almas grandes que han sido designadas por la divina Providencia para iluminar al género humano por medio de las ciencias, de las artes y de las sublimes inspiraciones del génio y de la virtud.

Por último, los presentimientos ó adivinaciones de las cosas futuras en menor escala que las profecías que

han tenido por objeto á la humanidad entera; los presentimientos contraidos á las familias, tan frecuentes en el amor maternal, pueden esplicarse tambien en mi sentir como un rayo de la verdad absoluta (que todo lo comprende, porque reside solamente en Dios) que baja á iluminar al ser escogido, y que por lo tanto le ofrece el porvenir como presente en aquel instante mismo. Esto probaria que siendo el amor maternal por su naturaleza el mas puro y desinteresado que existe en la tierra, es el que mas se acerca al amor divino de quien recibe sus altas y previsoras inspiraciones.

El lenguaje es un fenómeno social, y como tal, se desarrolla en el seno de una comunidad. No es un simple instrumento de comunicación, sino un medio para la construcción de la realidad social. La lingüística, por lo tanto, no se limita a estudiar las formas lingüísticas, sino que también se ocupa de su función social y de su evolución histórica.

En el estudio del lenguaje, es fundamental tener en cuenta el contexto social en el que se utiliza. La lingüística social, por ejemplo, se centra en analizar cómo el lenguaje varía según el grupo social, la situación o el propósito de la comunicación. Este enfoque permite comprender mejor la relación entre el lenguaje y la sociedad.

Además, es importante considerar la dimensión histórica del lenguaje. Las lenguas no son estáticas; evolucionan con el tiempo debido a cambios en la sociedad, en la cultura o en las necesidades de comunicación. La lingüística histórica estudia estos cambios y busca explicar las causas que los generan.

CAPITULO XIII.

DE LA VOLUNTAD.

«En donde no hay ciencia del alma
no hay bien.» Prov. C. 19. v. 2

«La hipótesis fundamental del sensualismo, del paganismo y del racionalismo, dice Mr. de Valroger, es que la *sabiduría de la carne* es la verdadera sabiduría, y que todo debe ser juzgado á su punto de vista, comprendido en sus leyes y conforme á sus gustos. Por eso la escuela alemana moderna rehusa el nombre de belleza á todo lo que no tiene la perfeccion de la forma (1), y declara que la diferencia que hay entre el helenismo y el cristianismo es que aquel es natural y este sobre natural, es decir, antinatural.

«Mr. de Champagny contesta que el cristianismo es

(1) Los beneficios que esta doctrina y otras semejantes del protestantismo reportan á los paises alemanes se pueden deducir, á fuer de racionalistas, de los anuncios estravagantes de sus periódicos. El amor, el pudor, la amistad, entran en juego con el sórdido interés. El matrimonio, este sacramento tan trascendental para la felicidad del género humano, es hoy en aquellos paises un contrato mercantil. He aqui todos los bienes de que es susceptible la razon pura. Felizmente los paises en que impera el cristianismo adoran en él la religion del sentimiento y de las verdaderas virtudes.

en efecto antinatural si por la palabra naturaleza se entiende la naturaleza degradada y viciada por el pecado. «El paganismo, el helenismo, dice, que se nos representa como el desarrollo puro, libre, natural del hombre no puede menos de confesar su caída. El hombre hace lo que puede para glorificarse, para adorarse, para deificarse, para hallar en sí mismo el arquetipo de lo bueno y de lo verdadero, la ley suprema del mundo, el principio de la felicidad y de la paz; pero el testimonio de su miseria viene á tumbar esta esfera de perfecta armonía en que quisiera vivir. No es esta una flaqueza del genio antiguo ni del genio humano, sino mas bien una de sus grandezas, pues es una prueba de que jamás le ha faltado la aspiración á lo infinito, esto es, que el hombre tiene en sí mismo un ideal superior al ideal humano.»—La doctrina que da al hombre por objeto la felicidad terrestre, no ha hecho nunca mas que disminuir la felicidad terrestre del género humano. La doctrina que desprecia la felicidad en la tierra; que la subordina á otro objeto es la que solo puede y ha podido aumentar la felicidad misma en la tierra del género humano.»

«La verdadera filosofía, dice otro autor distinguido, no es solo un ejercicio para la inteligencia. Ella nos enseña á estudiarnos á nosotros mismos para darnos cuenta de nuestras fuerzas y de nuestras necesidades espirituales: nos ayuda á discernir nuestra alma inmortal de sus órganos perecederos y nos remonta hácia el Autor de todas las cosas.»

«La verdad es anterior á la mentira, observa Mr. Nicolas, puesto que la mentira no es mas que la verdad alterada: todo error supone una verdad, y un error universal, una gran verdad primitiva y originaria.»—La verdad, añade, es el principio intuitivo del alma. Es el manjar de los espíritus, como dice Malebranche. El alma

busca la verdad en las ciencias naturales y morales, la verdad en las artes: lo verdadero, lo bueno, lo bello, hé aquí su invencible afinidad.»

«El alma, dice el marqués de Caraccioli, mediadora entre el Ser Supremo y los cuerpos, recibe un destello divino que comunica en seguida á los objetos. Su claridad no le es propia, pero solo es interrumpida por la interposicion de nuestras pasiones que forman un eclipse.»—«El alma, observa en otro parage, nos arranca á la materia, y el mundo nos hace sus esclavos.»—«Los remordimientos, añade, son un eco que hace resonar hasta en nuestros oidos el profundo dolor del alma cuando hemos pecado. El alma entonces parece que se retira procediendo como un padre irritado para con su hijó criminal; pero en el instante en que nos acercamos á ella nos devuelve su luz y nos arranca del peligro.»

Las citas que acaban de leerse nos demuestran en primer lugar que la sabiduría de la carne no es mas que la mentira y la satisfaccion de las pasiones. En segundo lugar que siendo la verdad el principio intuitivo del alma, no puede concebirse la verdad sin la bondad y la belleza, porque lo verdadero es bueno y bello, así como lo bueno es bello y verdadero, y lo bello verdadero y bueno. Estos tres sentimientos identificados con la sustancia de nuestra alma, nos remontan al sentimiento de la divinidad como centro de verdad, fuente de bondad y luz de belleza. Pudiera decirse que estos tres atributos se resuelven en uno solo, imágen de la Divinidad una y trina. Y en tercer lugar, que el alma, como principio inmortal recibido del Criador, y destinado á luchar con la materia fuera de la patria celestial, que es su verdadera patria, viene enriquecida con preciosos dones, para poder volver incólume y sin mancha: por eso siente á Dios: por eso desea á Dios: por eso quiere el bien.

¿Pero el deseo que aspira á Dios y la voluntad que anhela el bien son por ventura una cosa misma? No ciertamente. El deseo es en mí sentir un movimiento involuntario al que solo puede satisfacer una felicidad infinita. La voluntad, producto del sentimiento activo del alma, obra determinadamente, pero en el círculo del bien. Delibera por el amor ó el desamor, pero siempre quiere obrar el bien. Así, pues, no debemos confundir la voluntad con la pasión, ni el deseo con el apetito; de la misma manera que no podemos confundir el hambre y la sed con las aspiraciones á la gloria y á la inmortalidad, es decir, que la pasión no es propiamente la voluntad sino el abuso de la necesidad. Además, si nó basta la razón á contener las pasiones ¿por qué se ha de inculpar siempre la voluntad? La tendencia de la voluntad es el logro del bien, al paso que la tendencia de las pasiones es la posesión del abuso, que produce el mal.

Si esto fuera así, se me argüirá, no pudiera la voluntad ser libre en su elección, puesto que necesariamente ha de atenerse al bien. Para darme á entender bastará tal vez que responda con un ejemplo. ¿Qué es lo que se comprende por libertad civil? La sujeción al cumplimiento de la ley. ¿No deja de ser libre el que comete infracciones en el orden civil? ¿No se hace entonces esclavo de la misma ley que protege su libertad? Luego la libertad existe en la observancia de la ley. De la propia manera la libertad del alma que reside en la voluntad unida á la inteligencia no se ejerce verdaderamente sino en el círculo del bien, que es el cumplimiento de la ley divina. Enhorabuena, se me responderá, que por efecto de su deliberación deje de ser libre la voluntad cuando se haya hecho esclava de las pasiones, ¿pero no es ella misma la que se condena á la esclavitud? Si ella se condena á la esclavitud es porque ha escogido el mal: luego para ser libre la

voluntad hay que concederle la eleccion del bien y del mal, que es lo que se llama libertad.

No confundamos el libre albedrío en el egercicio del bien con la esclavitud á que conducen las pasiones. La voluntad del hombre virtuoso es siempre libre: la voluntad del hombre vicioso tambien lo es; pero el vicio que encadena su voluntad no depende de ella.

Amplíemos algo mas este punto. Pudiera decirse que el sistema del universo se halla gobernado por una sola fuerza á que están subordinadas todas las demás. En efecto las leyes de la atraccion, gravitacion, reproduccion etc. son otras tantas fuerzas combinadas que van á encontrarse en una sola por la suprema ley del equilibrio. Así se prueba tambien fisicamente la unidad de Dios, alma de esta fuerza motriz. La escelencia de la naturaleza del hombre y su libre albedrío se prueban asimismo admitiendo este principio, pues si al universo le basta una sola fuerza central para ser regido armónicamente, de cuya ley participa el hombre fisico, existen sin embargo dos fuerzas encontradas, como si dijéramos la fuerza centrífuga y la centrípeta en accion constante para el hombre moral. Estas dos fuerzas tienen su origen en su propia individualidad y constituyen la lucha del espiritu y de la materia: la una rige, pues, las virtudes y la otra da pávulo á las pasiones. Si la accion libre de la voluntad, amante siempre del bien, las tiene en equilibrio, partiendo de la prudencia, entonces el hombre llena sus deberes en la tierra. Si la voluntad es impelida de las pasiones ó sujeta por su prisma seductor, entonces es arrastrada al vicio. Pero en el primer caso cuanto mayor haya sido la lucha ó el choque de los dos principios de impulsión y repulsión, tanto mas depurada será la virtud del hombre y tanto mas envidiable su triunfo. Hé aquí la gran obra del concurso de las facultades morales é intelectuales; hé aquí el glorioso

imperio de una buena educacion, seguir el camino del bien á despecho de la sugestion de las pasiones.

«El alma produce los actos libres (1) cuando exenta de pasiones examina los motivos de obrar ó de nó obrar. Este acto supone siempre una reflexion que precede á su facultad de determinarse.»

«La espontaneidad y la libertad son dos cosas diferentes: aquella es activa y esta pasiva, de donde se sigue que las facultades de que dependen son distintas entre sí.»

«La libertad es la facultad que el alma tiene de escoger entre dos ó mas partidos.»

«Los actos espontáneos son indeliberados.»

«Los motivos que se presentan al alma y sobre los cuales delibera son todos tomados de la idea del *bien*, que es el objeto de la eleccion del alma en todos sus actos libres.»

La libertad del alma será, pues, tanto mas estensa cuanto el hombre esté moralmente mejor educado. Sin embargo debo observar que por grande que sea el poder de la libertad, nunca puede estenderse sobre la facultad de sentir, aunque sí puede gobernar las demás facultades; de donde se sigue necesariamente que el sentimiento es el que impulsa la voluntad, y como que aquella gran potencia, tan poco estudiada todavia, contiene el germen de todas las virtudes, no puede la voluntad ser libre sino en el círculo del bien.

«La voluntad, dice el padre Lacordaire, es la facultad de amar: de ella brotan dos raudales: el del amor natu-

(1) Este trozo y algun otro que citaré en el presente capítulo y en el que sigue, los he traducido fielmente de un libro anónimo intitulado *Disertaciones acerca de la inmaterialidad, espiritualidad y libertad del alma*, publicado en Francia á mediados del siglo XVIII con el saludable objeto de poner un dique al materialismo de aquella funesta época.

ral y el del amor divino. El amor natural nos une al mundo creado: el amor divino nos eleva al mundo increado.» — «Segun las condiciones de nuestro ser, dice en otro pasage, es necesario que la voluntad dé impulso al entendimiento, y la voluntad no se mueve sino solicitada por la belleza y la bondad de un objeto.»

Si los motivos que suscitan nuestra voluntad son todos tomados del bien, es claro que estos motivos no pueden ser sino lo divino, lo honesto, lo útil y lo agradable. Estos motivos pueden todos resolverse en el sentimiento de perfeccion, que es en mi sentir la gran palanca que mueve la voluntad, pues que todos los filósofos convienen en que esta facultad es afectiva por naturaleza.

Sin embargo los niños, los insensatos y los irracionales no son seres libres, porque la verdadera libertad procede de la reflexion quando esta se halla basada en el sentimiento ilustrado. Hé aquí como el hombre vicioso se hace á sí mismo esclavo sin que obre en él causa necesaria, sino solo por el desenfreno de sus pasiones ò por su ignorancia.

«Es de la esencia de la libertad, añade el autor anónimo precitado, que el alma en la eleccion que debe hacer no delibere sino entre dos bienes, y jamás entre un bien y un mal, al menos conocido por mal.» Así en lo moral la razon es siempre clara quando es puro el sentimiento que la mueve; por el contrario va siempre atada al error quando se deja dirigir por las pasiones.

Una prueba del poder de nuestra voluntad en el camino del bien, la encontraremos á poco que fijemos la atencion en lo que pasa dentro de nosotros mismos al dar cumplimiento á una ocupacion penosa. Decimos por lo comun equivocadamente que nuestra voluntad se resiste á llenar un deber cualquiera y que si lo llenamos es porque nos obliga á ello la necesidad. Este concepto no es

exacto. La necesidad del individuo para rehacerse de un ejercicio penoso, ó para descansar de una dolencia padecida es por el contrario el descanso, pero la voluntad nos aguija al cumplimiento de nuestro deber y de buen grado ó de mal grado nos resolvemos á ponerlo en egecucion. El cuerpo naturalmente se inclina al reposo, á la inercia de la materia, mientras que la actividad del alma por medio de nuestra voluntad nos mueve á todo lo que es compatible con su naturaleza espiritual. Así el que deja de cumplir con una obligacion cede no solo al reposo sino muchas veces á la pereza del cuerpo, mientras que las fuerzas vitales escitadas por la pasion obran otras muchas veces con energía, á pesar de los avisos secretos de la conciencia y de la voluntad.

¿Pero si la voluntad no gira sino en la órbita del bien, volverá á replicárseme, cómo es que el hombre obra tambien el mal en sus determinaciones?

Para responder cumplidamente á este argumento, voy á tocar primero otra cuestion importantísima. Héla aquí. ¿Es libre la voluntad de Dios?

Repugna al corazon y al entendimiento de consuno la creencia de que el hombre tenga una libertad que algunos filósofos muy respetables han negado siempre á Dios, fundados en que no puede obrar el mal. El motivo no es solamente piadoso sino sacado tambien de los divinos atributos de Dios. Pero séame lícito discurrir á mi manera, sometiendo siempre mi débil discurso á la aprobacion de la doctrina de la Iglesia Católica.

Diré, pues, que no es solamente libre el hombre que puede obrar el mal contra sí mismo; sino que tambien lo es el que obra el mal contra su prógimo, y aun aquel que deja de hacer á su prógimo todo el bien de que es susceptible. Ahora bien. El Autor del universo, por su misma naturaleza eterna, es inmutable en los decretos de

su sabiduría, y como centro de toda perfeccion no puede ni ha podido nunca escoger el mal como el hombre. Pero Dios en su misma eternidad, bastándose á sí mismo por su naturaleza perfectísima, pudo no tener voluntad de crear el universo: tuvo por consiguiente libertad para dejar de hacer el bien de crear á todas sus hechuras, privando á los coros celestiales y á las almas humanas de la bienaventuranza y de la vida inmortal. Dios, pues, no hubiera nunca escogido el mal, porque hubiese dejado de ser centro de toda perfeccion, pero no siendo Criador, sin dejar por eso de ser Dios, hubiera privado á todas sus criaturas de los dones de su gracia, de su amor y de su omnipotencia. Pero Dios escogió ser Criador: hubo, pues, eleccion en Dios antes del principio del universo, ó mas bien en la eternidad de su eternidad, así como desde que le plugo formarle, fué, es y será inmutable en sus decretos por su misma eternidad. Mas todavía. Dios uno y trino por el atributo de su presciencia, sabia que iba á existir el mal por efecto de la misma libertad con que dotaria á los espíritus y al hombre. Y Dios piadoso se ofreció desde abeterno en la persona de su Hijo unigénito á satisfacer su justicia, para padecer y morir como hombre, ya que como Dios no puede nunca padecer ni morir.

«Dios, Hijo, dice nuestro Cervantes, se hizo hombre, para que como hombre, Dios pagase por el hombre, y Dios pudiese pagar como Dios: cuya union hipostática solo podia ser bastante para dejar á Dios satisfecho de la culpa infinita cometida, que Dios infinitamente se habia de satisfacer, y el hombre finito por sí no podia, y Dios en sí solo era incapaz de padecer; pero juntos los dos llegó el caudal á ser infinito, y así lo fué la paga.»

Hubo, pues, eleccion en Dios para venir á redimirnos como hombre-Dios por su misericordia infinita. Tambien Dios es libre para permitir ó no permitir el mal, que

segun nuestros merecimientos ha de redundar ó nó en nuestro bien y provecho, como asimismo lo es al juzgar la humanidad. La doctrina opuesta parece someter á Dios al cumplimiento de una causa necesaria, á una fatalidad eterna, lo que es en mi sentir el mayor de los absurdos, pues la fatalidad seria en este caso anterior á él, y por consiguiente mas poderosa que él.

Por otra parte, si la filosofía reconoce que los niños, los decrepitos, insensatos etc. no son libres porque no obra en ellos la razon en todo su vigor, es claro que en la inteligencia reside tambien la libertad humana; y si hay libertad en la inteligencia, como no puede dudarse, ¿quién será osado á negarla en la sabiduría suprema del Hacedor?

Otra reflexion esclarecerá mas este punto tan importante. La libertad humana quizás no dure mas que la vida del cuerpo, porque el alma al hallarse participante de la eternidad ama ó deja de amar para siempre á su Autor soberano, segun el grado de amor ó de desamor en que abandona la materia. El instante de la muerte del cuerpo es, pues, en el alma humana lo que la eleccion divina en su eternidad, quedando en Dios todavía la eleccion libre para hacer ó dejar de hacer, por el atributo de su omnipotencia, tantos nuevos universos poblados de criaturas capaces de adorarlo, cuantos quepan en su perdurable eternidad.

Y por cuanto el hombre es siempre libre durante la vida del cuerpo; y por cuanto fué hecho su espíritu á imágen y semejanza de su Criador, la libertad humana no lo es verdaderamente sino en el círculo del bien.

El hombre, como ya he dicho en otro lugar, es un ser compuesto de espíritu y de materia: un ser que encierra en sí mismo la naturaleza del ángel y la del bruto. Como ángel participa de la libertad divina, que por su esencia infinita es centro de bondad. El ángel siente lo

infinito, ama lo infinito, aspira á lo infinito, porque su sentimiento es el motor de su voluntad. El bruto por el contrario no es un ser libre: así no tiene ni puede tener voluntad, pero en su defecto la Providencia lo ha dotado de instinto para que provea á sus necesidades. El hombre como compuesto de ambas naturalezas es, pues, libre como ángel y esclavo como bruto. Pero hay mas todavía. El instinto del bruto tiene su medida: los impulsos carnales del hombre son estremados en sus pasiones y vicios: cada especie de bruto no abriga mas que una pasion ó un ciego apetito: el hombre material reúne en sí por la fuerza y energía de su naturaleza, todos los instintos y pasiones de todas las especies de animales, y á mayor abundamiento sus propios vicios. Así, cuando la voluntad humana, escogiendo siempre el bien, llega á caer en el mal, es porque el impulso material del bruto la ha sojuzgado: las pasiones han coartado su libertad; y el remordimiento que nace precisamente del contraste de las dos sustancias, es la prueba mas evidente de que el alma es celosa por conservar puros é intactos sus fueros divinos. El arrepentimiento por el contrario, no es otra cosa, comunmente hablando, que la postracion de los impulsos materiales, tal vez faltos de vigor, pero que da lugar á la voluntad á que recobre su perdido imperio. Es el hijo pródigo restituido á los brazos de su padre, que lo recibe con ternura.

En resolucion, el hombre es siempre libre en el camino del bien, porque participa de la libertad del mismo Dios. La voluntad ama: la inteligencia juzga, y la pasion impulsa. El error está en el juicio halagado por el impulso; es decir, que el hombre es esclavo en el camino del mal, porque tiene por cárcel la corrupcion. Si es digno de recompensa ó de castigo, segun que proceda bien ó mal, es porque reúne en sí la naturaleza del ángel

con sus perfecciones, y la naturaleza del bruto con los instintos de todas las especies, y á mas con sus vicios y defectos peculiares. Si el hombre deja de ser libre es porque ha sido engañada su voluntad tomando por bien *real* un bien *aparente*. La soberbia, que es la madre de toda culpa, cuyo principio debe contener el espíritu en aquella facultad que se halle mas identificada con el cuerpo, es la que tiende el lazo á la voluntad. El mal y el error, pues, se desenvuelven con las pasiones, causa de todo abuso, de todo esceso; así como el bien y la verdad son patrimonio de las virtudes, que hacen nacer la voluntad, cuyo origen es la perfeccion. Por eso la voluntad es impertérrita en la via del bien, mientras que es condicion del vicio flaquear en sus brutales impulsos y apetitos. La debilidad, la enfermedad, lo ponen en evidencia. Modérense, pues, las pasiones humanas, en estado de cabal salud para mayor merecimiento, desarrollando las virtudes por medio de la educacion moral, único y poderoso elemento para ponerlas en egercicio; y entonces el hombre espiritual sojuzgando su naturaleza material, gozará de su libre albedrío en toda su plenitud amando á Dios, al prógimo y á sí mismo, único fin de su divino Autor al imponer al primer hombre el precepto de obediencia en prenda de su felicidad.

CAPITULO XIV.

DE LA PRESCIENCIA DE DIOS Y DEL LIBRE ALBEDRIO DEL HOMBRE.

„Es al vaso de tierra al que corresponde preguntar al alfarero porqué me habeis hecho así?”

San Pablo á los Romanos.

Ciceron negó á Dios el conocimiento de las cosas futuras para conceder al hombre el libre albedrio. Esta opinion, segun San Agustin, dió lugar á los estóicos á dudar de un Dios que por una parte se consideraba todo-poderoso y por otra se le negaba el atributo de la presciencia.

Lutero y Calvino, por el contrario, siguiendo á algunos filósofos antiguos, sostuvieron que el hombre no goza de libertad moral, porque tanto en el bien como en el mal todas sus determinaciones son necesarias.

Ambas doctrinas son la base del deismo, doctrinas funestas que han conducido al materialismo á hombres eminentes. Los griegos llamaron fatalidad á lo que los mahometanos conocen con el nombre de destino y los protestantes con el de predestinacion. ¿Pero nó es contradecirse á sí mismo tributar un culto á la divinidad y verse atado al mal, es decir, á los vicios y á los delitos por la misma divinidad que se adora, sin que el mahometano ni

el protestante puedan evitarlos? Mas consecuentes son todavía los materialistas sustentando el fatalismo.

Se pretende sin embargo que el dominio supremo de Dios sobre todas sus criaturas está en contradicción con la libertad humana; porque esta no es mas que el cumplimiento de los eternos decretos. Pero si la humanidad no es libre en sus determinaciones ¿por qué todos los pueblos, en todas las épocas del mundo, así bárbaros como civilizados, han impuesto castigos mas ó menos rigurosos al delincuente? ¿Por qué exhortamos á los niños al cumplimiento del bien y los reprendemos cuando obran el mal? ¿Por qué el hombre es inconstante si nó es un ser libre? ¿Por qué tiene vergüenza, remordimiento y arrepentimiento?

«La noción de la libertad moral, dice un escritor, es intuitiva y pertenece á toda la humanidad. Es un sentimiento profundo como el de la propia existencia.»

¿Será posible que subsista siempre un error universal? ¿Será posible que un corto número de hombres, tenidos por pensadores, hayan penetrado con la luz de la razon hasta donde alcanza el sentimiento, que es el que se dá cuenta de lo infinito? Nó, el sentimiento universal no puede nunca engañarse poseyendo el precioso atributo de lo infinito. Por el contrario la razon humana no solo es limitada sino que puede ofuscarse por las pasiones, y ambas causas concurren á que no llegue á penetrar nunca en lo profundo de los misterios. Sin embargo creo que no existe tan gran contradicción entre la presciencia de Dios y el libre albedrío del hombre y que tal vez baste la razon, apoyada en el sentimiento, para esclarecer esta magna cuestion hasta un grado perceptible.

Yo soy el que soy. Estas palabras del mas alto sublime, aun humanamente consideradas, encierran en sí la sustancia increada de Dios desde la eternidad hasta la eter-

nidad. Los hebreos, como ya he dicho en otro lugar, citando á un autor distinguido, llamaron á Dios *Jehová*, esto es, *el que ha sido, es y será*, palabra profunda en los primeros tiempos del mundo, pero que no esplica á la filosofía de las naciones ilustradas del presente siglo la alta idea que deben tener de la divinidad. En efecto, lo que ha sido, es y será parece que está sujeto á sucesion, á tiempo y á medida, pues que comprende el pasado, el presente y el futuro. *Yo soy el que soy* espresa por el contrario un presente en su misma eternidad. El tiempo no puede ser jamás sino una fraccion infinitesimal de lo perdurable, de lo que no ha tenido principio ni tendrá fin, de lo eterno.

«Solo Dios es *causa*, dice el profundo Mr. Nicolas, todo lo demás es *causado*. La causa de mí mismo, quiero decir, Dios, la llevo en mí. Todos los demás seres *no son sino llegan á ser*. Fueron ó serán pero entre aquel pasado y este futuro, que se suceden como dos olas una sobre otra, no existe *presente*. Sin embargo el *presente* debe existir en alguna parte, porque si nó hubiese presente no habria ni pasado ni futuro. El ser siempre presente, es decir, eterno, se diferencia esencialmente de todos los seres como las orillas y el álveo de un rio se diferencian de sus aguas. El es *el ser* y no todos los seres: todos los seres lo suponen fuera de sí mismos, como la esencia inmutable *del ser*, sin que ellos mismos estén fuera de él. En una palabra, él es solo el *único* que encerrado en sí mismo puede siempre decir *yo soy el que soy*.

«De esta misma definicion se derivan todos sus atributos. La verdad es lo que *es*. El ser que es el que es, es, pues, la verdad misma. Es todo santidad, todo justicia, todo poder, porque *es* por sí solo. Es todo bondad y amor porque es la expansion del ser. Es todo belleza, porque lo bello es el esplendor de lo verdadero, del mismo modo

que lo verdadero es el esplendor del ser. Es todo felicidad, porque la felicidad es la plenitud del ser. Así con la clave que el mismo Dios nos dá podemos penetrar en su naturaleza y en sus atributos. Podemos penetrar asimismo hasta el verdadero conocimiento de nuestros deberes é intereses.

«De todos los seres de este mundo el hombre es el único capaz por el privilegio de la libertad de alejarse y acercarse al *ser* por esencia, á Dios. Nadie puede aspirar á la soberana perfeccion de Dios, pero cuanto mas se le acerca mas se vá perfeccionando, de donde se sigue que la imperfeccion ó lo que llamamos error, vicio, injusticia, debilidad, malicia etc. es un alejamiento de Dios, una disminucion del ser en nosotros, una participacion de la nada. Y por el contrario todo lo que es verdad, virtud, justicia, bondad es la reproduccion, la asimilacion del ser en nosotros, la vida y la vida eterna. Así no hay felicidad sólida fuera de la virtud, no hay virtud mas que en el culto y el amor de la verdad y no hay en fin verdad completa y por esencia, sino en Dios. ¡Qué sublimidad y sencillez! ¡qué fecundidad y unidad en un mismo dogma! La inteligencia no es capaz de comprenderlo enteramente, pero es admirable la superioridad que la misma inteligencia alcanza en la despejada region por donde vá volando con las alas de la fé. No separemos, pues, nunca la fé de la razon, porque ambas saldrán perjudicadas: obran recíprocamente y no forman mas que una sola que es la razon con alas.» No cabe espresar mas sabiamente estas verdades sublimes.

«Hay que considerar, dice nuestro Piquer, cierta relacion entre Dios y el hombre. Dios es causa, el hombre efecto: Dios es sumo bien, el hombre desea gozar este complemento de todos los bienes. Dios es la suprema verdad, el hombre está en continuos deseos de alcanzarla.

Dios es la soberana justicia, el hombre se siente incitado á seguirla. Por la justicia es preciso que el hombre reciba de Dios las leyes: por la verdad el conocimiento recto: por el bien su felicidad: por el poder de causa su ser y subsistencia.»—«Los estímulos con que se siente el hombre movido á buscar á Dios, si solo se gobernasen por la luz natural de la razon, le llevarían á Dios del modo que estas luces le llevan al amor de las criaturas; pero como sea preciso que el amor de Dios sea mas puro, mas perfecto, y como que no se endereza á cosa caduca, sino á la posesion de un bien inmenso, lo cual descubre con toda certeza la revelacion; por eso es esta precisa para ilustrar el entendimiento y suministrarle las luces que le faltan.»

«Un Dios que se mira en su inmensa luz, dice Mr. Lamourette, y que se ama con un amor igual toda la infinitud de su propia grandeza, es el único suceso de la eternidad. Esto pasaba en el seno de Dios antes que apareciese el mundo, ni se cumplirá mas que esto despues que el mundo sea aniquilado: esto es, por decirlo así, toda el alma y todo el fondo de la vida de Dios. Pero esta accion es tan fuerte que escede infinitamente á nuestras ideas, y ella es la que fecundiza á Dios en si mismo y egecuta el misterio de la incomprensible Trinidad, que Jesucristo reveló á los hombres.»

Dios por su misma naturaleza eterna é infinita es todo perfeccion, y siendo todo perfeccion, pues que se basta á si mismo, es la verdad como causa suprema del ser y de la sabiduria; es la bondad como venero de divino amor y es la justicia como centro de su misma Omnipotencia; por consiguiente Dios dejaria de ser Dios en la inmensidad de su perfeccion y grandeza si fuera el autor del mal.

Pero el mal, sin embargo, tuvo su origen despues de

Dios y antes de la creacion del mundo, porque nada podia existir en la misma eternidad de Dios, y porque el mal existia ya en la prohibicion impuesta al primer hombre. Por eso es necesario que el mal tuviera origen entre Dios y Adan, y siendo así es preciso investigar el origen del mal en los mismos coros celestiales. En efecto, segun la revelacion, Luzbel, ángel de Dios, hechura de su suprema bondad, dotado de celestial hermosura, en vez de amar á su propio espíritu en Dios, amó á Dios en su propio espíritu y se creyó igual á Dios. El amor de sí mismo le hizo faltar á la adoracion al Señor y á la caridad para con los coros celestiales; y esta adoracion y esta caridad que no son otra cosa sino amor santificado á Dios y al prógimo, las concentró en sí, y como que su naturaleza no era hecha para bastarse á sí mismo, porque solo Dios es infinito en sustancia y en atributos, produjo necesariamente el mal, ó se convirtió en él por efecto de su imperfeccion respecto de su Criador.

El Señor, pues, previó desde abeterno la desobediencia de Luzbel, pero no pudo ordenarla; de la propia manera que previó los males de la humanidad sin ser su autor. San Bernardo dice á este propósito: «Dios no ordena las cosas futuras que son causa del mal, sino las prevé por el atributo de su presciencia.» Y San Agustin añade: «La presciencia de Dios no influye mas sobre la egecucion de los futuros contingentes libres que lo que puede influir nuestro recuerdo sobre la egecucion de aquellos que han pasado.»

«La presciencia de Dios, dice un autor anónimo, ya citado, no está fundada sobre sus decretos ni sobre el conocimiento de las causas necesarias. Todo es presente ante él. Así todos los futuros contingentes en cualquier tiempo que deban egecutarse existen ante él de toda eternidad; y así como la manera que yo tengo de verlos

no altera nada la contingencia ni la libertad, del mismo modo Dios los ve sucediendo como siempre presente. En una palabra, la prevision de Dios sobre los futuros contingentes y libres no es una certidumbre antecedente, sino puramente consecuente, fundada sobre la egecucion libre de ellos.»

«Las criaturas que son causas necesarias, dice en otro capítulo el mismo autor, han recibido de Dios su existencia sacándolos de la nada. Las criaturas libres le deben el mismo beneficio. Unas y otras necesitan de que Dios las conserve. Todas las cualidades de aquellas y todas las facultades de estas las tienen de Dios. Las criaturas libres no pueden producir ningun acto sin el concurso de Dios, que por este medio puede impedir este acto, si tal es su voluntad. Los efectos de las causas necesarias siempre son necesarios: los actos de las causas libres son contingentes hasta que las causas estén determinadas, y el concurso de Dios se presenta con la libertad de servirse de él ó nó. El concurso debe ser necesario á las causas necesarias, y contingente á las causas contingentes y libres. Sin esta distincion Dios hubiera destruido por un lado lo que hubiera fabricado por otro. Así Dios concurre á la causa libre, y la criatura libre es responsable de la *moralidad* de su determinacion.»

Precisamente porque Dios previó la existencia del mal al crear naturalezas limitadas respecto de su esencia infinita, puesto que solo Dios es y puede ser omnipotente, y de ninguna manera sus propias hechuras; precisamente, repito, porque Dios previó la existencia del mal al determinarse su voluntad soberana á crear innumerables seres para que participasen de su inmensa gloria, quiso en su alta sabiduría que estos mismos seres fueran libres para que labrasen por sí mismos la felicidad eterna á que habian sido llamados. Dios previó el mal y prove-

yó á su reparacion dando libre albedrío á todos los espíritus, y para lograrlo les infundió al mismo tiempo el sentimiento de su eterna justicia, y el de su divino amor.

El principio de la libertad se remonta, pues, al mismo Dios. La creacion del mundo fué obra de la libertad divina, de cuyo carácter quiso Dios que participaran los ángeles y los hombres para que fueran libres en adorarlo ó en dejar de adorarlo. Si Dios hubiera querido hacer adoradores obedientes y sumisos, entónces los ángeles y los hombres no hubieran tenido el mérito de amar por su libre voluntad al autor del universo. Semejantes al girasol no hubieran sido dueños de sus movimientos ó hubieran amado fatalmente. Pero Dios por el contrario, infundió el libre albedrío á los ángeles y al hombre, no solo para que le amasen, sino tambien y principalmente para que reconocieran el mérito de su eleccion y gozaran del premio debido á su propia obra. Dios, pues, fué tan liberal y misericordioso con sus mismas hechuras que quiso hacerlas semejantes á él. Así los coros celestiales que formó en el primer dia (ó el 1.^{er} período) de la creacion le adoraron libremente desde el principio, y le adorarán en premio de su eleccion por toda la eternidad, escepto Luzbel y los demás ángeles que se rebelaron en uso de la libertad de que disfrutaban. Por eso los espíritus inmortales se exhalan y se renuevan constantemente en el amor divino, cada vez en un grado que se acerca mas á la divina perfeccion. Por eso son todos puros, inocentes y cada vez mas venturosos.

Hé aquí la causa de la impotencia del genio del mal para tentar los espíritus; y hé aquí por qué hizo pecar al hombre compuesto de dos naturalezas por el ministerio de los sentidos. Luzbel imprimió la corrupcion, principalmente en la materia; por cuya causa la heredamos por los vínculos de la sangre; pero Luzbel no fué ni será nunca poderoso para herir las sustancias espirituales de

una manera directa, porque Dios ha infundido en ellas su divino amor y su divina justicia. Por eso atiza las pasiones, por eso forja vicios y delitos como medios para que la carne corruptible encienda y arrastre tras sí al espíritu inmortal. Por eso, en fin, se ceba en el bruto, para coartar su libertad al hombre, y vengarse en el ángel de la justicia divina.

La presciencia de Dios, pues, es filosóficamente hablando, necesaria á la libertad humana, ó por mejor decir, ha sido la causa única de esta libertad. Pero hay mas todavía. El egemplo de Luzbel previsto desde abeterno, dió tal vez ocasion á la misericordia infinita para coronar nuestro espíritu de atributos divinos en que se representase una imágen de la patria celestial. Por eso la sentimos y anhelamos, pero si la sentimos sin alcanzarla por nuestra limitada inteligencia, es precisamente para que sea el premio de nuestra misma libertad.

«La sabiduría eterna, dice el marqués de Caraccioli, habla á las criaturas en lo mas secreto de su corazon. Que ellas olviden el universo, sus pasiones, su propio cuerpo y que escuchen, pues es mucho mas fácil hallar á Dios en nosotros mismos, que en las cosas exteriores.

«En dónde hubiera halladó el alma la idea de lo infinito y de la eternidad si no es en el Ser increado que representa? Además el deseo insaciable de un soberano bien nos prueba invenciblemente que hay uno. Nuestra inteligencia y nuestro amor son vivas impresiones de un Dios á quien debemos el homenaje de esta doble facultad. ¿En dónde hemos aprendido á amar la virtud, á respetar el orden, á detestar el mal, sino al resplandor de una luz indefectible *que alumbra á todo hombre que viene á este mundo*? El alma sola bien examinado es una demostracion completa de la presencia de un Dios y de su intimidad con nosotros.»

Sin embargo, para aquellos que prefieren la voz de la razon á la voz del sentimiento, todavía puedo citar un pasage importante que debe satisfacer á todo hombre pensador acerca de los principios en que Mr. Pope, fundó su *Ensayo sobre el hombre*. El caballero de Ramsay, respondiendo á los cargos que hicieron algunos filósofos en el último siglo al referido ensayo, se explica así:

«Mr. Pope, dice, está bien lejos de creer que el estado actual del hombre sea su estado primitivo y conforme al orden. Su designio es mostrar que *despues de la naturaleza degradada* todo es proporcionado con peso, medida y armonía al estado de un ser caido que padece, que merece padecer y que no puede ser restablecido sino por sus mismos padecimientos y dolores: que los males físicos están destinados á curar el mal moral: que las pasiones y los crímenes de los hombres están dispuestos de modo que una sabiduría soberana saca el orden de la confusion, la luz de las tinieblas y bienes innumerables de los males pasajeros de esta vida: que esta Providencia conduce todo á sus fines sin herir jamás la libertad de los seres inteligentes y sin producir ni aprobar los efectos de su malicia deliberada: que todo está sujeto en el orden físico, mientras que todo es libre en el orden moral: que estos dos órdenes están encadenados sin fatalidad y sin esta necesidad que nos hace *virtuosos sin mérito y viciosos sin crímenes*: que no vemos en esta vida mas que una rueda de la vasta máquina; nada mas que un eslabon muy pequeño de la gran cadena; nada mas que una débil parte del plan inmenso que contemplaremos algun dia. Entonces Dios justificará plenamente todos los pasos incomprendibles de su sabiduría y de su bondad, y se absolverá, como dice Milton, del juicio temerario de los mortales.»

En efecto, si consideramos desapasionadamente la naturaleza del mal, hallaremos que los verdaderos males son

producidos por el apego á los perecederos goces de la materia, por los incentivos de la carne, por nuestros desordenados apetitos; en una palabra, que solo existe el mal en la infraccion de los preceptos de la moral cristiana. Los demás males que deploramos en esta vida suelen tener remedio, suelen vencerse produciendo bienes ó pueden servirnos de grandes méritos para la vida futura; porque la filosofía mas sublime reconoce que todos los males de pena dependen de la voluntad de Dios, mientras que todos los males de culpa son producidos por las pasiones del hombre. Así no es enteramente desgraciado el que se queja en el lecho con su conciencia tranquila, pero sí es muy digno de lástima el que entre festines y banquetes quiere ahogar sus punzantes remordimientos. El primero cree en la vida futura porque por medio de una dulce esperanza se eleva hasta la felicidad suprema: el segundo por lo comun la niega porque la teme, y la teme porque es esclavo del verdadero mal, de aquel mal horrible que lejos de extinguirse algun dia, tiene su cuna junto al sepulcro del hombre malvado.

Pero la razon humana resistiéndose siempre á considerar algunas causas á la luz de la revelacion, que es la que alumbra al sentimiento, pretende investigar el origen del mal fuera de los cielos. Hay filósofos que acusan á Dios de injusticia por haber criado á Luzbel para que se divinizase á sí mismo dando ocasion al castigo. Pero por ventura ¿no siguen los materialistas el ejemplo de Luzbel? El materialista negando la divinidad no hace otra cosa que divinizar la naturaleza ó divinizarse á sí mismo. En estos hechos se prueba de la manera mas concluyente no solo la libertad del hombre, sino tambien que no puede desprenderse del principio divino que encierra; principio que no hace mas que mudar de objeto por la sujection de las pasiones que le ofuscan.

Ya he dicho en otro lugar hablando de la naturaleza divina que aun prescindiendo de la revelacion el mal se halla en la limitacion de los seres, porque todo ser limitado supone tener extremos. En efecto, el hombre no sabria lo que era el sentimiento del sumo bien si desconociese enteramente la existencia del mal. Por eso los ángeles de Dios aerisolaron su adoracion al Señor desde el momento en que el mal tuvo origen. La regla del bien, por decirlo así, quedó establecida para toda la eternidad por la escopcion del mal que habian desconocido hasta entónces. Del mismo modo el hombre libre es llamado virtuoso cuando sabe vencer el mal: no hay gloria sin combate para un ser compuesto de dos sustancias que contienen pureza y corrupcion. Así el mal, aun negando su primera existencia entre los coros celestiales, seria siempre la causa corruptible, una causa diametralmente opuesta á la existencia de Dios, que no puede ser causa del mal, porque como infinito es centro de su misma bondad, sabiduría y omnipotencia, y es por consiguiente un todo único y eterno en sustancia y en atributos divinos. Pero tampoco podemos decir por contraposicion al *todo*, que es Dios, que el mal procede de la *nada*, porque fuera del poder infinito que sacó de la nada el universo, la nada, nada es; y así como Dios no puede ser el autor del mal por su infinita perfeccion, ese *algo* corruptible á que llamamos mal, es indispensable que haya tenido un origen espiritual para que pueda egercer su imperio sobre el hombre. Hé aquí cómo la misma filosofía tiene que ir á apoyarse en la revelacion para dar al mal una existencia posible.

Diré tambien á este propósito que Máximo de Tyro, platónico, opinaba, y como él muchos filósofos, que la peste, los terremotos, los incendios y otras muchas calamidades que aflijen á nuestra mísera especie no entraron en la intencion de Dios, sino que son una consecuencia

necesaria á la conservacion de su obra, porque la destruccion de las partes, hace la conservacion del todo.

Finalmente, añadiré con Saint Pierre, que aun en el estado mas humilde todo es grande, noble, hermoso é invencible con el sentimiento de la divinidad: por el contrario, sin él, todo es flaco y amargo, aun en el seno mismo de la grandeza. Por mucho que el hombre se rodee de bienes de la fortuna, desde que este sentimiento desaparece de su corazon se apodera de él el fastidio. Si su ausencia se prolonga cae en la tristeza, en seguida en la melancolía y en fin en la desesperacion. Si este estado de ansiedad es constante se da la muerte. El hombre es el único ser sensible que se destruye á sí mismo en un estado de libertad. La vida humana con sus pompas y sus delicias deja de parecer vida cuando cesa de parecer inmortal y divina.

CAPITULO XV.

DE LAS FACULTADES INTELECTUALES.

„Antorcha del Señor el espíritu del hombre, que escudriña todos los secretos del interior.”

Proverbios cap. 20. v. 27.

Dos acepciones tiene en filosofía la voz *inteligencia*: la una es lo mismo que entendimiento: la otra es conjunto de facultades intelectuales (1); pero por lo mismo que suele usarse en las dos acepciones se toma algunas veces en un sentido equivocado: y como sea indispensable la mayor claridad posible al fijar la significacion de cada palabra para quitar todo motivo de error, preferiré valirme de la voz entendimiento al hablar de esta gran potencia, así como me serviré de las de facultades intelectuales ó mentales siempre que quiera significar el conjunto de las facultades del alma.

La principal causa de nuestros errores consiste, á mi

(1) Hay sin embargo filósofos que considerando como sinónimas las voces *inteligencia* y *entendimiento* las usan indistintamente y en ambas acepciones, aunque en la 1.^a este sea la potencia y aquella el acto de entender.

modo de ver, en que la filosofía ha concedido al entendimiento una facultad de que precisamente carece. No hay tratado alguno de esta ciencia, cualquiera que sea la tendencia de su autor, en que no se hable de la *idea de lo infinito*, y bajo este punto de vista ideológico se trata de lo infinito en metafísica y de lo infinito en matemáticas. Yo creo que nuestro entendimiento no es la facultad del alma que puede darse cuenta de lo que no tiene límites, por la sencilla y concluyente razón de que siendo una facultad limitada mal puede abarcar ni comprender lo que es infinito. Pero nuestras facultades intelectuales están por una parte tan íntimamente ligadas entre sí, y por otra se ha dado siempre en filosofía tan alta importancia á los sistemas de Platon y de Aristóteles, que cuantos han escrito despues de estos dos insignes maestros, hasta el tiempo de Bacon y de Descartes, se han contraído mas bien á la defensa ya de uno, ya de otro, que no á hacer el deslinde verdadero de principios tan opuestos. Pero los que han hecho alarde de no ser defensores de ningun sistema como los dos autores mencionados y algunos de sus sucesores, no han podido prescindir de ser imitadores ya de Platon ya de Aristóteles. Los imitadores de aquel no han 'salido jamás del círculo de las ideas innatas con todas sus consecuencias. Descartes fué quien principalmente trató de ellas, tomando las nociones por ideas, lo que hizo decir á nuestro erudito Feijóo las palabras que copio: «Otros muchos robos literarios, dice en uno de los discursos de su *Teatro crítico*, imputaron á Descartes algunos enemigos suyos, entre los cuales se cuenta, que todo lo que dijo de las ideas, lo tomó de Platon. Pero valga la verdad: no hay ni aun rastro de semejanza entre lo que el antiguo griego y el moderno francés escribieron sobre esta materia.» Y nuestro sabio médico y filósofo D. Andrés Piquer di-

ce tambien en su *Lógica* á este mismo propósito lo que sigue: «Fué Cartesio el que introdujo las ideas para significar las nociones mentales, con tal variedad en la significacion de la voz idea, que unas veces la toma por solo las representaciones de la imaginativa, otras veces por toda especie de conocimiento. De este estilo Cartesiano ha nacido la ruidosa é impertinente cuestion de las *ideas innatas*. La universal introduccion de la lengua francesa ha hecho que con suma confusion de los actos mentales se espliquen todas las operaciones del entendimiento por la voz *ideas*. Se ha seguido tambien el inconveniente de trastornar la comunicacion filosófica de los modernos con los antiguos, porque estos para esplicar las cosas intelectuales no se valieron de la voz ideas. Las ideas de Platon sobre ser confusísimas no tienen conexion ninguna con las Cartesianas.»

Los defensores de Aristóteles, abusando de su principio de los sentidos basados en la esperiencia, han venido por diversos rumbos, los unos á conclusiones materialistas, los otros á intrincarse en el laberinto filosófico de las escuelas ergotistas. «Nuestros españoles, añade el Sr. Piquer, entre los cuales son muy señalados Luis Vives, Pedro Ciruelo y Gaspar Cardillo de Villalpando, mucho antes que Bacon, conde de Verulamio. escribieron contra la filosofía de las escuelas, mostrando su insubsistencia y poca solidez. Despues hizo lo mismo Verulamio, cuya doctrina, aunque derivada de nuestras gentes, es la que conmovió los ánimos para desamparar la filosofía escolástica, y por varios caminos hallar otra nueva con la regla de no ir á buscarla en los antiguos, los cuales por lo comun tenian en gran desprecio.»

Descartes, pues, creyó haber sacudido el yugo de aquellas dos autoridades gigantescas, y por una parte convirtió los tipos eternos de Platon en ideas innatas, y

por otra introdujo la duda de los antiguos escépticos, dándole, sí, mayor importancia de la que habia tenido hasta entónces; duda funesta, que como lo predijo el gran Bossuet, contribuyó mas tarde al desbordamiento de las pasiones por la carencia de un principio fundamental sólido y seguro. Descartes, como todo el mundo sabe, y como ya he manifestado en mi *Discurso preliminar*, partiendo de la duda estableció el principio de: *Yo pienso, luego soy*, principio que llegó á merecer los mayores encomios y que hizo innumerables prosélitos, siendo así que está muy lejos de ser un principio enteramente sólido, puesto que á la facultad de pensar, esto es, á la razon, se le conceden altas prerogativas que jamás le será dado alcanzar, á lo menos mientras el alma esté encerrada en el cuerpo.

Despues el eclecticismo ha divagado por todo el campo de la filosofía, y semejante á la abeja ha pretendido libar el néctar de flores diferentes para fabricar su panal de miel, pero careciendo de colmena, esto es, de principio propio y fijo para poder elaborarlo, los néctares extraídos no han podido regalar los paladares ansiosos de dulces y sabrosas doctrinas, despues de haber apurado hasta las heces la copa amarga del materialismo. Así es que la filosofía ecléctica, que llegó á sustentar la esperanza de hallar la verdad, se abismó precisamente como Icaro, habiendo querido abarcar lo infinito con las alas de la razon pura. Jouffroy muriendo en una duda espantosa; Cousin, uno de sus mas autorizados maestros, confesando la insuficiencia de su método filosófico, despues de haberlo encarecido en sus primeras obras; y la filosofía alemana ora divinizando á la humanidad, ora entonando himnos á la muerte, como los salvages de América, han patentizado al mundo esta verdad incontestable, á saber: *que no hay filosofía posible cuando no tiene por base la Religión verdadera.*

Sin embargo, los filósofos cristianos á su vez quieren que la razon se someta á la autoridad de la fé divina, en lo que no han hecho otra cosa que vislumbrar el camino verdadero de toda buena filosofía, pero sin entrar de lleno en el principio fecundo del sentimiento, base de toda verdad divina y humana.

No tengo la pretension de haber alcanzado mas que los que me han precedido en tareas filosóficas, porque como ya he repetido en el discurso de este libro, nadie puede estar tan penetrado como yo de mis cortas fuerzas, pero acaso á mi débil inteligencia haya debido el sentir mejor que otros la verdad.

Antes de empezar á tratar de las facultades intelectuales creo oportuno manifestar, que, segun mi opinion, estas son al alma lo que los sentidos al cuerpo, es decir, que las facultades intelectuales son los sentidos del alma en contacto con la materia, para desarrollarse en las condiciones misteriosas que Dios ha impuesto al hombre como ser misto ó compuesto de dos naturalezas diferentes. Para hacer mas inteligible este aserto, entraré en algunas consideraciones apoyado en una comparacion que esté á nuestro alcance.

Tres cosas es menester observar en un instrumento armonioso, como, por ejemplo, en el arpa, á saber: la mano que la pulsa, la combinacion de las partes que concurren á la formacion del instrumento para que produzca sonidos determinados, y el aire que los comunica al tímpano del oido. ¿Cuál de estas tres cosas es la que obra principalmente? Sin la mano que hace vibrar las cuerdas del instrumento, y sin la combinacion del instrumento mismo no se produciria el sonido. Pero aun cuando la mano pulse y el instrumento vibre, todavia no se producirá el mismo sonido sin la intervencion del aire. Si fuera posible introducir un instrumento de música en una má-

quina pneumática, es decir, en un parage enteramente vacío ó en donde no hubiese ningun aire atmosférico, en vano pulsaria la mano del músico el instrumento y en vano las cuerdas ó el teclado corresponderian al movimiento de impulsión: el sonido seria nulo, ó lo que es lo mismo, no existiria entonces el sonido. Luego es indispensable reconocer la importancia del aire para que el sonido se efectúe. Ahora bien, nuestro cérebro es semejante á una caja de música, en cuyo maravilloso mecanismo ha intervenido la sabiduría del Criador. La mano que lo pulsa es el sentimiento ó la pasión, y el instrumento produce entonces sus sonidos en las regiones del espíritu, por cuya causa no son sonidos materiales y vagos, sino por el contrario, sonidos sensibles é inteligentes. Hé aquí la naturaleza de nuestras ideas; así como el aire da timbre á los sonidos, el alma imprime en sus facultades sentimiento é inteligencia. Siguiendo la misma comparacion añadiré, que la sucesion de una idea es semejante á una melodía que se ejecuta en nuestro cérebro, al paso que la simultaneidad ó asociacion de nuestras ideas producida en ciertas operaciones de la inteligencia, es igual á la armonía del arpa ó de la caja de música.

De lo que acabo de decir se desprende necesariamente que á pesar del mecanismo prodigioso que encierra el instrumento que tenemos todos detrás de nuestra frente, no seria susceptible de producir ideas, ni menos juicios y raciocinios, sin el *aura* espiritual, que difunde el alma en nuestros órganos, que es precisamente la region de las ideas, del mismo modo que el aire es la region de los sonidos. Pero ¿cómo puede concebirse la transformacion del movimiento de los nervios de nuestro cérebro en ideas sensibles é inteligentes? Para satisfacer á esta pregunta responderé en primer lugar que la mano que pulsa el instrumento, es decir, que el móvil que pone el instrumento

en accion es de igual naturaleza que los sonidos que produce. En segundo lugar, el alma es la que infunde la inteligencia en la idea agitada, porque toda ella es sentimiento é inteligencia, y así los nervios sensorios en el acto de producirse el pensamiento deben ser semejantes á la arista que arrojamós al fuego, la cual participa de la naturaleza de la llama mientras no llega á consumirse. Y por último, que si bien está fabricado nuestro cérebro para que se efectúen en él las operaciones mentales, por ser el medio que tiene el alma de ponerse en comunicacion con la materia, como que el sentimiento y demás facultades mentales son propiedades esclusivas de aquella, siempre las contendrá su sustancia espiritual, aun cuando no esté en accion recíproca con nuestro cérebro. Nosotros en este caso carecerémos de ideas por falta de accion comunicativa causada por una educacion nula, ó por una lesion orgánica, pero en cualquiera de estos casos poseerémos un bien desconocido de nosotros. Hé aquí precisamente lo que acontece al hombre salvaje y al encenagado en los vicios: tienen un tesoro escondido en su propia morada, y viven por ignorancia el uno desnudo y el otro miserable. Esto es tambien aplicable á ciertas organizaciones que porque carezcan de disposicion para el completo desarrollo de las facultades mentales, no se sigue de aquí su no existencia, sino que están mas concentradas en el alma por alguna poderosa afeccion ó sea por una interrupcion de las funciones normales del cérebro. De esto nace la incoherencia que se nota en el demente, de la propia manera que la imbecilidad supone obstruccion ó imperfeccion en el mecanismo cerebral.

Pero puesto que nuestras facultades intelectuales, aunque pueden subsistir independientes en el alma, se ponen en accion recíproca con la materia para constituir la doble naturaleza del hombre, sepamos cómo se efec-

túan en nosotros estas operaciones desde su primer impulso hasta convertirse en raciocinio y en volición.

Tres observaciones importantes he hecho para haber podido graduar las escalas que se verán á continuación: 1.^a Observar detenidamente al niño desde su nacimiento hasta rayar en la juventud. 2.^a Considerar al hombre en el estado salvaje, estimando el desarrollo gradual que ofrece la historia de los pueblos. 3.^a La observacion individual. No me lisonjeo, sin embargo, de haber hallado la verdad, pero si el hecho existe en la esencia, con alguna modificacion, hija de una observacion mas profunda, habremos dado un gran paso en filosofía para llegar á conclusiones felices.

PRIMER ORDEN DE FACULTADES.

Sentimiento activo.	El que no siente no quiere.
Voluntad.	El que no quiere no imagina.
Imaginacion.	El que no imagina no piensa.
Entendimiento.	El que no piensa no retiene.
Memoria.	El que no retiene no juzga ni raciocina.
Razon.	El que no juzga ni raciocina no concluye.

VERDAD ETERNA, VERDAD MORAL.

CRITERIO, EVIDENCIA.

Demostracion.

Siento un deseo insaciable:
 quiero amar siempre:
 imagino la felicidad eterna:
 pienso alcanzarla:
 recuerdo que hay Dios:

juzgo que mi deseo es amar á Dios.

Este juicio me hace feliz por la evidencia de mi sentimiento. Y me determino y persevero por no perder mi felicidad.

Corolario. Me gozo en este juicio, porque cuanto mas pienso en él, tanto mas se aumenta mi felicidad. La razon es porque esta felicidad satisface mi alma, dejándola exenta de toda culpa y de toda pena. Es una felicidad siempre creciente y siempre pura: es la felicidad de la felicidad. En suma, la verdad eterna se siente por la plenitud del goce del corazon.

El mismo órden de facultades concluye tambien la verdad científica.

CRITERIO , CERTEZA.

Demostracion.

Siento la *curiosidad* de saber:
quiero saber si hay *objetos* varios:
imagino objetos *semejantes* que concierten:
pienso que estos objetos se pueden *contar*:
recuerdo que hay *cantidad*:
juzgo que *uno mas uno son dos*, etc.

Y me determino á seguir contando.

Este juicio produce en mí la certeza, porque dos es igual á uno mas uno.

La operacion intelectual es mas rápida ateniéndose solo á las *bastardillas*, porque la elipsis es connatural en nosotros.

Corolario. Cuando compongo un todo de partes ó descompongo las partes de un todo, y hallo siempre en el primer caso la misma cantidad, y en el segundo las mismas unidades, estoy seguro por mi sentimiento de que la razon no me engaña. La certeza es una verdad de relacion

respecto de la verdad eterna. El goce que proporciona la verdad científica es siempre puro.

SEGUNDO ORDEN DE FACULTADES.

Sentimiento activo (ofuscado por la pasión).	}	La misma distribución que en el primer orden.
Voluntad.		
Imaginación.		
Entendimiento.		
Memoria.		
Razon.....		Concluye en el
ERROR.		

CRITERIO, LA PASION.

1.^a Demostracion.

Siento un ardor que me consume:
quiero amar y amo á las mugeres:
imagino que la hermosura me satisfará:
pienso que muchas mugeres son hermosas:
recuerdo que hay una que me enamora:
juzgo que gozar es el mejor modo de amar:
Y me determino á gozar.

Este juicio me hace aparentemente feliz, y digo aparentemente, porque mi felicidad produce el remordimiento. El fin de este juicio es el error, porque el error en lo moral es una verdad funesta.

Corolario. La verdad ha de satisfacer siempre al alma: siempre ha de dejar en ella motivos de contento. Así toda conclusion que no produzca al alma un goce puro es un error demostrado. Este mismo ejemplo aplicado al matrimonio concluiría en una verdad, es decir, estaría exento de remordimiento ó de pena.

2.^a *Demostracion.*

Siento sed de riqueza:
quiero gozar de ella:
imagino riqueza en los demás:
pienso que tengo que buscarla:
recuerdo que otros la poseen por medios ilícitos:
juzgo que yo puedo hacer lo mismo que ellos:

Y me determino.

Este juicio es erróneo, porque los medios ilícitos están vedados por leyes divinas y humanas.

Corolario. El que amontona riqueza por malos medios es mas miserable que el menesteroso que vive con su conciencia tranquila, porque no se puede gozar sino en apariencia de lo mal adquirido. El que no halla el bien real en el término esté seguro de que es infeliz por mucha riqueza que posea.

Estas operaciones intelectuales se efectúan instantáneamente hasta llegar á la razon y son en último análisis *sentir, querer y pensar*, y determinarse ó no determinarse. Ya diremos á su tiempo qué es lo que se determina.

Habrás observado que al hablar de la verdad eterna y de la verdad moral he puesto la evidencia como su criterio, la certeza como criterio de la verdad científica y la pasión como criterio del error. Los filósofos mas autorizados han reconocido siempre varios criterios. El profundo Pascal escribía al jesuita Annat lo siguiente: «¿De dónde sacamos nosotros la verdad de los hechos? De nuestros sentidos, padre mio, que son los legítimos jueces, como lo es la razon en las cosas inteligibles, como lo es la fé en las sobrenaturales y reveladas. Porque ya que á ello me obligais, padre mio, os diré que segun los dos mas grandes doctores de la Iglesia, San Agustin y Santo Tomás, los tres criterios de

nuestros conocimientos, los sentidos, la razon y la fé, tienen cada uno su territorio demarcado y su certidumbre especial.» Despues de haber hecho esta cita tan importante, robustecida con el asentimiento de dos autoridades tan eminentes, parecerá sin duda temeridad en mí dar diferente opinion; pero téngase entendido en primer lugar que no se trata de un artículo de fé, sino de una cuestion puramente filosófica; y en segundo lugar, que mi teoría del sentimiento me lleva como de la mano á dar mas unidad á aquellos mismos criterios. Ya el Sr. Arbolí en su escelente *Compendio de Filosofia*, citado en otro capítulo, hubo de entrever lo mismo, cuando despues de haber hablado de los criterios de la verdad, estableciendo que la sensacion, el sentido íntimo, la induccion, la deduccion y la memoria, constituyen el motivo racional, ó sea la razon individual, y despues de haberlos explicado estensamente en varias lecciones dice así: «Si al fijar las reglas de la observacion sensible y de la interna, las de la memoria, y las respectivas al discernimiento de la autoridad, nos servimos de las locuciones *verdades sensibles, verdades de conciencia, verdades recordadas ó de memoria, y verdades de autoridad*; no por eso debe entenderse que sean los sentidos, la conciencia, la autoridad ni la memoria los principios constitutivos de las verdades que conocemos, puesto que todas son obra de nuestra propia razon ejercitando sus dos operaciones esenciales, la induccion y la deduccion. Lo que queremos decir es que la razon para formar los juicios que establecen en ella la verdad, necesita de observar exterior é interiormente, necesita de acordarse, y necesita en muchos casos de adherirse al testimonio de otras razones; todo lo cual, si se ha de hacer bien, debe sujetarse á las reglas que prescribe la lógica.» Y continúa.

«P. ¿Cuál es el criterio en la induccion y en la deduccion?»

«R. La evidencia de los juicios racionales ahora fueren inductivos, ahora deductivos.

«P. Qué es lo que constituye la evidencia de los juicios racionales?

«R. La claridad con que la razon percibe lo general en lo particular, y esto en aquello tan intuitivamente que no le quede libertad para la duda. La evidencia de la razon es fenómeno mas bien para sentido que para explicado.»

Resulta, pues, de estas sabias lecciones, escritas con conocimiento de cuanto se ha dicho en filosofia, que la induccion y la deducccion constituyen las dos operaciones esenciales de la razon. Siendo solamente locuciones filosóficas las de verdades sensibles, de conciencia, de memoria y de autoridad, y que el criterio de la induccion y de la deducccion, es *la evidencia*. El Sr. Arbolí entrevió, repito, que la evidencia es un sentimiento, cuando dice discretamente que *es fenómeno mas bien para sentido que para explicado*. En efecto la evidencia no se ha explicado ni se explicará jamás, porque es *el sentimiento de la verdad eterna*, por el cual nos remontamos á lo infinito en perfeccion.

El Sr. Piquer dice tambien estas palabras espresivas en su lógica citada: «El entendimiento del hombre tiene por objeto y fin de todas sus obras la verdad, y con ella sosiega y se satisface, como que es hecho para la verdad eterna que reside en el cielo, de quien son chispas las verdades de acá abajo.»

Puesto que el entendimiento humano no puede comprender la verdad eterna, porque entonces comprenderia lo infinito, ó seria infinito como aquella verdad, es claro que la evidencia no puede ser sino un sentimiento íntimo y profundo que satisface nuestro corazon, y por consiguiente que satisface asimismo nuestro entendimiento.

La verdad científica no se adquiere sino por el senti-

miento de la verdad eterna. Así los axiomas no son otra cosa que relaciones de aquella verdad evidente que reside en el corazón del hombre; pero adviértase que tanto los axiomas, de que se hablará después, como las demostraciones anteriores no constituyen la verdad lógica, sino antes bien son las primeras verdades que sirven de fundamento á la lógica. La raíz invariable es la verdad eterna.

Respecto de aquellas operaciones mentales que concluyen en el error, he puesto por criterio la pasión, porque esta alucina el ánimo con apariencias engañosas que tienen visos de verdad en cuanto deleitan los sentidos; pero entiéndase que este criterio de las acciones humanas, no puede adoptarse para el error científico ni para el error en el juicio de ciertos hechos, lo que se explicará debidamente al tratar de la lógica.

Entremos ahora en el exámen de nuestras facultades intelectuales siguiendo el mismo orden que ya hemos establecido en la primera escala.

SENTIMIENTO ACTIVO.—Aparte de lo que llevamos dicho en el capítulo 7.º de esta obra, podremos aducir aquí todavía algunas razones que contribuyan al completo esclarecimiento de nuestra teoría.

La 1.ª facultad que despunta en el niño inocente es el sentimiento; la 2.ª es la voluntad; la 3.ª la imaginación, y así sucesivamente.

El hombre salvaje empieza lo mismo que el civilizado, pero retardándose el desarrollo de las demás facultades mentales, se aumenta la energía de las primeras en proporción de la edad y del calor de las pasiones.

La filosofía ha llamado hasta aquí *instinto* á la primera facultad que se desarrolla en el hombre, pero yo creo que el instinto es propiedad de los brutos, porque tiene en cada especie un término necesario, en tanto que el niño

da principio á la vida manifestando el sentimiento del amor a su madre cariñosa. El sentimiento es connatural al hombre, que no al bruto; pero el calor de la pasión, que nace juntamente con aquel y que se manifiesta muy luego en el niño, es tal vez lo que ha dado lugar á que se haya equivocado con el instinto.

El mismo señor Arbolí, que acabo de citar, dice al hablar del sentimiento estas precisas palabras que encierran una gran verdad muy poco generalizada todavía, á saber: «El sentimiento es un hecho primitivo de nuestra naturaleza que carece de origen.» En efecto el primer movimiento del alma es el sentimiento en el niño recién-nacido: el último movimiento del alma es el sentimiento en el anciano decrepito. El sentimiento aun en la longevidad mas avanzada, forma la aurora y el ocaso del hombre: baja á la tierra con el sello de la pureza y de la inocencia: sube al cielo con el sello de la inocencia ó de la virtud. La vida del cuerpo seria insoportable sin el sentimiento del alma, como ya hemos probado al presentarlo en todo el desarrollo de que es susceptible. Pero prescindamos del hombre en su estado normal y observemos al paralítico. Este ser desdichado no puede experimentar las sensaciones de placer y de dolor, porque sus órganos, ó por mejor decir, su cérebro está imposibilitado de transmitírselas al alma. Sin embargo, el paralítico guarda en lo recóndito del alma el rico tesoro de su sentimiento. Si su estado anormal desaparece, su sentimiento vuelve á difundirse: si la enfermedad vuelve á apoderarse de su economía, el sentimiento vuelve á replegarse. La sensación es nula, pero el sentimiento se halla incólume.

El demente tiene trastornado el intelecto: una lesión física es causa de que se haya apoderado de una idea fija, como quien dijera que el caudal de un río, en vez de seguir su corriente para echarse en el mar, se habia estra-

viado por un canal oculto: fuera de aquella idea atormentadora todo es incoherencia en él: no puede hacer buen uso de su razon, porque esta facultad concentrada en su espíritu carece de órgano que le dé vida exterior. ¿Pero qué es de su sentimiento? Ah! esta gran potencia lejos de extinguirse parece que ha cobrado nuevos brios. Ningun demente ha vuelto á la razon á fuerza de argumentos: el raciocinio es completamente ineficaz, pero una música patética, marcial ó alegre, segun el temperamento del paciente, aplicada con buen método, ha surtido resultados felices. El sentimiento ha sido poderoso en muchos casos para superar hasta la lesion orgánica, abriendo tal vez una nueva via al alma para que vuelva á recobrar su lucidez y su racionalidad.

La escuela aristotélica fijando el principio de la sensacion ha traído al mundo muchos males. El gran maestro, sus numerosos discípulos y sus imitadores se han estrellado siempre en el mismo escollo. Hasta el católico Condillac, que dijo sabiamente *pensar es sentir*, se perdió en el laberinto del materialismo tomando la sensacion por el sentimiento. Nó, y mil veces nó. «La sensacion, dice el señor Arbolí, es para comunicar con los cuerpos; el sentimiento para que nos unamos con las almas.»

El sentimiento, potencia activa del alma, imprime y concentra en un punto del cérebro la sensibilidad, como cualidad suya. Así la sensibilidad es en el organismo un fenómeno pasivo, del que se da cuenta el sentimiento de una manera indirecta respecto de las sensaciones, puesto que siendo todas objetivas no pueden ser sino el producto de impresiones materiales. Por el contrario, el sentimiento, como potencia subjetiva, es la fuente de la actividad, porque la actividad reside solo en aquella potencia que está en relaciones con lo infinito, ó en otros términos; el sentimiento es el principio activo del alma, móvil

de la voluntad, en tanto que las sensaciones y los impulsos espontáneos del cuerpo no nacen inmediatamente de él, sino que llegan á él por el ministerio de los sentidos.

No hay raciocinio ni operacion alguna de nuestras facultades mentales que no tenga origen en el sentimiento. El sentimiento de la curiosidad, como ya he dicho de acuerdo con el señor Lista, es el principal estímulo que nos conduce al descubrimiento de las ciencias: el sentimiento de lo justo es nuestro norte en las operaciones de la razon que se rozan con todos aquellos hechos que queremos esclarecer con intencion pura y recta: el sentimiento de lo honesto nos guia en aquellas producciones con que se recrea el entendimiento cuando tiene por fin no faltar á las reglas establecidas en una sociedad ilustrada: estos son los trabajos llamados de conciencia. En suma, no hay movimiento alguno del alma que no tenga origen en el sentimiento.

Pero si queremos poner en relieve la escelencia de esta preciosa facultad, de esta potencia motora, comparemos las impresiones que producen en nuestra alma los axiomas del sentimiento con los axiomas llamados de la razon.

Axiomas de la razon.

- 1.º Todo lo que nace muere.
- 2.º El todo es mayor que su parte.
- 3.º No hay efecto sin causa.
- 4.º Una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo.

Axiomas del sentimiento.

- 1.º No hay felicidad sino en Dios.
- 2.º El justo gozará de una felicidad eterna.
- 3.º El infortunio robustece la esperanza.
- 4.º Lo infinito es el resumen de lo eterno, de lo verdadero y de lo perfecto.

Si las impresiones de los axiomas del sentimiento dejan huellas mas profundas que las de los axiomas de la razon, es pues evidente la escelencia del sentimiento ; ó bien que el sentimiento es la razon pura por escelencia de todos los axiomas metafísicos y morales. Si axioma es lo demostrado por la razon de una manera invariable, axioma mucho mas importante es el que acredita el sentimiento de la evidencia, porque siendo el sentimiento de la verdad eterna, como ya he dicho, es el sentimiento mas hondamente sentido, y es (sin círculo vicioso) mas hondamente sentido, porque es el sentimiento de la verdad eterna, que solo puede resolverse por el deseo de nuestra inmortalidad, de una inmortalidad eternamente feliz.

¡Oh divina maravilla del sentimiento! sus grandes atributos, tales como la fé, la esperanza, el sentimiento de lo infinito, el sentimiento de la perfeccion, son relaciones del hombre con Dios, son medios para sentir y amar á Dios ; al paso que las virtudes, la pureza, la castidad, la humildad, la beneficencia, la resignacion, y sobre todo la abnegacion que las resume todas, son relaciones del hombre con Dios y con los demás hombres, y medios de alcanzar la felicidad eterna. Todos estos raudales del sentimiento se desatan del cauce del sentimiento religioso para ir á parár al piélago sin fondo y sin orillas, que es Dios.

Pudiera decirse que del sistema del universo se deduce el sistema del hombre. El sentimiento es el sol de la naturaleza humana. Y así como el astro diurno nos envia su calor y su luz, la razon es la luz del sol del sentimiento, mientras que este astro benéfico reserva su calor para vivificar á aquellos que no la ven ó no la alcanzan. El que se halla poseido de cualquier sentimiento lo comunica á los demás por medio de la razon: luego el sentimiento es la facultad mas íntima que tiene el alma. La

voluntad, esta potencia amante siempre del bien, está subordinada al sentimiento. La voluntad es respecto del sentimiento, lo que la luna respecto del sol: recibe la luz pura de este astro y nos la trasmite llena de dulzura y de pureza. Pero es tan prodigioso el sentimiento, que egerce su potente influjo en la memoria, no obstante de ser una potencia pasiva. La memoria graba con caracteres indelebiles las acciones emanadas de los sentimientos. Podemos olvidar un idioma, los rudimentos de una ciencia, las lecciones de la historia, pero siempre se renueva en nosotros el recuerdo de una accion generosa, de una accion magnánima. La fisiología, en union de la ideología, pretenden que los recuerdos de la niñez son mas vivos y duraderos en nosotros por el aumento de calórico y humedad que existe en la edad primera, puesto que mas hondamente se graban entonces las ideas en el cérebro del niño. Esta explicacion es para mí algo sospechosa, y creo firmemente que el niño conserva hasta la vejez el recuerdo de sus primeras acciones, porque lo conserva en su memoria envuelto en el velo de su inocencia. Lo inocente, lo puro, lo honesto no se olvidan jamás.

Finalmente, el sentimiento tiene la autoridad del mismo Dios, y tiene la aquiescencia del género humano en todo lo generoso, grande y sublime. Que la educacion moral sea el fundamento de la filosofía: que se eduque el corazon de los jóvenes antes de instruir su entendimiento: que se les haga sentir la necesidad de llenar sus deberes para satisfacer su conciencia; y que se prescinda del severo raciocinio en edad prematura, pues mas bien que á la verdad puede conducirlos al error. Elevemos, pues, la familia á la altura de la revelacion interior del sentimiento, tan en armonía con la revelacion de los libros divinos.

VOLUNTAD.—Ya he procurado probar en el capítulo

13 que la voluntad no sabe discernir sino el bien, objeto de su constante eleccion, pero como sea la potencia elegida por la filosofía para hacer depender de ella el libre albedrío del hombre, diré aquí en breves palabras, aunque me vea obligado á invertir el orden del presente capítulo, que los filósofos no han tenido en cuenta las demás operaciones del alma al hacer responsable la voluntad de las determinaciones del hombre. En efecto un estudio detenido y concienzudo de sí mismo convencerá á cualquier observador que el libre albedrío es el resultado de todas nuestras facultades morales é intelectuales, ó por mejor decir, que nace del conjunto de todas nuestras facultades. Un fenómeno moral se presenta desde luego á pedir una parte activa en las determinaciones del hombre: este fenómeno poco discernido y analizado es la intencion. ¿Qué es la intencion? Un conato á procedér bien ó mal, esto es, en sentido de las virtudes ó de las pasiones. ¿De dónde procede este conato? Puede proceder del sentimiento puro ó puede proceder del sentimiento sojuzgado por la pasion. En el primer caso, como se deja inferir por mi teoría, la intencion es recta, la intencion impulsa las demás facultades y el fruto del raciocinio, último acto de nuestras operaciones intelectuales, es determinar el alma por el bien sólido y real, por el bien que no produce remordimiento, por el bien que sin sujestion alguna obra libremente para gozar con pureza; para gozar de presente con el acto de su determinacion, y para gozar de futuro con su recuerdo indeleble, que es siempre el fruto remunerador de las buenas acciones. En el segundo caso por el contrario la intencion es apasionada, obra por soberbia, ira, venganza, egoismo, interés ó por alguna otra pasion, siempre mezquina y miserable cuando no tiene mas objeto que la satisfaccion de los sentidos ó bien del individuo á costa de los demás. La intencion, pues, es pura como sen-

timiento: es impura como sentimiento ofuscado por las pasiones; y como quiera que el primer movimiento del alma puede encenderse por la escitacion del organismo y convertirse en movimiento apasionado, si llega á desarrollar el principio de soberbia, la consecuencia de este acto de nuestra actividad será en razon del principio que la ha producido; es decir, que el sentimiento, la voluntad y el entendimiento, obrarán en el interés de la pasion, no ya la voluntad como potencia activa amante del bien, sino que ella y todas las demás serán potencias pasivas respecto del movimiento motor que las domina. Así el resultado del juicio ó del racionio será consecuente con su principio, la pasion triunfará, el hombre se determinará y el fruto será haber sido juguete de sí mismo. Esto es precisamente lo que acontece al hombre apasionado, al hombre vicioso y al malvado. Se mueve en la ceguedad de la pasion que alimenta: no oye, ni respira mas que su pasion: somete sus facultades al yugo de su furor, al fuego volcánico que le devora: pierde por consiguiente su libertad moral; y esclavo de su pasion ó de sus vicios, delibera y obra, mas bien como demente, que como ser racional. Ah! las pasiones exacerbadas no conservan al individuo en su estado normal: es una enfermedad accidental muchas veces frenética, y por consiguiente la libertad desaparece de sus determinaciones.

Por el contrario el libre albedrío, cuando tiene por principio el sentimiento puro, el sentimiento en el ejercicio de cualquiera de sus atributos morales, entonces en plena libertad siente, se mueve, imagina, piensa, recuerda y resuelve despues de haber juzgado madura y detenidamente acerca del objeto de su intencion ó de su propósito. El hombre puede sin embargo engañarse en sus determinaciones, porque no es infalible, pero su buena intencion pone siempre á salvo la tranquilidad de su con-

ciencia, por mas que no siempre pueda eximirse de pena.

Hé aquí probada la gran importancia de la educacion moral. Hagamos florecer las virtudes en los niños, repito, para que cuando lleguen á hombres sean moderadoras de sus pasiones, y á fin de que el libre albedrío, que procede del conjunto de nuestras facultades morales é intelectuales, determine siempre al alma en el camino de la virtud y de la verdad.

IMAGINACION.—El espectáculo magnífico del universo es *la imaginacion visible de Dios*, segun la feliz expresion de Mr. de Chateaubriand. Esta imagen grandiosa nos manifiesta la escelencia de una de nuestras facultades mentales, cuya fuerza inventora es la madre del ingenio. Mr. de Bonald la ha definido así; «Facultad de combinar las imágenes recibidas.» Mr. la Harpe: «Facultad de representarse los objetos distantes ó posibles.» St. Lambert: «Memoria sensible»; Y Santa Teresa de Jesus la llamó «la loca y la embustera de la casa.» El misticismo de esta Santa Madre le hizo ver la imaginacion por el lado del error y no se cuidó de su alto destino cuando el ingenio es fecundado por el raudal del sentimiento. Las obras de la misma Santa, en las cuales domina el sentimiento y la imaginacion, ofreciéndonos preciosos modelos descriptivos y sobre todo en sus *Moradas*, son una prueba de la poca exactitud de su definicion.

La facultad de crear en lo físico y en lo moral solo está reservada á Dios, y por eso la imagen que ha empleado Mr. de Chateaubriand no solo es grandiosa sino la mas espresiva; pero si al hombre no le es dado crear ni en lo físico ni en lo moral, puede sin embargo ser inventor mejorando la naturaleza; puede estraer de un pedazo de mármol una hermosísima estatua con un sello divino.

Cuantas piedras ha colocado el hombre desde su es-

tado salvage hasta nuestros dias para levantar el edificio de la civilizacion: las ciencias, las letras y las bellas artes son todos productos del sentimiento poético combinado con la imaginacion. Esta facultad es por escelencia la fabricadora de nuestras obras y una de las facultades que mas nos engrandecen.

En efecto, el hombre no puede crear físicamente, porque solo Dios es poderoso para crear mundos infinitos. No solo carece de poder para crear un grano de arena ó un cabello, sino que tambien es incapaz de fabricarlos. Tampoco puede crear moralmente, porque todos los atributos de Dios son perfectos; pero soy de sentir que el hombre puede ser creador en el campo intelectual. Las ideas nuevas son verdaderas creaciones. El principio que constituye la base de cada ciencia es una creacion diferente cada uno. Newton explicando la fuerza centrífuga y la fuerza centrípeta creó estas ideas. Son creaciones de la imaginacion sancionadas por el entendimiento.

La idea que se embellece en bellas artes ó en bellas letras no se crea ciertamente, sino solo se mejora, porque el tipo de perfeccion de todas las ideas es Dios; pero la poesía considerada como ciencia de lo bello, de lo bueno y de lo verdadero, es decir, la unidad en los tres y en cada uno de estos preciosos atributos, es una creacion de sentimiento, tal vez la mas importante de todas, porque la creacion de las creaciones humanas será siempre aquella que nos abra el camino para sentir y adorar á Dios en todas y en cada una de sus obras. En el órden del universo admiramos estos tres atributos de la divinidad: en el desórden tambien halla nuestro sentimiento por contraste el mismo órden, ó bien aquel poder que es capaz de crear y de aniquilar los mundos: en el órden se manifiesta Dios omnipotente y misericordioso: en el desórden omnipotente y justiciero: en este sublime, en aquel divi-

no. En suma, en esta clave de los tres sentimientos poéticos resueltos en la eterna perfeccion, tiene nuestra facultad inventora su principal base para producir obras inmortales.

«El orden cumplido es bien, dice el Sr. Arbolí, conocido es verdad y sentido es belleza.»—«Las obras de esta facultad (la imaginacion), se llaman *creaciones*, y á ella *facultad creadora*, no porque sea capaz de crear los elementos con que trabaja, que todos se los ofrece la naturaleza, pero es suya la combinacion.»—«La idea ó el sentimiento de lo sublime se funda en la nocion de la perfeccion infinita.»—«Es grande la utilidad de la imaginacion: sus efectos son auxiliar la razon, fortificar la energia de las verdades, crear el espíritu de sistema que es el de las ciencias, engendrar las bellas artes, producir y perfeccionar las artes mecánicas.»

Dícese que las producciones del ingenio son partos esclusivos de la imaginacion y de la sensibilidad, en tanto que la razon va en derechura á iluminar el objeto ó la idea que se propone manifestar. Esta creencia comun de que algunas de nuestras facultades mentales pueden obrar de concierto independientes de las demás, ha hecho sin duda que se hable siempre del sentimiento de lo bello al tratar de la imaginacion. Pero yo pregunto sencillamente ¿qué es ingenio? El ingenio es á mi ver el talento creador por escelencia con arreglo al tipo de belleza que encierra en su corazon. Una vez sentida la belleza, la imaginacion suministra los materiales para vaciar el molde, pero ¿qué facultad sino la razon es la que sabe combinar estos mismos materiales? Porque un filósofo partiendo de la aridez escolástica vaya de deduccion en deduccion investigando una verdad ¿hemos de concluir por eso que no tiene imaginacion? Nó, su sentimiento, su voluntad, su imaginacion, su memoria, su entendimiento, todas sus facultades

intelectuales están subordinadas á la razon, que es el ejercicio de su entendimiento, pero porque los materiales de que se haya valido al fundar su principio carezcan de belleza, no por eso hemos de decir que no tiene imaginacion. El matemático, por ejemplo, ama la verdad por sí sola: el filósofo moralista ama la verdad buena: el ingenio ama la verdad buena y bella; y como que lo bello, lo bueno y lo verdadero se resuelven en el sentimiento de perfeccion divina, se sigue de aquí que el matemático y el filósofo, en las verdades relativas buscan una verdad incompleta, mientras que el ingenio la siente y la ostenta en todo su esplendor.

Pero volviendo á la esclencia de la imaginacion, séame lícito considerarla aunque brevemente bajo algunos de sus aspectos.

Cuando se habla de cualquier sugeto que es enteramente desconocido para nosotros, nos lo representamos instantáneamente en nuestra imaginacion formando un objeto discernido con el nombre que hemos escuchado, por mas que el retrato no se parezca al original. Y no solamente de un sugeto determinado, sino de todos los que se encuentran en el caso del primero forma nuestra memoria una estensa galería de cuadros tales como los pintó desde luego la imaginacion para irlos distinguiendo entre sí, siempre que se habla de alguno de ellos. Se me argüirá diciendo que estas son ficciones, nó realidades. Yo responderé inmediatamente que estoy muy conforme en que la razon no las estime sino como imágenes fantásticas, pero en primer lugar esta facultad no solo no puede añadir á la pintura pincelada alguna, sino que tampoco puede hacer tanto como la imaginacion. En segundo lugar diré que es preciosa una facultad que formando imágenes puede dar cuenta al entendimiento de los sugetos que son conocidos en el mundo por su saber, por su gerarquía,

por su valor, ó por otras muchas cualidades, sin equivocarnos jamás. En tercer lugar concederé que la imaginacion no forma sino muy rara vez el parecido del sugeto, por lo cual seria curiosísimo, para manifestar su fecundidad, que cada español, por ejemplo, pintase un retrato del emperador del Japon tal como su imaginacion lo ha representado: ¡cuánta diversidad de retratos! Pero en cambio la imaginacion inventa un objeto que pudiera ser el verdadero retrato del original: no forja un mónstruo en vez de un hombre; lo cual me parece argumento concluyente para aquellos que hacen alarde de despreciar la imaginacion creyéndola fuente de absurdos. Lo mismo sucede respecto de todos los paises de la tierra. El que no haya salido jamás de su pais, ó haya visitado pocos paises, no por eso está privado de conocer por la fecundidad de su imaginacion todos los pueblos del mundo. El que haya estudiado geografia y conozca la historia universal, guarda en su memoria un inmenso cosmorama inventado por su imaginacion, como si fuera un recuerdo de la realidad; todo lo inventa la imaginacion: todo lo retiene la memoria para reproducirnos las mismas imaginaciones cada vez que queremos acordarnos de ellas. Si no hay realidad en las imágenes hay sin embargo toda la analogía de que es susceptible un ser racional. Y hé aquí la diferencia esencial que en esta facultad resulta entre Dios y el hombre; á saber: que Dios vió en realidad de verdad las obras de la creacion antes que le pluguiese formarlas, así como vió la humanidad entera desde Adan hasta el último ser inteligente; en tanto que el hombre va enriqueciendo su memoria por medio de su imaginacion, con la analogía de la realidad de verdad respecto de la creacion, de la humanidad y de las obras de los hombres.

Pero no contenta la imaginacion con las analogías naturales representándose todo cuanto existe, y aun re-

vistiendo de formas especiales los atributos del sentimiento y las abstracciones de la inteligencia; operaciones que sea dicho de paso, apenas se conciben en el ciego de nacimiento, especialmente respecto de las cualidades de la materia; lo que prueba el poder de la imaginación; no contenta esta facultad, repito, con las analogías naturales, se lanza todavía al campo de las maravillas. De aquí nace el género fantástico, de suyo inverosímil porque prescinde de las leyes naturales á que está sujeto nuestro débil cuerpo; pero en cambio esta fecunda fantasía, pródiga de riqueza, con sus palacios de oro y de diamantes, con sus campos de esmeraldas, topacios y rubíes, con sus fuentes y arroyos de líquida plata, ora levantados sobre las nubes, ora sepultados en los senos recónditos de la tierra, y siempre llenos de luces y de armonías; esta fecunda fantasía, repito, queriendo sacudir el yugo del tiempo y del espacio nos trasluce por entre sus mundos desconocidos una verdad consoladora para todo hombre pensador; á saber: que la actividad del alma humana es poderosa para lanzarse á la inmensidad del espacio, para crear en él nuevos mundos embellecidos con el tipo de perfección que la ennoblece, y para enseñorearse del universo material como de naturaleza superior á él; por consiguiente que la exaltada fantasía es un conato del alma á romper las ligaduras que la sujetan á la mortalidad del cuerpo, á fin de tornar á las condiciones de lo eterno y de lo divino que solo pueden satisfacer su constante ansiedad. En efecto, la imaginación se lanza siempre mucho mas allá de los abismos de la muerte, aguijada por el sentimiento de la inmortalidad que reside en nosotros, y concibe una felicidad eterna y siempre creciente en las regiones del espíritu, como antítesis de lo imperfecto y de lo perecedero de la materia en la vida humana; siendo hasta impiedad el creer que el hombre pueda imaginar tanto como abar-

ca la omnipotencia de Dios. Idea consoladora que nos hace esperar mucho mas todavía de cuanto podemos imaginar respecto de la vida futura.

Por el contrario los miopes materialistas no ven en los partos de la fantasía mas que dislates ó ficciones disparatadas, hijas de un cérebro enfermo. Compadezcamos la pequeñez de sus miras, pequeñez que los reduce á vivir en un mundo microscópico. Para estos decantados filósofos Homero, Virgilio, el Dante, el Tasso, Milton, Fennelon, Cervantes y Lope de Vega no son mas que prevaricadores. Compadezcamos, repito, á los que no sienten el alma en su cuerpo, esclavos de su orgullo y de sus pasiones.

Los ensueños y los delirios de la fiebre, se me argüirá, no dejan duda alguna de que la imaginacion es una facultad que fácilmente se descarria para ir á parar en el absurdo. Respondo á lo primero que todo el que sueña inventa, porque esta facultad se halla constantemente en egercicio: que si bien durante el sueño nos representa á veces la imaginacion objetos deformes y visiones espantosas, esto probará que nuestra razon no tiene entonces la fuerza necesaria para reprimir la fuerza de aquella facultad; siendo un hecho indubitable que la razon durante el sueño hace tambien juicios incoherentes. Respondo á lo segundo, que el estado anormal del cuerpo pone todos nuestros humores fuera de equilibrio, lo que unido á la superabundancia de calor que promueve la fiebre en el organismo, produce en el cérebro esa escitacion de la fantasía, pues que nadie puede dudar de la mútua correspondencia en que se hallan el alma y el cuerpo. Además la razon está tambien sojuzgada en este segundo caso por mas que exista replegada, por decirlo así, en lo íntimo del alma.

En suma, la imaginacion es una facultad preciosa,

cuya fuerza nos eleva mentalmente de la tierra al cielo, cuando estimulada por el sentimiento y auxiliada de la razon, descubre el tesoro de maravillas que en sí contiene nuestra alma; y siendo al mismo tiempo la única facultad creadora que poseemos, nos acerca, para gloria del hombre, á la naturaleza del Criador.

ENTENDIMIENTO.—Una de nuestras potencias mas importantes es aquella que tiene por principio la virtud de conocer y de entender: conoce lo que ve con el alma ó con el sentido de la vista, y entiende lo que escucha, lee ó juzga: esta gran potencia se llama *entendimiento*. El sentimiento inspira, la voluntad mueve, la imaginacion inventa ó crea, el entendimiento combina y auxiliado con los recuerdos que le suministra la memoria, produce el acto racional, es decir, forma su juicio de lo que ha sentido, querido, imaginado, entendido y recordado: todos estos elementos del alma los resume la razon, acto del entendimiento, de que hablaré separadamente.

Pero contrayéndome ahora á la region de las imágenes y de las ideas que conoce nuestro entendimiento, empezaré por decir que desde el tiempo de Bacon y de Descartes hasta nuestros dias en que los filósofos han tenido la pretension de ser todos mas ó menos originales, se dió á la voz *idea* una triple acepcion, puesto que bajo este nombre se comprenden las ideas propiamente dichas ó sean las imágenes de la fantasía ya de figuras, ya de relaciones; los conceptos mentales, y los principios llamados axiomas. Creo con algunos filósofos que no es exacta la significacion de la voz *idea* en estas dos últimas acepciones, y que solo sirve para dar ambigüedad y por consiguiente confusion, ora sea á la idea, ora al principio fundamental, ora á la proposicion y juicio. Debo tambien advertir, que si bien la palabra entendimiento se tiene principalmente en

castellano por la potencia que comprende todas las demás, yo voy á limitarme aquí á la operacion intelectual que comprende la idea simple sin enlace, puesto que la operacion del juicio es ya por decirlo así el acto supremo de nuestras operaciones intelectuales en cuanto se sirve de todas las facultades de nuestra alma.

Así como la imaginacion por su virtud propia, rellena nuestra memoria de imágenes variadas, principalmente de imágenes de figuras, á que se da el nombre de ideas sensibles ó corpóreas: del mismo modo el entendimiento secunda y favorece la imaginacion para enriquecer tambien la memoria con las ideas simples.

Esto que á primera vista parecerá algo paradógico y arbitrario, se comprenderá mejor haciendo la distincion que existe entre la imagen y el nombre de la imagen. El nombre de la imagen es la palabra, pero como la imagen puede ser corpórea ó incorpórea, de aquí se sigue que el entendimiento tiene una parte muy activa en la palabra. Sin embargo, ni nuestra imaginacion, ni nuestro entendimiento hubieran bastado de consuno para producirla ó para formarla. Las primeras imágenes de que nos damos cuenta y sobre las cuales trabaja la imaginacion, son aquellas que tienen modelo en la naturaleza. Es tambien indubitable que aparte de las imágenes corpóreas existen en nuestra alma los atributos de nuestro sentimiento, que carecen de modelos corpóreos, pero al mismo tiempo ocurre al entendimiento mas corto que el origen de la palabra supone un idioma ya perfeccionado, sin cuya circunstancia indispensable, esto es, sin la clave alfabética y sin el conocimiento de las reglas gramaticales es imposible de todo punto que el hombre hubiera tenido comunicacion intelectual con su semejante. Esta dificultad crece todavia de punto si se reflexiona que siendo cada hombre dueño de fijar las ideas ó representaciones de los objetos

corpóreos sin sujecion á reglas precisas, cualquier origen del language hubiera sido un ejemplo anticipado de la confusion de Babel. Pero los nombres de las sustancias físicas nada hubieran enseñado al hombre careciendo de la palabra por excelencia, que le manifestase el ser y afirmacion de ellas, y principalmente el ser y afirmacion de sí mismo. Esta palabra por excelencia es el *verbo*. El verbo, que es la sabiduría eterna, significa palabra, la palabra significa ser, el ser afirmacion, la afirmacion del ser es la vida, la vida afirmada ó continuada es la vida eterna. Así, de la palabra afirmada, verbo, deducimos la inmortalidad; de la misma manera que del *es eterno* nos elevamos á la Divinidad y al conocimiento de sus atributos, como ya he manifestado en otro capítulo. En efecto, si Dios solamente *es* el que *es*, es causa primera de todas las cosas, y por consiguiente Padre universal de todo lo criado. Si Dios como causa primera de todas las cosas es increado, es espíritu purísimo; y si Dios es tambien Verbo, que significa palabra, consiste en que la palabra es una y trina. Así la palabra *es*, no solamente afirma la existencia de Dios, sino que al mismo tiempo resuelve el misterio de la gloriosa Trinidad, y se constituye en raiz universal de todas las existencias posibles. Pero veamos la imagen que ofrece la palabra.

Si detenidamente lo consideramos, la palabra es propriamente la incorporacion ó sea la personificacion de la idea por medio del sonido; pero sin idea no hubiera palabra ni sonido de palabra; sin palabra no hubiera sonido de palabra ni idea; y sin sonido de palabra (se trata en el language hablado) no hubiera idea ni palabra. Hé aquí una imagen de la Trinidad, representándose el Padre en la idea eterna ó poder, el Hijo en la palabra verbo ó sabiduría eterna, y el espíritu en el sonido que estrecha, enlaza é identifica la idea con la palabra, difundiéndose

juntamente en la palabra y en la idea.

Por metafísica que parezca esta imágen que me ha sugerido la voz verbo, no vacilaré en agregar que en mi sentir, se puede deducir de ella, que tanto la palabra como la escritura son de origen divino.

Una vez comprendida la escelencia de la palabra, es fácil de comprender tambien que todas nuestras facultades intelectuales carecerian de ejercicio sin el elemento del language hablado ó escrito, y entiéndase que al decir hablado comprendo el language pensado y el language articulado ó proferido, puesto que pensar es hablar cada uno consigo mismo. Sin embargo, para manifestar la gran virtud que en sí contiene nuestro sentimiento no quiero pasar en silencio que si bien la palabra es un don del cielo para la concepcion y espresion de nuestras ideas, aquella potencia motora no ha menester language para darnos cuenta de su existencia. El rostro es nuestro espejo, y la espresion del rostro es el sentimiento convertido en idea espiritual, en el language de los ángeles. No faltará á quien le ocurra decir, al leer lo que dejo estampado, que el rostro es tambien el espejo de las pasiones y de los vicios. No puedo menos de conceder una verdad tan conocida de todos, pero en este caso el language del rostro no es el de los ángeles del cielo; y seguramente no existe un hombre que no sea capaz de darle la calificacion que este language merece. Nada, pues, rebaja la importancia del sentimiento el que las pasiones pinten su deformidad en el rostro humano.

Por lo que hace al language de los signos, al que los filósofos materialistas, y especialmente el abate de Condillac, han dado grande importancia considerándolo como el idioma primitivo del género humano, ya el sabio español Sr. Wiseman, actual obispo de Lóndres, ha probado en su obra sobre la *Armonía de la ciencia y la revelacion* la

falsedad de esta hipótesis, con gran copia de razones, siendo á mi juicio una de las mas importantes que no es el language de los signos el que favorece el language hablado, sino que por el contrario el language hablado es el que favorece el language de los signos ó del gesto. J. J. Rousseau, debió haber tenido en cuenta los argumentos concluyentes de que se valió despues el Sr. Wiseman, cuando ocupándose de esta cuestion no pudo menos de decir lo que sigue: *Me parece á mí, dice, que la palabra debió ser muy necesaria para inventar la palabra.* Concepto irónico, pero profundo, y mucho mas en la pluma del mencionado autor (1).

Pero volviendo á las ideas, de que es espresion la palabra, paréceme que para evitar confusion y simplificar su nomenclatura debieran dividirse en *ideas morales*, *ideas intelectuales*, é *ideas corpóreas*.

Entiendo por ideas morales todos los atributos del sentimiento, como por ejemplo, justicia, belleza, virtud. El entendimiento ha convertido en ideas estos atributos con la designacion de nombres, pero su naturaleza es invariable.

Por ideas intelectuales entiendo las ideas generales, las abstracciones de la sustancia etc., como humanidad, calor, blancura etc.

Y por ideas corpóreas, todas las llamadas impropriamente ideas sensibles, como sol, árbol, fuente etc.

En su lugar respectivo volveré á ocuparme de las ideas aceptando la clasificacion que ha hecho la filosofía, con alguna pequeña modificacion.

Réstame decir que el entendimiento, está poderosa-

(1) Las dos citas que acaban de leerse las he tomado del *Compendio de filosofía* del Sr. Arboli.

mente auxiliado de dos facultades, sin las que en vano haria grandes esfuerzos para manifestar su poder. Tales son la atencion y la comprension, por mas que se considere la primera como base de nuestras operaciones intelectuales. La rapidez con que el alma procede en su mecanismo maravilloso hizo creer á Mr. Laromiguière que podia fijar la atencion como principio, esto es, designarla como facultad primordial. Loke y Condillac quieren que la facultad esencial primitiva sea la sensacion: este último hace proceder de la sensacion la atencion. Mr. de Laromiguière deduce de la atencion la comparacion y el raciocinio. Mr. Destutt Fracy hace derivar de la percepcion la memoria, el juicio y la voluntad. Otros filósofos como Malebranche, Hobbes, Willis, Haller y Gall, segun Mr. Hutin, en su *Manual de fisiologia*, citado en otro capítulo, reconoce la pluralidad de las facultades, y por consiguiente el diferente uso de las diversas partes del órgano que le está anexo. Kant admite veinte y cinco formas ó cualidades primitivas fundamentales. «Cuando se recuerda la unidad del sentimiento de la existencia y del yo deberia haber, dice Mr. Georget, otras tantas conciencias del yo como facultades intelectuales ó afectivas existen.» Esta objecion no ha podido responderse victoriosamente; pero debo decir en prueba de la escelencia de mi teoría del sentimiento, que como ya he manifestado en mas de un lugar de esta obra, cualquier atributo suyo ó sea cualquier facultad afectiva basta para asegurarnos de nuestra existencia y por consiguiente de la existencia del yo humano; lo que no puede suceder en manera alguna con una sola de nuestras facultades intelectuales. Pero volviendo á la atencion diré que considero sea esta facultad el conato del entendimiento á la infiltracion de la idea, así como la comprension la infiltracion misma, y la razon el juez que la examina. La fuerza de la atencion se aumenta en

proporcion de la aridez del asunto de que tratamos, lo cual constituye un hecho digno de apreciarse; pues es mas difícil sostener la atencion para hacer con acierto una operacion aritmética, que para comprender bien un trozo de un discurso elocuente, ó para pensar en las dulzuras de la virtud. La comparacion es otra facultad preciosa, de que me ocuparé despues, por medio de la cual la razon forma muchas veces sus juicios. Finalmente el entendimiento es una gran potencia, que contiene diversas facultades importantes, cuya principal es la razon, así como su gran elemento es la palabra.

MEMORIA.—Por mas que á esta facultad se hayan dado tres significaciones diferentes confundiéndola las mas veces con la imaginacion y otras veces con el entendimiento, lo cierto es que la memoria es una potencia pasiva que recibe y retiene en sí los conocimientos que le comunica la imaginacion y el entendimiento. Sin la imaginacion no retuviera la memoria imágen alguna: sin el entendimiento, no retuviera nocion de ninguna especie. Así la memoria es una facultad ó potencia que contiene la virtud preciosa de retener y de recordar. Toda reproduccion de una idea, de un conocimiento cualquiera es un verdadero recuerdo. Llámase recuerdo aquel acto del alma por el cual se le vuelve á ofrecer como presente un hecho, una nocion, una circunstancia, una idea que antes habia conocido y que tenia en sí misma como olvidada. Pero el recuerdo se efectúa siempre en nosotros por el encadenamiento de las ideas á que la filosofía llama asociacion. En efecto es maravillosa la asociacion de nuestras ideas. No podemos fijarnos en una idea aislada: toda idea supone enlace de otras ideas, bien por las diferentes relaciones que los objetos tienen entre sí, ó bien por la facultad de comparar que las vá despertando ó recordando sucesiva-

mente. Cuando el recuerdo no es por la ilacion de nuestras ideas sino que se nos ofrece de repente, sin que la voluntad haya tenido parte en él, entonces se llama reminiscencia.

Mucho se ha discurrido acerca de la memoria. Los mas de los filósofos, entre ellos algunos espiritualistas, como Bossuet y Piquer, la consideran bajo un punto de vista algo material. Lo que parece cierto es que la memoria se halla mas en contacto con la materia que ninguna otra facultad; causa porque le he asignado el último puesto en la gradacion de nuestras facultades intelectuales, pues la razon, facultad principal del entendimiento, no pudiera enseñorearse de las demás, en sus juicios humanos, si no sacase inmediatamente del arsenal de la memoria los auxilios que ha menester para formarlos. Además existe el hecho físico de que la memoria flaquea y aun se pierde en muchas enfermedades, volviendo á recobrar su vigor al restablecimiento de la salud del individuo.

La memoria es no obstante una facultad admirable, porque sin saber á dónde ni cómo encierra en sí la suma de todos nuestros conocimientos: ella es el libro de nuestra historia casi desde el nacer: ella se erige en maestra que nos reproduce la instruccion que hemos recibido como niño y como adulto: es la depositaria de todos nuestros conocimientos históricos, científicos, literarios: tambien guarda con predileccion nuestras propias producciones en todos los géneros posibles, y es finalmente la facultad en que reside nuestra esperiencia, por cuanto concurre á darnos cuenta de nuestra propia individualidad.

«Háse de tener presente, dice el señor Piquer en su *Lógica* ya citada, que nosotros formamos imágenes de todas las cosas que percibimos, no solo de las sensibles sino tambien de las espirituales; y si las considerásemos

atentamente, hallaríamos dentro de nosotros un mundo espiritual mucho mayor que este que habitamos y reducido á cortísimo espacio, es decir, hallaríamos en nosotros mismos las imágenes que corresponden á los objetos que componen este mundo visible, y á los espirituales é incorpóreos que no son de su esfera, y lo que es mas, todas reducidas á cortísimos límites. Considerémos cuantos objetos se presentan á nuestros sentidos en el discurso de una larga vida, y hallarémos que las imágenes de todos se hallan en la mente. Considerémos tambien de cuántas maneras combinamos ó separamos tantos objetos, y las imágenes que tenemos de estas combinaciones. Pensémos despues cuántas veces percibimos las cosas espirituales, de cuántas maneras abstraemos la naturaleza de las cosas, y en fin la muchedumbre copiosa de intelecciones que hacemos en el uso de las ciencias abstractas, y hallarémos que todas las contiene el alma y de todas quedan vestigios que con la memoria se renuevan. Si meditamos un poco sobre esto, podremos decir, que este es un reino ó mundo interior reducido á pequeño espacio, pero capaz de sostener mayor número de cosas que el mundo material que habitamos; y si levantamos debidamente la consideracion habrémos de reconocer la infinita sabiduría que hã fabricado tan maravillosa obra, y confesar que no puede un mundo material tan estendido, contenerse en la materia reducida á un espacio infinitamente pequeño como es el que encierra tantas nociones; por donde es preciso reconocer un ser espiritual, cuya esfera es, por su indivisibilidad, único receptáculo de tantos conocimientos.»

Antes de concluir este capítulo debo manifestar, que por mas que yo considere que se puede alcanzar la verdad eterna por medio de la escala intelectual que he presentado; no se sigue rigurosamente de aquí que nues-

tras facultades intelectuales no sean susceptibles de otras combinaciones, segun nuestra disposicion individual y tal vez segun la materia sobre que se egercite nuestro intelecto, pero es seguro que no hay operacion alguna intelectual que no sea el resultado de todas nuestras grandes potencias teniendo siempre el sentimiento por principio fundamental. En efecto, el sentimiento no solamente es el primer móvil de nuestra alma, sino que tambien domina siempre en todas nuestras facultades, porque si bien se considera, querer, imaginar, pensar, recordar, juzgar y determinarse, todas estas operaciones diferentes son propia y rigurosamente *sentir*.

Por último, el soberano Autor del universo, en los misterios de su sabiduría, no ha concedido á todos los hombres el mismo grado de vigor ó de potencia en cada una de sus facultades intelectuales. Ni aun el sentimiento, potencia activa fundamental, se desarrolla en todos los individuos con la misma susceptibilidad ni con la misma extension. Así se observan variedades en los hombres mejor constituidos y configurados, sin que la fisiología sea capaz de estimarlos en su verdadero valor, ni aun la misma frenología descartada de sus muchas ilusiones, y considerada solamente como un estudio plástico es sus relaciones con la estética.

Hay hombres en quienes el sentimiento constituye su vida entera. De este número son los profundamente religiosos, los caritativos, los verdaderos bienhechores de la humanidad, los santos.

Otros tienen mas poder en la imaginacion que en las demás facultades. En estos hombres, bien educados, hay una necesidad imprescindible de inventar. Los unos se dedican á las ciencias, los otros á las letras ó á las bellas artes. Los poetas, músicos y pintores mas escelentes son aquellos que tienen la misma energía en el senti-

miento que en la imaginacion. Los hombres científicos se distinguen en que á una imaginacion fecunda reunen un gran vigor en la razon.

Tambien hay hombres que son grandes fenómenos de memoria: hombres enciclopédicos sin esfuerzo, sin violencia, sin mas mérito que la aficion al estudio. Esta especialidad brilla por lo comun á costa de lo que grandes ingenios y grandes talentos han elaborado tal vez durante una larga vida llena de vigiliass y de afanes. No merecen por consiguiente mas denominacion que la de sabios á medias.

Finalmente, hay otros en quienes la facultad que mas descuella es la razon. Estos son los talentos críticos, que faltos de poder en la imaginacion para incluirse en el número de los hombres verdaderamente científicos, se contentan con pesar, medir y comparar los trabajos ajenos. Los talentos críticos sin embargo son de gran utilidad para el esclarecimiento de las ciencias y de las artes cuando tienen tambien desarrollado el sentimiento: cuando son por consiguiente justos, nó apasionados.

Resumiendo lo que acabo de esponer, debo decir en conclusion, que de la variedad que se observa en las dotes naturales, respecto de las facultades del alma, resulta que hay talentos inventores y talentos críticos, pero que santa Teresa de Jesus, como modelo de amor divino, como escritora y fundadora; Newton descubriendo las leyes del universo; Cristóbal Colon enriqueciendo á España con un nuevo mundo; Fr. Luis de Granada, Fr. Luis de Leon, Bossuet, Fenelon, Pascal, ilustrando ambos mundos con sus profundos escritos; Cervantes, Calderon, Lope de Vega, Corneille, Racine, Chateaubriand enriqueciéndolos con los tesoros de su inagotable ingenio; Miguel Angel, Rafael de Urbino, Murillo levantando el templo de las artes á la altura que levantó el primero la Basílica de San Pedro en

Roma; y otros muchos hombres ilustres que pudiera citar aquí como los principales blasones de las naciones cultas; siempre serán preferibles, por su gloria y para la felicidad del género humano, á todos los talentos críticos, por profundos y respetables que se consideren algunos justamente en el imperio de las ciencias y de la literatura.

CAPITULO XVI.

DE LA RAZON.

«A mí me concedió Dios el decir lo que siento: por cuanto él es guía de la sabiduría; y el enmendador de los sabios.»

Sabiduría, cap. 7.º v. 15.

«Dios es la Razon eterna, dice el Padre Almeida, y nos dió la luz de la razon; pequeño espejo, pero fiel, en que reverberan con modo particular los rayos del entendimiento divino.»

«La razon humana, dice un autor español ya citado (1), fué hecha á imágen y semejanza de la razon divina; y por lo mismo la razon del hombre es una luz creada, que tiene que consultar á todas horas la luz increada, la razon divina. En esta luz increada es donde vemos la razon de todas las cosas; es decir, que el pensamiento es imposible sin subir al infinito, que todo lo ilumina y esclarece.»

La verdad es constantemente el objeto anhelado de la razon. Esta preciosa facultad, sin ser la fundamental, es la primera de todas, puesto que de todas se sirve

(1) D. Nicomedes Martin Mateos.

para lograr su indicado objeto. Ella es el gran artista que con los instrumentos sacados de la imaginacion, y con los materiales acumulados en la memoria fabrica el magnífico edificio de los conocimientos humanos. A ella se atribuye todo el bien de que puede gozar el hombre; pero á ella se atribuye tambien todo el mal que él mismo puede hacer. Los racionalistas la han divinizado: algunos moralistas la han desahuciado como enferma herida de muerte. Creo firmemente que los unos y los otros se han engañado. Los primeros han querido erigirla en soberana, y por otra parte le exigen la responsabilidad de sus decretos. El protestantismo fundado en el exámen de la razon individual, la levanta hasta la apoteosis, en tanto que se divide y se subdivide diariamente en numerosísimas sectas, creyendo cada cual que posee la razon verdadera y que no la poseen las demás. Hay tantas razones como individuos y todos creen con igual fundamento que son los depositarios únicos de la verdad. Otros racionalistas como Cousin y como Kant ven la razon siempre pura, y despues de divagar en teorías tenebrosas se contentan con alzar su vuelo hasta una verdad impersonal y primitiva, que no sabemos lo que es, porque no nos lo esplican. Algunos moralistas por su lado no solo nos pintan la razon doliente, sino que considerandola causa de casi todos nuestros males quisieran hundirla en los abismos. El Sr. Donoso Cortés y Mr. de Maistre son de este número. Semejantes extremos filosóficos, hijos de encontrados sistemas, conducen siempre al error.

La razon es una facultad preciosa, que tiene toda la estension que la divina Providencia le ha señalado para llenar cumplidamente sus funciones en la tierra. A ella le debemos mucho en el mundo, pero no se lo debemos todo, porque no es la facultad única por la cual se

egercita el alma. No es, pues, de la razon la responsabilidad de todos sus actos. Los hombres se engañan cuando creen que la razon es capaz de caminar sola, dominando todas las demás facultades. Para esto su luz propia es muy escasa. O ha de caminar alumbrada por la antorcha del sentimiento ilustrado ó por la llama de las pasiones.

La razon nunca puede acallar el sentimiento en la via de la verdad: si procede de un modo contrario, el sentimiento se revela contra ella cada vez mas y mas. La razon lógica y la razon matemática no es una razon libre, porque dependiendo de una verdad antecedente va atada á ella de deduccion en deduccion. Además casi todas las ciencias humanas están fundadas en hipótesis y las conclusiones de la razon pueden ser la verdad real ó bien una verdad aparente. En el vasto imperio de la moral, obra conforme á las sugerencias del sentimiento: en el de las ciencias queriendo deducir la verdad de la probabilidad de la base de un sistema: en el de los hechos, sujeta al error de los sentidos y de las pasiones. ¿En dónde está, pues, el dominio supremo de la razon? La razon es una facultad preciosa, repito, pero falible, al paso que el sentimiento ilustrado es una facultad infalible. De qué, pues, procede esta diferencia esencial? De que la primera es limitada y la segunda carece de límites en el hecho de sentir la verdad eterna.

En efecto, si se observa detenidamente la gradacion que guardan entre sí nuestras facultades morales é intelectuales, hallaremos resuelto el gran problema de nuestra inmortalidad, es decir, no nos quedará duda alguna de que encerramos en nosotros mismos un principio divino. Observémonos, repito, á nosotros mismos y hallaremos que nuestras facultades descienden de lo infinito á lo finito, del cielo á la tierra, del ángel al hombre. El peldaño mas alto de esta escala es el sentimiento: sigue la vo-

luntad, potencia amante de las virtudes que se reservan en aquel hermoso santuario: despues la imaginacion, que las reviste de formas humanas entre luces y armonías: en seguida el entendimiento, que las conoce y señala con sus propios nombres: se halla á continuacion la memoria para custodiar un fiel trasunto de las imágenes de aquel templo; y por último la razon, aguardando el auxilio de la memoria para fijarse, forma su juicio, alcanza el conocimiento de todas estas cosas, y entona el himno de gloria al Criador de tantas maravillas.

Pero sucede comunmente que el sentimiento tiene interpuesto el velo de las pasiones, y que las demás facultades engañadas con su lujosa apariencia convierten á aquellas en imágenes. Entonces la razon halla siempre motivos para tributar culto á las pasiones.

Si esto es así, como no puede dudarse, es claro que educando el sentimiento se ilustra la razon; pero ¡cosa admirable! la razon, por el elemento de la palabra y por la via de los hechos ó del ejemplo contribuye tambien poderosamente á educar el sentimiento, como diré en su lugar.

Para hacer mas perceptible la gradacion que se observa en nuestras facultades morales é intelectuales me valdré de una comparacion al alcance de todos.

Los ojos del cuerpo, cuyo mecanismo maravilloso ha servido tal vez de modelo para fabricar el anteojo de larga vista, ven los objetos exteriores de menor á mayor. Creo que la retina es el punto visual del nervio óptico, el cristalino la lente y la córnea el vidrio objetivo. Pero los ojos del alma miran de un modo enteramente inverso: el alma mira, permítaseme esplicarlo así, por el vidrio objetivo del sentimiento, siendo las lentes intermedias sus facultades mentales, y al llegar á la razon, que es lo que el vidrio visual en el instrumento ó el nervio óptico en el ojo, el

objeto es tanto mas imperceptible, cuanto mayor es el vidrio objetivo. El alma, pues, en esta vision intelectual, comparada con la vision óptica del anteojo mirado de una manera inversa, principia por lo máximo y acaba por lo mínimo. Por eso el hombre siente lo que no comprende, y lo que es incapaz de poder espresar; y porque de sentir á conocer se viene de lo incommensurable á lo medido, y porque cuanto mas profundo es el misterio, tanto mas se aumenta la fuente del sentimiento; nuevo y sublime misterio que nadie es capaz de apreciar debidamente; por eso lo que menos alcanza la razon es lo que mejor sentimos. Tal es el sentimiento de lo infinito; tal es el sentimiento de la evidencia, es decir, de la verdad eterna, del *Es* infinito en perfeccion.

Hé aquí por qué la evidencia es un misterio para la razon del hombre, pero puesto que existe en su alma en armonía con su suprema felicidad, con el reposo, por decirlo así, de su incansable deseo, la evidencia es el conocimiento intuitivo de Dios y de la vida futura.

¡Oh, feliz descubrimiento! ¡Oh, risueña aurora del dia sempiterno de nuestra felicidad! Pregúntese á la voluntad si nó está en armonía con el sentimiento: pregúntese á la imaginacion si cuanto concibe fuera de las leyes naturales no la exalta conforme en un todo con la voluntad: pregúntese al entendimiento si no reconoce en la imaginacion esos vuelos divinos: pregúntese á la memoria si todas sus bellas imágenes no están de acuerdo con el entendimiento: pregúntese finalmente á la razon si estas celestiales luces no añaden pábulo á su propia luz para convertir al espíritu en una llama pura de amor divino...!

La sustancia espiritual de nuestra alma atesora la verdad eterna como un sello divino impreso en ella por la mano misma del Criador. El *Es* eterno, al formar el espíritu del hombre, le infunde con su palabra creadora una

parte de su misma eternidad; y como Dios es el sol de la verdad, el alma contiene en su esencia los resplandores de esa misma verdad eterna, que constituye la evidencian.

La filosofía racional llama verdades de necesidad absoluta á las verdades de intuicion admitidas como axiomas, porque aun cuando no existieran las cosas no dejarian ellas de existir; como por ejemplo no hay efecto sin causa. Sobre estas primeras verdades estriban los conocimientos científicos.

Hay un segundo órden de verdades llamadas tambien necesarias, aunque no de necesidad absoluta como las primeras, v. g. los metales son sustancias estensas. Estas segundas verdades son propiamente deducciones de otras verdades de necesidad absoluta, es decir, que aquellas están contenidas en esta, v. g. Toda sustancia material es estensa, verdad universal, que constituye un axioma. Pero estas verdades llamadas necesarias se entienden sin embargo de una manera relativa, porque ninguna sustancia es de necesidad absoluta en la naturaleza. Solo Dios, como *Es eterno*, es la única existencia verdaderamente necesaria.

Existen tambien las verdades llamadas contingentes y son aquellas que tienen cierto viso de fatalidad. Además las verdades contingentes y libres, que dependen del hombre.

En buenos principios de filosofía puede tenerse como un axioma evidente que *toda verdad forma parte de otra verdad superior*. Este conocimiento esencial ha hecho que los filósofos mas eminentes hayan querido reducir á una verdad única las verdades de necesidad absoluta, ó sean los axiomas, puesto que la razon comprende que estos conocimientos fundamentales ó formas primordiales, aunque difieren entre sí, no deben estar esceptuados de aquella ley universal establecida para las verdades. Aristóteles inventó con este objeto las diez famosas categorías, de que

nos ocuparemos despues, y los filósofos ecléticos, queriendo reducir su número, no han llegado á ponerse de acuerdo acerca del primer principio, del principio esencial, de la verdad eterna, porque la verdad eterna la aprueba, pero no la alcanza la razon.

Hé aquí la causa poderosa que me ha impulsado á establecer la evidencia como principio único, y como fundamento universal é intuitivo de la verdad eterna, resuelto satisfactoriamente por nuestra suprema felicidad. En efecto, la verdad eterna es Dios como sustancia única increada y centro de todos sus atributos perfectísimos.

Despues de la verdad eterna, sentida por la evidencia, luz interior y razon primitiva de nuestra alma, razon convincente de nuestro corazon amante; despues de la verdad eterna, repito, cumple establecer la verdad moral como la verdad de relacion íntima con nuestro Criador; es decir, que en la verdad eterna, en la intuicion que constituye la evidencia, Dios llama, por decirlo así, á la puerta del santuario de nuestro corazon, donde reside bajo una forma mística. En la verdad moral, por el contrario, nosotros somos los que nos elevamos al Criador rindiéndole la ofrenda de nuestro amor, de nuestras buenas obras y de nuestros dolores.

Siguen á este orden de verdades las llamadas hipotéticamente de necesidad absoluta, ó sean los axiomas, primeros conocimientos inherentes al don de la palabra, que posee todo ser racional para que sean la base del edificio de las ciencias humanas, esto es, principios encarnados por el sentimiento en nuestra facultad racional, por la necesidad que tiene el hombre de asegurar su subsistencia, ó de mejorar su condicion como ser perfectible; pero principios que están eslabonados á la primera y única verdad, que es la eterna, por el sentimiento de nuestra perfectibilidad en armonía con el sentimiento de nuestra inmor-

talidad, los cuales en esencia se identifican y confunden y quedan reducidos al sentimiento de nuestra felicidad eterna. Esto es tan cierto, que cuanto mas vasta es la capacidad intelectual de un hombre científico, mayor es su estímulo interior para llegar á immortalizarse. Observemos detenidamente este hecho, aun en el hombre incrédulo, y veremos su grande afan de celebridad y nombradía. Es ser perfectible y á falta de principios religiosos que lo eleven á la noción del Criador, á falta del sentimiento de la evidencia que tiene ofuscado por la interposicion de la nube de sus pasiones, se contenta con querer immortalizar su memoria. Ah! no cree en la immortalidad de su espíritu, pero pugna por immortalizarse en la tierra como si él hubiera de gozar de las dulzuras ó de la gloria de su misma immortalidad!

Si en hombres incrédulos, pues, vemos adunar su principio perfectible con el deseo de immortalizarse ¿qué mucho que el hombre religioso, que el hombre verdaderamente sabio é instruido, halle en su sentimiento el uníson entre la verdad eterna y las formas primeras de las ciencias? Felizmente para el género humano, y felizmente para robustecer este aserto, los hombres mas grandes de la tierra han sido en todos tiempos los mas profundamente religiosos. Si Newton no hubiera creído en Dios, si no hubiese creído en una causa todo poderosa á la cual está subordinado el universo, seguramente no hubiera descubierto sus leyes, porque nada hay tan absurdo como atribuir á la naturaleza, voz vacía de sentido cuando se considera como causa, orden constante y armonía, que desde luego revelan al Artífice supremo. Si Colon no hubiera creído en Dios, si su creencia religiosa no le hubiera inspirado una gran confianza en el éxito de su empresa gigantesca, ciertamente no se hubiera arrojado á los peligros, que arrostró tan valerosamente en mares

desconocidos, cuando con tres frágiles naves fué nada menos que en busca de un nuevo mundo.

Por el contrario, Voltaire y Rousseau, los dos grandes apóstoles del escepticismo y de la incredulidad en el siglo XVIII, incurrieron en tamañas contradicciones, porque sus escritos no fueron parto exclusivo de su razon y de su sentimiento, sino de su razon estraviada por las pasiones, principalmente por la soberbia; pero ¡cosa admirable, que prueba evidentemente el pecado del hombre y su arrepentimiento, aun que sobrado tardío! «Tengo delante una lista, dice Mr. Madrolle, con mas de doscientos nombres de los primeros personajes que figuraron por su impiedad en el siglo último, y á escepcion de tres impenitentes, todos los demás murieron en la fé católica, y muchos de ellos con dos padres capuchinos á la cabecera de su lecho!» Esta cita, sacada del librito intitulado «*Dios en presencia del siglo*», es tan espresiva, que enseña mucho mas que un libro de moral los deberes del hombre para con su Criador.

Despues de las verdades llamadas de necesidad absoluta ó axiomas, siguen las verdades hipotéticas, que son los fundamentos de las ciencias humanas: v. g. El Sol es el centro del universo. Sobre este principio fundó Copérnico su sistema planetario. Cuando todas las deducciones que se hacen de este supuesto hecho primitivo concurren á su desenvolvimiento ofreciendo verdades relativas, el principio hipotético puede considerarse como una verdad de necesidad.

Hé aquí la verdad hipotética que ha servido de fundamento á la presente obra. *El sentimiento es el sol de la naturaleza humana*; y así como la combinacion de los colores del iris produce la luz del dia; del mismo modo, el concurso de todas nuestras facultades intelectuales, partiendo del sentimiento, produce la luz de la verdad eterna, que reside en el fondo de nuestra alma. Dejo al jui-

cio de los hombres amantes del bien de la humanidad apreciar debidamente las conclusiones de este sistema,

Por último, establezco las verdades naturales ó de hechos, que son principalmente del dominio de la lógica de que me ocuparé despues, las cuales pueden tambien denominarse verdades relativas.

Dícese que la duda es la indeterminacion del entendimiento cuando no halla razon bastante para asentir ó disentir. Sin embargo, el famoso Descartes fundó sobre ella su sistema filosófico, diciendo que el que duda tiene la certidumbre de su existencia. Los hechos han probado que este principio tomado de la escuela de Pirron, si bien este dudaba de todo para no creer en nada, lejos de ser un principio fecundo en bienes, ha reportado muchos males á la especie humana. La duda segun mi sentir, es la única idea simple que puede hacer comprender el límite de las facultades intelectuales respecto del ser orgánico. Es la imagen de la lucha entre el espíritu y la materia. El que duda en lo moral, haga un exámen de sí mismo y se conocerá esclavo de alguna pasion. En lo intelectual es muchas veces provechosa la duda, cuando recatados con ella preferimos el estado de incertidumbre á una certeza que pueda conducirnos á obrar el mal.

El error en lo moral no debe admitirse, porque su nombre genuino es la culpa. Nadie ignora cuando procede en contra del principio eterno de justicia que abriga en su corazon. El error intelectual, ó el error propiamente dicho, es un juicio ó concepto falso que formamos con el deseo del acierto. Muchas veces admitimos el error como verdad por la precipitacion de nuestro juicio ó por falta de reglas seguras que nos conduzcan al esclarecimiento de la verdad, ó á lo menos de la probabilidad. Este es el verdadero campo de la lógica, donde pueden cogerse sazonados frutos.

Pero no increpemos la razon ni la hagamos siempre responsable de los extravíos del género humano. La razon presenta un hecho claro, dudoso ú oscuro. Esta es su verdadera facultad. El buen uso de ella, es decir, el arte bien entendida puede algunas veces dirigirla para esclarecer los dos últimos hechos, pero cuando no basta el arte para conseguir este objeto, cuando su luz no puede alcanzar la verdad, ¿deja acaso el hombre de determinarse en el interés de sus pasiones? ¡Qué importa que un hecho ofrezca oscuridad en sus consecuencias! ¡Qué importa que sea dudoso el éxito de una accion determinada! El egoismo del hombre, su interés, su orgullo ó su concupiscencia le arrastran á acometerla. ¿Por qué, pues, hemos de inculpar siempre la razon de los desmanes de las pasiones?

La razon, sea dicho sin intencion de inferir agravio á los racionalistas, sanciona las mas veces lo mismo la virtud que la passion. Por lo comun es consecuente con el móvil que la agita; semejante á un instrumento acordado que lo mismo se deja pulsar por una mano hábil que por otra inesperta. El juicio es una verdad contenida en otra. La primera verdad la suministra el sentimiento por las nociones innatas de la verdad eterna. La segunda verdad es del dominio de la razon. La primera verdad, que es intuitiva, puede decir con Descartes, *yo pienso*, es decir, *yo siento que pienso*. La razon puede concluir, *luego soy*. La verdad de este juicio alcanzado por la razon, la sanciona tambien el sentimiento, como una relacion de la verdad fundamental que atesora.

Pero sucede tambien á menudo que el egoismo, esta passion anticristiana, domina el corazon del hombre, y el fruto de su juicio es una razon egoista. Sin embargo, ya he procurado probar que el libre albedrío es el resultado del conjunto de todas nuestras potencias y facultades, por consiguiente no debemos hacer solamente responsable la

razon de nuestras determinaciones apasionadas.

Una de las facultades mas importantes del entendimiento, ó sea una de las principales operaciones de la razon para formar sus juicios y racionios es la comparacion. Si atentamente lo consideramos nos convencerémos de que la comparacion entra por mucho en todos nuestros pensamientos y discursos. La comparacion, por el ministerio de los sentidos, es una relacion de sustancia y modo. En lo intelectual no podemos prescindir de dar forma á las ideas abstractas, y aun á los atributos del sentimiento, ya en signos, ya en figuras y estas intelecciones las hacemos solo por comparacion. Cuando tomamos una especie por unidad y medimos un número determinado de veces una estension cualquiera, decimos que tenemos la unidad, el número y la estension. Pero la unidad es una relacion de otra unidad: el número es una repeticion de la unidad ó suma de ellas, y la estension es una comparacion de otra estension, que se compone de mayor ó menor número de unidades; de suerte que $1+1=2$ es una comparacion de igualdad; $2 \times 2=4$ es una comparacion de aumento; $2-1=1$ es una comparacion de disminucion; $4:2=2$ es una comparacion contenida en otra.

Es de notar que en mi sentir hay comparacion de semejanza y de desemejanza. Cuando veo un objeto que me parece bello, puedo haber formado mi juicio comparándolo con otro mas ó menos bello. La comparacion de desemejanza, que con mas exactitud pudiera llamarse comparacion de contraste, suele exagerar el juicio; en vez de que la comparacion de semejanza ó de analogía la forma de una manera menos espuesta al error. Si al oir ejecutar una pieza de música por un aficionado, recuerdo que he oido las mismas melodías á un profesor famoso, entonces se me hará la primera insoportable; pero si por el contrario soy bastante prudente para comparar al aficionado con

otro aficionado, en este caso la analogía hará que mis sensaciones sean menos desagradables. Este principio aplicado al juicio y al raciocinio, ó sea á la induccion y á la deduccion ó á la síntesis y al análisis, se convertirá en un principio universal producido por nuestro entendimiento, auxiliado de nuestra memoria. Así la esperiencia es una serie de comparaciones prácticas.

Pero hay mas todavía. La comparacion puede tambien elevarme á la verdad eterna, que siento en mí, principiando por un objeto al parecer indiferente. La asociacion de las ideas se pone principalmente en ejercicio por comparacion; porque la verdad eterna es el punto céntrico de un círculo que va á la circunferencia por radios infinitos. Así la misma idea de círculo me lo hace concebir igual en todos sus radios y veo intuitivamente una esfera. Este convencimiento intuitivo ó relacion *inmediata* del círculo me conduce á Dios de una manera sintética, comenzando por la relacion nó *mediata* sino mas remota. Alzo en seguida los ojos al cielo y veo que los astros innumerables que giran en el espacio infinito, que los antiguos llamaban el firmamento, son tambien redondos, puesto que el disco que nos presenta el sol y la luna es de la misma figura que la que he visto en el plano. Los astros me despiertan la idea del universo, que muchos filósofos conciben tambien esférico. Tantos objetos bellos me han impulsado á pensar en un solo objeto, el universo, que los comprende todos. Pero este objeto grandioso, mas bien sentido que concebido y aun imaginado me eleva á la noeion de una causa todo poderosa, que lo formó y lo sustenta. Así la idea de círculo ha despertado en mí las ideas de esfera, astros, universo, Dios; y de comparacion en comparación he llegado á sentir la verdad eterna. Véase, pues, cómo nuestras verdades no son mas que derivaciones de aquella suprema verdad, verdad creadora de toda verdad.

Si la relacion mas distante me conduce á Dios por la asociacion de mis ideas comparativas ¿no ha de ser Dios la base de toda ciencia, cuando su sabiduría infinita ha colocado la verdad de los axiomas inmediata á la verdad eterna? Sí, Dios y siempre Dios es la base única verdadera, porque Dios es la verdad infinita; porque buscando á Dios en sus obras se halla la unidad; porque como causa primera se hallan las causas secundarias de las ciencias, que son efectos suyos; porque siendo Dios origen, en toda causa se revela sabiduría, bondad y un fin útil y glorioso para el hombre. No hay causa secundaria que no revele un atributo divino. Pero si el principio científico no es mas que una verdad hipotética sin enlace primordial; si las deducciones del principio hipotético no tienen miras benéficas y gloriosas; si solo el espíritu de sistema ha de tener por fin la satisfaccion del orgullo, la vanagloria de distinguirse; entonces los resultados serán siempre tan erróneos como estériles y funestos para la humanidad. Sirva de ejemplo palpitante la misma filosofía racionalista.

«Aunque fuere alguno consumado entre los hijos de los hombres, si estuviere ausente de él tu sabiduría (la de Dios), por nada será contado.»

Sabiduría, cap. 9, v. 6.

«(La sabiduría) es resplandor de la luz eterna, y espejo sin mancilla de la magestad de Dios, é imagen de su bondad.»

Ibid, c. 7, v. 26.

«Dios no ama á nadie sino á aquel que mora con la sabiduría.»

Ibid, c. 7, v. 28.

«Principio de sabiduría es el temor del Señor.»

Eclesiástico, c. 10, v. 16.

«El amor de Dios es sabiduría gloriosa.»

Ibid, c. 1.º, v. 14.

«La fuente de la sabiduría es el Verbo de Dios.»

Ibid, c. 1.º, v. 8.

«El temor del Señor es la religiosidad de la ciencia.»

Ibid, c. 1.º, v. 17.

«El temer á Dios es la plenitud de la sabiduría y el complemento de los frutos de ella.»

Ibid, c. 1.º, v. 20.

«Los que temeis al Señor, amadle, y serán iluminados vuestros corazones.»

Ibid, c. 2, v. 10.

La razon, pues, apoyada en el sentimiento ilustrado no solo alcanza la verdad eterna, sino que una vez hallada le sirve de base primordial para el descubrimiento de todas las verdades científicas. Pudiera citar aquí un gran catálogo de autores profundamente religiosos que han sido juntamente los mas sabios é ilustres. Pero aun prescindiendo de la gloria de los autores, porque es deber de todo hombre instruido contribuir á la ilustracion de sus semejantes, toda ciencia se engrandece cuando tiene por principio la unidad de Dios en lo infinito.

Aristóteles fundó la esperiencia, y Bacon de Verulamio la observacion como métodos únicos de alcanzar la verdad. Pues bien, yo apelo á la esperiencia del uno y á la observacion del otro: yo admito estos métodos para examinar la historia del género humano, y hallo que las naciones mas religiosas, las naciones verdaderamente cristianas, son las únicas que egercen las virtudes y el heroismo; y por consiguiente que son las únicas capaces de alcanzar la verdad eterna, porque así como no puede haber Dios sin unidad, del mismo modo sin unidad no puede haber tampoco religion verdadera, que es el amor de Dios en espíritu y en verdad; y porque como consecuencia de esta unidad tienen la conciencia del *yo* humano, el conocimiento de la existencia del alma. Sí, el *yo* humano es una verda-

dera emanacion del *Es*, un efecto suyo y causa en nosotros. Por eso sentimos la verdad eterna: por eso la verdad eterna es la raiz de nuestra sustancia espiritual. El divino Platon llamó *ideas* á las nociones generales y abstracciones del entendimiento, y las estableció en Dios de quien las recibimos todos de una manera innata. Platon, por este solo pensamiento del mas alto sublime, mereció ciertamente ser llamado el divino, mucho mas si atendemos á los dislates filosóficos que preconizaban las diferentes y numerosas escuelas de su tiempo, cerca de tres siglos antes de la era cristiana; pero Platon admitió una pluralidad innecesaria para el conocimiento de la Divinidad: puso sus ideas innatas en un centro, del cual vienen en pluralidad á nosotros; pero no concibió que bastaba un solo y único conductor que destacándose del centro divino impregnase é iluminase nuestro *yo*. Este conductor único es la intuicion innata por escelencia: la verdad eterna, la evidencia de nuestro origen divino.

Una de las causas principales del estravío de muchos filósofos, tal vez la mas trascendental, ha sido en todo tiempo desde Aristóteles hasta nuestros días el espíritu de análisis. El análisis, como todos sabemos, si bien necesario para llegar á la ciencia, parte de la verdad conocida ó cuando mas del axioma en busca de la verdad desconocida que se pretende hallar. Baja, pues, nó del cielo á la tierra, sino del principio general á la naturaleza. Esta operacion del entendimiento cuanto mas se multiplica, tanto mas se aparta del punto de partida, que por otra parte carece de centro comun. La consecuencia del último análisis, es la confusion, es tal vez una partícula, un elemento constitutivo del caos: la mayor aberracion ó desvío posible de la unidad. Este espíritu analítico se pierde, pues, en la circunferencia, y si se propone desandar el camino, la induccion ó síntesis lo vuelve al principio ge-

neral. Enhorabuena que en el campo de la ciencia haya cogido este espíritu algunas flores, pero ¿qué le ha descubierto la ciencia misma respecto del Criador del universo? Nada, nada enteramente, porque el círculo trazado no comprende á Dios. Si la física y la química, por ejemplo, aplicadas á las ciencias médicas han enriquecido sus conocimientos con el análisis en bien de la humanidad doliente, aquellas mismas ciencias con las llamadas exactas, aplicadas á la guerra, concurren á la mayor destruccion posible. Todavía se conceden premios en las naciones cultas á los que inventan los medios de destruir mas pronto al género humano.

La síntesis por el contrario nos eleva insensiblemente á la Divinidad. Cuando fijo la vista en un árbol frondoso cargado de follage veo la multiplicidad y la igualdad de sus hojas: hallo tambien el fruto opimo que ha producido semejante en forma, color, olor y sabor: examino en seguida las ramas de aquel árbol y las encuentro todas dependientes del tronco: este tronco robusto encierra en sí una virtud vegetativa, pero que no seria bastante para hacerlo medrar y para producir el precioso fruto sin la virtud fecundante de la tierra. Este árbol me ofrece al momento la imágen de la humanidad. Hallo en las hojas á los hombres en general: en el fruto á los grandes hombres que con sus virtudes y ciencias florecieron en amor para fructificar en sabiduría: en los pequeños vástagos veo el trasunto de las familias: en las ramas las razas, pero procediendo todas de un tronco comun. Esto me hace pensar en mi ascendencia y en la de todos los hombres, y hallo por resultado que la gran familia de la especie humana ha tenido principio en un mismo tronco. Pero este primer hombre no ha podido formarse á sí propio, porque todo hombre es el fruto de su padre y como la tierra no puede producir seres inteligentes es indispensable que otro ser

inteligente de naturaleza superior á la del hombre lo haya criado. Este primer ser superior no ha podido tener padre, porque en este caso seria el primer viviente de la humanidad: luego es increado, y siendo increado, solo en él reside la virtud creadora: luego no solo es el autor del hombre sino del universo: luego es eterno y perfecto, pero una eternidad y una perfeccion que se basta á sí misma, y bastándose á sí misma no tenia necesidad de haber creado el universo ni al hombre objeto de su predileccion, puesto que le ha dotado de atributos superiores á todos los demás seres, etc. Así de induccion en induccion comprendo todos los atributos divinos, impulsado por mi sentimiento, y adoro al Autor de tantas maravillas.

La razon en el camino de la induccion ilustra el sentimiento: el sentimiento ilustrado á su vez, no solo aumenta poderosamente la inteligencia sino que atrae hácia sí la razon como á su centro; porque la verdad eterna es la razon divina, que no la alcanzamos, porque nuestra razon es limitada, pero que la sentimos en lo mas íntimo del alma; y véase, pues, cómo la razon del corazon, no solo es superior á la razon de la inteligencia, sino que esta, bien dirigida, es una luz preciosa que procede de aquella viva y esplendente llama.

Elevemos, pues, nuestras ideas generales á una idea universal. Este mismo conocimiento penetró el gran Santo Tomás cuando asentó que aquel será mas sabio que llegue á poseer menor número de principios generales. Amemos como verdad única la verdad eterna, la verdad que nos promete nuestra suprema felicidad. Como idea dependiente de ella amemos la mas universal, la que mas se acerca á los designios del Criador, ó por mejor decir, su misma sabia Providencia, el bien de los hombres. Esta verdad y esta idea universal constituyen el principio y el fin de todas las ciencias, esto es, *Dios y la felicidad del gé-*

nero humano. Basta solo á los sabios inventar los medios de alcanzar este fin glorioso, partiendo siempre de aquel principio eterno.

En resúmen, la armonía de las ciencias con la Religión verdadera se prueba evidentemente con aquel principio y con aquel fin, porque la verdad eterna y la idea universal del bien de los hombres representan en alma y en cuerpo la figura divina del Salvador del mundo.

CAPITULO XVII.

DE LAS IDEAS.

"Si llamares á la Sabiduría, si la desenterrares como los tesoros, hallaras la ciencia de Dios."

Prov. c. 2.º v. 3, 4 y 5.

La filosofía mental, que no solamente es ciencia, sino la base de todas las ciencias, llama impropriamente arte á la lógica, que es una parte integrante de la misma filosofía. En el capítulo 9.º de esta obra, hablando accidentalmente de la lógica, la he denominado la ciencia del juicio y del raciocinio. Para espresarme así he considerado que la lógica, además de tener por objeto la investigación de la verdad por medio de sus reglas seguras, puede alcanzar tambien por el método sintético (y esta es la razón principal que la constituye ciencia) el conocimiento intuitivo de la verdad eterna. En efecto, de verdad en verdad conocida se va elevando hasta el axioma, base esencial de todo buen sistema, y del axioma conocido recibe la intuición por el criterio único de la evidencia. Esta es la verdad eterna, y el instrumento de que nos servimos para llegar á ella, es el lenguaje acomodado por las reglas científicas de los métodos establecidos por la lógica, por-

que no hay arte alguna que no tenga su raiz en la ciencia. Nada hay mas científico que el egercicio de las bellas artes, y la razon consiste precisamente, nó en que proceda de la estética ó ciencia de la belleza, sino en que son de suyo poderosas para despertarnos la verdad que yo llamo *perfecta*, la bella, la buena y la verdadera: la verdad eterna en todo su brillo y magnificencia.

Si esto es así, podemos definir la lógica: *la ciencia del egercicio del pensamiento*, cuyo objeto esencial es la investigación de la verdad en todo hecho de razon por medio del language acomodado á reglas invariables.

Enhorabuena que la verdad eterna y la verdad científica ó el axioma no procedan de la lógica, pero es evidente que todas las verdades de segundo órden que inducimos ó deducimos son de su particular dominio, ó por mejor decir, ella es la que las saca á luz. Basta, pues, que haya verdades que dependan ó que se hallen subordinadas á la buena lógica para que la elevemos á la altura de la ciencia.

Desgraciadamente se ha abusado mucho de la lógica: las reglas esenciales conocidas desde antes de Aristóteles, puesto que Hipócrates, Sócrates y Platon usaron con frecuencia del método sintético; las reglas, digo, que perfeccionó el maestro de Alejandro inventando ó mas bien completando el silogismo para el descubrimiento de la verdad; se han empleado comunmente para oscurecerla ó desfigurarla. A la sana razon dirigida por recto sendero, substituyó en las antiguas escuelas *el arte* de truncar los buenos principios para hacer un alarde ostentoso de las sutilezas y de los sofismas espresados en una lengua muerta, por mas que sea respetable y sabia. A la dificultad del latin se agregaba el tecnicismo escolástico, y á esta segunda y grave dificultad se añadía por último el arte de ensartar silogismos en gran número, aun á costa

de la verdad matriz. Así las conclusiones escolásticas eran en el fondo el arte de disputar á fuerza de argucias, cuyos mantenedores eran apellidados *hábiles*, á falta de poder nombrarse verdaderos sabios. No parece sino que los hombres, léjos de amar la verdad la aborrecen de muerte: tal es el empeño que ha habido durante algunos siglos por convertir las verdades en meditados errores; pues si bien el error verdadero es una verdad aparente ó falsa en que no tiene parte alguna el libre albedrío; el sofisma por el contrario es un error estudiado con objeto de alucinar á los demás en el interés de las pasiones; por consiguiente el arte es el antilógico para hacer triunfar el sofisma, para hacer uso de la *habilidad*, mientras que la lógica verdadera, revestida de sus reglas inflexibles, es la ciencia del juicio y del raciocinio, calcada sobre las primeras verdades ó los axiomas de donde se derivan todas las ciencias.

«Nos servimos de la razon, dice un autor de quien me ocuparé en seguida, como de un instrumento para adquirir las ciencias, y deberíamos servirnos de las ciencias como de un instrumento para perfeccionar la razon.»— «El poco amor á la verdad hace que la mayor parte de los hombres no se tome el trabajo de distinguir lo verdadero de lo falso.»

Las principales operaciones del entendimiento son cuatro, á saber (1): concebir, juzgar, raciocinar y ordenar.

(1) El testo, desde la presente nota hasta el fin de este capitulo, y los tres siguientes, lo forma la traduccion que he hecho en extracto con algunas alteraciones é intercalaciones originales, del interesante libro escrito en lengua francesa é intitulado *La Logique ou l'art de penser*, 9.^a edicion. Amsterdam, 1718, de autor anónimo, si bien atribuido á la Sra. viuda de Pablo Marret, su editora. Creo que no existe en castellano traduccion alguna de esta lógica, cuya tendencia está en armonia

1.^a *Concebir*: es la simple vista de las cosas. La forma con que nos las representamos se llama *idea* v. g. La tierra.

2.^a *Juzgar*: es la accion que reune dos ó mas ideas afirmando ó negando la una de la otra v. g. La tierra es redonda.

3.^a *Raciocinar*: es formar un juicio de otros v. g. si todos los planetas son redondos y la tierra es un planeta, necesariamente es redonda.

4.^a *Ordenar*: es tener sobre un mismo asunto diversas ideas, diversos juicios y diversos raciocinios y disponerlo del modo mas propio para hacerlo conocer. Tambien se llama *método*.

La naturaleza ha hecho por sí estas operaciones del entendimiento, pero con el auxilio de la lógica nos aseguramos del buen uso de la razon y descubrimos el error mas fácilmente.

En la lógica es indispensable considerar las ideas unidas á las palabras y las palabras unidas á las ideas.

NATURALEZA Y ORIGEN DE LAS IDEAS.—San Agustin observa que el hombre desde su caída se ha acostumbrado á no considerar sino las cosas corpóreas cuyas imágenes nos llegan al cérebro por los sentidos, y que la mayor parte de ellos se niega á creer lo que no puede imaginar, es decir, lo que no puede representarse con una imagen corpórea, como si no pudiéramos pensar y concebir de otra manera diferente.

con mis principios; y tanto por esta circunstancia recomendable para mí, como por no privar á mis lectores del extracto de un manuscrito del famoso Descartes, que facilitaron á la autora y citaré en su lugar respectivo, he preferido emprender esta pequeña tarea á explicar yo las reglas de la lógica, valiéndome para ello de varios autores, lo que hubiera sido siempre un trabajo débil é incompleto.

Cuando reflexionamos lo que pasa en nuestra alma, no podemos menos de reconocer que concebimos muchas cosas sin necesidad de imágenes, bastando aperebirse de la diferencia que hay entre la imaginacion y la pura inteleccon.

Las ideas abstractas no se nos representan siempre por las palabras que las espresan, aunque no sean del número de las que se pueden imaginar. Por ejemplo, ¿qué concebimos nosotros mejor que nuestro pensamiento cuando pensamos? Sin embargo, es imposible imaginarse pensamiento alguno, ni espresarlo con ninguna imagen. Cuando pronunciamos el nombre de Dios no se nos ofrece como la espresion ó figura de las letras que lo componen, sino que comprendemos un Ser espiritual dotado de todas las perfecciones.

Las ideas, pues, no traen su origen de los sentidos. Las ideas del ser y del pensamiento que no son corpóreas ni tienen las cualidades de la materia, las forma nuestra alma por sí misma, aunque se escite á hacerlo por alguna cosa que hiera los sentidos; así como un pintor puede hacer un cuadro por el dinero que se le ofrece, sin que pueda decirse que el cuadro tiene su origen en el dinero.

Ninguna idea que está en nuestro entendimiento trae su origen de los sentidos sino por ocasion: que si se objeta que la idea de las cosas espirituales se forma siempre de alguna imagen corpórea, á lo menos del sonido que la significa, esta imagen del sonido del pensamiento no será su propia imagen, sino la del sonido mismo, y no podrá hacerlo concebir hasta tanto que el alma se acostumbre á él, formando al mismo tiempo una idea espiritual del pensamiento que ninguna relacion tiene con el sonido, pero que está ligado á él por la costumbre; así como los sordos que no tienen imágenes del sonido no dejan de te-

ner por eso idea de su pensamiento, á lo menos cuando reflexionan sobre lo que piensan.

DE LAS IDEAS SEGUN SUS OBJETOS.—Todo lo que concebimos se representa á nuestro entendimiento como cosa, como modo de cosa ó como cosa modificada.

Como cosa es la sustancia subsistente por sí; v. g. Sol.

Como modo de cosa es el atributo ó la cualidad; v. g. calor.

Como cosa modificada es un modo mas distinto, el adjetivo; v. g. redondo.

Pero nuestro entendimiento está acostumbrado á conocer la mayor parte de las cosas como modificadas, pues que las conoce por sus accidentes ó cualidades. Así hablando de Dios lo concebimos como un Ser infinito y como sugeto de este atributo, de la propia manera que consideramos al hombre como sugeto de la humanidad.

Es importante saber lo que verdaderamente es modo, y lo que no lo es sino en apariencia, porque es una de las principales causas de nuestros errores. Así debemos tener presente que es de la naturaleza del verdadero modo que se pueda concebir sin él la sustancia: v. g. puedo hablar de la prudencia sin hacer relacion á un hombre prudente, pero no puedo concebirla negando la relacion que tiene con un hombre. Cuando se conciben dos sustancias puede negarse la una sin destruir la otra: v. g. niego de la sustancia estensa todo lo que concibo de la sustancia que piensa, y por el contrario. Esto prueba que el pensamiento no es un modo de la sustancia estensa.

Los objetos así representados son verdaderos.

Ente de razon es la union que hace el entendimiento de dos ideas reales en sí y que no están juntas en la verdad para formar una misma idea: v. g. una montaña de oro, compuesto de dos ideas que pueden subsistir separadamente.

DE LAS IDEAS DE LAS COSAS Y DE LAS IDEAS DE LOS SIGNOS.

—Cuando consideramos un objeto en sí mismo y en su propio ser sin fijar la vista del alma en lo que puede representar, la idea que nos formamos es una idea de cosa, como la tierra, el sol. Pero cuando se mira un objeto, como representante de otro se llama signo. Así el signo encierra dos ideas, una de la cosa que representa y otra de la cosa representada, y su naturaleza consiste en escitar la segunda por la primera.

Tres divisiones principales pueden hacerse de los signos.

Hay signos ciertos, como la respiracion lo es de la vida de los animales.

Signos probables, como cuando decimos que la palidez es signo de tal ó cual padecimiento.

La mayor parte de los juicios temerarios procede de que confundimos estas dos especies de signos, atribuyendo un efecto á una causa, por mas que pueda provenir de otra.

Hay signos unidos á las cosas, como la espresion del rostro es signo del movimiento del alma: los síntomas que son anexos á las enfermedades que representan.

Tambien hay signos separados de las cosas; como los sacrificios de la antigua ley eran signos de Jesucristo inmolado, y estaban separados de lo que representaban.

Es preciso, pues, juzgar de la naturaleza particular del signo, y tener presente que una misma cosa puede ser en un estado cosa figurante y en otro cosa figurada. Tambien es muy posible que una misma cosa oculte y descubra otra cosa, pues pudiendo ser cosa y signo puede ocultar como cosa lo que descubre como signo, como el símbolo eucarístico oculta el cuerpo de Jesucristo como cosa y lo descubre como signo.

La 3.^a division de los signos es la que no depende de

la fantasía del hombre, como una imagen que aparece en un espejo es un signo natural del que representa. Hay tambien otros que son de institucion, bien que tengan alguna relacion remota con la cosa figurada ó bien que no tengan ninguna. Así las palabras son signos de institucion de los pensamientos, y los caractéres de las palabras.

DE LAS IDEAS CONSIDERADAS SEGUN SU COMPOSICION Ó SIMPLICIDAD.—La poca estension de nuestro entendimiento hace que no podamos comprender perfectamente las cosas compuestas sino considerándolas por partes ó por las diversas faces que pueden recibir. Esto es lo que generalmente se llama conocer por abstraccion. Por ejemplo, en aritmética no se necesita del arte para comprender los guarismos, pero sí para formar con ellos cantidades y hacer demostraciones. El segundo conocimiento por partes es cuando se considera un modo sin atender á la sustancia, ó dos modos etc., como los géómetras que han tenido por objeto de su ciencia el cuerpo estenso en largo, ancho y profundidad considerando cada una de sus dimensiones. Al largo le han llamado línea: al largo y al ancho superficie, y juntando la profundidad á las dos dimensiones anteriores le han dado el nombre de cuerpo.

La tercera manera de concebir por abstraccion es cuando teniendo una misma cosa diversos atributos se piensa en el uno sin pensar en los demás. Si yo considero que estoy pensando, pienso que pienso sin pensar en mí, esto es, sin atender á que soy yo mismo quien pienso, y así la idea que concebiré de una persona que piensa podrá representar no solamente mi yo, sino todas las personas que piensan.

En fin, por estas abstracciones las ideas de singulares llegan á ser comunes, y las comunes mas todavía, lo que nos dará lugar á hablar de las siguientes.

DE LAS IDEAS CONSIDERADAS SEGUN SU UNIVERSALIDAD Ó PARTICULARIDAD Y SINGULARIDAD.—Las ideas que representan una sola cosa se llaman singulares ó individuales, y las que representan muchas, comunes ó generales.

Los nombres que denotan las primeras se llaman propios: Sócrates, Roma, y los de las segundas comunes ó apelativos; hombre, ciudad.

Los nombres generales son unívocos ó equívocos. Los primeros no varían de acepción, pero los segundos pueden expresar ideas diferentes.

Los nombres equívocos son de dos maneras: primera, representan ideas diferentes sin analogía v. g. *estrella* significa astro y también suerte. Segunda, ideas análogas: v. g. *sano* puede atribuirse al animal, al aire y á los alimentos. Entonces estos nombres se llaman análogos.

Las palabras generales son, pues, las unívocas. Hay que considerar en ellas la comprensión y la extensión. La comprensión la forman los atributos en que está encerrada sin los cuales se destruiría la idea, como el triángulo encierra tres líneas, figura, tres ángulos etc. La extensión es el sugeto á quien la idea conviene, lo que se llama también inferiores de una idea general y la restringe de dos maneras. 1.^a por una idea distinta y determinada, como cuando digo triángulo rectángulo: 2.^a por otra idea indistinta é indeterminada v. g. algún triángulo. La idea ha dejado de ser general en este caso, pero no se ha particularizado.

DE LAS CINCO CLASES DE IDEAS UNIVERSALES; GÉNEROS, ESPECIES, DIFERENCIAS, PROPIOS Y ACCIDENTES.—Cuando las ideas generales se representan por sustantivos ó absolutos se llaman géneros ó especies.

Género.—Cuando son de tal modo comunes que se extienden á otras ideas que son también generales ó uni-

versales. La sustancia es género respecto de la sustancia estensa de los cuerpos, y de la sustancia que piensa que se llama espíritu.

Especie.—Las ideas comunes que están contenidas en otra mas general, como el cuerpo y el espíritu son las especies de la sustancia. Así la misma idea puede ser género comparada con las ideas que abraza, como cuerpo que es género respecto del cuerpo animado é inanimado, y especie respecto de la sustancia. Pero cuando una idea no se estiende mas que á individuos ó singulares, como el círculo, se llama especie ínfima, porque no puede ser género de otra, pero sí la figura respecto del círculo.

Hay un género que no es especie, á saber, el supremo de todos los géneros, llámese ser ó sustancia.

Las ideas que nos representan los objetos como cosas modificadas por términos adjetivos, si se comparan con las sustancias que estos términos significan, no se llaman entonces géneros ni especies, sino *diferencias*, *propios* ó *accidentes*.

Diferencias.—Se llama así cuando el objeto de estas ideas es un atributo esencial que distingue una de otra: v. g. El cuerpo y el espíritu son las dos especies de la sustancia. La diferencia del cuerpo es la estension y la del espíritu el pensamiento. Así toda especie puede ser expresada por un solo nombre como cuerpo, espíritu, ó por dos, á saber, por el del género y por el de la diferencia, lo que se llama definicion: v. g. sustancia que piensa, sustancia estensa.

De lo propio.—Hallada la diferencia que constituye una especie ó sea su principal atributo esencial, si consideramos mas particularmente su naturaleza, hallamos la falta de otro atributo que le sea propio, y le llamamos así porque conviene á toda esta especie y á esta sola especie: v. g. es propio del círculo y de todo círculo que las líneas

tiradas del centro á la circunferencia sean iguales. Es propio del hombre ser filósofo, aunque no todos lo sean.

Del accidente.—Llámase así porque no es esencial á la cosa á que se atribuye, que si lo fuera se denominaria entonces diferencia ó propio. Cuando se junta una idea indeterminada de sustancia con una idea distinta de algun modo, esta idea es capaz de representar todas las cosas que digan relacion con este modo, como la idea de prudente á todos los hombres prudentes: la de redondo á todos los cuerpos redondos. Estos adjetivos ó connotativos que forman la quinta universal se llaman accidentes.

Pero es menester notar aquí que cuando se consideran dos sustancias juntas, puede considerarse la una como modo de la otra: v. g. hombre vestido. El hombre puede ser considerado como un todo compuesto, pero ser vestido respecto de este hombre es un modo ó manera de ser. Por esta razon ser vestido no es sino una quinta universal.

DE LOS TÉRMINOS COMPLEXOS Y DE SU UNIVERSALIDAD Ó PARTICULARIDAD. Algunas veces se juntan á un término otros diversos que componen una idea total, la cual se puede afirmar ó negar, lo que no pudiera hacerse estando separados: v. g. un hombre prudente, un cuerpo trasparente. Esta adición se hace algunas veces por el pronombre relativo: un cuerpo que es trasparente. Si el relativo no está siempre espresado se halla suplido.

La adición que se hace á un término complejo es de dos suertes: la una puede llamarse esplicacion y la otra determinacion. La esplicacion sirve para desenvolver la idea: v. g. El hombre que es un animal dotado de razon: El hombre que desea naturalmente ser dichoso. Pero denota solamente lo que conviene á todos los hombres.

Son del mismo modo las adiciones que se añaden al

nombre de un individuo ó de una cosa: v. g. Madrid, que es la mayor villa de España: Julio César, que ha sido el capitán mas grande del mundo.

La otra clase de adición que puede llamarse determinación es cuando se añade á una palabra general otra que la restringe: v. g. los hombres sabios, los cuerpos transparentes. Hay veces en que estas adiciones hacen de condición individual una palabra general: v. g. la Reina de España que hoy gobierna.

Además pueden distinguirse dos clases de términos complexos, una en la espresion y otra en el sentido. Ya hemos hablado de la primera en los ejemplos citados. La segunda consiste en el término suplido: v. g. La Reina, término complejo cuyo sentido encierra esta frase mental: La Reina de España Doña Isabel II que hoy gobierna.

Pero estos términos complexos que son verdaderos tratándose de un solo individuo, conservan cierta universalidad equívoca que puede conducirnos al error: v. g. La verdadera religion. No hay mas religion verdadera que la que nos han enseñado nuestros padres, es decir, la religion católica: pero un judío, un mahometano ó un protestante dirá lo mismo de la suya por vivir en el error. Por último, cuando decimos, el espíritu de un autor, puede ser sobre puntos de controversia que cada uno explique á su modo, como: v. g. *el sentido de Aristóteles*, que se ha comprendido segun la creencia de sus comentadores, así como *el sentido de la Escritura*, segun sean católicos ó hereges los que lo hayan explicado. Es muy indispensable tener en cuenta estas consideraciones para no caer en el error.

DE LA CLARIDAD Y DISTINCION DE LAS IDEAS Y DE SU OSCURIDAD Y CONFUSION.—Se puede distinguir en una idea la claridad de la distincion y la oscuridad de la confusion,

pues que la idea se ofrece clara cuando nos hiere vivamente aunque no sea distinta. La idea del dolor nos hiere vivamente y puede llamarse clara, á pesar de ser bien confusa, pues que nos representa el dolor en la mano lastimada, siendo así que no reside sino en nuestro espíritu.

Sin embargo se puede decir que toda idea es tan distinta como clara y que su oscuridad nace de su confusion, como en el dolor el solo sentimiento que nos hiere es claro y tambien distinto, pero es confuso que el dolor esté en nuestra mano.

Formando, pues, por una cosa misma la claridad y la distincion de las ideas es muy importante examinar por qué son claras las unas y confusas las otras.

Sirvámonos de ejemplos para hacernos entender mejor.

La idea que cada uno tiene de sí mismo como de una cosa que piensa, es muy clara, así como de todas las dependencias de nuestro pensamiento. Tambien tenemos ideas muy claras de la sustancia estensa como figura, movimiento, reposo. Concebimos igualmente el ser, la existencia, la duracion, el órden, el número.

Del mismo modo podemos decir que la idea que tenemos de Dios en esta vida es clara en un sentido aunque muy imperfecta en otro. Es clara porque por nuestro sentimiento y por nuestra razon conocemos en Dios un gran número de atributos que estamos seguros de no hallar sino solo en él; pero es imperfecta y por lo tanto oscura si la comparamos con la idea que tienen de él los bienaventurados, y esta imperfeccion procede de que siendo finito nuestro entendimiento no puede concebir por entero un objeto infinito, pues esta pretension seria lo mismo que querer encerrar el universo en una esfera del tamaño de una naranja.

Las ideas confusas y oscuras son las que tenemos de las cualidades sensibles, como de los colores, sonidos,

olores, sabores, frio, calor, gravedad, y tambien las de nuestros apetitos, hambre, sed, dolor corporal. Son confusas porque las cosas exteriores han obrado en nosotros desde niños causando diversos sentimientos á nuestra alma por las impresiones que hacian en nuestro cuerpo, y la fuerza del hábito nos ha hecho considerarlas de cierta manera. Pero si los hombres han reconocido que el dolor no está en el fuego que abrasa la mano, puede ser que se hayan engañado creyendo que reside en la mano que el fuego quema, y en efecto el dolor no está sino en el alma con ocasion de lo que pasa en la mano, porque el dolor del cuerpo no es otra cosa que un sentimiento de aversion que el alma concibe de algun movimiento contrario á la constitucion natural del cuerpo. Asi lo han reconocido varios antiguos filósofos y San Agustin dice: que «los dolores llamados corporales no son del cuerpo, sino del alma que está en el cuerpo y á causa del cuerpo.» En efecto, el movimiento que la quemadura causa en la mano se comunica al cérebro por pequeños filamentos encerrados en los nervios como en tubos, y por eso si alguna obstruccion impide que se comuniqué este movimiento, como en la parálisis, puede suceder que un hombre vea cortar ó abrasar su mano sin que experimente ningun dolor; y por el contrario, puede experimentarse dolor en la mano sin tener mano, como sucede á los que han sido amputados, porque los filamentos de los nervios que se estendian desde la mano hasta el cérebro, trasportados hácia el codo por alguna inflamacion, siguen correspondiéndose con la parte del cérebro, como si se estendieran hasta la mano, y siente el alma el mismo dolor que experimentaba cuando el cuerpo la tenia, porque está acostumbrada á este movimiento. Y ¿por qué, pues, no hemos de concebir que Dios haya dispuesto cierta porcion de materia identificada durante la vida con un espíritu, y que el mo-

vimiento de esta materia sea una ocasion á este espíritu para tener pensamientos desconsolados, que es lo que sucede á nuestra alma en el dolor corporal?

El único medio que puede proponerse para aclarar algun tanto las ideas confusas es desechar las preocupaciones de nuestra niñez y no creer nuestra razon por lo que hayamos juzgado otras veces, sino por lo que juzguemos despues de un meditado estudio.

Pero en el órden moral nadie puede eximirse de formar juicios sobre las cosas buenas y malas, y como las falsas ideas que tengamos de ellas son el manantial de los malos juicios, seria mucho mas importante aplicarse á conocerlas y á corregirlas que no á reformar las que la precipitacion de nuestro juicio ó las preocupaciones de nuestra niñez nos hacen concebir de las cosas de la naturaleza, que no son sino objeto de una especulacion las mas veces estéril.

El hombre tiene en sí mismo la idea de la felicidad y de la desgracia, y esta idea no es falsa ni confusa en tanto que permanezca siendo general. Tambien tiene ideas de grandeza y pequeñez, y desea la felicidad y huye de la desgracia, representándose todos los objetos de su inclinacion como capaces de hacerlo dichoso, y todos los que los privan de ellos como causa de ser miserable.

Su primera y principal inclinacion es el placer de los sentidos que nace de ciertos objetos exteriores. En seguida viendo que las riquezas y el poder son los medios ordinarios para hacerse dueño de estos objetos de su concupiscencia, comienza á mirarlos como grandes bienes, y por consiguiente juzga dichosos á los ricos y desgraciados á los pobres.

De aquí nacen los juicios favorables que se hacen de los poderosos y los sentimientos que inspiran de temor y respeto, que es precisamente el ídolo de los ambiciosos.

Para demostrar que este tributo de la multitud es el objeto que impulsa al poderoso, bastará figurarse que si no hubiera en el mundo mas que un poderoso que pensase, y que los demás hombres fueran autómatas que mecánicamente le sirviesen, es de creer que se divertiría algunas veces moviendo sus resortes, pero de seguro no fundaría su gloria en los respetos exteriores que se haría tributar por ellos. Jamás le lisonjearía sus reverencias. Esto prueba que la idea que los ocupa es tan insensata como poco sólida, pues que cifran su felicidad en los pensamientos ajenos.

Solo aquellos hombres que viven templadamente exentos de pasiones tormentosas, y que arreglan su vida y sus acciones á las cosas eternas poniendo en egercicio sus sentimientos, pueden vivir felices en el seno de sus familias, haciéndose tanto mas superiores á las vicisitudes humanas, cuanto es mas elevado el sentimiento de su propia dignidad.

DE OTRA CAUSA DE CONFUSION EN NUESTRAS IDEAS QUE ES ATENERSE A LAS PALABRAS.—La necesidad que tenemos de usar de signos exteriores para hacernos entender es causa de que liguemos de tal manera nuestras ideas á las palabras que muchas veces consideramos mas las palabras que las cosas.

Aunque los hombres tengan comunmente diferentes ideas de las mismas cosas, se sirven no obstante de las mismas palabras para espresarlas, como la idea que un filósofo pagano tiene de la virtud no es la misma que tiene un filósofo cristiano, y no obstante cada uno espresa su idea sirviéndose de la misma palabra virtud.

Además unos mismos hombres en diferentes edades han considerado las mismas cosas de maneras diferentes y todas estas ideas las han comprendido bajo la misma

palabra, como hablando del sentido de la vista decimos que el ojo ve, siendo el alma la que concibe la idea del objeto.

Cuando un nombre equívoco significa dos cosas semejantes entre sí es casi imposible equivocarse, pero si el equívoco procede de error de los hombres por haber confundido ideas diferentes en una misma palabra, conviene entonces examinar si la idea es clara y distinta.

DE LA NECESIDAD DE DEFINIR LOS NOMBRES Y DE LA DIFERENCIA ENTRE LA DEFINICION DE LAS COSAS Y LA DEFINICION DE LOS NOMBRES.—El mejor medio para evitar la confusion de las palabras es saber definirlas. Trato de hablar, por ejemplo, del alma, y encuentro que esta palabra es equívoca, porque si bien yo la considero inmortal, los materialistas le han negado su espiritualidad. Entonces la definiré diciendo: llamo alma lo que es en nosotros el principio del sentimiento que produce el pensamiento.

Pero es necesario no confundir nunca la definicion de los nombres con la definicion de las cosas: v. g. el tiempo es la medida del movimiento. En esta definicion se deja al tiempo su idea ordinaria, en la cual se pretende que están contenidas otras ideas, pero en la definicion del nombre no se mira mas que el sonido determinándolo como signo de una idea que se designa por otras palabras.

No hablamos aquí del uso ordinario que se da á las palabras ni de su etimología, sino por el contrario del uso particular que queremos hacer de una palabra para que se conciba bien el pensamiento que queremos espresar. Por consiguiente, las definiciones de los nombres son arbitrarias y no lo son las de las cosas, porque no depende de nuestra voluntad que las definiciones de estas comprendan lo que quisiéramos que comprendiesen.

De aquí se sigue que las definiciones de los nombres

deben ser admitidas, porque no se puede negar á un hombre la facultad de definir una palabra como la comprenda desde el momento mismo en que nos lo haya advertido, pero las definiciones de las cosas pueden refutarse porque están sujetas á error.

Admitidas como deben ser las definiciones de los nombres pueden elevarse á principios, en vez de que las definiciones de las cosas son verdaderas proposiciones que pueden ser negadas por los que encuentren oscuridad en ellas.

La gran utilidad de la definicion de los nombres consiste en hacer comprender nuestras ideas para no discutir en vano, y como rara vez comprendemos una idea distinta de una cosa sin emplear muchas palabras para designarla, bastará despues repetir el sonido del nombre sin necesidad de reproducir á cada paso la definicion, una vez espresada y comprendida.

OBSERVACIONES SOBRE LA DEFINICION DE LOS NOMBRES.—

Para no abusar de las definiciones de los nombres preven-
dremos: 1.º Que no deben definirse aquellos nombres de que tienen los hombres concebida una idea clara y distinta, siendo además imposible definirlos todos, porque se aumentaria la confusion en vez de evitarla. 2.º No deben mudarse las definiciones recibidas cuando no hay motivo para tener que decir de ellas. 3.º Cuando nos vemos obligados á definir una palabra, debe uno acomodarse al uso recibido en cuanto le sea dable, porque una vez ligada una idea á una palabra no se deshacen los hombres de ella con facilidad.

DE OTRAS DEFINICIONES DE NOMBRES. IDEAS ACCESORIAS.

Cuanto hemos dicho de la definicion de los nombres debe entenderse de las palabras de que nos servimos en par-

ticular, que es lo que las hace libres y arbitrarias; pero como las definiciones de las palabras son propias de los gramáticos debemos hacer algunas reflexiones. La 1.^a que sirve de fundamento á las demás es que los hombres no consideran toda la significacion de las palabras, porque no representan toda la impresion que hacen en el entendimiento; así un sonido pronunciado no hace mas que excitar una idea, pero acontece que además de la idea principal escita otras ideas que pueden llamarse accesorias, de las que á veces no se cuidan por mas que el entendimiento reciba la impresion de ellas: v. g. si decimos á una persona que ha mentido, en rigor no le decimos mas sino que ha dicho lo contrario de lo que sabe, pero esta idea despierta las accesorias del desden ó ultrage y hace creer que le hemos hecho una injuria.

Algunas veces estas mismas ideas no están comprendidas en la palabra por el uso comun, pero son escitadas por el tono de la voz, por la espresion del rostro, por los gestos y por otros signos naturales que mudan, disminuyen ó aumentan la significacion.

Tambien hay ideas accesorias íntimamente unidas á las principales, porque estas las escitan desde luego significando ya dulzura, ya modestia, ya injuria, ya imprudencia, porque los hombres le han ligado estas ideas que son causa de su diversidad.

Se hallan asimismo otras que encierran una idea de reprehension, pero de una manera dulce, que demuestra que deseamos esceptuar á la persona misma á quien se dirigen. Estas maneras escogidas son propias de las personas discretas y moderadas, á menos que no haya una razon particular para producirse con mas energia.

En este sentido puede tambien reconocerse la diferencia del estilo simple y del estilo figurado. ¿Por qué los mismos pensamientos nos parecen mucho mas vivos

cuando se espresan por una figura? Esto procede de que las espresiones figuradas, además de la idea principal, significan el movimiento y la pasión del que habla imprimiendo así una y otra idea (en el sentimiento y en el entendimiento) en vez de que la espresion simple no manifiesta mas que la verdad desnuda.

El language figurado es impropio cuando se trata de materias puramente especulativas; y por el contrario en materias que deben movernos es un defecto grave producirse de una manera seca y fria.

Así las verdades divinas no siendo simplemente para ser conocidas sino mucho mas para ser reverenciadas y adoradas por los hombres, han sido comunicadas de la manera mas noble y figurada en los libros santos.

Tambien añadiremos que una misma palabra simple ó figurada que ha sido estimada como honesta en un tiempo, puede dejar de serlo en otro, lo que se advierte en las mismas Escrituras. Así cuando los Profetas se sirvieron de algunas que hoy son malsonantes era porque entónces significaban ideas llenas de honestidad y de pudor, las cuales han ido perdiendo estos caracteres en la significacion que le dan los idiomas modernos.

Por último, bajo el nombre de ideas accesorias puede comprenderse tambien otra clase de idea que el sentimiento añade á la significacion precisa de las palabras por una razon particular; lo que sucede en los pronombres demostrativos cuando en vez del nombre propio nos servimos del neutrô: v. g. si al enseñar un diamante decimos *esto* en lugar de nombrarlo no se contenta el entendimiento concibiéndolo como una cosa presente, sino que añade las ideas de cuerpo duro, resplandeciente, de tal forma, de gran valor. Por tanto es menester hacer una distincion entre las ideas escitadas y las ideas representadas.

CAPITULO XVIII.

DE LOS JUICIOS.

«El Señor da la sabiduría; y de su boca
la prudencia y la ciencia.»

Prov. c. 2, v. 6.

El Sr. Arbolí dice muy acertadamente en su *Gramática general* lo que sigue:

«En la inteligencia humana no hay mas que ideas y juicios: términos de conocimientos, y conocimientos constituidos. Por consiguiente, la palabra, imagen y traslado material de la inteligencia, no puede representar, sea cual fuere la forma que le demos, sino ideas que forzosamente han de ser de *sustancias, modos ó relaciones*; y juicios, que son las mismas ideas *afirmadas* por la razon. Es imposible salir de este círculo. Si pues muchas gramáticas admiten hasta ocho ó nueve partes de la oracion, esto consiste en que subdividen algunas de dichas categorías en clases subalternas, y en que dan con impropiedad el nombre de partes de la oracion á las que lo son no de la oracion, sino del discurso, ó bien á la espresion de oraciones completas.»

Esto asentado, diré en seguida, estractando la lógica

ya citada, que las proposiciones están compuestas de diversas partes, cuyas principales son los nombres, los pronombres y los verbos. Puesto que el fin de la lógica es *saber pensar*, importa no ignorar los diversos usos de los sonidos destinados á significar las ideas. En general las palabras son sonidos distintos y articulados, de que se han compuesto signos para manifestar lo que pasa en nuestra alma: y como todo lo que pasa en ella se reduce á concebir, juzgar, raciocinar y ordenar, las palabras sirven para denotar todas estas operaciones.

De los nombres.—Los objetos de nuestro pensamiento son cosas ó maneras de cosas, y las palabras que significan unas y otras se llaman nombres.

Los que significan las cosas son nombres sustantivos, como tierra, sol. Los que significan las maneras denotando al mismo tiempo el sugeto con que convienen se llaman nombres adjetivos, como bueno, justo, redondo.

Así cuando por una abstraccion del entendimiento se conciben estas maneras sin relacionarlas á ningun objeto, como entonces subsisten por sí mismas, se espresan por un sustantivo, como sabiduría, blancura, color.

Por el contrario cuando lo que es sustancia y cosa por sí mismo viene á concebirse con relacion á algun sugeto, las palabras que las significan son adjetivos, como humano, carnal; y despojando estos adjetivos, formados de los nombres de sustancia, de su relacion, se forman nuevos sustantivos, como habiendo hecho del sustantivo hombre el adjetivo humano, formamos de este el sustantivo humanidad.

Hay nombres que pasan por sustantivos en la gramática y que no son sino verdaderos adjetivos, como rey, filósofo, médico, pues que es una manera de ser del sugeto, pero no conviniendo sino á un sugeto solo se entiende siempre este mismo sugeto sin necesidad de espre-

sarlo, es decir, que el verdadero sustantivo queda suplido.

Por la misma razon las palabras rojo y blanco etc. son verdaderos adjetivos, porque denotan relacion, pero no se espresa el sustantivo por ser un sustantivo general que comprende todos los sugetos de estos modos, y que por lo mismo el adjetivo es único en esta generalidad. Así lo rojo es toda cosa roja, lo blanco toda cosa blanca.

Los adjetivos tienen, pues, dos significaciones: la una distinta, que es la del modo ó manera, y la otra confusa, que es la del sugeto. Pero aunque la significacion del modo sea mas distinta, es sin embargo indirecta, y por el contrario la del sugeto, aunque confusa, es directa. La palabra blanco significa directa, pero confusamente el sugeto é indirecta, aunque distintamente, la blancura.

De los pronombres.—El pronombre se coloca en lugar del nombre á fin de evitar su frecuente repeticion, pero no se imagine que haciendo el oficio de los nombres surtan el mismo efecto en el entendimiento. Es tan al contrario, que no remedian el disgusto de la repeticion sino porque representan los nombres de una manera confusa. Los nombres descubren las cosas al entendimiento y los pronombres las presentan como cubiertas con un velo, no obstante que el entendimiento concibe que es lo mismo que está significado por el nombre.

Los pronombres personales son *yo, tú, él*, etc.

Los demostrativos considerados ahora tambien como adjetivos *este, ese, aquel*, etc.

Neutro *esto, eso, aquello*.

El pronombre recíproco *se* es llamado así porque denota relacion de una cosa en sí misma: v. g. Caton se mató.

Los relativos *que, cual, quien*, etc.

Estos últimos tienen algo de comun con los demás y algo que les es propio. Tienen de comun que se ponen en

lugar del nombre y escitan una idea confusa. Tienen de propio que la proposicion en que entran puede ser parte del sugeto ó del atributo de una proposicion y formar así una de estas proposiciones incidentales, como Dios, que es bueno.

Puede considerarse tambien como pronombre el *le* y el *lo* para espresar el dativo y el acusativo: v. g. Yo *le* dije esto á él.—Yo se *lo* dije á él.

Del verbo.—Los hombres no han tenido menos necesidad de inventar palabras que denotasen la afirmacion que es la principal manera de nuestro pensamiento, que de inventar otras que significasen los objetos de nuestros pensamientos.

En esto consiste propiamente lo que se llama verbo, que no es otra cosa que *una palabra cuyo principal uso es de significar la afirmacion*, es decir, que el discurso en que está empleada esta palabra es el discurso de un hombre que no concibe solamente las cosas sino que juzga de ellas y las afirma. El verbo se distingue de algunos nombres que significan tambien la afirmacion precisamente en esto, pues que los nombres no la significan sino por una reflexion del entendimiento que llega á ser el objeto de nuestro pensamiento; y así los nombres no denotan que el que se sirve de ellos afirma, sino solamente que concibe una afirmacion.

Hemos dicho que el principal oficio del verbo es de significar la afirmacion, porque tambien nos servimos de él para significar otros movimientos del alma, como los de desear, rogar y mandar, que hacen mudar de inflexión y de modo, y así consideramos el verbo en el indicativo, que es su significacion principal. Segun esta idea el verbo no deberia tener otro uso que el de ligar dos términos de una proposicion, pero solamente el verbo ser, que se llama sustantivo es el que puede emplearse de una manera

simple y principalmente en la tercera persona del presente *es*, pues como los hombres son inclinados naturalmente á abreviar sus espresiones, han juntado casi siempre á la afirmacion otras significaciones en una misma palabra.

1.º Han juntado á la afirmacion las significaciones de algun atributo, y entonces dos palabras hacen una proposicion, como cuando digo Pedro vive, porque la palabra *vive* encierra por sí sola la afirmacion y además el atributo de *ser viviente*. Así lo mismo es decir Pedro vive que Pedro es viviente. De aquí ha procedido la gran diversidad de verbos en cada lengua, en lugar de que si nos hubiéramos contentado con dar al verbo la significacion general de afirmacion sin unir á ella ningun atributo particular, no hubiera sido menester en cada lengua mas que un solo verbo que es el llamado sustantivo=*Ser*= un ser.

2.º En algunos casos han juntado tambien el sugeto de la proposicion de modo que dos palabras y aun una sola puede formar una proposicion entera: v. g. *Soy hombre*, porque soy no solo significa la afirmacion sino la primera persona *yo* que es el sugeto de esta proposicion. *Vivo*, este verbo encierra en sí mismo la afirmacion y el atributo con el sugeto suplido, y es igual á *yo soy viviente*. —De aquí ha procedido la diferencia de personas que es comun á todos los verbos.

3.º Tambien se junta al verbo una relacion de tiempo por la cual se afirma; de suerte que una sola palabra significa que afirmo de aquel á quien hablo, la accion, por ejemplo, de comer, nó por el tiempo presente sino por el pasado, y de aquí proviene la diversidad de los tiempos que son comunes á los verbos.

La diversidad de significaciones juntas á una misma palabra ha sido causa de que se desconozca la naturaleza del verbo, porque no se ha considerado por lo que le

es esencial, que es la afirmacion, sino por ótras relaciones que le son accidentales.

Así Aristóteles ateniéndose á la 3.^a de las significaciones lo ha definido *una palabra que significa con tiempos*.

Otros como Buxtorf habiendo añadido la 2.^a lo han definido *una palabra que tiene diversas inflexiones con tiempos y personas*.

Otros que se han atendido á la primera de estas significaciones añadidas, que es la del atributo, y considerando que los atributos que los hombres han juntado á la afirmacion en una misma palabra son por lo comun acciones ó pasiones, han creido que la esencia del verbo consistia en *significar acciones ó pasiones*.

En fin, Julio César Escalígero ha creido descifrar un misterio haciendo la distincion de las cosas entre lo que *permanece* y lo que *pasa*, diciendo que los nombres significan lo que permanece y los verbos lo que pasa.

Ninguna de estas definiciones esplica la verdadera naturaleza del verbo. Las dos primeras no la esplican porque solo hablan de tiempos y personas: las dos últimas tampoco porque hay verbos que no significan acciones ni pasiones ni lo que pasa, en tanto que hay palabras que no son verbos que sí las significan y aun cosas que pasan, pues los participios son verdaderos nombres y sin embargo los de los verbos activos no significan menos acciones y los de los pasivos pasiones, que los verbos mismos de donde proceden.

La razon esencial porque un participio no es un verbo consiste en que no significa la afirmacion; de donde nace que no puede formar una proposicion que es lo propio del verbo. Por eso *Pedro vive* es una proposicion, mientras que *Pedro viviente* no la forma como no se le añada el verbo: *Pedro es viviente*. Así la afirmacion que se halla ó no se halla en una palabra es lo que hace que sea ó deje de ser verbo.

El infinitivo, que frecuentemente es nombre, como cuando decimos *el beber*, *el comer*, es diferente de los participios, porque estos son adjetivos y aquel (el nombre) es un sustantivo hecho por abstraccion de un adjetivo como de *blanco* *blancura*.

Por lo dicho conoceremos que la verdadera definicion del verbo es *una palabra que significa afirmacion*, pues no hay palabra que denote la afirmacion que no sea verbo, ni verbo que no la denote á lo menos en el indicativo. Y es indubitante que si se hubiera inventado uno, como *es*, que denotase siempre la afirmacion sin ninguna diferencia ni de persona ni de tiempo, de modo que la diversidad de personas se señalase siempre por los nombres y los pronombres y la diversidad de tiempo por los adverbios, no dejaria de ser un verdadero verbo. En efecto, en las proposiciones que los filósofos llaman de eterna verdad, como: *Dios es infinito: todo cuerpo es divisible: el todo es mayor que su parte*; la palabra *es* no significa mas que la afirmacion simple sin ninguna relacion al tiempo, porque esto es verdad en todos los tiempos sin que nuestro entendimiento se detenga en ninguna diversidad de persona.

Así el verbo en su esencia es una palabra que significa la afirmacion. Pero si queremos añadir á la definicion sus principales accidentes, se definirá: *Una palabra que significa la afirmacion con designacion de la persona, del número y del tiempo*. Esto es lo que propiamente conviene al verbo sustantivo, pues por lo que hace á los demás que difieren de él por la union que los hombres han hecho de la afirmacion con ciertos atributos, se pueden definir de este modo: *Una palabra que denota la afirmacion de algun atributo con designacion de tiempo, número y persona*.

Diremos por último, que aunque todos nuestros juicios no sean afirmativos, sino que tambien los haya negativos, los verbos, sin embargo, no significan por sí

mismos mas que la afirmacion. La negacion se señala por partículas ó por palabras que la encierren:

v. g. Yo amo..... sentido afirmativo.
 Yo no amo..... } sentido negativo.
 Nunca quisiera pecar. }

La misma negativa es una afirmativa de nuestra voluntad ó de nuestro deseo, pero en este caso ya no pertenece á la esencia del verbo, que siempre afirma por sí solo sin contrariedad. El verbo afirmar encierra dos afirmaciones: una en su esencia y otra en su significacion.

DE LAS CUATRO CLASES DE PROPOSICIONES Y DE SU OPOSICION.
 Despues de haber concebido las cosas por nuestras ideas, comparamos estas ideas, y cuando hallamos que las unas convienen entre sí y que las otras no convienen, las unimos ó desunimos, lo que se llama *afirmar* ó *negar* y generalmente *juzgar*.

Este juicio se llama tambien proposicion, es decir, que debe tener dos términos: el uno de que se afirma ó se niega, que se llama *sugeto*, y el otro que se afirma ó se niega y se llama *atributo* ó *predicado*.

Pero no basta concebir estos dos términos: es menester que el entendimiento los ligue ó los separe, cuya accion se denota en el discurso por el verbo *es*, solo cuando afirmamos y con una partícula negativa cuando negamos. Así cuando decimos *Dios es justo*, Dios es el sugeto de esta proposicion y justo es el atributo, y la palabra *es* señala la accion de nuestro entendimiento que afirma, esto es, que liga las dos ideas de Dios y de justo, porque conviene la una á la otra. Cuando decimos *Dios no es injusto*, *es* estando unida con la partícula *no*, significa la accion contraria á la de afirmar, es decir, la accion de negar, por lo cual miramos estas ideas como repugnantes, porque hay

algo encerrado en la idea de injusto que es contrario á lo encerrado en la idea de Dios.

Pero aunque toda proposicion encierra necesariamente estas tres cosas: *sugeto* y *atributo* ligados con el *verbo*, puede no obstante no tener mas que dos palabras ó una solamente, como ya hemos dicho.

Pues queriendo los hombres abreviar su discurso, han hecho una infinidad de palabras que significan todas juntas la afirmacion, es decir, lo que está significado por el verbo sustantivo y además un atributo que es afirmado. Tales son todos los verbos fuera del llamado sustantivo, como: *Dios existe*, es decir, *Dios es existente*; *Dios ama á los hombres* en lugar de *Dios es amante de los hombres*. Y el verbo sustantivo cuando está solo, como cuando digo, *yo pienso*, luego *soy*; cesa de ser puramente sustantivo, porque entonces se junta á él el mas general de los atributos que es el *ser*, pues *yo soy* quiere decir, *yo soy un ser*, *soy una cosa*.

Hay tambien otros casos en que el sugeto y la afirmacion están encerrados en una misma palabra, como en las primeras y segundas personas de los verbos, como cuando digo: *soy cristiano*.

Vemos, pues, que toda proposicion es afirmativa ó negativa, lo que está caracterizado por el verbo que es afirmado ó negado.

Pero hay otra diferencia en las proposiciones que nace de su sugeto y pueden ser universales ó particulares ó singulares, pues los términos, como ya sabemos, son singulares, comunes ó universales.

Y los términos universales pueden ser tomados ó segun toda su estension uniéndolos á los signos universales espresos ó suplidos, ó segun una parte determinada de su estension, que es cuando se junta la palabra *alguno*, como *algun hombre* ú otras segun el uso de las lenguas.

De aquí se sigue una diferencia notable en las proposiciones, pues cuando el sugeto de una proposicion es un término comun que está tomado en toda su estension, la proposicion se llama *universal*, sea afirmativa, como *todo impio está loco*, ó negativa, como *ningun vicioso es feliz*.

Y cuando el término comun ha sido tomado por una parte indeterminada, la proposicion se llama particular, bien afirme, como, *algun cruel es cobarde*, ó que niegue, como, *algun pobre no es desgraciado*.

Y si el sugeto de una proposicion es singular, como, *Cortés conquistó á Méjico*, se llama singular. Pero aunque esta proposicion sea diferente de la universal, porque no es comun su sugeto, debe sin embargo referirse á la particular, porque su sugeto está tomado en toda su estension, lo que hace la esencia de una proposicion universal, y que la distingue de la particular, pues importa poco para la universalidad de una proposicion que la estension de su sugeto sea grande ó pequeña con tal que se tome toda entera. Así las proposiciones singulares ocupan el lugar de universales en el aumento; por lo cual pueden reducirse todas á cuatro clases, y son á saber:

A La universal afirmativa, como: *todo vicioso es esclavo*.

E La universal negativa, como: *ningun vicioso es feliz*.

I La particular afirmativa, como: *algun vicioso es rico*.

O La particular negativa, como: *algun vicioso no es rico*.

Llámanse cantidad la estension de las proposiciones, y cualidad la afirmacion ó la negacion que dependen del verbo, mirado como la forma de la proposicion.

Y así la primera y segunda convienen segun la cantidad, y difieren segun la cualidad; lo mismo la tercera y la cuarta.

Pero la primera y tercera convienen segun la cualidad y difieren segun la cantidad, lo mismo que la segunda y cuarta.

Las proposiciones se dividen todavía, según la materia en *verdaderas* ó *falsas*, pues es claro que han de ser una cosa ú otra, porque señalando toda proposición el juicio que hacemos de las cosas, es verdadera cuando este juicio es conforme á la verdad y falsa cuando no lo es; pero porque carecemos de luz muy á menudo para distinguir lo verdadero y lo falso, además de las proposiciones que nos parecen verdaderas, y las que nos parecen ciertamente falsas, hay otras que nos parecen verdaderas, pero cuya verdad no es tan evidente que no nos quede algun escozor de que no sean falsas: ó bien que nos parezcan falsas pero de cuya falsedad sin embargo no tenemos seguridad. Estas son las proposiciones llamadas *probables*, de las cuales las primeras son mas probables y las segundas menos probables.

Además las proposiciones son contradictorias cuando son opuestas en cantidad y en cualidad, como: *todo hombre es animal*; *algun hombre no es animal*.

Cuando difieren en cantidad solamente se llaman subalternas: como *todo hombre es animal*, *algun hombre es animal*.

Y si difieren en cualidad aunque convengan en cantidad se llaman *contrarias* ó *subcontrarias*: contrarias cuando son universales, como: *todo hombre es animal*. Subcontrarias cuando son particulares, como *algun hombre es animal*.

De las contradictorias no pueden ser falsas ni verdaderas las dos, sino la una es verdadera y la otra falsa. Las contrarias no pueden ser las dos verdaderas, pero sí las dos falsas. Las subcontrarias pueden ser verdad las dos como: *algun hombre es justo*; *algun hombre no es justo*. La subalterna no es una verdadera oposicion porque si *ningun hombre es mono*, *algun hombre no es mono*. Así la verdad de las universales resuelve la de las particulares, pero no sucede lo mismo con las particulares respecto de las uni-

versales, porque si es cierto que algun hombre es justo no se sigue de aquí que todo hombre sea justo. Y al contrario, la falsedad de las particulares demuestra la falsedad de las universales, pues si es falso que algun hombre sea impecable, es mas falso todavía que todo hombre sea impecable. Pero la falsedad de las universales no arrastra la falsedad de las particulares, porque aunque sea falso que todo hombre es justo, no se sigue de aquí que algun hombre no es justo. Así las proposiciones subalternas son las dos verdaderas ó las dos falsas.

DE LAS PROPOSICIONES SIMPLES Y COMPUESTAS.—Hemos dicho que toda proposicion debe tener á lo menos un sugeto y un atributo, pero no se infiere de esto que no puedan tener mas de un sugeto y mas de un atributo. Las primeras se llaman simples y las segundas compuestas. Ejemplo de estas: *Los bienes y los males son condiciones de la humanidad*, cuyo atributo no afirma un solo sugeto sino muchos, esto es, los bienes y los males.

Pero antes de esplicar estas proposiciones compuestas diré que hay algunas que lo parecen, y que sin embargo no son sino simples, porque guardan unidad el sugeto y el atributo. Así hay muchas proposiciones de esta especie cuyo sugeto ó cuyo atributo es un término complejo que encierra otras proposiciones que pueden llamarse incidentales, las cuales no forman sino parte del sugeto ó del atributo, y están juntas por el pronombre relativo *que*, cuya propiedad es unir muchas proposiciones, de tal suerte que no componen todas mas que una sola. Cuando Jesucristo dijo: *El que haga la voluntad de mi Padre, que está en el cielo, entrará en el reino de los cielos*, el sugeto de esta proposicion contiene dos proposiciones, pues que comprende dos verbos, pero unidas por el relativo hacen parte del sugeto; en vez de que cuando digo, los bienes y

los males son condiciones de la humanidad, hay propiamente dos sujetos porque afirmo igualmente que el uno y el otro son inherentes á la humanidad.

La razon de esto es que las proposiciones que se juntan á otras por el relativo ó son proposiciones imperfectas ó proposiciones que han sido antes hechas y que no se hace mas que concebir como si fueran simples ideas; de donde procede que sea indiferente enunciar estas proposiciones incidentales con adjetivos ó con participios sin verbo y sin relativo, ó con verbo y relativo; pues es lo mismo decir: *Dios invisible, ha creado el mundo visible, ó Dios que es invisible ha creado el mundo que es visible. Alejandro, el mas generoso de todos los reyes venció á Dario, ó Alejandro que ha sido en uno y en otro ejemplo mi objeto principal no es sino afirmar que Dios es invisible y que Alejandro ha sido el rey mas generoso. Pero si digo Alejandro ha sido el mas generoso de todos los reyes y el vencedor de Dario la proposicion entonces es compuesta porque afirmo igualmente lo uno y lo otro, en vez de que las anteriores son proposiciones complexas. Es menester advertir que las proposiciones complexas pueden serlo de dos maneras ó por la materia de la proposicion, es decir, por el sugeto ó por el atributo ó por uno y otro, ó bien por la forma solamente; á saber: la complexion recae en el sugeto en este ejemplo: *Todo hombre que nada teme es rey. Y en el atributo en este otro. La piedad es un bien que hace al hombre dichoso en las mayores adversidades. Pero es preciso observar que todas las proposiciones compuestas de verbos activos y de su régimen pueden llamarse complexas y que contienen en cierto modo dos proposiciones. Si decimos: Bruto ha muerto á un tirano, no quiere decir sino que Bruto ha muerto á un cualquiera que era tirano; de donde se sigue que esta proposicion puede ser contradicha de dos maneras, ó diciendo, Bruto no ha muerto á nadie, ó di-**

ciendo que el muerto no era tirano; lo que es muy importante de notar, porque cuando estas proposiciones entran en argumentos, algunas veces no se prueba mas que una parte suponiendo la otra, lo que obliga frecuentemente á reducir estos argumentos á su forma mas natural, mudando el activo en pasivo, á fin de que la parte que está probada se espresa directamente.

Algunas veces, recae la complexion en el sugeto y en el atributo, como en esta proposicion: *Los grandes, que oprimen á los pobres, serán castigados por Dios, que es el protector de los oprimidos.*

Hé aquí las proposiciones complexas en cuanto á la materia ó sea en cuanto á su sugeto y á su atributo.

DE LA NATURALEZA DE LAS PROPOSICIONES INCIDENTES QUE FORMAN PARTE DE LAS COMPLEXAS.—Antes de hablar de las proposiciones cuya complexion recae en la forma, es decir, sobre la afirmacion ó la negacion, haremos algunas indicaciones acerca de la naturaleza de las proposiciones incidentes ó incidentales, que forman parte del sugeto ó del atributo de las que son complexas segun la materia.

Hemos visto que las incidentes son aquellas cuyo sugeto es el relativo *que* como: *Los hombres, que son piadosos*, quitando la palabra *hombres* lo demás es una proposicion incidente. Pero el relativo puede ser esplicativo ó determinativo, lo que nos aclarará este ejemplo. *La doctrina, que coloca el soberano bien en la voluptuosidad del cuerpo, la que ha sido enseñada por Epicuro, es indigna de un filósofo.* Esta proposicion tiene por atributo *indigna de un filósofo*, y todo lo demás por sugeto, el cual es un término complejo que encierra dos proposiciones incidentes: la primer es determinativa, porque determina la palabra *doctrina*, que es general, á la que afirma que el soberano bien del hombre está en la voluptuosidad del cuerpo, por lo cual no se

podia sin absurdo sustituir al *que* la palabra doctrina, diciendo: La doctrina coloca el soberano etc. La segunda proposicion incidente es, *que ha sido enseñada por Epicuro*, y el sugeto á que se refiere, la doctrina que coloca el soberano bien etc., señala una doctrina singular ó individual, capaz de diversos accidentes, como de ser sostenida por diversas personas, por lo cual el relativo es esplicativo, y puede sustituirse el sugeto á que se refiere diciendo: *La doctrina que coloca el soberano bien en la voluptuosidad del cuerpo, ha sido enseñada por Epicuro.*

Para juzgar con exactitud de la naturaleza de estas proposiciones y para saber si el *que* es determinativo ó esplicativo es menester á menudo tener mas en cuenta el sentido y la intencion del que habla, que la sola espresion de ellas.

DE LA FALSEDAD QUE PUEDE HALLARSE EN LOS TÉRMINOS COMPLEXOS Y EN LAS PROPOSICIONES INCIDENTES.—Lo que acabamos de decir puede contribuir á resolver una cuestion importante, que es saber si no se puede hallar la falsedad sino en las proposiciones y si no la hay en las ideas y en los términos simples.

Hablamos de la falsedad mas bien que de la verdad, porque existe una verdad en las cosas con respecto á Dios, sea que los hombres piensen en ella ó que no piensen, pero no puede haber falsedad sino con relacion al entendimiento del hombre, que juzga falsamente que una cosa es lo que no es.

Se pregunta, pues, si esta falsedad no se encuentra sino en las proposiciones y en los juicios.

Ordinariamente se responde que nó, lo que es verdad en un sentido, pero no impide que haya algunas veces falsedad, nó en las ideas simples, sino en los términos complexos, porque para esto basta que haya algún jui-

cio y alguna afirmacion espresa ó virtual.

Esto lo veremos mejor considerando en particular las dos clases de términos complexos en que el relativo es explicativo ó determinativo.

Cuando el relativo *que* es explicativo puede haber falsedad porque el atributo de la proposicion incidente está afirmada del sugeto á que se refiere el relativo: v. g. *Alejandro, que es hijo de Filipo*, afirmo incidentalmente que el hijo de Filipo es Alejandro, en lo cual cabria falsedad si no lo fuera realmente. Pero la falsedad de la proposicion incidente no impide muchas veces la verdad de la proposicion principal: v. g. *Alejandro, que fué hijo de Filipo, ha vencido á los persas*, cuya proposicion es verdadera, aunque Filipo no fuera padre de Alejandro, porque recae en este la afirmacion de la proposicion principal. Sin embargo, si el atributo de la proposicion principal digera relacion con la incidente, como: *Alejandro, hijo de Filipo, era nieto de Amintas*, entonces la falsedad de la proposicion incidente haria falsa tambien la principal.

Cuando el *que* es determinativo, como: *Los reyes, que aman á sus pueblos*, no es susceptible de falsedad esta proposicion, porque el atributo de lo incidente no está afirmado del sugeto al que el relativo se refiere. Pero si dijéramos: *Los entendimientos que son cuadrados son mas sólidos que los que son redondos*, las palabras cuadrado y redondo son incompatibles con la idea de entendimiento y deben estimarse falsas estas proposiciones por su misma incompatibilidad.

Hé aquí precisamente en qué consiste la mayor parte de nuestros errores. Hallando en nosotros dos ideas, la de la sustancia que piensa, y la de la sustancia estensa, sucede muchas veces que cuando consideramos que nuestra alma es la que piensa mezclamos con ella alguna cosa de la idea de la sustancia estensa, y así nos imaginamos

que es menester que nuestra alma ocupe un lugar como lo ocupa nuestro cuerpo; y que no existiría si no estuviese en alguna parte, que son cosas que no convienen sino al cuerpo. De aquí ha nacido el error impío de que nuestra alma es mortal. San Agustin dice que no hay nada mas fácil de conocer que la naturaleza de nuestra alma, pero que lo que confunde á los hombres es que queriendo conocerla no se contentan con saber que es una sustancia que piensa, que quiere y que sabe, sino que juntan á lo que es ella lo que no es, imaginándola bajo formas corpóreas.

A esta mezcla de ideas incompatibles deben atribuirse todas las murmuraciones de los hombres contra Dios, pues seria imposible murmurar de él concibiéndolo tal como es verdaderamente, todopoderoso, todo sabio, todo bueno; pero concibiéndolo todopoderoso y como soberano de todo el mundo, se le atribuyen todas las desgracias que nos suceden, porque al propio tiempo se le concibe cruel é injusto, lo que es incompatible con su suma bondad.

DE LAS PROPOSICIONES COMPLEXAS SEGUN LA AFIRMACION Ó LA NEGACION Y DE LAS MODALES.—Hay otras proposiciones que son complexas, porque hay incidentes que no miran sino la forma de la proposicion, es decir, la afirmacion ó la negacion que está espresada por el verbo, como: *Yo sostengo que la tierra es redonda*. Yo sostengo es una proposicion incidente que debe formar parte de alguna cosa en la proposicion principal, y sin embargo no compone parte ni del sugeto ni del atributo, que es simplemente, *la tierra es redonda*. Así no recae sino en la afirmacion espresada de dos maneras, la una con el verbo *es* y la otra con el verbo *yo sostengo*.

Lo propio sucede cuando se dice: *Yo niego. Es cierto. No es cierto* que se añade á una proposicion, lo que apoya

la verdad, como: *Las razones astronómicas nos convencen de que el sol es mucho mayor que la tierra*, pues esta primera parte no es mas que el apoyo de la afirmacion.

Sin embargo, debemos observar que algunas proposiciones de esta clase son ambiguas, y pueden ser tomadas diferentemente segun la intencion del que las profiere, como: *Todos los filósofos nos aseguran que las cosas de peso caen hácia abajo por sí mismas*. Si mi designio es manifestar que estoy de acuerdo con esta doctrina, la primera proposicion no será mas que incidente, y no hará sino apoyar la afirmacion de la segunda parte, pero si no trato mas que de referir la opinion de los filósofos, sin que yo la apruebe, entonces la primera parte será la proposicion principal y la última una parte del atributo, pues lo que yo afirmaré no será que las cosas de peso caen por sí mismas, sino solamente que los filósofos lo aseguran.

De estas proposiciones cuya complexion recae en el verbo y no en el sugeto ni en el atributo han distinguido los filósofos las llamadas modales, porque la afirmacion ó la negacion está modificada en ellas por las palabras *posible, imposible, necesario* etc. Los gramáticos las llaman oraciones impersonales de afirmacion ó de negacion.

DE LAS DIVERSAS CLASES DE PROPOSICIONES COMPUESTAS.—

Ya hemos dicho que las proposiciones compuestas son las que tienen un doble sugeto ó un doble atributo, pero las hay de dos clases: las unas en que la composicion está espresamente señalada, y las otras en que se halla mas oculta.

La primera clase se puede reducir á seis especies: las copulativas y las disyuntivas; las condicionales y las causales; las relativas y las discretivas.

Llámanse copulativas las que encierran ó muchos sugetos ó muchos atributos por una conjuncion afirmativa

ó negativa. Ejemplo: La ciencia *y* la riqueza no hacen al hombre dichoso.

Las disyuntivas desunen los sujetos ó los atributos: v. g. Una muger ama *ó* aborrece: no hay para ella término medio. Toda accion es buena *ó* mala.

Las condicionales unen dos partes por la condicion *si*, cuya primera se llama antecedente y la segunda consecuente: v. g. *Si* Dios es justo, los malos serán castigados. *Si* la paciencia es una virtud, hay virtudes penosas.

Las causales contienen dos proposiciones enlazadas por una palabra de causa: v. g. Desgraciados de los ricos, *porque* tienen su consuelo en este mundo.

Las relativas son las que encierran alguna comparacion ó relacion: v. g. *Donde* tiene el tesoro, tiene el corazon. *Como* ha sido su vida *tal* será su muerte.

Las discretivas son aquellas en que se hacen juicios diferentes: v. g. La fortuna puede quitar el bien, *pero* no puede quitar la sabiduría. La felicidad no depende de la riqueza, *sino* de la sabiduría.

Obsérvese que las copulativas son contradictorias de las discretivas.

DE LAS PROPOSICIONES COMPUESTAS EN EL SENTIDO.—Hay otras proposiciones compuestas, cuya composicion está mas oculta, las que pueden reducirse á cuatro especies, á saber: exclusivas, esceptivas, comparativas é inceptivas ó desitivas.

Llámanse exclusivas las que denotan que un atributo conviene á un sugeto, y que no conviene sino á aquel sugeto solo, lo que es dar á entender que no conviene á otros, de donde se sigue que encierra dos juicios diferentes: v. g. *Solo* Dios es la causa de las causas. *No hay* mas felicidad verdadera que la felicidad eterna.

Las esceptivas son aquellas en que se afirma una cosa

con todo el sugeto, á escepcion de alguno de los inferiores del mismo sugeto: v. g. Todas las sectas de los antiguos filósofos, *menos* la de Platon, tuvieron á Dios por un ser corpóreo. El avaro no hace nada bueno, *sino* es el morir.

Es necesario observar que son algo semejantes las proposiciones esclusivas y esceptivas y que á veces se cambian reciprocamente.

Las comparativas encierran dos juicios, porque es lo que sucede cuando se afirma que una cosa es mas ó menos que otra: v. g. La *mayor* de todas las pérdidas es la de perder á un buen amigo.—La sabiduría vale *mas* que la fuerza.—El hombre prudente es *preferible* al valiente.

Las inceptivas ó desitivas son tan semejantes que hemos formado de entrambas una misma especie, pues consisten en que cuando una cosa ha comenzado á ser ó dejado de ser tal, formamos dos juicios, uno de lo que esta cosa era antes del tiempo de que se habla, y otro de lo que es despues, cuyos juicios se han llamado los unos inceptivos y los otros desitivos: v. g. Los judíos no comenzaron sino en el quinto siglo despues de Jesucristo á servirse de puntos para señalar las vocales. Esta proposicion se contradice en una y otra relacion en los dos tiempos diferentes.

Es muy esencial tener presente que hay proposiciones que no pueden contestarse bien por un *si* ó por un *no*, porque forman dos sentidos, en cuyo caso es necesario satisfacerlas mas detenidamente para extinguir su ambigüedad. Si hablando de un juez se dice, por ejemplo, *si deja de vender la justicia*, y respondemos sí, puede dar á entender que no ha dejado de venderla en otras ocasiones.

REGLA PARA RECONOCER EN ALGUNAS PROPOSICIONES DIFÍCILES CUAL ES EL SUGETO Y CUAL EL ATRIBUTO.—La única y ver-

dadera regla es mirar por el sentido aquello de que se afirma y lo que se afirma. El primero es siempre el sugeto y el segundo el atributo cualquiera que sea el orden en que se encuentren: v. g. *es vergonzoso ser esclavo de sus pasiones*, en donde se conoce por el sentido que lo que se afirma es lo que es *vergonzoso*, y por consiguiente que este es el atributo y el sugeto el *esclavo de sus pasiones*.

El sugeto y el atributo son todavía mas difíciles de reconocer en las proposiciones complejas: v. g. *Un Dios hecho hombre ha sido el que nos ha rescatado*, cuya construcción natural es: *El que nos ha rescatado ha sido un Dios hecho hombre*.

DE LOS SUJETOS CONFUSOS EQUIVALENTES A DOS SUJETOS. --

Cuando dos ó mas cosas semejantes se suceden una á otra en el mismo lugar, especialmente cuando no hay diferencia sensible, no se distinguen por lo regular en el discurso. Así, hablando de una iglesia que hubiera sido quemada y reedificada, se diría: *Esta iglesia fué quemada hace diez años, y ha sido reedificada en el año anterior*. Obsérvese que la iglesia quemada no es la misma que la reciénconstruida, por mas que ocupe el mismo lugar y que se haya levantado por el modelo de la anterior. Una persona que se halle en Cádiz podrá decir: *En esta ciudad estuvieron los Fenicios hace mas de 3000 años*, lo que no es enteramente exacto, por mas que los Fenicios habitasen la Isla Gaditana. Es, pues, muy importante en las proposiciones tener en cuenta el tiempo y las circunstancias del sugeto para no confundirlos.

OBSERVACIONES PARA RECONOCER SI LAS PROPOSICIONES SON UNIVERSALES Ó PARTICULARES. — 1.º Es menester distinguir dos clases de universalidad, una que puede llamarse metafísica y otra moral.

La metafísica es cuando no tiene escepcion: *Todo lo que nace muere.*

La moral la que recibe alguna escepcion en rigor, pero que el uso la hace universal: *Todos los jóvenes son inconstantes.*

2.º Tambien son metafísicas las que pueden recibir alguna escepcion física de que no se hace mérito para su universalidad: v. g. *Todos los hombres tienen dos brazos.* Seria impertinente objetar que nacen mónstruos sin ellos, no obstante que son hombres.

3.º Las hay tambien universales porque el sugeto está restringido por una parte del atributo, sin lo cual serian particulares. *Todos los hombres son justos,* es particular, pero si añadimos *por la gracia de Jesucristo* se convierte en universal.

En la Escritura se encuentra un gran número de estas proposiciones. Otro ejemplo: *Como todos mueren por Adan así todos serán vivificados por Jesucristo.* Esto dice S. Pablo, no obstante que una infinidad de paganos hayan muerto infieles, lo que quiere decir á la letra: Como todos los que mueren, mueren por Adan, todos aquellos tambien, que son vivificados, lo son por Jesucristo.

4.º Es cuestion célebre entre los filósofos saber si las proposiciones indefinidas deben considerarse como universales: v. g. *Todo hombre es razonable.* Lo mas natural parece que cuando se atribuye alguna cualidad á un término comun la proposicion indefinida debe pasar por universal. En materia de doctrina son universales las proposiciones indefinidas: v. g. *Los ángeles no tienen cuerpo.*

5.º Es menester que jamás se olvide este principio de equidad, que teniendo escepcion la mayor parte de las reglas no dejan de conservar su fuerza en las cosas que no están comprendidas en la escepcion.

6.º En aquellas proposiciones en que se da á los sig-

nos el nombre de las cosas, de que ya he hablado en el capítulo anterior, es muy importante tener presente que no pueden generalizarse estas proposiciones sino despues de haber precedido la preparacion conveniente, que es cuando se tiene derecho á suponer que son ya los nombres mirados como signos. Hablo, pues, de la diferencia de significado que podremos dar á una cosa con arreglo á la idea que hemos concebido de ella, para lo cual se requiere esencialmente que asentemos con solidez las razones que nos han movido al nuevo signo ó definicion de las cosas.

DE LA DIVISION Y DE LA DEFINICION.—Estas dos proposiciones son de gran uso en las ciencias.

La division es la parte de un todo, pero como hay dos clases de todo hay tambien dos clases de divisiones. Hay un *todo* compuesto de muchas partes realmente distintas y cuyas partes se llaman *integrantes*, como cuando se divide una casa en sus departamentos, un cuerpo en sus miembros. Esta division se llama propiamente *partition*, y su sola regla es hacer separaciones bien exactas y á las que nada falte.

El otro *todo* tiene sus partes *inferiores*, porque este todo es un término comun y sus partes son el sugeto comprendido en su estension, como la palabra *animal* es un todo cuyos inferiores son *hombre* y *bestia*. En esta division hay que advertir lo siguiente:

1.º Cuando se divide el género por sus especies, v. g. Toda sustancia es cuerpo ó espíritu.

2.º Cuando se divide el género por sus diferencias: v. g. Todo animal es razonable ó privado de razon.

3.º Cuando se divide un sugeto comun por los accidentes opuestos de que es capaz, ó segun sus diversos inferiores: v. g. Todo astro es luminoso por sí mismo, ó

solamente por reflexion. Todo cuerpo está en movimiento ó en reposo. Todos los pueblos se sirven para expresarse ó de la palabra solamente ó de la escritura además de la palabra.

4.º Cuando es un accidente en sus diversos sugetos como la division de los bienes en los de espíritu y de cuerpo.

Las reglas de la division son: 1.º Que sea entera, es decir, que los miembros de la division comprendan toda la estension del término que se divide, como *par* é *impar* comprende toda la estension del término de *número*.

No hay nada que produzca tantos ratiocinios falsos como la falta de atencion á esta regla, y lo que engaña es que hay términos que parecen enteramente opuestos y que sin embargo tienen término medio. Así entre ignorante y sabio hay una mediacion que no es lo primero ni lo segundo. Entre el dia y la noche hay el crepúsculo. Algunas veces es doble este medio, como entre la timidez que lo teme todo y la temeridad que nada teme, está el valor que no se arredra de los peligros y una precaucion razonable que procura evitar aquellos peligros á que no cree deber esponerse.

La segunda regla que es una continuacion de la primera consiste en que los miembros de la division sean opuestos, pero no es necesario que todas las diferencias sean positivas. Así la diferencia de la bestia con el hombre no es mas que la privacion de la razon, que no es nada positivo. La imparidad no es mas que la negacion de la divisibilidad en dos partes iguales. No obstante siempre que es posible deben preferirse los términos positivos. Hé aquí por qué la division de la sustancia en la que piensa y en la estensa es mucho mejor que la comun, en la que es material y la que es inmaterial.

La tercera es una continuacion de la segunda y re-

quiere que el uno de los miembros no esté tan encerrado en el otro que este pueda ser afirmado de él, pues la línea está encerrada en la superficie como el término de la superficie, y la superficie en el sólido como el término del sólido. Pero esto no impide que la estension se divida en la línea, superficie y sólido, porque no puede decirse que la línea sea superficie ni la superficie sólido. Tampoco pueden dividirse las opiniones en verdaderas, falsas y probables, porque toda opinion probable es verdadera ó falsa, pero pueden dividirse primeramente en verdaderas y en falsas, y despues dividir las unas y las otras en ciertas y en probables. Por último, para mayor claridad de las ciencias no se deben desechar las divisiones en tres miembros, y mucho mas todavía cuando de suyo son naturales y ahorran subdivisiones forzadas para hacerlas siempre en dos miembros, pues entonces en vez de aliviar el entendimiento que es el principal fruto de la division, lo que se consigue es fatigarlo mucho mas con las subdivisiones.

DE LA DEFINICION LLAMADA DEFINICION DE COSA.—En el capítulo anterior he hablado detenidamente de las definiciones del nombre, y manifestado que no deben confundirse con las definiciones de las cosas, porque aquellas son arbitrarias en vez de que estas no dependen de nosotros, sino de lo que está contenido en la verdadera idea de una cosa y no deben ser tomadas por principios, pero sí ser consideradas como proposiciones que deben ser confirmadas por la razon, y que pueden ser combatidas. De esta definicion de cosas es de la que vamos á ocuparnos aquí.

Hay dos clases: una mas exacta que conserva el nombre de definicion; otra menos exacta que se llama descripcion.

La mas exacta es la que esplica la naturaleza de una cosa por sus atributos esenciales, llamándose *género* los que son comunes, y *diferencia* los que son propios.

Así se define el hombre un animal racional: el alma, una sustancia que piensa: el cuerpo, una sustancia extensa: Dios, el Ser perfecto. Por lo mismo es menester que lo que se pone por género en la definicion sea el género próximo del definido, y no solamente el género remoto.

Se define tambien algunas veces por las partes integrantes, como cuando se dice que el hombre es una cosa compuesta de un espíritu y de un cuerpo, pero aun entonces hay algo que hace veces del género como las palabras cosa compuesta y el resto corresponde á la diferencia.

La definicion menos exacta que se llama descripcion, es la que dá conocimiento de una cosa por los accidentes que le son propios, y que la determinan lo bastante para dar una idea que pueda discernirla de las demás.

Las comprendidas en esta clase describen los animales, los frutos etc. por su figura, su tamaño, su color y otros accidentes semejantes. De esta naturaleza son las descripciones de los poetas y de los oradores.

Hay tambien definiciones ó descripciones que se hacen por la causa, por la manera, forma, fin etc. como definir un relox, una máquina compuesta de diversas ruedas, cuyo movimiento acompasado señala la hora.

Tres cosas son necesarias á una buena definicion: que sea universal, que sea propia y que sea clara

1.^a Es menester que la definicion sea universal, es decir, que comprenda todo el definido. Hé aquí por qué la definicion comun del tiempo que es *la medida del movimiento*, no es buena, porque hay grande apariencia de que el tiempo no mida menos el reposo que el movimiento,

pues se dice tambien que una cosa ha estado tanto tiempo en reposo, como se dice que ha estado en movimiento durante tanto tiempo; de modo que parece que el tiempo no sea otra cosa que la duracion de la criatura en cualquier estado que sea.

2.^a Es menester que la definicion sea propia, esto es, que no convenga sino al definido. Por esta razon no es buena la definicion comun de los elementos *un cuerpo simple corruptible*, pues los cuerpos celestes no siendo menos simples que los elementos, como juzgaron estos filósofos, no hay ninguna razon para creer que no se hagan en los cielos alteraciones semejantes á las que se hacen en la tierra, pues, sin hablar de los cometas que hace ya mucho tiempo sabemos que no están formados de exhalaciones de la tierra, como se lo habia figurado Aristóteles, se han descubierto tambien manchas en el sol, que parece se forman en él y se disipan al modo de nuestras nubes, aunque sean cuerpos mayores.

3.^a Es menester que sea clara una definicion á fin de que nos dé una idea mas distinta de la cosa que se define, y que en cuanto sea posible nos haga comprender su naturaleza, de modo que pueda ayudarnos á esclarecer sus principales propiedades.

Hé aquí las reglas de la division y de la definicion que son de un uso tan importante en las ciencias.

DE LA CONVERSION DE LAS PROPOSICIONES DONDE SE ESPLICA LA NATURALEZA DE LA AFIRMACION Y DE LA NEGACION.—
De la conversion de las proposiciones dependen los fundamentos de toda argumentacion, y para tratar bien este punto será indispensable repetir algo de lo que he dicho acerca de la afirmacion y de la negacion, y explicar la naturaleza de una y otra.

Es cierto que no podemos espresar una proposicion

sin servirnos de dos ideas una para el sugeto y otra para el atributo, y otra palabra que denote la union que concibe nuestro entendimiento. Esta union no puede espresarse mejor que con las mismas palabras de que nos servimos para afirmar: es claro, pues que la naturaleza de la afirmacion es unir é identificar por decirlo así el sugeto con el atributo, porque esto significa la palabra *es*.

De aquí se sigue que es de la naturaleza de la afirmacion poner el atributo en todo lo que esté espresado en el sugeto segun la estension que tenga en la proposicion, como cuando digo que *todo hombre es animal*, quiero decir y significo que todo lo que es hombre es tambien animal, y así concibo el animal en todos los hombres. Pues si digo solamente *algun hombre es justo*, no pongo *justo* en todos los hombres, sino solamente en algunos.

Pero es menester igualmente considerar aquí lo ya dicho, que en las ideas es preciso distinguir la comprension de la estension, y que la comprension denota los atributos contenidos en una idea, y la estension los sugetos que contiene esta idea; porque de aquí se sigue que una idea está siempre afirmada segun su comprension, pues quitándole cualquiera de sus atributos esenciales se destruye ó aniquila enteramente y deja de ser la misma idea; por consiguiente cuando ella está afirmada lo está siempre segun todo lo que comprende en sí. Así cuando digo que *un rectángulo es un paralelógramo*, afirmo del rectángulo todo lo que está comprendido en la idea del paralelógramo, porque si hubiera alguna parte de esta idea que no conviniese al rectángulo se seguiría de esto que no le convendria la idea entera, sino una parte solamente; y partiendo la palabra paralelógramo, que significa la idea total, deberia ser negada y no afirmada del rectángulo.—Ya veremos que este es el principio de todos los argumentos afirmativos.

Y por el contrario se deduce que la idea del atributo no está tomada en toda su estension á menos que su estension no fuese mayor que la del sugeto, pues si digo que *todos los impúdicos serán condenados*, no digo que ellos solos serán todos los condenados, sino que serán del número de ellos.

Así la afirmacion, poniendo la idea del atributo en el sugeto, es propiamente el sugeto el que determina la estension del atributo en la proposicion afirmativa, y la identidad que ella señala mira al atributo como estrechado en una estension igual á la del sugeto, y no en toda su generalidad si es que la tiene mayor que el sugeto, pues es cierto que los leones son todos animales, que cada uno de los leones encierra la idea de animal, pero no es cierto que ellos sean todos los animales.

He dicho que el atributo no está tomado en toda su generalidad si la tiene mayor que el sugeto, pues no estando restringido sino por el sugeto, si este es tan general como el atributo, es claro que entonces el atributo permanece en toda su generalidad, pues que tendrá tanta como el sugeto, y que suponemos que por su naturaleza no puede tener mas que él.

De aquí nacen estos cuatro axiomas indubitables.

1.^{er} AXIOMA.

El atributo está colocado en el sugeto por la proposicion afirmativa segun toda la estension que tenga el sugeto en la proposicion. Es decir, que si el sugeto es universal, el atributo está concebido en toda la estension del sugeto; y si el sugeto es particular, el atributo no está concebido sino en una parte de la estension del sugeto. Véanse los ejemplos anteriores.

2.^o AXIOMA.

El atributo de una proposicion afirmativa está afirmado

segun toda su comprension ; es decir , segun todos sus atributos.

Ibid.

3.^{er} AXIOMA.

El atributo de una proposicion afirmativa no está afirmado segun toda su estension, si es por sí misma mayor que la del sugeto.

Ibid.

4.^o AXIOMA.

La estension del atributo está estrechada por la del sugeto, de suerte que no significa mas que la parte de su estension que conviene al sugeto; como cuando se dice que los hombres son animales, la palabra animal no significa ya todos los animales sino solamente los animales que son hombres.

DE LA CONVERSION DE LAS PROPOSICIONES AFIRMATIVAS.—

Llámanse conversion de una proposicion cuando se muda el sugeto en atributo y el atributo en sugeto, sin que la proposicion deje de ser verdadera, si lo era antes. Esto se funda en que es imposible que dos cosas sean concebidas como identificadas, que es la mas perfecta de todas las uniones, sin que la union sea recíproca, es decir, que no se pueda hacer una afirmacion mútua de los dos términos unidos en la manera que son unidos. Hé aquí lo que se llama conversion.

Así como en las proposiciones particulares afirmativas, por ejemplo, cuando se dice *algun hombre es justo*, el sugeto y el atributo son los dos particulares, el sugeto *hombre* siendo particular por la particularidad que se añade á él, y el atributo *justo* siéndolo tambien porque habiéndose estrechado su estension por la del sugeto, no significa mas que la justicia que encierra algun hombre; es evidente que si algun hombre está identificado con algun justo está tambien identificado con algun hombre; y así

no hay mas que mudar simplemente el atributo en sugeto, guardando la misma particularidad, para convertir esta clase de proposiciones.

No puede decirse otro tanto de las proposiciones universales afirmativas á causa de que en ellas el sugeto es solo el universal, es decir, que es el tomado en toda su estension, y que el atributo al contrario está limitado y restringido, por lo cual cuando se le haga sugeto por la conversion será menester guardar su misma restriccion y añadir á él una señal que le determine, por temor de que no se le considere generalmente. Así cuando se dice que *el hombre es animal*, se une la idea de hombre con la de animal restringida á solo los hombres; y por lo mismo cuando se quisiera hacer con otra faz esta union empezando por el *animal* afirmando en seguida al *hombre*, es menester conservar á este término su misma restriccion para no equivocarse añadiendo alguna nota de determinacion.

De modo que porque las proposiciones afirmativas no puedan convertirse sino en particulares afirmativas, no se debe concluir que las universales no se conviertan menos propiamente que aquellas, sino que siendo compuestas de un sugeto general y de un atributo restringido, es claro que cuando se les convierte mudando el atributo en sugeto deben tener un sugeto restringido ó particular: v. g. El animal racional es el hombre.

De aquí pueden sacarse estas dos reglas.

1.^a REGLA.

Las proposiciones universales afirmativas se pueden convertir añadiendo una señal de particularidad al atributo que ha llegado á ser sugeto. Se exceptúan las ecuaciones.

2.^a REGLA.

Las proposiciones particulares afirmativas se deben convertir sin ninguna adición ni mudanza, es decir, conservando en el atributo convertido en sugeto la señal de particularidad que antes tenía.

Pero estas dos reglas pueden reducirse á una sola que las comprenda.

Siendo restringido el atributo por el sugeto en todas las proposiciones afirmativas, si se quiere convertir es menester conservar su restriccion, y por consiguiente agregarle una señal de particularidad, bien que el primer sugeto sea universal ó bien que sea particular.

Sin embargo, sucede frecuentemente que proposiciones universales afirmativas pueden convertirse en otras universales, pero es solamente cuando el atributo no tiene por sí mismo mas estension que el sugeto, como cuando se afirma la diferencia ó lo propio de la especie, ó la definicion del definido, pues no estando restringido entonces el atributo puede quedar tan general como era al llegar á ser sugeto. *Todo hombre es racional. Todo racional es hombre.*

Pero no siendo verdaderas estas conversiones sino en casos determinados, no deben considerarse como comprendidas en la regla, pues que esta reclama que sean aquellas ciertas é infalibles por solo la disposicion de los términos.

DE LA NATURALEZA DE LAS PROPOSICIONES NEGATIVAS.—La naturaleza de una proposicion negativa no puede espresarse mas claramente que diciendo que es concebir que una cosa no es otra. Pero para que una cosa no sea otra no es necesario que no tenga nada de comun con ella, y basta que no tenga todo lo que tiene la otra, como basta para que una bestia no sea hombre que no tenga todo lo que tiene

el hombre y no es necesario que nada tenga de lo que hay en el hombre. De aquí nace este axioma.

3.º AXIOMA.

La proposicion negativa no separa del sugeto todas las partes contenidas en la comprension del atributo, pero sí separa la idea total y entera compuesta de todos estos atributos reunidos.

Cuando decimos que la materia no es una sustancia que piensa, no decimos por esto que no es sustancia, pero sí que no es sustancia *pensante*, que es la idea total y entera que negamos á la materia.

Sucede lo contrario con la estension de la idea, pues la proposicion negativa separa del sugeto la idea del atributo en toda su estension; y la razon es clara, pues ser sugeto de una idea, y estar contenido en su estension, no es otra cosa que encerrar esta idea, y por consiguiente cuando se dice que una idea no encierra otra, que es lo que se llama negar, se dice que no es ella uno de los sugetos de esta idea. Así si decimos que *el hombre no es un ser insensible* queremos decir que no es ninguno de los seres insensibles, y por consiguiente separamos á todos de él. De aquí procede este axioma.

6.º AXIOMA.

El atributo de una proposicion negativa está tomado siempre generalmente. Lo que tambien puede esplicarse mas detenidamente. Todos los sugetos de una idea negada de otra son tambien negados de esta otra idea, es decir, que una idea siempre es negada segun toda su estension.

No solamente las proposiciones negativas separan el atributo del sugeto en toda la estension del atributo, sino que tambien separan el atributo del sugeto en toda la estension que tiene el sugeto en la proposicion, es de-

cir, que ella lo separa universalmente si el sugeto es universal, y particularmente si es particular. Si decimos que *ningun vicioso es feliz* separamos todas las personas felices de todas las personas viciosas: *algun doctor no es docto*, separamos docto de algun doctor, lo que da lugar á este axioma.

7.º AXIOMA.

Todo atributo negado del sugeto, es negado de todo lo que está contenido en la estension que tiene este sugeto en la proposicion.

DE LA CONVERSION DE LAS PROPOSICIONES NEGATIVAS.—Como es imposible que se separen dos cosas totalmente sin que esta separacion no sea mútua y recíproca, es claro que cuando se dice que *ningun hombre es piedra*, se puede decir tambien que *ninguna piedra es hombre*, pues si alguna piedra fuera hombre este hombre seria piedra, y por consiguiente no seria cierto que ningun hombre fuese piedra. Así

3.ª REGLA.

Las proposiciones universales negativas se pueden convertir simplemente mudándole el atributo en sugeto, y conservando el atributo, llegado á ser sugeto, la misma universalidad que tenia el primer sugeto.

Pues el atributo en las proposiciones negativas está tomado siempre universalmente porque es negado en toda su estension; pero por esta razon misma no puede hacerse conversiones de proposiciones negativas particulares: y no se puede decir, por ejemplo, que *algun médico no es hombre* porque se dice que *algun hombre no es médico*. Esto procede de la naturaleza misma de la negacion que acabamos de explicar. y es que en las proposiciones negativas el atributo está siempre tomado universalmente y en toda su estension; de modo que cuando

un sugeto particular llega á ser atributo por la conversion en una proposicion negativa particular, se convierte en universal y muda de naturaleza contra las reglas de la verdadera conversion, que no debe mudar la restriccion ó la estension de los términos. Así en esta proposicion, *algun hombre no es médico*, el término de hombre está tomado particularmente, pero en esta falsa conversion, *algun médico no es hombre*, la palabra hombre está tomada universalmente. Pero si decimos *alguna figura no es triángulo*, no se sigue de aquí que haya triángulos que no estén figurados, así como tampoco puede dudarse de que algunos hombres no sean médicos.

CAPITULO XIX.

DEL RACIOCINIO.

"Si entrase la sabiduría en tu corazon, y la ciencia agradare á tu alma; el consejo te guardará, y la prudencia te conservará."

Prov. cap. 2.^o v. 10 y 11.

Esta parte, que comprende las reglas del raciocinio, es tenuta por la mas importante de la lógica, pero hay motivos fundados para dudar de si es tan útil como se imagina. La mayor parte de los errores de los hombres procede mucho mas de lo que raciocinan sobre falsos principios, que no de lo que raciocinan mal siguiendo sus principios. Rara vez sucede que nos dejemos engañar por raciocinios que no sean falsos, sino porque la consecuencia esté mal sacada; y así los que no sean capaces de reconocer la falsedad por la luz de la razon, partiendo de principios ciertos, no lo serán tampoco de oir las reglas que se les enseñen.

DE LA NATURALEZA DEL RACIOCINIO Y DE SUS DIVERSAS ESPECIES.—La necesidad del raciocinio está fundada en los límites del entendimiento humano, que teniendo que juzgar de la verdad ó de la falsedad de una proposicion,

llamada entonces *argumentacion* no siempre lo puede hacer por la consideracion de las dos ideas que la componen, cuyo sugeto se llama tambien *término menor*, porque es menos estenso que el atributo, y este se llama *término mayor* por la razon contraria. Cuando no basta considerar dos ideas para juzgar si debemos afirmar ó negar una de otra, es necesario recurrir á una tercera idea, incomplexa ó complexa, segun lo explicado ya acerca de los términos complexos, y esta tercera idea es el *término medio*.

Para hacer la comparacion de dos ideas por medio de esta tercera idea, de nada nos serviria compararla con uno de los dos términos. Si queremos saber, por ejemplo, si el alma es espiritual, y que no penetrándolo desde luego busquemos para esclarecerla la idea del pensamiento, es obvio que seria inútil comparar el pensamiento con el alma si no concebimos en el pensamiento ninguna relacion con el atributo de espiritual, por cuyo medio podemos juzgar de si conviene ó no al alma. Diremos, por ejemplo, *el alma piensa*, pero no podremos concluir, *luego es espiritual* si no concebimos ninguna relacion entre el término de pensar y el de espiritual.

Es menester, pues, que este término medio se compare lo mismo con el sugeto ó *menor* que con el atributo ó *mayor*, bien sea por separado con cada uno de estos términos, como en los silogismos que se llaman *simples* por esta razon, ó bien sea simultáneamente con los dos términos, como en los argumentos llamados *conjuntivos*.

Pero en uno y en otro caso esta comparacion requiere dos proposiciones.

Hablaremos particularmente de los argumentos conjuntivos, pues por lo que hace á los simples es claro que comparado una vez el medio con el atributo de la conclusion, lo que no puede efectuarse sino afirmando ó negando, hace la proposicion llamada mayor. Y siendo otra vez

comparado con el sugeto de la conclusion, compone la que se llama menor, y en seguida la conclusion, que es la proposicion misma que teniamos que probar y que antes de ser probada se llamaba *argumentacion* ó *cuestion*.

Es bueno advertir que las dos primeras proposiciones se llaman tambien *premisas* porque están ya concebidas en el entendimiento antes de la conclusion, que debe ser una consecuencia necesaria, si es bueno el silogismo, es decir, que supuesta la verdad de las premisas es indispensable que la conclusion sea verdadera.

Es cierto que no siempre se espresan las dos premisas, porque á veces basta una sola para que conciba dos el entendimiento; y cuando no se espresan así mas que dos proposiciones, se llama entonces *entimema* esta clase de raciocinio, que es un verdadero silogismo en el entendimiento, porque está suplida la proposicion que ha dejado de espresarse; pero que es imperfecto en la espresion, y no concluye sino en virtud de esta proposicion sobreentendida.

Ya hemos dicho que en un raciocinio hay á lo menos tres proposiciones, pero puede haber muchas mas sin que por esto sea defectuoso, con tal que se guarden siempre las reglas; pues si despues de haber consultado una tercera idea para saber si un atributo conviene ó no conviene á un sugeto, y de haberlo comparado con uno de los términos, no sabemos todavía si conviene ó no conviene al segundo término; en este caso podriamos escoger un cuarto término para esclarecernos, y un quinto si aquel no bastase, hasta que viniéramos á parar á uno queligase el atributo de la conclusion con el sugeto.

Al dudar, por ejemplo, de *si los avaros son miserables*, podremos considerar desde luego que los avaros están llenos de deseos y pasiones. Si esto no nos da lugar á concluir, *luego son miserables*, examinaremos lo que es estar

lento de deseos, y hallaremos en esta idea la de faltar muchas cosas que se desean, y la miseria en esta privacion de lo que se desea, lo que nos dará lugar á formar este racionio: *Los avaros están llenos de deseos: los que están llenos de deseos carecen de muchas cosas, porque es imposible satisfacer todos los deseos. Los que carecen de lo que desean son miserables; luego los avaros son miserables.*

Estos racionios compuestos de varias proposiciones, cuya segunda depende de la primera, y así de las demás, se llaman *sorites*, y son los mas comunes en las matemáticas. Pero porque siendo largos se cansa el entendimiento en seguirlos y por cuanto el número de tres proposiciones es bastante proporcionado para la estension de nuestro entendimiento, se ha fundado en esto las reglas de los buenos y de los malos silogismos, es decir, de los argumentos de tres proposiciones; lo que es conveniente seguir, porque las que se establecen pueden aplicarse fácilmente á todos los racionios compuestos de muchas proposiciones.

DIVISION DEL SILOGISMO EN SIMPLE Y EN CONJUNTIVO, Y DE LOS SIMPLES INCOMPLEXOS Y COMPLEXOS.—Los silogismos son ó *simples* ó *conjuntivos*. Los simples son aquellos cuyo medio se junta por separado con cada uno de los términos de la conclusion. Los conjuntivos aquellos en que se junta al mismo tiempo con los dos. Así este argumento es simple.

Todo buen príncipe es amado de sus súbditos:

Todo rey piadoso es buen príncipe;

Luego todo rey piadoso es amado de sus súbditos. Porque el medio está junto con el *rey piadoso*, que es el sujeto de la conclusion, y con *amado de sus súbditos*, que es el atributo.

Pero este es conjuntivo por una razon contraria.

Si un Estado electivo está sujeto á las divisiones, no es de larga duracion.

Un Estado electivo está sujeto á las divisiones.

Luego un Estado electivo no es de larga duracion, puesto que el *Estado electivo* que es el sugeto y de *larga duracion*, que es el atributo, se comprenden en la mayor.

Como estas dos clases de silogismos tienen sus reglas por separado, trataremos de ellas del mismo modo.

Los silogismos simples, que son aquellos en que el medio se junta separadamente con cada uno de los términos de la conclusion, son tambien de dos clases.

Los primeros son aquellos, en que cada término se junta por entero con el medio, esto es, con el atributo todo entero en la mayor, y con el sugeto todo entero en la menor.

Los segundos son los de conclusion complexa, esto es, compuesta de términos complexos en los cuales no se toma mas que una parte del sugeto ó una parte del atributo para unir con el medio en una de las proposiciones, y se toma todo lo demás que ya no es sino un solo término, para unirlo con el medio en la otra proposicion, como en el argumento siguiente.

La ley de España ordena honrar á los reyes:

Isabel II es reina de España;

Luego la ley de España ordena honrar á Isabel II.

Llamaremos la primera clase de estos argumentos, clase incomplexa, y la segunda complexa; pero no porque todos aquellos en que haya proposiciones complexas sean de esta última clase, sino porque no hay ninguno de estos últimos en que no haya proposiciones complexas.

Aunque las reglas que se dan ordinariamente para los silogismos simples puedan aplicarse á los silogismos complexos invirtiendo el orden, no obstante, porque la fuerza de la conclusion no depende de esta inversion, no aplicaremos aquí las reglas de los silogismos simples sino á los incomplexos, reservándonos el tratar aparte de los complexos.

REGLAS GENERALES DE LOS SILOGISMOS SIMPLES INCOM-
PLEXOS.—No pudiendo sacarse toda clase de conclusiones
de toda clase de premisas, existen reglas generales que
hacen patente que una conclusion no puede ser bien sa-
cada en un silogismo en que no estén observadas. Estas
reglas están fundadas en los axiomas que hemos estableci-
do en el capítulo anterior al hablar de la naturaleza de
las proposiciones afirmativas y negativas, universales y
particulares á cuyos axiomas nos referimos.

1.^a REGLA.

*El término medio no puede ser tomado dos veces particu-
larmente, pero debe ser tomado á lo menos una vez universal-
mente.*

Ejemplo. Si algunos ricos son estúpidos
y todo rico es distinguido,
hay estúpidos distinguidos.

2.^a REGLA.

*Los términos de la conclusion no pueden ser tomados mas
universalmente en la conclusion que en las premisas.*—La
razon es porque no puede concluirse nada de lo particular
á lo general, pues porque algun hombre sea negro no
puede concluirse que todos lo sean.

3.^a REGLA.

No puede concluirse nada de dos proposiciones negativas.
—De que los españoles no son turcos ni los turcos son
cristianos, no se sigue que los españoles no sean cristianos.

4.^a REGLA.

*No puede probarse una conclusion negativa por dos pro-
posiciones afirmativas.*—Pues de que los dos términos de
la conclusion estén unidos por un tercer término no se

puede probar que estén desunidos entre sí.

5.^a REGLA.

La conclusion sigue siempre la parte mas débil, es decir, que si una de las dos proposiciones es negativa, debe ser negativa; y si hay una particular, debe ser particular.

La prueba es que si hay una proposicion negativa, el medio está desunido de una de las partes de la conclusion, y por lo mismo es incapaz de unirlos, lo que es necesario para concluir afirmativamente. Si hay una proposicion particular, la conclusion no puede ser general.

6.^a REGLA.

Nada se concluye de dos proposiciones particulares, porque nada puede concluirse de un silogismo cuyo medio esté tomado dos veces particularmente.

DE LAS FIGURAS Y DE LOS MODOS DEL SILOGISMO EN GENERAL.—La disposicion de las tres proposiciones segun sus cuatro diferencias A E I O, se llama *modo*.

Y la disposicion de los tres términos, es decir, del medio con los tres términos de la conclusion, se llama *figura*.

Hay diez modos concluyentes

Cuatro afirmativos y seis negativos.

A A A

A I I

A A I

I A I

E A E

A E E

E A O

A O O

O A O

E I O

Pero no quiere decir esto que no haya mas que diez especies de silogismos, porque cada uno de estos modos

puede ser de diversas especies, y consiste en la diferente disposicion de los tres términos que hemos dicho llamarse figura.

Pero esta disposicion de los tres términos no debe mirar sino las dos primeras proposiciones, porque la conclusion está supuesta antes que se haga el silogismo para probarla. Y así no pudiendo colocarse el medio sino de cuatro maneras diferentes con los dos términos de la conclusion, no hay mas que cuatro figuras posibles.

Pues ó el medio es sugeto en la mayor y atributo en la menor, 1.^a figura.

O es atributo en la mayor y en la menor, 2.^a figura.

O es sugeto en la una y en la otra, 3.^a figura.

O es en fin atributo en la mayor y sugeto en la menor, 4.^a figura.

REGLAS, MODOS Y FUNDAMENTOS DE LA PRIMERA FIGURA.—

El medio es sugeto en la mayor y atributo en la menor.

1.^a REGLA.

Es menester que la mayor sea afirmativa.

2.^a REGLA.

La mayor debe ser universal.

No puede tener esta figura mas que cuatro modos.

Dos afirmativos y dos negativos.

A A A			E A E		
A	I	I	E	I	O

Fundamento de la primera figura.—Está fundada en dos principios: uno para los modos afirmativos y otro para los negativos.

Principio de los modos afirmativos.—Lo que conviene á una idea tomada universalmente, conviene tambien á

todo aquello de que es afirmada esta idea, ó que es el sugeto de esta idea, ó que está comprendido en la estension de esta idea, pues estas espresiones son aquí sinónimas.

Principio de los modos negativos.—Lo que es negado de una idea tomada universalmente, es negado de todo aquello de que esta idea es afirmada.

Solo la 1.^a figura concluye todo A E I O.

REGLAS, MODOS Y FUNDAMENTOS DE LA SEGUNDA FIGURA.—La segunda figura es aquella en que el medio es dos veces atributo.

1.^a REGLA.

Es menester que una de las dos primeras proposiciones sea negativa, y por consiguiente que la conclusion lo sea tambien por la sesta regla general. Pues si las dos fueran afirmativas, el medio que es siempre el atributo, seria tomado dos veces particularmente contra la 1.^a regla general.

2.^a REGLA.

La mayor debe ser universal.

La 2.^a figura no tiene mas que cuatro modos.

Dos afirmativos y dos negativos.

E	A	E	E	I	O
A	E	E	A	O	O

Principio de los argumentos 1.º y 3.º.—El mismo principio que sirve de fundamento á los argumentos negativos de la 1.^a figura.

Principio de los argumentos 2.º y 4.º.—Todo lo que está comprendido en la estension de una idea universal no conviene á ninguno de los sugetos de que se niega, estando tomado el atributo de una proposicion negativa en toda su estension.

REGLAS, MODOS Y FUNDAMENTOS DE LA TERCERA FIGURA.—
En esta figura el medio es dos veces sugeto.

1.^a REGLA.

La menor debe ser afirmativa.

2.^a REGLA.

No se puede concluir sino particularmente.

La 3.^a figura no tiene mas que seis modos.

Tres afirmativos y tres negativos.

—		—
A	A I	E A O
A	I I	E I O
I	A I	O A O

Fundamento de la 3.^a figura.—Principio de modos afirmativos.—Cuando dos términos pueden afirmarse de una misma cosa, pueden tambien afirmarse uno de otro tomados particularmente.

Principio de modos negativos.—Cuando de dos términos puede el uno ser negado y el otro afirmado de una cosa misma, pueden negarse particularmente uno de otro.

MODOS DE LA CUARTA FIGURA.—La 4.^a figura es aquella cuyo medio es atributo en la mayor y sugeto en la menor.

1.^a REGLA.

Cuando la mayor es afirmativa, la menor es siempre universal.

2.^a REGLA.

Cuando la menor es afirmativa, la conclusion es siempre particular.

3.^a REGLA.

En los modos negativos la mayor debe ser general.

La 4.^a figura no tiene mas que cinco modos.

Dos afirmativos y tres negativos.

—		—
A	A	I
I	A	I
	A	E
	E	A
	E	I
		O

DE LOS SILOGISMOS COMPLEXOS Y DE CÓMO PUEDEN REDUCIRSE A SILOGISMOS COMUNES.—Preciso es confesar que si hay algunos á quienes sirva la lógica, hay tambien muchos á quienes daña, y al mismo tiempo es menester reconocer que á los que mas daña es á aquellos que hacen ostentacion de ser buenos lógicos, porque se atienen mas bien á la forma de la regla que al sentido que encierra; lo que robustece nuestra teoría acerca de la insuficiencia de la razon cuando falta de un fundamento sólido se vale de sutilezas y de argucias con detrimento de la verdad.

Así, pues, debemos examinar la solidez de un raciocinio por la luz natural mas bien que por las formas; y uno de los medios de conseguirlo, cuando tropecemos con alguna dificultad es hacer otro ú otros raciocinios semejantes sobre diversas materias; y cuando veamos claramente que concluyen bien, no considerando sino el verdadero sentido, debemos tenerlos por buenos.

Pero los raciocinios que desde luego ofrecen mayor dificultad son los llamados *complexos*, nó precisamente porque contengan proposiciones complexas, sino porque siendo complexos los términos de la conclusion, no estén tomados por entero en cada una de las premisas para juntarse con el término medio, y si solamente una parte de una de ellas.—Como en este ejemplo:

El Sol es una cosa insensible:

Los persas adoraban al sol;

Luego los persas adoraban una cosa insensible:

En el que se ve que la conclusion, teniendo por atributo adoraban una cosa insensible, no se coloca sino una

parte en la mayor, á saber, *una cosa insensible*, y adoraban en la menor.

Respecto de estos silogismos estableceremos en primer lugar como se pueden reducir á silogismos incomplexos para juzgar de ellos por las mismas reglas, y en segundo daremos reglas mas generales para juzgar á primera vista de la bondad, ó del defecto de estos silogismos incomplexos, sin necesidad de ninguna reduccion.

Primer ejemplo.—Hemos dicho que todas las proposiciones compuestas de verbos activos son complexas en cierto modo; y de estas proposiciones se hacen argumentos cuya forma y cuya fuerza es difícil reconocer, como este que ya hemos propuesto.

La ley de España ordena honrar á los reyes:

Isabel II, es reina de España;

Luego la ley de España ordena honrar á Isabel II.

Este argumento es bueno, pues en la mayor la palabra *rey* está tomada generalmente por todos los reyes de España en particular, y por consiguiente Isabel II es de este número. Además la palabra *rey* que es *el medio*, no es el atributo en esta proposicion: *la ley de España ordena honrar á los reyes* aunque esté junto al atributo *ordena*, lo que es bien diferente, puesto que es verdaderamente atributo, está afirmado y conviene, siendo así que *rey* no está afirmado ni conviene á la ley de España. El atributo está restringido por el sugeto, y la palabra *rey* no lo está en dicha proposicion, pues que está tomada en un sentido general. Pero si se pregunta qué es lo que significa *rey* aquí, puede responderse fácilmente que es sugeto de otra proposicion contenida en esta, como si se digera: *La ley de España ordena que los reyes sean honrados*. Y del mismo modo en esta conclusion: *La ley de España ordena honrar á Isabel II*. Isabel II no es el atributo, aunque la palabra esté junta á él, sino el sugeto de la proposicion

contenida, pues es lo mismo que decir: *La ley de España ordena que sea honrada Isabel II.*

Así estas proposiciones quedan despejadas del modo siguiente:

*La ley de España ordena que los reyes sean honrados:
Isabel II es reina de España;*

Luego la ley de España ordena que Isabel II sea honrada.

Y es claro que todo el argumento consiste en estas proposiciones *mas* generales todavía.

Los reyes deben ser honrados:

Isabel II es reina;

Luego Isabel II debe ser honrada.

Este argumento corresponde á la primera figura.

Segundo ejemplo.—Por la misma razon este argumento que parece de la segunda figura y conforme á la regla de ella no vale nada.

Debemos creer la Escritura:

La tradicion no es la Escritura;

Luego no debemos creer la tradicion.

pues nada puede concluirse en la primera figura de una menor negativa.

Tercer ejemplo.—Hé aquí un argumento que siendo de la primera figura parece tener la menor negativa, y que sin embargo es bueno.

Todos aquellos á quienes no se puede quitar lo que aman están libres de las asechanzas de sus enemigos:

Cuando un hombre no ama sino á Dios no se le puede quitar lo que ama;

Luego todos aquellos que no aman mas que á Dios están libres de las asechanzas de sus enemigos.

Lo que hace que este argumento sea muy bueno es que la menor, aunque parece negativa, no lo es sino en apariencia, y que realmente es afirmativa. Pues que el su-

geto de la mayor, que debe ser atributo en la menor, no es precisamente *aquellos á quienes se puede quitar lo que aman*, sino al contrario, *aquellos á quienes no se puede quitar*, que es lo que se afirma de aquellos que no aman sino á Dios; de modo que el sentido de la menor es:

Todos los que no aman sino á Dios son del número de aquellos á quienes no se puede quitar lo que aman, lo que es visiblemente una proposicion afirmativa.

Cuarto ejemplo.—Esto sucede tambien cuando la mayor es una proposicion esclusiva, como:

Solo los amigos de Dios son felices:

Hay muchos ricos que no son amigos de Dios;

Luego hay muchos ricos que no son felices.

Pues la partícula *solo* hace que la primera proposicion de este silogismo valga tanto como estas dos: *Los amigos de Dios son felices. Todos los demás hombres que no son amigos de Dios no son felices*, y como de esta segunda proposicion depende la fuerza de este raciocinio, la menor, que parece negativa, llega á ser afirmativa, porque el sugeto de la mayor que debe ser atributo en la menor, no es *amigos de Dios*, sino *los que no son amigos de Dios*, de modo que todo el argumento se puede considerar así:

Todos los que no son amigos de Dios no son felices.

Hay muchos ricos que no son del número de los que no son amigos de Dios;

Luego hay muchos ricos que no son felices.

Pero lo que hace que no sea necesario espresar la menor de este modo, y que se le deje la apariencia de una proposicion negativa, es que vale lo mismo decir negativamente que un hombre *no es* amigo de Dios, que decir afirmativamente que *es* no amigo de Dios, esto es, del número de aquellos que no son amigos de Dios.

Quinto ejemplo.—Hay muchos argumentos semejantes cuyas proposiciones parecen todas negativas y que

sin embargo son muy buenos, porque una de ellas no es negativa sino en apariencia y sí realmente afirmativa, como acabamos de ver, y como se verá en este ejemplo.

Lo que no tiene partes no puede perecer por la disolucion de sus partes:

Nuestra alma no tiene partes;

Luego nuestra alma no puede perecer por la disolucion de sus partes.

Hay quienes de propósito forman esta clase de silogismos para manifestar que es menester conformarse con este axioma lógico: *Nada se concluye de puras negativas*; pero no han tenido en cuenta el sentido, pues que la menor de este silogismo, y otras semejantes, es afirmativa, porque el medio que es sugeto de la mayor, es el atributo. Ahora bien, el sugeto de la mayor no es *lo que tiene partes* sino *lo que no tiene partes*, y así el sentido de la menor es *nuestra alma, es una cosa que no tiene partes*, lo que es una proposicion afirmativa de un sugeto negativo.

Estas mismas personas quieren probar tambien que los argumentos negativos son algunas veces concluyentes, segun este ejemplo: *Juan no es razonable, luego no es hombre*. Pero debian considerar que este es un entimema, y que ningun argumento de estos concluye sino en virtud de una proposicion suplida, y que por consiguiente debe existir en el entendimiento aunque no esté espresada. En este ejemplo la proposicion sobreentendida es necesariamente afirmativa. *Todo hombre es razonable: Juan no es razonable; luego Juan no es hombre*. No puede decirse, pues, que este silogismo es de puras negativas, y por consiguiente los entimemas que no concluyen sino porque encierran silogismos enteros en la mente del que los hace, no pueden ser traídos como ejemplos para manifestarnos que hay algunas veces argumentos de puras negativas que concluyen.

PRINCIPIO GENERAL POR EL CUAL SE PUEDE JUZGAR DE LA BONDAD Ó DEL DEFECTO DE TODO SILOGISMO.—Hemos visto cómo se puede juzgar de si los argumentos complexos son concluyentes ó viciosos, reduciéndolos á la forma de los argumentos mas comunes, pero existen reglas generales por las cuales se reconoce mas fácilmente la bondad ó el defecto de toda suerte de silogismos.

Cuando se quiere probar una proposicion cuya verdad no parece evidente, lo mas acertado es hallar una proposicion mas conocida que contenga y confirme aquella, la cual por esta razon puede llamarse proposicion *contingente*. Pero sucede á veces que la proposicion que queremos probar no se contiene espresa sino implícitamente, y por eso la llamaremos *aplicativa*.

En los silogismos afirmativos es indiferente cual sea la que se llame *continente*, porque las dos contienen en algun modo la conclusion, y sirven mutuamente para manifestar que la otra la contiene. Por ejemplo, dudo de si un hombre vicioso es desgraciado, y ratiocino así.

Todo esclavo de sus pasiones es desgraciado:

Todo vicioso es esclavo de sus pasiones;

Luego todo vicioso es desgraciado.

Cualquiera de las dos proposiciones puede decirse que contiene la conclusion, pues la mayor en *esclavo de sus pasiones* contiene á *vicioso*, porque está encerrado en su estension y es uno de sus sugetos, como se ve en la menor. Y la menor la contiene tambien, porque esclavo de sus pasiones comprende en su idea la de *desgraciado*, como se ve en la *mayor*.

No obstante como la mayor es casi siempre mas general, se mira por lo comun como la proposicion *continente* y la menor como *aplicativa*.

En órden á los silogismos negativos, como no hay mas que una proposicion negativa, y la negacion no está

encerrada propiamente sino en la negacion, parece que debe tomarse siempre la proposicion negativa por la continente, y la afirmativa por la applicativa solamente, sea la mayor ó sea la menor la negativa. Pues si probamos por este argumento que ningun avaro es feliz,

Todo feliz está contento:

Ningun avaro está contento;

Luego ningun avaro es feliz.

es mas natural decir que la menor, que es negativa, contiene la conclusion, que es tambien negativa, y que la mayor es para manifestar que ella la contiene, pues esta menor *ningun avaro está contento*, separando totalmente *contento* de *avaro*, separa tambien *feliz*, porque segun la mayor, *feliz* está encerrado totalmente en la estension de *contento*.

Estas reglas sirven para manifestarnos que la conclusion está contenida en una de las primeras proposiciones, y que la otra la hace ver; y que los argumentos no son viciosos sino cuando estas reglas no se observan, así como siempre son buenos cuando se observan; pues todas estas reglas se reducen á dos principales que son el fundamento de las demás:

1.^a *Ningun término puede ser mas general en la conclusion que en las premisas*, lo que depende visiblemente de este principio general.

Las premisas deben contener la conclusion.

La 2.^a regla general es:

El medio debe ser tomado á lo menos una vez universalmente, lo que depende tambien de este principio.

La conclusion debe estar contenida en las premisas.

Pues suponiendo que queremos probar que *algun amigo de Dios es pobre*, y que nos servimos para ello de esta proposicion: *algun santo es pobre*, no podrá verse que esta proposicion contenga la conclusion, sino por otra pro-

posicion, cuyo medio que es *santo* sea tomado universalmente. Y para que *algun santo es pobre* contenga la conclusion *algun amigo de Dios es pobre*, es menester que el término *algun santo* contenga el término *algun amigo de Dios*, pues que para la otra ambas proposiciones lo tienen comun. Un término particular no tiene estension determinada y no contiene ciertamente sino lo que encierra en su comprension y en su idea, por consiguiente, á fin de que el término *algun santo* contenga el término *algun amigo de Dios*, es menester que amigo de Dios esté contenido en la comprension de la idea de *santo*.

Ahora bien, todo lo que está contenido en la comprension de una idea puede ser universalmente afirmado de ella. Todo lo que está encerrado en la comprension de la idea de *triángulo* puede ser afirmado de *todo triángulo*: todo lo que está encerrado en la idea de *hombre* puede ser afirmado de *todo hombre*: por consiguiente á fin de que *amigo de Dios* esté encerrado en la idea de *santo*, es menester que *todo santo sea amigo de Dios*; de donde se sigue que esta conclusion *algun amigo de Dios es pobre* no puede estar contenida en esta proposicion, *algun santo es pobre*, en que el medio *santo* no está tomado particularmente, sino en virtud de una proposicion en que esté tomado universalmente, pues que debe hacer ver que un *amigo de Dios* está contenido en la comprension de la idea de *santo*. Esto no puede mostrarse sino afirmando *amigo de Dios* de *santo* considerado universalmente, *todo santo es amigo de Dios*, por consiguiente, ninguna de las premisas contendria la conclusion, si estando considerado particularmente el medio en una de las proposiciones, no fuese considerado universalmente en la otra.

Otro ejemplo: *El deber de un cristiano es no alabar á aquellos que cometen acciones criminales*:

Los que se baten en duelo cometen acciones criminales;

Luego el deber de un cristiano es no alabar á los que se baten en duelo.

Aplicando las reglas que anteceden veremos si la conclusion está contenida en una de las dos proposiciones, y si la otra lo hace ver, y hallaremos que la primera proposicion es la que contiene la conclusion, y por consiguiente es bueno el argumento, sin necesidad de saber ni á qué figura, ni á qué modo se puede reducir.

DE LOS SILOGISMOS CONJUNTIVOS.—Llámanse así los que tienen de tal modo compuesta la mayor que encierra toda la conclusion. Pueden reducirse á tres géneros: Los *condicionales*, los *disyuntivos* y los *copulativos*.

De los condicionales.—Son aquellos cuya mayor es una proposicion condicional que contiene toda la conclusion:

Si hay un Dios es menester amarlo:

Hay un Dios;

Luego es menester amarlo.

La mayor tiene dos partes: la primera se llama antecedente, *si hay un Dios*, y la segunda consiguiente, *es menester amarlo*.

Este silogismo puede ser de dos suertes, porque de la misma mayor se pueden formar dos conclusiones.

La primera es cuando habiendo afirmado el consiguiente en la mayor, se afirma el antecedente en la menor, segun esta regla *poniendo el antecedente se pone el consiguiente*.

La segunda cuando se quita el consiguiente para quitarle el antecedente, segun esta regla: *quitando el consiguiente se quita el antecedente*.

Los argumentos condicionales son viciosos cuando la mayor es una condicion no razonable, como si concluyéramos el general del particular diciendo: si nos engañamos en alguna cosa nos engañamos en todo. Esta false-

dad es de dos maneras, cuando se infiere el antecedente del consiguiente y cuando de la negacion del antecedente se infiere la negacion del consiguiente.

De los disyuntivos.—Son aquellos cuya primera proposicion es disyuntiva, ó cuyas partes están ligadas por ó como este de Ciceron.

Los que han muerto á César son parricidas ó defensores de la libertad.

Estos no son parricidas;

Luego son defensores de la libertad.

Los hay de dos clases: la primera cuando se quita una parte para conservar otra, como en el ejemplo propuesto: la menos natural, es cuando se toma una de las partes para quitar la otra.

Esto es malo ó es bueno:

Es así que es bueno;

Luego no es malo.

La falsedad de estos silogismos, harto frecuentes por desgracia, reside en la mayor cuando no es exacta la division.

De los copulativos.—Llámanse así cuando se establece una proposicion copulativa con el objeto de conservar una parte para desechar la otra.

Un hombre no es al mismo tiempo siervo de Dios é idólatra de su dinero:

El avaro es idólatra de su dinero;

Luego no es siervo de Dios.

Esta clase de silogismos no concluye necesariamente cuando se quita una parte para sustituir otra, como puede verse en el siguiente ejemplo sacado de la misma proposicion.

Un hombre no es juntamente siervo de Dios é idólatra del dinero:

Los pródigos no son idólatras del dinero;

Luego son siervos de Dios.

DE LOS SILOGISMOS CUYA CONCLUSION ES CONDICIONAL.—
Ya hemos dicho que el silogismo perfecto no puede tener menos de tres proposiciones, pero esto es cierto siempre que concluimos absolutamente, y no cuando se hace de una manera condicional, porque entonces la proposición condicional puede encerrar una de las premisas además de la conclusión ó bien las dos.

Ejemplo.—Si queremos probar que la luna no es un cuerpo pulido como un espejo, según se lo había imaginado Aristóteles, no se puede concluir absolutamente sino con tres proposiciones.

Todo cuerpo que refleja la luz por todas partes es opaco:

Es así que la luna refleja la luz por todas partes;

Luego la luna es un cuerpo opaco.

Pero para concluir condicionalmente basta con dos proposiciones.

Todo cuerpo que refleja la luz por todas partes es opaco;

Luego si la luna refleja la luz por todas partes es un cuerpo opaco.

Y aun este mismo raciocinio puede encerrarse en una sola proposición.

Si todo cuerpo que refleja la luz por todas partes es opaco, y la luna refleja la luz por todas partes, es preciso concluir que no es un cuerpo pulido ni luminoso sino opaco.

O bien ligando una de las proposiciones por la partícula causal *porque* ó *puesto que*, como:

Si todo amigo verdadero debe dar la vida por su amigo, no hay verdaderos amigos,

porque no hay quien lo sea hasta ese punto.

Esta manera de raciocinar es muy común y muy bella, lo que prueba que no debemos imaginarnos que no hay raciocinio sino cuando se ven tres proposiciones sepa-

radas y acomodadas; pues es muy cierto que esta proposicion comprende este silogismo entero.

Todo amigo verdadero debe estar pronto á dar la vida por sus amigos:

No hay personas que estén dispuestas á dar la vida por sus amigos;

Luego no hay amigos verdaderos.

Es menester conceder que toda manera de raciocinar que se aleje del aire de la escuela es mucho mas natural, elegante y mejor recibida en la sociedad.

DE LOS ENTIMEMAS Y SENTENCIAS ENTIMEMÁTICAS.—Hemos dicho que el entimema es un silogismo completo en el entendimiento, pero imperfecto en la espresion, porque se suprime la proposicion mas clara. Este modo de argumentar es tan comun en los discursos y en los escritos, que por el contrario es muy raro que se espresen las tres proposiciones, porque además de la claridad de la proposicion sobreentendida, la naturaleza de nuestro entendimiento requiere tener algo que suplir, con preferencia á que se le instruya por entero.

Así esta supresion lisongea el amor propio de las personas con quienes se habla refiriéndose á su inteligencia, y abreviando el discurso se hace mucho mas vigoroso y mas vivo. En este ejemplo traducido de Ovidio:

He podido conservarte, podria, pues, perderte.

Se vé este argumento en forma:

El que puede conservar puede perder:

Yo he podido conservarte;

Luego podria perderte.

Pero se le quitaria todo su mérito, y la razon es, porque así como una de las principales bellezas de un discurso consiste en que esté lleno de sentido, y en dar ocasion al entendimiento para que forme un pensamiento mas es-

tenso que la espresion; es por el contrario uno de los mayores defectos que esté vacío de sentido ó encierre pocos pensamientos, lo que es inevitable en los silogismos filosóficos; pues el entendimiento anda mucho mas vivo que la lengua, y bastando una de las proposiciones para hacer concebir dos, es inútil la espresion de la segunda no encerrando un nuevo sentido. Esto mismo esplica lo raro que son estos argumentos en el uso de los hombres, porque, aun sin prestar atencion á ello, siempre nos alejamos naturalmente de lo que nos fastidia, y nos reducimos precisamente á lo que es necesario para hacernos entender.

Los entimemas son, pues, la manera comun con que los hombres espresan sus raciocinios, suprimiendo la proposicion que juzgan deber ser fácilmente suplida; y esta proposicion unas veces es la mayor, otras la menor y aun tambien la conclusion, aunque entonces no se llame con propiedad entimema, estando contenido todo argumento de algun modo en las dos primeras proposiciones.

Algunas veces sucede tambien que las dos proposiciones de este argumento se encierran en una sola, que por este motivo le llama Aristóteles sentencia entimemática, y nos da este ejemplo, que traducido dice así.

Mortal, no conserves un odio inmortal.

El argumento entero seria.

El que es mortal no debe conservar un odio inmortal: sois mortal; luego etc.

Y el entimema perfecto será: *sois mortal, que vuestro odio no sea, pues, inmortal.*

DE LOS SORITES.—Ya hemos esplicado que los silogismos compuestos de mas de tres proposiciones se llaman sorites.

Se distinguen tres clases.

1.^a Las gradaciones de que hemos hablado lo bastante al principio de este capítulo.

2.^a Los dilemas, de que trataremos en seguida.

3.^a Los que los griegos llaman Epikeremas, que comprenden la prueba ó de alguna de las dos primeras proposiciones ó de ambas. De estas trataremos aquí.

Como es frecuente suprimir en el discurso ciertas proposiciones demasiado claras, es tambien necesario, cuando se espresan algunas dudosas, dar al mismo tiempo las pruebas para prevenir la impaciencia del que escucha.

Quando las pruebas se dan por separado hay el inconveniente de tener que repetir la proposicion que se quiere probar, y es lo que sucede con el método escolástico que propone el argumento entero, y en seguida prueba la proposicion dudosa; en vez de que en los discursos comunes se juntan las pruebas á las proposiciones que admiten duda; lo que hace una especie de argumento compuesto de varias proposiciones; pues á la mayor se dan las pruebas de la mayor, á la menor las pruebas de la menor y en seguida se concluye.

Así puede reducirse á un argumento compuesto toda la oracion en defensa de Milon. La mayor es, que debe ser permitido matar al que intenta matarnos. Las pruebas de esta mayor se sacan de la ley natural, del derecho de gentes y de los ejemplos. La menor es que Claudio le puso asechanzas á Milon, y sus pruebas los preparativos para su fuga etc. La conclusion es, que es lícito á Milon matar á Claudio.

DE LOS DILEMAS.—Puede definirse el dilema un raciocinio compuesto, en que despues de haber dividido un todo en sus partes, se concluye afirmativa ó negativamente del todo lo que se ha concluido de cada parte.

Por ejemplo, teniendo que probar que *no se puede ser feliz en este mundo*, haremos este dilema.

No se puede vivir en este mundo sino abandonándose á las pasiones ó combatiéndolas.

Si uno se abandona á ellas es un estado desgraciado, porque sobre ser vergonzoso no se puede estar contento.

Si uno las combate es tambien un estado desgraciado, porque no hay nada mas penoso que esta guerra interior que se ve uno obligado á hacerse continuamente á sí mismo;

No puede, pues, haber en esta vida verdadera felicidad.

Hay que observar en esta clase de raciocinio que no siempre se espresan todas las proposiciones que caben en él, por lo cual es menester, á fin de que la conclusion esté encerrada en las premisas, sobreentender algo de general que pueda convenir á todo. Es muy importante tener esto presente para juzgar de la fuerza de un dilema.

Además el dilema puede ser vicioso por dos defectos: el uno es cuando la disyuntiva sobre que está fundado no comprende todos los miembros del todo que se divide: véase este ejemplo para probar que no debe uno casarse.

Si la muger es hermosa causa celos, si es fea desagrada; luego no debe el hombre casarse. Este dilema no concluye, porque hay un gran número de mugeres que no son hermosas ni feas.

El otro defecto consiste en que no sean necesarias las conclusiones particulares de cada parte. Así no es necesario que una muger hermosa cause celos, porque puede ser prudente y virtuosa hasta el punto de inspirar confianza en su fidelidad; así como la fea puede estar adornada de otras cualidades ventajosas que la hagan digna de cariño.

Finalmente, es necesario observar en el dilema que por las razones contrarias no se concluya tambien contra nosotros.

DE LOS SOFISMAS.—El que sabe bien las reglas de los buenos raciocinios, fácilmente reconoce que son malos y que se llaman *sofismas* ó *paralogismos*, pero no obstante apuntaremos brevemente las causas principales de estos malos argumentos para evitarlos con facilidad.

1.^a Probar otra cosa de lo que se cuestiona.

Este es un vicio muy comun hijo de la pasion ó de la mala fé, que consiste en atribuir á su adversario cosas que no ha imaginado, para combatirlo con mas ventaja. El mismo Aristóteles que refuta á Parménides por no haber admitido mas que un solo principio de todas las cosas, como si este hubiera hablado del principio de que todas se componen, no quiso comprender que decia, que el principio de que todas las cosas han sacado su origen es Dios.

Este mismo filósofo acusa á los antiguos de no haber reconocido la privacion por uno de los principios de las cosas naturales, principio que nada esplica, á menos que no quiera decir que para hacer una estatua no es menester estatuario, sino basta que exista un pedazo de mármol antes de ser estatua.

2.^a Suponer verdadero lo que está en cuestion,

A esto llama Aristóteles *peticion de principio* y es contrario á la razon, pues en todo raciocinio lo que sirve de prueba debe ser mas claro y mas conocido que lo que se quiere probar. Galileo acusa con justicia á este filósofo de haber caido en el mismo defecto, dando por prueba el principio mismo supuesto, acerca de la tierra.

Las pretendidas formas sustanciales de la escuela, que eran corpóreas sin ser cuerpos, son tambien una manifiesta *peticion de principio*, porque si existieran podrian producir nuevas sustancias, que no hubieran existido jamás, lo que seria una especie de creacion, y por consiguiente es imposible que puedan existir. Lo que la suti-

leza escolástica ha conseguido con estas formas sustanciales ha sido proveer de argumentos á los impíos para que sostengan que hay sustancias que perecen sin ser materiales; pero felizmente, además de la razon poderosa que acabamos de dar, la filosofía del sentimiento, que es propiamente la filosofía de la fé ilustrada, conoce el valor que debe darse á un falso raciocinio.

3.^a Tomar por causa lo que no lo es.

Este sofisma es muy comun por ignorancia de las verdaderas causas de las cosas. La necia vanidad de algunos que mas bien que confesar su ignorancia forjan en su fantasía causas imaginarias, contribuye mucho á su generalidad. Así cuando vemos un efecto cuya causa nos es desconocida nos imaginamos hacer un gran descubrimiento con agregar al efecto la palabra de *virtud* ó *facultad*. Nadie ignora, por ejemplo, que el acero busca el imán. Pues bien, el que no hace ostentacion de saber, confiesa sencillamente que ignora las verdaderas causas de este fenómeno, pero un hombre de ciencia que se avergonzaria de confesar su ignorancia, nos dirá con aire de triunfo que hay en el imán una virtud magnética. Esta pretendida ciencia es semejante á la que pudiera ostentar un chino que desconociendo el mecanismo de un relox nos dijera magistralmente que era una máquina que tenia dos virtudes, una *indicativa* y otra *sonorífica*. El prurito de hacer alarde de conocer las causas de las cosas ha dado margen al orgullo humano á caer en la impiedad.

Finalmente, añadiremos, porque es de este lugar, que hay injusticia de parte de los que pretenden que estamos obligados á recibir sin exámen, como una verdad probada, cualquier esperiencia que haya sido hecha por un autor antiguo; pues no solo no hay hombre infalible en sus juicios, sino que esta pretension es lo mismo que negar al hombre la facultad de adelantar en ciencias y en

conocimientos con el progreso de los siglos.

4.^a Juzgar de una cosa por lo que no le conviene sino por accidente.

En este mal raciocinio se tropieza cuando se tienen las ocasiones por las verdaderas causas; como el que acusase la religion cristiana por haber habido mártires, atribuyera á ella la crueldad y no á la injusticia de los paganos. El raciocinio de los Epicúreos para probar que los dioses tienen forma humana, es un sofisma de esta clase, pues asentando que no hay felicidad sin virtud, ni virtud sin razon, ni razon sin forma humana, concluyen que los dioses tienen forma humana; que es lo mismo que decir que el cadáver puede estar raciocinando mientras la putrefaccion no descomponga la forma del cuerpo.

5.^a Pasar de un sentido dividido á un sentido compuesto.

La Escritura dice, por ejemplo, que Dios justifica á los impíos; lo que no quiere decir ciertamente que tiene por justos á los que no lo son, sino que hace justos por su gracia á los que antes eran impíos. En el mismo sentido dice el Evangelio que Jesucristo ha venido á salvar á los pecadores, lo que propiamente quiere decir á los que antes eran y han dejado de ser pecadores.

6.^a Pasar de lo que es verdadero en cierta manera á lo que es verdadero enteramente.

Los Epicúreos probaban tambien que los dioses debian tener la forma humana, porque no hay nada mas bello, y que todo lo que es bello debe estar en los dioses. La forma humana no es una belleza absoluta, sino relativa al cuerpo, y así no siendo una perfeccion simplemente, no se debe concluir que Dios tenga forma humana, puesto que Dios es el centro de todas las perfecciones en absoluto.

7.^a Abusar de la ambigüedad de las palabras.

A esta especie de sofismas pueden referirse todos los

silogismos viciosos, para cuyo remedio convendrá recordar lo que hemos dicho respecto de las palabras confusas definiéndolas claramente para que no pueda uno ser engañado. Sirva de ejemplo este sofisma de los estóicos que concluía que el mundo era un animal dotado de razon. *El que tiene uso de razon es mejor que el que no la tiene: no hay nada mejor que el mundo; luego el mundo tiene uso de razon.* La menor de este argumento es falsa, porque atribuye al mundo lo que no conviene sino á Dios, por ser tal que nada puede concebirse mejor ni tan perfecto.

8.^a Sacar una conclusion general de una induccion defectuosa.

Llámasse induccion la investigacion de las cosas particulares, que nos conduce al conocimiento de una verdad general. Así cuando se ha probado en varios mares que el agua es salada, y en varios rios que el agua es dulce, se concluye generalmente que el agua del mar es salada y dulce la de los rios.

Así empiezan todos nuestros conocimientos porque las cosas singulares se presentan á nosotros antes que las universales, aunque en seguida sirvan las universales para conocer las singulares.

Pero es cierto sin embargo que la induccion por sí sola no será jamás un medio cierto de adquirir una ciencia, como procuraremos probarlo en otro lugar, sirviendo solamente las cosas singulares de ocasion á nuestro entendimiento para fijarse en las ideas naturales, segun las cuales juzga de la verdad de las cosas en general; pues si es cierto, por ejemplo, que jamás hubiera considerado la naturaleza de un triángulo que me ha dado ocasion de pensar en él si no lo hubiese visto, tambien lo es que no pudiendo examinar todos los triángulos particulares que existen para formar la idea general, porque esto es imposible, lo hago solo por la consideracion de lo que está en-

cerrado en la idea de triángulo que hallo en mi entendimiento.

Así las inducciones defectuosas conducen al error, lo que sucede cuando nuevos experimentos nos hacen ver que no es general la idea de una cosa que habia sido tenida por tal hasta entonces.

DE LAS CAUSAS DE LOS FALSOS RACIOCINIOS.—Si se examina detenidamente lo que hace que los hombres se inclinen mas á una opinion que á otra, se hallará que no es la penetracion de la verdad y la fuerza de las razones lo que los mueve, sino el amor propio, el interés ó la passion. Este es el verdadero peso que hace inclinar la balanza en casi todas nuestras dudas, pues no juzgamos de las cosas por lo que son en sí mismas, sino por lo que son respecto de nosotros. Así, la verdad y la utilidad no son para nosotros mas que una cosa. Pero no es lo mas sensible que esto suceda de sugeto á sugeto, sino que por desgracia lo vemos del mismo modo de nacion á nacion, de pueblo á pueblo, de corporacion á corporacion y de familia á familia. No se juzga de las cosas por las reglas de la razon, sino, como ya se ha dicho, por puro amor propio, por interés ó passion, lo que hace que cada uno considere justo y fácil lo que desea, al paso que considere lo que le desagrada como injusto, insoportable y aun imposible.

Debemos atribuir á la misma ilusion del amor propio el defecto de los que deciden de todo por punto general por la opinion ventajosa que tienen de su entendimiento. A estos es menester persuadirles que el hombre no deja de ser aventajado porque pueda engañarse en alguna cosa, puesto que no hay ninguno que pueda ser infalible.

Los tercios y los temerarios son tambien hombres para quienes es inútil el estudio de la lógica, pues si bien co-

nocen que la terquedad está muy lejos de ser la razon, persisten en sus pasiones por amor propio.

Por el contrario los aduladores y lisonjeros no contradicen á nadie, y manifestándose siempre complacientes, van derechos á su objeto sin cuidarse de la verdad, antes bien, alimentan el error en todo aquello que puede favorecerlos.

Los elogios inmerecidos son por desgracia muy comunes en nuestros dias, y no conducen menos al triunfo del error. Por eso es muy importante tener presente que las personas y las cosas no se estiman generalmente en el mundo sino por el exterior, porque se hallan muy pocos que se detengan á examinarlas de una manera sólida. Así, no es un gran mal que el hombre de mérito se halle privado de la reputacion que merece, pero sí lo es muy grande que los hombres procedan siguiendo falsos juicios.

Es una opinion temeraria é impía la de que la verdad es semejante al error y la virtud al vicio y que por consiguiente sea casi imposible saberlos discernir; pero es cierto que en la mayor parte de las cosas se hallan mezclados el error y la verdad, el vicio y la virtud, la perfeccion y la imperfeccion, y que este es comunmente el origen de los juicios errados de los hombres.

Las falsas inducciones por las cuales se sacan proposiciones generales de algunos hechos ó esperiencias particulares, son en gran parte causa de los falsos juicios. Hay enfermedades graves que no pueden curar los médicos mas hábiles: de aquí se concluye que la medicina es inútil. Hay mugeres que faltas de una buena educacion moral, viven licenciosamente. Esto basta para que los libertinos desacrediten al sexo delicado. Hay sugetos que encubren vicios bajo la apariencia de la virtud: el mundo, pues, dicen los que todo lo saben, no encierra mas que hipócri-

tas. Hay cosas oscuras y ocultas que muchas veces nos engañan: todas las cosas, dicen, son oscuras, y como los antiguos sectarios del pirronismo no debemos creer nada, porque no hay nada cierto. Hay desigualdad en las acciones de los hombres. Se acusa al hombre en general de vicioso y de malo. Hé aquí el defecto de las proposiciones generales y escesivas sacadas de hechos particulares, por hombres, cuyo amor propio pretende explicarlo todo.

Otro vicio muy comun en los hombres es no distinguir la diferencia que hay entre el afortunado y el sabio, y se aguza el ingenio para buscar faltas que hayan podido traer por consecuencia un éxito malogrado. Al afortunado todo se le aplaude, como si toda su fortuna fuera obra de sus recursos propios ó de sus propias manos, y se le aplaude tambien y se le envidia, aunque sea público que por medios vedados ha llegado á engrandecerse; mientras que al sabio y al prudente se les acusa de todos aquellos sucesos que no son mas que consecuencias de una adversa fortuna. Esto procede principalmente de que como la verdad de las cosas queda oculta las mas de las veces, los hombres se ponen siempre del lado de aquellos en quienes ven señales exteriores, que saben discernir con facilidad.

En punto á las cosas de autoridad divina, Dios ha dado á la Iglesia universal la regla fija de la verdad en todos los misterios de la fé para ahorrarnos el trabajo de penosas discusiones, que lejos de conducirnos al bien no hacen mas que precipitarnos en el mayor de los errores. Esto se confirma principalmente por la misma historia en diversos siglos de la Iglesia, en que hemos visto plantear nuevas opiniones á sangre y fuego, produciendo el cisma por gente sin mision y sin muestras de piedad; antes bien emprendiendo la reforma en medio del mayor desarreglo de costumbres. Y en seguida hemos visto tambien falsos

apóstoles predicando la impiedad y trastornando el orden moral del mundo en nombre de nuevas palabras, que encerraban falsas ideas hasta el extremo absurdo de ofrecer á la humanidad, como dice Mr. de Chateaubriand, por altar *el ataud* y por divinidad *la nada*.

Respecto á las cosas de autoridad humana se juzga frecuentemente por el número de testigos ó partidarios para asegurarnos de la verdad de una cosa. Pero no se considera lo bastante, que como dice un discreto autor de principios del pasado siglo, en las cosas difíciles y que es menester que cada uno halle por sí mismo, es mucho mas verosímil que un hombre solo halle la verdad, que no el que sea descubierta por muchos al mismo tiempo. Así no es una consecuencia sólida asentar que una opinion sea la verdadera porque la hayan seguido muchos filósofos.

En el siglo que alcanzamos existe una ilusion muy absurda en sí misma, y que sin embargo es muy comun. Esta es dar entero crédito á un hombre porque es rico ó está constituido en dignidad. La misma Escritura nos lo representa perfectamente en el Eclesiástico: *Si el rico habla, dice, todo el mundo se calla, y se encomian sus palabras: si habla el pobre se pregunta, quién es este?* Hay muchos que aprueban lo que dicen los hombres notables por su fortuna, tan solo por interés ó porque suponen que debe saber mucho el que tiene medios para adquirir toda clase de conocimientos; pero hay otros que creen sin exámen deslumbrados con el brillo de la opulencia. La razon de este engaño procede de la corrupcion del corazon humano, que teniendo una pasion ardiente por los honores y riquezas hace que juzgue felices á los que los poseen, y juzgándolos felices los ve superiores á los demás; como si un pobre bien educado é instruido no fuera capaz de asentar una opinion tan acertada como la de aquellos que pueden estar

poseidos de exageradas pasiones y sobre todo de la soberbia que los ofusca.

Finalmente, si el hombre en todas las condiciones de la vida procurase reprimir un poco sus pasiones; la verdad, que es por su naturaleza sencilla y pura, iluminaria su mente, despertándole el sentimiento de la caridad, que ordena querer para todos los demás lo que deseamos para nosotros mismos.

CAPITULO XX.

DEL MÉTODO.

"Yo (la sabiduría) madre del amor hermoso, y del temor, y de la ciencia, y de la santa esperanza."

Eclesiástico cap. 24. v. 24.

Réstanos explicar el método, que consideramos como una de las partes mas importantes de la lógica. A esta parte hemos agregado la demostracion, que por lo común no consiste en una sola argumentacion sino en una serie de racionios por la cual se llega á la verdad, y como el principal cuidado que debemos tener es saber ordenar nuestros pensamientos, sirviéndose de los que son claros y evidentes para penetrar en lo que parece mas oculto, nos parece oportuno empezar por decir algo acerca de la ciencia en general.

DE LA CIENCIA.—Las cosas que se conocen por el entendimiento son mas ciertas que las que se conocen por los sentidos, pero hay cosas que no puede alcanzar el entendimiento humano.

Si cuando se considera alguna máxima se conoce la verdad en sí misma, por la *evidencia* que encierra en ella,

esta clase de conocimiento se llama *inteligencia*, y así se conocen los primeros principios.

Pero si por sí misma no nos convence, es menester que se añada otro motivo, y este motivo es la autoridad ó la razon. Si la autoridad es la que obliga al entendimiento á abrazar lo que le es propuesto se llama *fé*. Si es la razon, entonces, si esta razon no produce una conviccion completa, sino que deja alguna pequeña duda, esta aquiescencia del entendimiento acompañada de duda es lo que se llama *opinion*.

Si esta razon nos convence enteramente, entonces ó no es clara sino en apariencia, y la persuasion que produce es un error, si es falsa en efecto; ó á lo menos un juicio temerario, si siendo verdadero en sí, no se ha tenido bastante razon para creerla verdadera.

Pero si esta razon no es solamente aparente sino sólida y verdadera, lo que se conoce por una atencion mas profunda y exacta, por una persuasion mas firme, por la cualidad de la claridad que es mas viva y penetrante, y sobre todo por el sentimiento de la evidencia, entonces la conviccion que esta razon produce se llama *ciencia*, sobre la cual se forman diferentes cuestiones.

La primera es si existe la ciencia, esto es, si tenemos conocimientos fundados sobre razones claras y ciertas, ó en general si tenemos conocimientos claros y ciertos, pues esta cuestion mira tanto la *inteligencia* como la *ciencia*.

Hay filósofos que han hecho profesion de negarla, y que sobre este fundamento han establecido su filosofia, y entre ellos los unos se han contentado con negar la certidumbre, admitiendo la verosimilitud, que han sido los nuevos Académicos, y los otros, que son los Pirronianos, han negado hasta esta verosimilitud pretendiendo que todas las cosas eran igualmente oscuras que inciertas.

Pero la verdad es que todas estas opiniones que han

hecho tanto ruido en el mundo no han suscitado sino discursos y disputas, y que nadie se ha persuadido de ello seriamente. Por eso el mejor medio de convencer á estos filósofos seria preguntarles, despues de atestiguar con su propia conciencia y buena fé, si estaban persuadidos de que dormian y de que estaban cuerdos, ya que nos han asegurado que en nada se distingue el sueño de la vigilia, ni la locura del estado de razon, y por poca sinceridad que tuvieran desmentirian todas sus vanas sutilezas confesando la verdad.

Que si se hallase alguno que pudiese dudar de si duerme ó de si está cuerdo, y aun pudiese creer que la existencia de todas las cosas exteriores es incierta, y que es dudoso si hay sol, luna etc., es cierto á lo menos, puesto que él siente y piensa, que él existe, siendo imposible separar el ser y la vida del sentimiento y del pensamiento y creer que lo que siente y piensa no es ni vive; y de este conocimiento claro, cierto é indubitable puede formar una regla para aprobar como verdaderos todos los pensamientos que halle claros.

De la misma manera es imposible que este filósofo dude de sus percepciones separándolas de su objeto: que haya ó no haya un sol, es lo cierto que se imagina ver uno, que se duda cuando se duda, que se cree ver cuando se cree ver, y así de lo demás; de suerte que encerrándose uno en sí mismo y considerando lo que pasa interiormente se hallará una infinidad de conocimientos claros de que es imposible dudar.

Esta consideracion puede servir para decidir otra cuestion importante; á saber, si las cosas que no se conocen sino por el entendimiento son mas ó menos ciertas que las que se conocen por los sentidos; pero es claro que estamos mas seguros de nuestras percepciones é ideas que no vemos sino por una reflexion del entendimiento, que no de

todos los objetos de nuestros sentidos. Se puede decir tambien que aunque los sentidos no nos engañen, la certidumbre que tenemos de no ser engañados no procede de ellos sino de nuestro entendimiento; por lo cual es menester confesar que San Agustin tenia razon para sostener, siguiendo á Platon, que el juicio de la verdad y la regla para discernirla no pertenece á los sentidos sino al entendimiento, y que aun esta certidumbre que se puede sacar de los sentidos no se estiende bien lejos, y que hay muchas cosas que se cree saber por los sentidos, y de las cuales no se puede decir que tengamos una completa seguridad.

Por ejemplo, puede saberse por los sentidos que un cuerpo es mayor que otro, pero no se puede saber con certidumbre cuál es el tamaño verdadero y natural de cada cuerpo, y para comprender bien esto no hay mas que considerar que si todo el mundo no hubiese visto jamás los objetos exteriores, sino con anteojos de aumento es cierto que no nos hubiéramos figurado los cuerpos y todas sus medidas sino segun el tamaño representado por el instrumento óptico. Ahora bien, nuestros mismos ojos son catalejos y no sabemos precisamente si aumentan ó disminuyen los objetos que vemos, ni si los instrumentos que creemos que los disminuyen ó aumentan nos los establecerán por el contrario en su verdadero grandor; por consiguiente no se conoce con certidumbre el volumen absoluto y natural de cada cuerpo.

Tampoco se sabe si los vemos del mismo tamaño que los demás hombres, pues aunque convengan dos personas en que tal objeto es de cinco pies, tal vez por esta medida no conciba la una lo que la otra, pues que los catalejos de entrambos están fabricados sin una perfecta semejanza.

Hay apariencia sin embargo de que no sea muy notable esta diversidad, porque en la conformacion del ojo no

se observa gran diferencia de individuo á individuo. Además que aunque nuestros ojos sean catalejos están fabricados por la mano de Dios, lo que debe hacernos creer que no distarán de la verdad de los objetos sino por algun defecto que turbe su natural figura.

Sea como quiera, si el juicio del tamaño de los objetos es incierto en algun modo, tampoco es enteramente necesario, y no debemos concluir que no haya ninguna certidumbre en todas las demás relaciones de los sentidos, pues si uno no sabe con seguridad cuál es el tamaño de un elefante, sabe sin embargo que es mayor que un caballo y menor que una ballena, lo que basta para el uso de la vida.

Hay, pues, certidumbre é incertidumbre tanto en el entendimiento como en los sentidos, y seria por consiguiente tan absurdo sostener que todas las cosas son ciertas como que todas son inciertas.

La razon al contrario nos obliga á conocer tres géneros de cosas.

Las hay que se pueden conocer con claridad y certidumbre. Hay otras que no se conocen en verdad ciertamente, pero que se puede esperar llegar á conocerlas; y hay otras por último que es como imposible conocerlas con certidumbre, ó porque no tenemos principios que nos conduzcan á ellas, ó porque son demasiado desproporcionadas para nuestro entendimiento.

El primer género comprende todo lo que se conoce por demostracion ó por inteligencia.

El segundo es la materia del estudio de la filosofía, pero es fácil que se ocupen de ellas muy inútilmente, si no saben distinguirlo del tercero, es decir, si no pueden discernir las cosas hasta donde el entendimiento puede alcanzar de aquellas á que no llegará nunca.

La verdadera norma que debemos seguir en el estu-

dio de las ciencias humanas respecto de su estension consiste en no dedicarse jamás á la investigacion de todo lo que es superior á nosotros, y que no podemos esperar razonablemente llegar á comprender, porque el que se esfuerce en penetrar algun arcano está á riesgo de caer en un grado mucho mas bajo que la simple ignorancia, que es el de creer saber lo que ignora. Hablo de los que resuelven de una manera negativa todas las cuestiones que versan con los atributos de Dios por el prurito de negar lo que no se comprende, como si la razon que es una facultad limitada pudiera lanzarse al campo de lo infinito y volviera á nosotros á darnos cuenta circunstanciada de sus descubrimientos; porque si hay cosas que son incomprensibles en su manera, no por eso dejan de ser ciertas en su existencia. No puede concebirse cómo pueden ser y es cierto sin embargo que existen. ¿Hay algo por ventura mas incomprensible que la eternidad? Y ¿hay algo al mismo tiempo mas cierto? De modo que los que por una ceguedad horrible han destruido en su entendimiento el conocimiento de Dios, se ven obligados á atribuirlo al mas vil y despreciable de todos los seres, que es la materia.

Es menester, pues, renunciar á la certidumbre humana para dudar de la verdad de ciertas demostraciones. Tal es por ejemplo la divisibilidad de la materia, de la cual voy á presentar una prueba que hace ver al mismo tiempo una division hasta lo infinito, y un movimiento que se va retardando hasta lo infinito sin llegar jamás al reposo.

Es cierto que cuando se dudase de si la estension puede dividirse hasta lo infinito, no podria dudarse al menos de que es susceptible de aumentarse hasta lo infinito, y que á un plano de cien mil leguas, no pudiera añadirse otro de cien mil leguas, y así hasta lo infinito.

Ahora bien, este aumento infinito de la estension prueba la divisibilidad hasta lo infinito, y para comprenderla no hay mas que imaginarse un mar llano que se prolongue hasta lo infinito, y una nave en este mar que se aleje del puerto en línea recta. Mirando desde el puerto el casco de la nave á través de un vidrio ó de otro cuerpo diáfano, el rayo que se termine en el casco de la nave pasará por cierto punto del vidrio, y el rayo horizontal pasará por otro punto del vidrio mas alto que el primero; y á medida que se aleje la nave, el punto del rayo que se termina en el casco subirá siempre y dividirá hasta lo infinito el espacio que media entre estos dos puntos, y cuanto mas se aleje tanto mas lentamente subirá, sin que deje de subir jamás ni que pueda arribar al puerto del rayo horizontal, porque estas dos líneas, cortándose en el ojo, nunca serán paralelas ni una misma línea. Así, este ejemplo nos demuestra al mismo tiempo una division de la estension hasta lo infinito, y una disminucion hasta lo infinito del movimiento. (1)

(1) A mas de lo dicho en el capítulo 2.º de esta obra acerca de lo infinito del universo en lo máximo y en lo mínimo; añadiré aquí, que Dios es el único verdadero infinito, porque como causa perfectísima de sí mismo es infinito en cada uno de sus atributos divinos, y por consiguiente es centro de todo infinito, porque infinito es su poder, infinita es su sabiduría, infinita es su misericordia.

Así los que niegan lo infinito del universo no consideran que lo infinito propiamente dicho es lo que no tiene término, limite ó fin, pero que puede haber sido criado; al paso que lo eterno, lo que no ha tenido principio ni tendrá fin es todavía mas que infinito, que es Dios.

Yo creo que el universo es infinito: 1.º porque nada hay imposible para la Omnipotencia divina: 2.º Porque la noción de lo infinito en Dios la recibimos en gran parte por el sello de lo infinito que tiene el universo: 3.º Porque si el universo fuera finito alcanzaría sus límites nuestra razon, pues la actividad del alma es siempre superior á la estension de la materia.

Puesto que todo el vigor del entendimiento humano se ve obligado á sucumbir ante el átomo mas imperceptible de la materia ¿no es pecar visiblemente contra la razon negar los efectos maravillosos de la Omnipotencia de Dios, de suyo incomprensible, por la razón de que nuestro entendimiento no puede comprenderla?

Pero así como es muy conveniente hacer sentir á nuestro entendimiento su propia flaqueza por la consideracion de los objetos que lo superan, y que lo abaten y humillan al superarlo, es tambien cierto que debemos elegir con preferencia asuntos mas proporcionados y de que sea dable comprender la verdad, ya probando los efectos por las causas, lo que se llama demostrar á *priori*, ya probando al contrario las causas por los efectos, lo que se llama probar á *posteriori*. Es menester entender estos términos para reducir á ellos toda clase de demostracion, y porque comunmente se componen de varias partes, es necesario para esclarecerlos disponerlos con cierto orden y con cierto método.

DE LOS MÉTODOS ANÁLISIS Y SÍNTESIS.—Llámase método el arte de disponer bien una serie de pensamientos, ó para descubrir la verdad cuando la ignoramos, ó para probarla á los demás cuando ya la conocemos.

Así hay dos clases de métodos: uno para descubrir la verdad que se llama *análisis* ó método de *resolucion* y que tambien puede llamarse *método de invencion*, y otro para hacerla entender á los demás cuando la hemos hallado, que se llama *síntesis* ó *método de composicion*, y que tambien puede llamarse *método de doctrina*.

Comunmente no se trata por análisis el cuerpo entero de una ciencia, sino solamente nos servimos de él para resolver alguna cuestion.

Todas las *cuestiones* (1) son de palabras ó de cosas.

Llamamos cuestiones de palabras nó aquellas por las cuales se buscan otras palabras, sino aquellas por cuyas palabras se buscan cosas, como cuando se trata de hallar el sentido de un enigma ó de explicar lo que ha querido decir un autor con palabras oscuras ó ambiguas.

Las cuestiones de cosas se pueden reducir á cuatro especies principales.

La primera cuando se buscan las causas por los efectos. Se sabe por ejemplo los diversos efectos del imán, y se busca su causa.

La segunda cuando se buscan los efectos por las causas. Como la invencion de las velas para los buques y de las aspas de los molinos para utilizar el viento, ó el descubrimiento del vapor para utilizar el agua por medio del fuego.

De modo que podemos decir que la primera especie pertenece á la especulacion de la física y la segunda á la práctica.

La tercera especie es cuando por las partes se busca el todo, como habiendo varios números buscamos la suma, ó teniendo dos los multiplicamos para saber el producto.

La cuarta, cuando teniendo el todo ó alguna parte se busca otra parte, como teniendo un número y lo que se debe quitar, se busca lo que ha de quedar, ó teniendo un número se busca una parte de él.

(1) Todo lo sustancial acerca de las cuestiones fué sacado por el autor, cuya lógica estoy estractando, de un manuscrito de Mr. Descartes, que segun declaracion del mismo le facilitó Mr. Clerselier.

Es tambien de advertir que conservo en mi traduccion la voz testual de *cuestiones* porque á mas de la argumentacion dialéctica se dan reglas aquí para el método geométrico.

Pero es menester observar que para entender estas dos últimas especies de cuestiones y á fin de que se comprenda lo que no podria referirse propiamente á las dos primeras, es preciso tomar la palabra *parte* en un sentido mas general, por todo lo que comprende una cosa, sus modos, estremidades, accidentes, propiedades y generalmente todos sus atributos; de suerte que será por ejemplo buscar un todo por sus partes, y al contrario buscar una parte por el todo.

De cualquiera naturaleza que sea, pues, la cuestion que se propone uno resolver, lo primero es concebir clara y distintamente el punto preciso de ella, puesto que en toda cuestion hay algo de desconocido, lo cual es menester que esté caracterizado por ciertas condiciones que nos determinen á investigar una cosa con preferencia á otra. Despues de haber examinado bien las condiciones que designan lo que hay de desconocido en la cuestion, es menester en segundo lugar examinar lo que hay en ella de conocido, pues este es el conducto por donde debemos llegar á aquel término. En la atencion que ponemos en lo conocido para pasar á lo desconocido consiste principalmente el análisis, y el arte en sacar de este exámen muchas verdades que puedan llevarnos al conocimiento de lo que buscamos.

Proponiendo por ejemplo, *si el alma del hombre es inmortal*, es menester notar primeramente que es propio del alma sentir que piensa y que podria dudar de todo sin poder dudar de si piensa, pues que la misma duda es un pensamiento. En seguida se examina qué es pensar, y viendo que en la idea de pensamiento no hay nada encerrado que pertenezca al cuerpo, como sustancia estensa, y por el contrario que puede negar al pensamiento todo lo concerniente al cuerpo, como dimensiones, figura etc. sin destruir por eso la idea que tiene del pensamiento se con-

cluye que el pensamiento no es un modo de la sustancia estensa, y que por consiguiente no puede ser sino el atributo de otra sustancia; y así que la sustancia que piensa y la sustancia estensa son dos sustancias realmente distintas; de donde se sigue que la destruccion de la una no supone la destruccion de la otra; puesto que ni aun la sustancia estensa puede ser destruida, siendo solo una disolucion ó cambio de la materia lo que llamamos destruccion, pues todas las partes permanecen siempre en la naturaleza. Lo que prueba que no siendo el alma divisible ni compuesta de partes no puede perecer, y por consiguiente que es inmortal.

Hé aquí lo que se llama *análisis* ó *resolucion*. Debemos notar sin embargo:

1.º Que debe practicarse, así como en el método llamado de *composicion*, pasar siempre de lo que es mas conocido á lo que es menos, pues de esta regla no puede eximirse ningun método.

2.º Que el análisis difiere del método de composicion, en que las verdades conocidas se toman en el examen particular de la cosa y no en las cosas mas generales.

3.º Que no se proponen máximas claras y evidentes sino á medida que se van necesitando, mientras que en el otro método se establecen desde luego como despues diremos.

4.º En fin, que estos dos métodos pueden compararse al camino que se hace subiendo de un valle á una montaña, con el que se efectúa bajando de la montaña al valle. O bien para hallar una genealogía es menester remontarse desde el hijo al padre, y de este al abuelo hasta el tronco, ó por el contrario, conocido el tronco venir de generacion en generacion hasta su último descendiente. Esto es lo que ordinariamente se practica en las ciencias, pues

despues de haberse servido del análisis para hallar alguna verdad, nos servimos del otro método para explicar lo que hemos hallado.

Por lo dicho se puede comprender lo que llaman análisis los geómetras. Consiste, pues, en que habiendo sido propuesta una cuestion cuya verdad ó falsedad ignoran, si es un teorema; la posibilidad ó imposibilidad, si es un problema; suponen que es como está propuesto, y examinando lo que se sigue, si llegan al descubrimiento de alguna verdad clara, consecuencia necesaria de lo propuesto, concluyen que es verdadero; y volviendo en seguida por donde han acabado, lo demuestran por el otro método que se llama sintético ó de composicion; pero si por una consecuencia necesaria de lo que le ha sido propuesto caen en algun absurdo ó imposibilidad, concluyen que es falso é imposible lo propuesto.

Hé aquí lo que en general puede decirse del análisis, que consiste mas bien en el juicio cabal que forma el entendimiento que en las reglas particulares. Sin embargo, las cuatro reglas que Descartes propone en su método pueden ser útiles para preservarse del error queriendo investigar la verdad en las ciencias humanas, aunque no son particulares para el análisis sino generales para toda clase de método.

La primera es no recibir jamás ninguna cosa como verdadera sin conocerla evidentemente, esto es, evitar con cuidado la precipitacion y la prevencion: y no comprender en sus juicios nada mas que lo que se presente tan claro al entendimiento que no haya ninguna ocasion de ponerlo en duda.

La segunda dividir cada una de las dificultades que se examinan en tantas partes cuantas sean dables, lo cual es un requisito para resolverlas.

La tercera conducir con orden sus pensamientos, em-

pezando por los objetos mas simples y mas fáciles de conocer, para subir poco á poco como por grados hasta el conocimiento mas compuesto, y aun suponiendo orden entre aquellos que no se precedan naturalmente unos á otros.

La cuarta hacer enumeraciones completas y examinarlas tan detenidamente que pueda uno asegurarse de no haber omitido nada.

Es cierto que hay muchas dificultades en observar estas reglas, pero siempre es ventajoso retenerlas en la memoria cuando se quiere hallar la verdad por la via de la razon, tanto como nuestro entendimiento es capaz de conocerla.

DE LA SÍNTESIS Ó DEL MÉTODO DE COMPOSICION.—Este método consiste principalmente en empezar por las cosas mas generales y mas simples, para pasar á las menos generales y mas compuestas. Por este medio se evitan las repeticiones, pues si se tratasen las especies antes que el género, como no es posible sin conocer este conocer aquella, seria menester explicar muchas veces la naturaleza del género en la explicacion de cada especie.

Este método es el mas importante en cuanto nos servimos de él para explicar todas las ciencias, pero hay muchas cosas que observar para hacerlo enteramente adecuado al fin que nos proponemos, que es el de darnos un conocimiento claro y distinto de la verdad. Pero porque los preceptos generales son mas difíciles de comprender cuando están separados de toda materia, consideraremos el método que siguen los geómetras como el mas propio para convencer el entendimiento; si bien este mismo método no está libre de ser defectuoso. Nos atendremos, pues, á lo que encierra de bueno.

Teniendo los geómetras por base no aventurar nada,

han creído poder llegar á lo convincente observando tres cosas en general.

1.^a No dejar ninguna ambigüedad en los términos, definiendo las palabras con propiedad.

2.^a No establecer su raciocinio sino sobre principios claros y evidentes, para lo cual hacen uso de los axiomas de las cosas mas evidentes.

3.^a Probar demostrativamente todas las conclusiones que ellos sacan, pues sirviéndose de definiciones, de principios evidentes ó de proposiciones que han deducido por la fuerza del raciocinio, estas á su vez llegan á ser otros tantos principios.

La atencion en observar estas reglas es suficiente para evitar falsos raciocinios tratándose de las ciencias que es sin duda lo principal.

DE LOS AXIOMAS.—Ya en otro lugar hemos hablado lo bastante acerca de la definicion de las palabras y de las cosas.

Diremos algo respecto de los axiomas.

Aristóteles dijo una sentencia espresando que la demostracion no mira propiamente sino el discurso interior, y no el discurso exterior, porque no hay nada tan bien demostrado que no pueda ser negado por un hombre disputador y terco, á lo que agregaremos de paso que este vicio es precisamente el que se introdujo en la misma escuela en que por tantos siglos se han seguido las inspiraciones de aquel filósofo.

Hay sin embargo verdades tan demostradas que no puede menos de conocerla todo hombre de razon, pues se fundan en este principio.

Todo lo que está contenido en la idea clara y distinta de una cosa, se puede afirmar con verdad de esta cosa misma.

Así, porque *ser animal* está encerrado en la idea de

hombre, puedo afirmar del hombre que es animal: porque tener todos sus diámetros iguales está encerrado en la idea de un círculo, puedo afirmar de todo círculo que sus diámetros son iguales. Y no pueden refutarse estos principios sin destruir toda la evidencia del conocimiento humano y establecer un pirronismo ridículo.

Pero porque necesitamos de otra idea además de la idea de la cosa, demostraremos esta proposicion con las dos reglas siguientes para los axiomas.

1.^a REGLA.

Cuando para ver claramente que un atributo conviene al sugeto, como para ver que conviene al todo ser mayor que su parte, basta una mediana atencion, para considerar las dos ideas, y hallar la de atributo encerrada en la de sugeto: tenemos derecho á considerar esta proposicion como un axioma que no necesita ser demostrado, porque tiene en sí mismo toda la evidencia, que le puede dar la demostracion.

2.^a REGLA.

Cuando la consideracion sola de la idea del sugeto y del atributo no basta para ver claramente que el atributo conviene al sugeto, la proposicion que la afirma no debe ser tomada por axioma, sino ser demostrada sirviéndose de otras ideas para hacer ver su relacion ó su union, como nos servimos de las líneas paralelas para demostrar que los tres ángulos de un triángulo son iguales á dos rectas.

Estas dos reglas son de gran importancia, pues uno de los mayores defectos de los hombres consiste en no consultarse á sí mismos, sino referirse á lo que han oido decir, por no tomarse el trabajo de meditar bien sus ideas.

DE VARIOS AXIOMAS IMPORTANTES.—Nadie puede desco-

nocer lo importante que es poseer un caudal de axiomas y principios que pueda servir de fundamento para conocer las cosas mas ocultas. En este concepto vamos á presentar algunos tan útiles como poco comunes, empezando por el que acabamos de esplicar.

1.^{er} AXIOMA.

Todo lo que está encerrado en la idea clara y distinta de una cosa, puede ser afirmado de ella con verdad.

2.^o AXIOMA.

La existencia, á lo menos posible, está encerrada en la idea de todo lo que nosotros concebimos clara y distintamente.

3.^{er} AXIOMA.

La nada no puede ser causa de ninguna cosa. De este axioma nacen otros que pueden ser corolarios suyos.

4.^o AXIOMA.

Ninguna cosa ni ninguna perfeccion de esta cosa actualmente existente puede tener la nada, ó sea una cosa no existente por causa de su existencia.

5.^o AXIOMA.

Toda la realidad ó perfeccion que está en una cosa se encuentra formal ó eminentemente en su causa primera y total.

6.^o AXIOMA.

Ningun cuerpo puede moverse por sí mismo, es decir, darse el movimiento no teniéndolo.

7.^o AXIOMA.

Ningun cuerpo puede mover otro si él no es movido.

8.º AXIOMA.

No debe negarse lo que es claro y evidente, por no poder comprender lo que es oscuro.

9.º AXIOMA.

Es de la naturaleza de una inteligencia finita no poder comprender lo infinito.

10.º AXIOMA.

El testimonio de un Ser infinitamente poderoso, sabio, bueno y verdadero debe tener mas fuerza para persuadir nuestro entendimiento que las razones mas convincentes.

Estos tres últimos axiomas son el fundamento de la fe.

11.º AXIOMA.

Los hechos de que pueden juzgar fácilmente nuestros sentidos si son afirmados por un gran número de personas de diversos tiempos, de diversas naciones, de diversos intereses que hablan de ellos como sabiéndolos por sí mismos, y que no puede sospecharse que han conspirado juntas para apoyar una mentira, deben pasar por tan indubitables como si los hubiéramos visto con nuestros propios ojos. Esta es la base de casi todos nuestros conocimientos.

REGLAS RELATIVAS A LA DEMOSTRACION.—Una verdadera demostracion exige dos cosas: la una que en la materia de que se trata no haya nada que no sea cierto é indubitable; y la otra que no haya nada de vicioso en la forma de argumentar. Estas dos cosas son muy posibles si se observan las reglas anteriores; pues en el asunto no habrá nada que no sea cierto y verdadero si todas las proposiciones son:

O definiciones de palabras que se habrán explicado y que no pueden refutarse por ser arbitrarias.

O axiomas admitidos, que no se habrán supuesto por ser claros y evidentes por sí mismos.

O proposiciones ya demostradas, y que por consiguiente son tambien claras y evidentes por la demostracion hecha.

O la construccion de la misma cosa de que se trata cuando haya alguna operacion que hacer, lo que debe ser tan indubitable como lo demás, puesto que esta construccion debe haber sido considerada antes como posible sin duda alguna.

Es, pues, claro que observando la primera regla no se aventurará para prueba ninguna proposicion que no sea cierta y evidente.

Se supone que en nada se faltará á la forma de la argumentacion, observando la regla segunda, que consiste en no abusar jamás del equívoco de los términos, pues la causa porque se falta á las reglas de los silogismos no es otra que este equívoco de los términos tomándolo en un sentido en una de las proposiciones, y en otro en la anterior ó posterior; lo que sucede generalmente en el medio del silogismo.

No es esto decir que no haya otros vicios de argumentacion además del espresado, pero este es sin duda alguna el gran preservativo para un hombre de luces, sobre todo en materias especulativas.

Tenemos todavía una observacion que hacer acerca de las proposiciones que necesitan ser demostradas, y es que no deben considerarse de este número las que pueden serlo por la aplicacion de la regla de la evidencia á cada proposicion evidente, pues si así fuera, no habria axioma que no hubiera menester demostrarlo, siendo así que casi todos pueden serlo por el fundamento de toda evidencia; á saber:

Todo lo que se ve claramente que está contenido en una

idea clara y distinta, puede ser afirmado de ella con verdad.
Podemos decir por ejemplo:

Todo lo que se ve claramente que está contenido en una idea clara y distinta, puede ser afirmado de ella con verdad:

Es así que veo claramente que la idea clara y distinta que se tiene del todo, encierra el ser mayor que su parte;

Luego se puede afirmar con verdad que el todo es mayor que su parte.

Pero aunque sea muy buena esta prueba, no es sin embargo necesaria, porque nuestro entendimiento suple esta mayor, sin necesidad de atender particularmente á ella; y así ve clara y evidentemente que el todo es mayor que su parte sin reflexionar de dónde procede esta evidencia, pues son dos cosas diferentes conocer evidentemente una cosa, y saber de dónde nos viene esta evidencia.

DEL MÉTODO DE LAS CIENCIAS REDUCIDO A OCHO REGLAS PRINCIPALES.—Para llegar á poseer un método mejor aun que el que tienen en uso los geómetras es menester añadir algunas reglas á las principales que ya hemos dado aquí, de modo que todas estas reglas puedan reducirse á ocho, cuyas dos primeras digan relacion con las ideas, la tercera y cuarta con los axiomas y juicios, la quinta y sexta con el raciocinio, y la sétima y octava con el orden ó método. A saber:

Dos reglas para las definiciones.

1.^a No dejar ninguno de los términos un poco oscuro ó equivoco sin definirlo.

2.^a No emplear en las definiciones mas que palabras conocidas ó ya esplicadas.

Dos reglas para los axiomas.

3.^a No exigir en axiomas sino cosas muy evidentes.

4.^a Recibir por evidente lo que no ha menester sino de alguna atencion para ser reconocido por verdadero.

Dos reglas para las demostraciones.

5.^a Probar todas las proposiciones un poco oscuras no empleando mas que definiciones que hayan precedido, ó los axiomas que hayan sido acordados, ó las proposiciones ya demostradas.

6.^a No abusar jamás del equívoco de las palabras, conservando siempre mentalmente las definiciones que las restrinjan y las espliquen.

Dos reglas para el método.

7.^a Tratar las cosas cuanto sea posible en su orden natural empezando por las mas generales y mas simples y esPLICando todo lo que pertenezca á la naturaleza del género, antes de pasar á las especies particulares.

8.^a Dividir cuanto se pueda cada género en todas sus especies, cada todo en todas sus partes y cada dificultad en todos sus casos.

DE LA FE DIVINA Y HUMANA.—Todo lo que llevamos dicho hasta aquí tiene por objeto las ciencias humanas y los conocimientos fundados sobre la evidencia de la razon. Pero antes de dar cima á nuestro trabajo hablaremos de otra clase de conocimiento, que no es menos cierto ni menos evidente en su manera, que es el que sacamos de la autoridad.

Hay dos vias generales que nos hacen creer que una cosa es verdadera. La primera es el conocimiento que tenemos por nosotros mismos á causa de haber reconocido é investigado la verdad, ya por nuestros sentidos, ya por nuestra razon; lo que puede llamarse generalmente *razon*, porque los mismos sentidos dependen del juicio de la ra-

zon; ó *ciencia*, tomando aquí este nombre en general por todo conocimiento de un objeto, sacado del objeto mismo.

La otra via es la autoridad de las personas dignas de ser creidas, que nos aseguran que tal cosa es, aunque nada sepamos de ella por nosotros mismos; lo que se llama fé ó creencia. Pero como esta autoridad puede ser de dos clases, de Dios ó de los hombres, hay tambien dos clases de fé, divina y humana.

La fé divina no puede estar sujeta á error, porque Dios no puede engañarse ni engañarnos.

La fé humana está por sí misma sujeta á error, porque todo hombre es mentiroso, segun la Escritura, y porque puede suceder que el que nos asegura una cosa como verdadera esté engañado. Pero no obstante hay cosas que no conocemos sino por la fé humana que debemos tener por tan ciertas é indubitables como si se nos hubiesen demostrado matemáticamente. De este número son las que se saben por una relacion constante de tantas personas, que es moralmente imposible que hubieran podido conspirar de consuno para asegurar la misma cosa, si no fuese verdadera. Por ejemplo, al hombre poco instruido le cuesta trabajo concebir que haya antípodas, y sin embargo por la fé humana nadie lo puede negar á poco que haya saludado la geografía. Del mismo modo sería menester haber perdido el juicio para negar que han existido en el mundo Alejandro, César, Colon y Hernan Cortés.

Es cierto que ofrece á menudo mucha dificultad señalar cuando la fé humana ha llegado á este grado de certidumbre y cuando no ha llegado: y es precisamente lo que hace caer á los hombres en dos extremos opuestos, ó en el de creer las cosas al menor viso de verosimilitud, ó en el de negarlas por probadas que estén, sobre todo si se oponen á las prevenciones del entendimiento; pero hay ciertos límites que es menester pasar para adquirir la cer-

tidumbre humana, y otros mas allá de los cuales es temerario el penetrar. Entre estos dos lindes, pues, nos acercamos, ya á la certidumbre, ya á la incertidumbre, segun queramos quedar estacionados ó proseguir el camino.

Si se comparan las dos vias generales que nos hacen creer que una cosa es, á saber, la via de la razon y la de la fé, hallaremos que la fé, supone siempre alguna razon, porque como dice S. Agustin la razon misma nos convence de que hay cosas que debemos creer, por mas que se hallen fuera de nuestro alcance, y principalmente respecto de la fé divina, porque la verdadera razon nos enseña que siendo Dios la verdad misma, no puede engañarse en lo que nos ha revelado de su naturaleza y de sus misterios. Así los hereges que pretenden destruir los misterios de la fé, se alejan visiblemente de la razon misma, pretendiendo comprender con un entendimiento limitado la estension infinita del poder de Dios.

ALGUNAS REGLAS PARA CONDUCIR BIEN LA RAZON EN LA CREENCIA DE LOS SUCESOS QUE DEPENDEN DE LA FE HUMANA.— Hay pocas personas que apliquen un buen juicio á las ciencias especulativas en comparacion de las que juzgan de las cosas que pasan á su alrededor diariamente. No hablamos aquí del juicio que se hace de si una accion es buena ó mala, porque ya esto concierne á la moral, sino del que se forma respecto de la verdad ó de la falsedad de los acontecimientos humanos, y sobre esto vamos á hacer algunas reflexiones.

Debemos notar una gran diferencia entre dos clases de verdades: la una que mira solamente la naturaleza de las cosas y su esencia inmutable, independiente de su existencia: la otra que tiene por objeto las cosas existentes y sobretodo los acontecimientos humanos y con-

tingentes que pueden ser ó no ser cuando se trata del porvenir, y que pueden no haber sido tratándose de lo pasado. Hablamos aquí segun sus causas próximas, haciendo abstraccion de su orden inmutable en la providencia de Dios, porque por una parte no impiden la contingencia, y por otra no siéndonos conocido, no contribuye á hacernos creer las cosas.

En la primera clase de verdades, como todo es necesario en ella, nada es verdadero si universalmente no es verdad; y así debemos concluir que una cosa es falsa si lo es en un solo caso. Pero si pensamos servirnos de las mismas reglas en la creencia de los acontecimientos humanos, siempre juzgaremos de ellos falsamente y solo acertaremos por casualidad, porque siendo contingente por su naturaleza seria necedad buscar una verdad necesaria. Por la misma razon será tan absurdo no creer nada como creerlo todo, y para dar una máxima saludable, diremos que la sola posibilidad de un acontecimiento no es una razon suficiente para hacérselo creer, ni para dejar de creerlo, y que para inclinarnos mas á un lado que á otro es menester tener en cuenta que los acontecimientos no deben considerarse desnudos en sí mismos, sino pesar las circunstancias que los acompañan tanto interiores como exteriores. Llamamos circunstancias interiores las que pertenecen al suceso mismo y exteriores las que hacen relacion á las personas cuyo testimonio nos obliga á creerlo. Si todas estas circunstancias se reunen, nuestro entendimiento se inclina naturalmente á creer que es verdad, mucho mas en la conducta de la vida que solo requiere una certidumbre moral y que debe contentarse con una gran probabilidad.

Si por el contrario no se llenan estas condiciones, la razon exige que suspendamos nuestro juicio, ó que no demos crédito á lo que no tiene apariencia de ser ciertó,

aunque no observemos ninguna gran imposibilidad. Solo debemos esceptuar de esta regla los milagros, porque nada hay imposible para Dios, pero para creerlos deben ser atestiguados por autoridades cristianas hasta el punto de robustecer nuestra fé.

Finalmente, es gran imprudencia emplear el mejor tiempo de la vida en adquirir los conocimientos humanos, si solo han de servirnos para dudar de todo aquello que no alcanza claramente nuestra limitada razon. El hombre por esta facultad llega á conocer todo lo que le es útil y necesario, pero no todo lo que anhela saber, porque, como ya he manifestado en el discurso de esta obra, para alcanzar la *evidencia* le es indispensable educar su sentimiento, puesto que solo esta gran potencia es la que puede elevarlo á la verdad eterna. Pero para conseguir este fin dichoso necesita conocerse á sí mismo, sin cuyo estudio jamás sabrá disminuir sus pasiones, siempre enemigas de su verdadera felicidad.

CAPITULO XXI.

DE LAS PASIONES.

"No permitas jamás que reine la soberbia en tus sentimientos, ó en tus palabras, porque en ella tomó principio toda perdición."

Tobias L. 3.^o v. 14.

"El saber de la carne es enemigo de Dios."

S. Pablo á los Romanos c. 8, v. 7.

Al hablar de las facultades intelectuales he dicho que el cérebro es un maravilloso mecanismo, en que la mano del Hacedor Supremo ha querido darnos una muestra señalada de su sabiduría; y en efecto basta pensar solamente en que es el receptáculo de las operaciones mentales, ó lo que es lo mismo, que todas las facultades del alma, y aun todas las impresiones de nuestros sentidos tienen su cábida y su asiento en él, para que el orgullo del hombre reconozca su impotencia y declare que solo la sabiduría del Criador es capaz de fabricar un instrumento tan lleno de maravillas en tan reducido espacio. ¡Cuán innumerables no deberán ser, y cuán sutiles los nervios y las fibras que se ponen en ejercicio para el libre uso de nuestras operaciones intelectuales! El sentimiento, la volun-

tad, la imaginacion, el entendimiento, la memoria, cuyas facultades reúne en sí casi simultáneamente ese ente espiritual, á que llamamos razon, ó de otro modo, ese sentimiento precioso que depura la verdad en el crisol de nuestras facultades mentales, á que damos el nombre de razon; ese sentimiento inapreciable que lleva en su esencia misma el sello de la verdad, para darse cuenta de cuanto le concierne en el mundo físico, intelectual y moral! Ah! lo repito, el hombre pensador no puede menos que doblar la cerviz al reconocer en el hombre mismo el conjunto mas portentoso de cuantas maravillas se ostentan á nuestras miradas en el sublime espectáculo del universo. El hombre, pues, es la obra maestra del Autor de la creacion, y en este solo hecho debemos reconocer y acatar algun designio grande, eminente que nos eleve á la altura de los espíritus puros. Hé aquí una de las mas importantes consideraciones, y tal vez la mas digna del hombre, que nos revela la excelencia de nuestra naturaleza y nuestro destino inmortal. Sí, el sentimiento, esta esencia del espíritu que nos anima y vivifica, y que ilustra nuestra razon, nos afirma de la manera mas elocuente esta eterna verdad: El hombre encierra en su ser un espíritu inmortal que aspira incesantemente á hallarse en su centro: su deseo sin límites es el nuncio de su eterno y glorioso destino.

Pero antes de llegar á término tan venturoso es necesario vivir, y vivir bien en las condiciones que nos dicte el sentimiento moral que hermosea nuestro ser. Y porque la vida humana es una carrera de lucha, es necesario tambien que nuestro ser conste de dos naturalezas diferentes. El espíritu aspira al cielo: el cuerpo busca su centro en la tierra, que es su madre comun, á cuyo seno bajará corruptible para florecer glorioso de su misma corrupcion, si ha sabido llenar sus deberes. Y porque nuestra felicidad fu-

tura depende del perfecto equilibrio de estas dos naturalezas diferentes, es indispensable que haya entre ellas puntos de contacto. Por eso las facultades mentales y morales que son propias del alma se elaboran y desarrollan en el cerebro del hombre material, lo que ha dado lugar á la ciencia frenológica.

La frenología es, pues, la ciencia que trata del punto de contacto que estrecha y separa juntamente las dos naturalezas que constituyen al hombre. Esta ciencia considerada primero por el doctor Gall bajo un punto de vista material, no obstante que reconoce la educacion como único medio para modificar las inclinaciones humanas; está muy lejos todavía de ser una verdadera ciencia especulativa. Sin embargo, hombres ilustrados como Lauvergne y Devay, á fuer de famosos fisiólogos, han convenido en considerarla de este modo.

«La impenetrabilidad del alma solo se trasluce en algunos puntos esparcidos en su velo, es decir, en el cerebro, y aun ese resplandor que arroja, solo se observa en los puntos culminantes y mas fulgentes de su dominio, en aquellos que su llama aviva á costa de los otros, en aquellos que hacen al hombre moral ó muy hermoso ó muy feo.»—«El cerebro de los hombres que han retenido en su memoria los nombres de cielo, alma y Dios, que los honran con fé sencilla, son cortados por un mismo patron: nada tienen en la cabeza.»—«Las almas verdaderamente superiores, no son creaciones que se pueden conocer.»

Hasta la ciencia frenológica, á la altura en que se encuentra en nuestras dias, viene á proclamar la teoría del sentimiento; puesto que solo el hombre moral es el que puede distinguirse de los demás, ora sea en el camino de la virtud, ora en el del vicio. Hasta la materia pretende tener el sello del hombre virtuoso y del malvado; porque

las grandes virtudes, así como los negros vicios, son poderosos en su desarrollo para hermostear ó desfigurar interiormente el cráneo. Tal es la influencia de lo moral en lo físico.

«La ciencia fisiológica, dice Devay, prueba que las buenas prácticas, el cumplimiento integral de las leyes de la conciencia, no solamente embellecen la vida terrenal, sino que la hacen mas firme y mas estable; y que la armonía del cuerpo ó sea la salud, está unida frecuentemente á la virtud, que es la armonía del alma.»

«¿Cuál es el lazo misterioso, dice en otro lugar el mismo autor, que une estos dos movimientos (la sensibilidad fisiológica y el sentimiento moral), orgánico el uno y moral el otro? Lo ignoramos, pero los hechos no pueden poner en duda su existencia. Sí, lo que hay de grande, de noble, de generoso en la naturaleza moral se disipa por la voluptuosidad. El hombre dado á los placeres es por precision egoista: mas tarde se hace cruel.... Casi imposible es hallar en la historia un tirano que no haya sido voluptuoso. Cuanto mas domina la sensualidad, tanto mas execrables serán las inclinaciones del hombre. En nuestros dias es el oro, y á cualquier precio, aun á costa de la conciencia, se pretende comprar. En otro tiempo el Evangelio lavó del antiguo mundo las manchas con que el politeismo le habia cubierto. Ahora tambien seria necesario que sus sagradas corrientes pasasen por nuestra sociedad para purificarla de las impurezas que la deshonran.»

El Evangelio no es solamente divino como religioso, sino tambien santo como filosófico para el que lo quiere estudiar atentamente.

Los filósofos materialistas, he dicho ya en otra parte, han establecido la sensacion como principio esencial; por consiguiente han confundido siempre los sentimientos con

las sensaciones, y las pasiones con los sentimientos.

Los espiritualistas han dividido la psicología en tres partes, que, sea dicho de paso, forman tres ciencias al parecer independientes entre sí, á saber: la sensibilidad, la actividad y la inteligencia. La sensibilidad es una facultad pasiva por la cual se empieza á explicar al hombre: esta facultad es la madre de los sentimientos y de las sensaciones, incluyéndose las pasiones en el número de aquellos. La moral ó la ética es la última parte de la filosofía, que constituye tambien otra ciencia independiente, como complemento de las demás. De aquí ha procedido sin duda que la escuela sensualista no haya dado una gran importancia á la escuela sensibilista, puesto que, fuera de sus clasificaciones, hace nacer siempre de la misma fuente, sin ningun correctivo ni diferencia, todo lo que el hombre encierra de grande y de miserable.

En mi filosofía del sentimiento he considerado esta facultad como la potencia motriz del alma; y en su desarrollo he hallado explicados sin violencia los principales fenómenos de la psicología, trayendo todas las facultades del hombre á un centro comun, descubriendo en la espiritualidad de nuestra alma atributos divinos, independientes en algun modo de las pasiones terrenales.

Réstame aun explicar este último extremo, y ojalá que á la luz del sentimiento que me anima me sea dado hacer este deslinde con el acierto que requiere la buena filosofía, y juntamente con la armonía que reclaman las Escrituras sagradas, las ciencias médicas y la dignidad del hombre.

Jesucristo dijo momentos antes de dar principio á su gloriosa pasion.

«El espíritu en verdad pronto está, mas la carne enferma.»

S. Mateo. cap. 26. v. 41.

«El espíritu en verdad está pronto, mas la carne enferma.»

S. Marcos cap. 14. v. 38.

Nótese en primer lugar la conformidad de los dos Evangelistas citados, no obstante que la Iglesia católica reconoce y venera como infalibles todos y cada uno de los cuatro Evangelios. En segundo lugar observaremos que Jesucristo no habla aquí de ninguna de las enfermedades que aquejan á nuestra mísera especie, pues como hombre-Dios era perfecto en organizacion física, y por su virtud sacrosanta, en que se comprenden la sobriedad, la templanza, la humildad, la caridad etc., estaba exento de pasiones terrenales. Jesucristo se refiere sin duda al apego que la carne flaca tiene á la tierra, y confiesa la disposicion de su espíritu á dar principio á su pasion, al mismo tiempo que siente el decaimiento de sus fuerzas naturales y orgánicas para prestarse á padecer y morir.

Hé aquí palabras divinas de que jamás ha hecho mérito la filosofía, por el alarde de raciocinar siempre sin el apoyo de los libros sagrados, que son la única y verdadera fuente de la filosofía racional.

El espíritu fué contaminado en el hombre por la sensualidad de los sentidos: aquel perdió la gracia divina. El cuerpo quedó sujeto á la muerte, es decir, á la corrupcion. Esta prueba, y la trasmision del pecado por los vínculos de la sangre nos aseguran de que el cuerpo tuvo parte tambien en la original caída. Ahora bien; la sensibilidad es una facultad pasiva por la cual experimenta el alma el placer y el dolor, pero esta facultad es al mismo tiempo el linde que separa al hombre espiritual del hombre material. Así la sensibilidad es una cualidad del sentimiento, mientras que la sensacion es un efecto de la sensibilidad; es decir, que el sentimiento es metafísico-moral-sensible, y la sensacion físico-sensible. Así el placer y el dolor físico hieren directamente la sensibilidad por la sensacion, é indirectamente hieren el sentimiento; en tanto que la fruicion y el dolor moral, como puramente

subjetivos, no pasan de la sensibilidad. Algunos ejemplos podrán contribuir á fijar esta hipótesis, como algo mas que probable. Cuando escuchamos los acentos melodiosos de una voz hermosa, ó los sonidos armoniosos de un instrumento que egecuta con maestría una buena composicion musical, cada nota penetra en nosotros y vibra en el sentimiento; al paso que una voz desapacible ó un instrumento desacordado crisa el sistema nervioso, produciendo una sensacion desagradable, que seguramente no pasa de nuestra sensibilidad. Otro ejemplo. ¿Por qué razon el anciano, á quien la injuria del tiempo ha entorpecido los sentidos, y cuyas sensaciones casi se han perdido por la rigidez de sus nervios, es tan accesible al sentimiento de la piedad? ¿Por qué no puede oir la relacion de una desgracia sin derramar lágrimas? ¿Por qué es tan amante de los niños inocentes? Porque todo lo que ha perdido en sensaciones que despierten su sensibilidad, lo ha ganado en el sentimiento ya de la piedad, ya de la caridad, ya de la inocencia. Su cuerpo empieza á destruirse, y sin embargo es mas susceptible de sentir moralmente que el hombre jóven. Hé aquí justamente por qué considero que si las sensaciones fueran el solo móvil de nuestro sentimiento, este seria enteramente nulo en el que ha llegado á una edad avanzada. Pero lejos de ser así, vemos al anciano desvivirse por el tierno niño: el sentimiento de la inocencia se le presenta con tanto mayor atractivo cuanto es mayor la distancia que lo separa de la tierna edad. ¿Será acaso que pueda compararse la vida con un círculo, y que cuanto mas se acerca el anciano al punto de partida por el camino opuesto, mas se va identificando con la ternura de sus sentimientos? Su razon flaquea, porque sus facultades intelectuales no obran ya en su cérebro del mismo modo que cuando su organizacion gozaba de todas las condiciones necesarias para su completo desarrollo; pero

en cambio la inocencia lo enamora, la caridad lo enciende, la piedad exalta su fé. Resta, pues, en el anciano el hombre de sentimiento, aunque ya casi destituido de razon. No es sensible al placer de los sentidos: tal vez no tenga accion en algunos de sus miembros, y carece tal vez de sensibilidad para que le aqueje el dolor, pero el sentimiento se enseñorea de él y lo acompaña todavía en su postrer suspiro. «El fenómeno fisiológico de la muerte, dice Mr. Devay, nos presenta el principio moral del hombre subsistente en toda su energía aun enmedio del organismo arruinado.»

«El principio vital puede perecer, agrega Mr. Barthez, sin que la potencia de donde deriva desfallezca; del mismo modo que los rayos del sol se reflejan y se pierden en las sombras de un cuerpo opaco sin que aquel manantial de luz se agote jamás.»

La sensacion, por el contrario, se produce siempre de una manera objetiva, es decir, que siempre es escitada por el mundo exterior y comunicada á la sensibilidad por nuestros sentidos. Cualquier objeto que sea susceptible de hablar á las pasiones basta para ponerla en ejercicio. La razon es que por lo comun las pasiones no escitan mas que el placer de los sentidos. Cuando contemplamos, por ejemplo, una fruta sabrosa los ponemos al punto en accion. La vista se recrea en el exámen de su hechura ó de su buena sazón: el olfato en el olor agradable que exhala: el tacto toca con gusto la finura de su tez, y el paladar se regala durante la masticacion. Esta serie de sensaciones, ó bien su misma simultaneidad, producida por la necesidad de la vida ó por el placer de saborearse no llega al alma sino de una manera muy indirecta, porque no hay necesidad física que la mueva; pero si al contemplar la fruta y todas las cualidades que pueden hacérnosla grata, abstraemos, por decirlo así, el pla-

cer de los sentidos, y la miramos como una de las obras infinitas de la mano del Omnipotente, entonces desaparece el hombre físico y queda el hombre moral gozando de una fruicion mucho mas deliciosa que el sabor del manjar apetecido. El sentimiento se desprende de nosotros para salir al mundo exterior á apoderarse del objeto de nuestra contemplacion; mientras que por el contrario el placer de los sentidos suscitado por el mismo objeto, cuando lo consideramos solamente bajo el punto de vista material, se obra por la sensacion en los mismos sentidos y va á absorberse en la sensibilidad. Pudiera decirse que la sensacion es el efecto de la atraccion ó repulsion de los cuerpos físicos; en tanto que el sentimiento activo despidе sus rayos bienhechores, como un sol que sale de un hermoso oriente para acalorar y embellecer el universo.

La sensibilidad, facultad puramente pasiva, es, pues, el linde entre el sentimiento y la sensacion.

Tres clases de movimientos internos se efectúan en el hombre; á saber: 1.º los movimientos puramente mecánicos, como el movimiento circulatorio, y como la distribucion de los líquidos alimenticios en la economía. Estos movimientos no pueden ser producidos sino por las fuerzas naturales y por las fuerzas vitales ú orgánicas: 2.º los movimientos espontáneos, como los que ejecuta la mano amaestrada en una labor determinada, sin darse cuenta el individuo; ó como el que al ver un riesgo inminente procura huir instantáneamente de él. Estos movimientos, ora sean producidos por el hábito, como en el primer ejemplo, ora sean producidos por lo supremo del instante en que se ofrece el peligro, como en el segundo, no son movimientos deliberados. Es cierto que la mano amaestrada ha comenzado su labor en virtud de un acto libre; pero no lo es menos que despues de comenzada la obra puede estar pensando el operario en diferentes ob-

jetos, sin que la mano deje de ejecutar sus movimientos mecánicos. Ya en este caso el hábito hace veces de voluntad, así como en el suceso peligroso el terror ú otro sentimiento hizo tambien las veces de la deliberacion. A los movimientos espontáneos concurren las fuerzas naturales y orgánicas, de una manera directa, y las fuerzas animales (que son propiamente las espirituales) de una manera indirecta, que es muy difícil poder llegar á apreciar en su justo valor. Y á propósito reclamo la atencion de los teólogos, de los jurisconsultos y de todos los filósofos para que la fijén en los movimientos espontáneos; en aquellos movimientos en que no tiene una parte activa el libre albedrio del hombre, pues si bien el espíritu por su naturaleza inmortal no ha menester medida, como nuestros movimientos, es preciso tener en cuenta que mientras está encerrado en el cuerpo obra con arreglo á las condiciones del ser misto, del ser dual: 3.º los movimientos llamados voluntarios: los movimientos del hombre intelectual y moral en el uso de su libertad: los que son el resultado de su exámen y deliberacion: aquellos, finalmente, que constituyen su responsabilidad ante Dios y los hombres.

Por lo que acabo de decir conoceremos el punto de contacto que tiene el alma con el cuerpo en sus funciones morales é intelectuales.

Los sentidos son los órganos del ser físico é intelectual. El ser físico recibe por ellos las sensaciones. El ser intelectual recibe por ellos las ideas que adquiere de los objetos del mundo exterior. En cuanto al ser moral vive mas recogido en su mundo interior y si los sentidos ponen en juego sus sentimientos es para rechazar todo lo que se opone á sus maravillosos atributos.

Sepamos cómo llegan á efectuarse estas operaciones.

El ojo humano es semejante á un instrumento óptico

cuyo observador es el alma. Cuando dirigimos la vista hácia un objeto se efectúan de una manera simultánea dos operaciones diferentes. El objeto exterior viene á reflejarse inmediatamente en el centro de la pupila, reducido su tamaño al pequeño círculo que lo forma. Creo que la espresion comun de niñas de los ojos, que se da á las pupilas, ha procedido de las pequeñas imágenes que refleja á quien en ellas se mira. El ojo, pues, atrae el objeto exterior por una operacion óptica. El alma halla la imagen espiritualizada en sí misma, y para darse cuenta del tamaño real y distancia del objeto que observa, hace uso de sus facultades mentales, siendo la comparacion una de sus principales operaciones. Esta es á mi entender la causa de que sean tan equívocos los tamaños y las distancias, especialmente para aquellos que faltos de esperiencia no saben apreciar sus observaciones en el mundo exterior. Hé aquí la vision físico-intelectual.

Ahora bien, cuando miramos un objeto indiferente no despierta nuestras sensaciones: cuando es útil, lo vemos y examinamos con agrado: cuando es bello, escita nuestro sentimiento: cuando es sensual, nuestras sensaciones ó apetitos. Pero sucede tambien que la belleza física despierta la sensualidad, y aquí es donde principalmente fijan su dominio las pasiones. Sin embargo, para hablar de ellas en general es menester remontarnos á su origen.

Mr. Alibert, en su *Fisiologia de las pasiones*, las deriva de cuatro leyes primordiales, que son: instinto de conservacion, instinto de imitacion, instinto de relacion é instinto de reproduccion; y bajo el nombre de instinto comprende todas las facultades afectivas, siendo sinónimas las voces de sentimientos ó pasiones. Todos los moralistas están de acuerdo en esta sinonimia. Mr. Pinel, segun Mr. Hutin, las clasifica en expansivas y en opresivas.

El célebre Volney, siguiendo á otros filósofos, quiere

que todas las facultades afectivas procedan del *amor de sí mismo*, y segun sus resultados las divide en virtuosas, viciosas ó mistas.

Por lo que á mí hace entiendo solamente por pasiones aquellos movimientos mistos que nos ligan á la tierra con menoscabo de las leyes eternas de lo justo y de lo honesto.

Hé aquí como haciendo brotar nuestras afecciones de la misma fuente, es decir, del amor, distingo las virtudes de las pasiones.

Todo hombre encierra en su alma un gran tesoro de amor. En el buen cristiano tiene tres objetos: Dios, el prógimo, él mismo. El amor de Dios es el objeto principal de nuestro espíritu, porque solo él puede llenarlo cumplidamente infundiéndonos la esperanza de gozarlo por toda la eternidad. El amor del prógimo comprende á todos nuestros semejantes sin escepcion alguna, pero como sean nuestros hijos mas semejantes á nosotros mismos que á los demás, de aquí nace naturalmente nuestro mayor amor hácia ellos; así como por legítima analogía á nuestros padres, hermanos, y á aquellos que están ligados á nosotros por los vínculos de la sangre; teniendo tambien un lugar preferente el parentesco del corazon, que es la eleccion libre para contraer matrimonio, así como para elegir á nuestros amigos. Todo ser racional es nuestro prógimo y merece que egercitemos con él nuestras virtudes, pero no se opone á la ley del cristiano que ame, despues de Dios, mas tiernamente á su familia que á todos los demás.

El amor de sí mismo es tambien natural en el hombre, porque Dios nos manda conservarnos, huir de toda suerte de peligros y cumplir con nuestros deberes, durante nuestra vida, que es la prueba verdadera de nuestra libertad; por consiguiente, el hombre es un ser que no se debe á sí mismo ni como hijo de Dios, ni como ca-

beza ó miembro de una familia, ni tampoco como miembro del Estado, cuyas leyes le protegen. El materialismo, pues, que aconseja al hombre el suicidio, como la escuela cínica, no solo es impío sino absurdo; porque no siendo el hombre dueño de nacer, es evidente que menos todavía es dueño de morir, cuando ha sido sacado de la nada para aspirar á lo inmortal.

Pero el amor de sí mismo es no obstante la fuente de todas las pasiones. La esencia de la soberbia, origen de la caída del ángel y del hombre, es una condicion del espíritu, sin la cual el sentimiento de la justicia no pudiera discernir el bien del mal, lo justo de lo injusto. Pero ¿qué es la soberbia? Es la madre de la ira, de la gula, de la lujuria, de la envidia, de la pereza etc., y es al propio tiempo hija bastarda del amor, es decir, es hija del amor desareglado, del amor escesivo que se tiene el hombre á sí mismo.

El hombre como compuesto de dos naturalezas tiene necesidades morales, intelectuales y físicas. Estas últimas necesidades se aumentan en proporcion que crece el amor de sí mismo hasta el grado de amarse como debiera amar juntamente á Dios y al prógimo.

El amor de sí mismo en el hombre espiritual y corporal no puede ser idéntico al amor que se tuvo el ángel malo: aquel era un espíritu puro, y fué en su caída un ángel degradado. El hombre no fué por consiguiente, como Luzbel, un ángel degradado cuando perdió la gracia del Señor. Fué un ser misto degradado. Su desgracia recayó sobre sus dos naturalezas. Por eso la soberbia es una llama ardiente que se enciende mas ó menos, segun el mayor ó menor pábulo que encuentra en el organismo. Y pues el mismo doctor Gall, á pesar de sus tendencias materialistas, reconoció la importancia de la educacion para modificar nuestras inclinaciones naturales: y pues

las necesidades físicas son principalmente la ocasion que despiertan el escetivo amor de sí mismo, fuente de todas las pasiones, no queda duda alguna acerca de la influencia de los temperamentos, ni de los beneficios de la educacion físico-moral para mejorar al hombre.

En efecto, todas las virtudes nacen siempre de amar á Dios y al prógimo; mientras que todas las pasiones y los vicios proceden del amor de sí mismo. Solo el avaro tiene el triste privilegio de amar su tesoro como debiera amar á Dios, al prógimo y á sí mismo.

El principio perfectible del espíritu es la causa primordial y predisponente del amor al regalo, á las comodidades, al lujo; y cuando este principio es secundado por un temperamento enérgico, irascible, acre ó indolente, entonces las pasiones se enseñorean del corazon sin mas objeto que la satisfaccion de los sentidos. No debe desconocerse tampoco la influencia del clima en los temperamentos hasta el grado de constituir reglas en algunas naciones, lo que designamos con el nombre de carácter nacional. Sin embargo, todo hombre es susceptible de desarrollar sus sentimientos por medio de la educacion, así como se sumerge en las pasiones cuando no le han enseñado á dominarse, que es en lo que estriva la verdadera ciencia moral.

Gran importancia ha dado el mundo á la moral Aristotélica que estableció cada una de las virtudes como centro de dos pasiones opuestas. Así colocó, por ejemplo, el valor entre la cobardía y la temeridad: la generosidad entre la codicia y la prodigalidad, etc.; es decir, asignó á las virtudes su asiento entre pasiones por defecto y pasiones por exceso. Creo sin embargo que aquel famoso ingenio no llegó á comprender bien al hombre moral. Toda virtud nace de la virtud misma, que es el sentimiento religioso: toda pasion por el contrario nace de un es-

ceso de amor individual, secundado por las disposiciones orgánicas, que teniendo su origen en las necesidades físicas se combinan con el principio de soberbia, que no es mas que amor escesivo de sí mismo. El Narciso de la fábula es la imagen verdadera del hombre que deja de amar á Dios y á su prógimo, pues ese ser apasionado de su individualidad, halla por lo comun la muerte al querer divinizarse. En efecto, el brillo de la soberbia, del orgullo ó de la vanidad es un falso brillo, porque no satisface al alma: si el alma hallara plenitud en esos goces no procuraria variarlos y aumentarlos. Por otra parte los arranques de la ira, el impulso brutal de la lujuria, el esceso de la gula, los retorcedores de la envidia y la indolencia de la pereza son todos funestos para la salud del cuerpo y para la tranquilidad del espíritu.

«Las pasiones, dice un autor distinguido, se reducen á una sola, que es el amor. El odio por un objeto procede del amor á otro.»

«Las dos pasiones mas violentas, segun Mr. Devay, son el orgullo y el odio. El orgullo es el origen de todo mal social. El odio, cuyas formas son la envidia y los celos, tiene todos los malos efectos físicos de las pasiones escitantes y depresivas.»

La pereza es la causa del amor al juego, vicio funesto que ha arruinado á numerosas familias. El tedio al trabajo despierta la codicia en la via del dolo; y el que se propone valerse de medios vedados para vivir sin trabajar, está ya dispuesto á pasar del vicio al delito y del delito al crimen.

En las mugeres la pasion mas dominante es la envidia: de ella nace la vanidad, y para satisfacer esta pasion se ofrece ante sus plantas un profundo abismo.

Si el espíritu que anima nuestro ser: si esta luz celeste nos acalora con el sentimiento y nos ilumina con la

inteligencia, puesta en comunicacion con la materia, ¿cómo es que el hombre se deje arrebatar tan desordenadamente por el torrente de las pasiones? Ah! El hombre animado de un espíritu inmortal, encierra preciosos tesoros de virtud y de facultades superiores que debieran hacerle sentir y conocer lo que vale, no menos que su ulterior y glorioso destino.

«Debemos amar siempre, dice un autor piadoso, aun en los mas depravados aquel venerable gérmen de santificación que reside enmedio de su corrupcion, y el cual puede reanimar de repente el espíritu de Dios.»

El mismo autor añade en otro pasage: «El primer paso de la virtud es el amor al cumplimiento de las obligaciones.» Y Mr. Nicolas establece este gran principio: «La puridad de existencia pertenece al bien, porque lo concebimos, deseamos y aprobamos.»

En efecto, el bien es el objeto constante de la voluntad del hombre: por la felicidad sin fin suspira su deseo: el cumplimiento del deber es lo único que satisface su conciencia. Pues si existen en nosotros estas preciosas facultades y estas felices aspiraciones ¿cuál es el hombre que se atreve á dar pábulo á sus vicios, que no sabe supeditar los movimientos de su organismo, por el incentivo de goces terrenales que coartan su verdadera libertad, rebajan su dignidad, ahuyentan su reposo, y lo hacen todavía de peor condicion que los brutos?

Cuando Abraham conducia á su hijo Isaac al monte para cumplir la voluntad de Dios, su dolor seria profundo, pero tenia fé ardiente, y esperaba que el Señor recompensaria su obediencia abriéndole la mansion de los justos para volver á ver á su hijo amado por una eternidad. Por ventura ¿el hombre material puede abrigar la misma esperanza respecto del destino de su alma? Es su hija hermosa, y en premio de encerrar en ella el tesoro de su pure-

za, la inmola á sus desenfrenadas pasiones y apetitos. Pero es mas todavía: es su dulce y tierna madre, que ha bajado del cielo para darle un ser inmortal y para iluminarlo en esta vida por el sendero de la virtud, del honor, de la piedad. Es su castísima esposa, que ha prometido no separarse ni un solo instante de él hasta su muerte, y que fiel y amante espera reunírsele algun dia para siempre. ¡Hombre material! no envuelvas á tu alma en tu ruina por satisfacer tus pasiones y tus vicios. Oye la voz de tu tierna madre, simbolizada en tu conciencia: oye la voz de tu dulce hija, simbolizada en tu deber: oye la voz de tu amante esposa, simbolizada en tu voluntad. Amemos y respetemos á nuestra alma, y este amor y este respeto de nosotros mismos, acrisolará nuestra dignidad en el ejercicio de las virtudes mas eminentes.

Mr. Cousin ha dicho con sabiduría: «El hombre debe ser su propio artista.» Sí, el alma atesora en sí misma todas las aspiraciones á la perfeccion de una manera constante, perdurable. La educacion moral, bien sea recibida de nuestros padres, ó bien adquirida por nosotros mismos con el auxilio de buenos libros que nos enseñen á adorar el cristianismo, es poderosa para disipar las sombras de las pasiones, y para manifestarse llena de esplendor, como una luz hermosa, en un vaso de cristal limpio y diáfano. La virtud es semejante al agua cristalina de un lago, que se ve clara hasta el fondo. Por eso la vírgen pura, la casta matrona y el varon justo llevan retratadas en la espresion de su rostro las virtudes que resplandecen en su alma. El espíritu inmortal glorifica en esta vida los cuerpos que saben vencer sus pasiones, rodeándoles de un poder misterioso que inspira el amor, el respeto y la veneracion del género humano.

CAPITULO XXII.

DE LA DIVINA GRACIA.

"El reino de Dios no vendrá con muestra exterior: porque el reino de Dios está dentro de nosotros."

S. Lucas, cap. 17. v. 20 y 21.

En el discurso de este libro he procurado inculcar que el sentimiento religioso es el que atrae á sí todas las virtudes y todas las grandes aspiraciones del corazón. En este mismo sentimiento, esencia de todos los demás, he resuelto también el principio fecundo, único para la felicidad del género humano, de amar á Dios sobre todas las cosas y á nuestro prójimo como á nosotros mismos; por consiguiente el sentimiento religioso tiene por esencia el amor divino. Pero ¿cuál es á su vez la esencia del amor divino en el espíritu del hombre? La divina Gracia.

La alta sabiduría de Dios, movida por el supremo atributo de su bondad, fuente de su divino amor y de su infinita misericordia, al crear los espíritus inmortales para que residan temporalmente en la naturaleza del hombre, emplea su palabra soberana espresa ó intuitiva-

mente como la *personificacion* de su voluntad. El *hágase* del Eterno es, pues, el Verbo, su hijo unigénito, que queda, por decirlo así, *encarnado* en nuestro espíritu, como alma de nuestra alma ó como su divina esencia. Esta es la Gracia suficiente que ha animado al género humano desde la creacion hasta nosotros, convertida en Gracia eficaz para los que por dicha nuestra formamos parte de las legiones triunfantes de la Cruz. Y esta Gracia eficaz es por consiguiente la divinidad que se adora en el santuario del sentimiento religioso. Pero esta misma divinidad, causa de todo bien en nosotros, nos aparta muchas veces del mal sin ordenárnoslo directamente, porque es voluntad de Dios que el hombre tenga propios merecimientos, ó á lo menos que se imagine para su consuelo que él pone algo de su parte cuando resiste el impulso de las pasiones. Sin esta creencia universal no se tuviera el hombre por libre y responsable de sus actos. Así podemos sentir el secreto impulso de la Gracia que por la voz de la conciencia nos llama al exacto cumplimiento de nuestros deberes, y sin embargo desoir esta voz misteriosa, eco eterno de aquella voz divina que dijo al primer hombre: *En dónde estás?* y desoyéndola caer en tentacion de satisfacer nuestros apetitos; pero en la senda de lo bello, de lo bueno y de lo verdadero, la Gracia divina es la que derrama torrentes de luz en nuestros caminos. La Gracia divina, pues, sin sojuzgar nuestro libre albedrio, es la fautora de todo bien y de toda perfeccion moral.

«Así como nuestra corrupcion, dice el sabio Leibnitz, no es nunca absolutamente invencible, y nunca pecamos necesariamente, aun cuando estemos bajo la esclavitud del pecado, puede decirse tambien, que nunca somos ayudados invenciblemente; y por mas eficaz que sea la divina Gracia, siempre podemos resistirla aun cuando con anticipacion estemos seguros de no resistirla. Es menester dis-

tinguir siempre entre lo infalible y lo necesario».

«El medio de acordar esta contrariedad aparente, dice un autor, que atribuye ya á Dios, ya á nosotros nuestras buenas obras, es reconocer que son de nosotros á causa de nuestro libre albedrío que las produce, y que son de Dios á causa de la Gracia que hace que nuestro libre albedrío las produzca.»

«Mis vicios son obra mia: mis virtudes las he recibido de tí ¡oh Dios misericordioso! dice Racine (hijo), en su poema de *La Gracia*; tú nos das el instrumento que gana la victoria, pero la gloria de haberse servido bien de él es solo del hombre.»

«La Gracia es una inspiracion del amor divino para hacernos practicar por este santo amor el bien que conocemos.»—«El primer efecto de la Gracia y por el cual Dios nos la ha dado, es el de suavizar la dureza del corazon.»—«La Gracia previene al que no quiere á fin de que quiera, y acompaña al que quiere á fin de que no quiera en vano.»—«Somos libres para ser justos. Esta es la obra de la Gracia.»—«Nuestros méritos son obra de la Gracia. Vale mas dar todo á Dios que no depender en parte de él y en parte de nosotros.» S. Agustin.

«Hé aquí un rasgo defectuoso de mi libertad que consiste en poder hacer el mal. Este rasgo no viene de Dios sino de la nada de que he sido sacado.» «Si el buen uso del libre albedrío no viniera de Dios pudiéramos decir que éramos mejores de lo que Dios nos habia hecho. Así la voluntad de Dios, que hace todo, lejos de hacerlo todo necesario, hace al contrario en lo necesario, del mismo modo que en lo libre, lo que hace la diferencia de uno y otro.» Bossuet.

«En la ley de Gracia Dios cumple en nosotros lo que exige de nosotros.»—«El Pelagianismo atribuyendo fuerzas al hombre independientes de Dios parecia hacer al

hombre ferviente. El Calvinismo para elevar la predestinacion de Dios, aniquilando el libre albedrío, aniquilaba al hombre en apariencia, pero le quitaba la práctica de las buenas obras. La Iglesia guarda el término medio entre estos dos extremos, y nos mantiene en la humildad sin perjuicio del fervor, y escita en nosotros el fervor sin interesar la humildad.» Bourdaloue.

«La Gracia suficiente, dice Mr. Nicolas, procede como la Gracia eficaz de los méritos del hombre-Dios, pero antes de su venida no era sino un destello anticipado suyo.»

«Sin mí no podeis hacer nada.... Nadie puede venir á mí si mi Padre, que me ha enviado, no lo atrae.»

«Mientras que teneis luz, creed en la luz, para que seais hijos de luz.» S. Juan, cap. 13, v. 37.

El principio divino que el hombre contiene en sí mismo, aun en medio de la corrupcion, debe ser necesariamente obra de la Gracia que lo inunda. Así solo puede esplicarse que hombres criminales hayan llegado á ser dechados de todas las virtudes cristianas.

Aunque el augusto misterio de la Trinidad no fué revelado á los hombres hasta la venida de Jesucristo al mundo, existia sin embargo desde abeterno el Dios trino y uno: Dios poder, Dios sabiduría y Dios amor en la inmensidad de su grandeza y de su gloria. El Señor, pues, por el alto atributo de su presciencia, sabia desde el principio el pecado del hombre, su herencia á la humanidad y su sacrificio por salvarnos. Pero estaba decretado en sus grandes arcanos que de los dos grandes hechos que han llenado el mundo, á saber, la venida del Hijo de Dios y el diluvio universal, habia de ser este el primero, para que despues de haber manifestado Dios su poder, conociésemos lo infinito de su amor al venir al mundo á morir por nosotros. Si Dios hubiera obrado como hombre, tal vez hubiera empleado primeramente el amor, en cuanto cabe

en los límites del corazón humano, y en seguida, indignado de no hallar mas que ingratitud en la tierra, hubiera empleado el rigor para satisfacer su venganza. Pero Dios no es vengativo, porque no abriga pasiones como el hombre; y así, varones eminentes, doctores de la Iglesia católica, han reconocido que las voces de ira, cólera, venganza, y otras de que se sirvieron los profetas, fueron proporcionadas á la inteligencia de aquellos pueblos para que pudieran comprender la justicia y el poder divinos. Dios, pues, procedió como Dios, de una manera incomprensible para el hombre que no ha estudiado en el cristianismo su misericordia infinita.

El diluvio universal fué, pues, un hecho grandioso de la justicia divina para ahogar la corrupcion del mundo; pero el hecho estaba previsto en la presente eternidad de Dios, y su amor por el linage humano es mucho mayor que el rigor de su justicia. Por eso obró de una manera contraria á como hubiera obrado el hombre; y así, los que han considerado la terrible catástrofe del diluvio bajo el punto de vista del inmenso aparato de la atmósfera desgajándose convertida en mares para sumergir la tierra en la profundidad de sus aguas: los que solo han contemplado el brazo de un Dios vengador levantado sobre la humanidad maldita: los que hablan de los designios de Dios midiéndolos por los designios de los hombres; esos, digo, no han llegado á traslucir, por entre las inmensas cataratas del cielo, en el brazo de la justicia divina la mano de su misericordia.

El hombre es un ser libre; y solo puede aspirar á la felicidad futura, ayudado de la Gracia, por el mérito de su inocencia ó de su virtud, ó por la expiacion de su arrepentimiento. El mundo yacia en el cieno de la perversion antes del diluvio en un grado espantoso; así es que abandonados los hombres á sí mismos hubieran muerto

infaliblemente en el pecado. El terrible castigo del diluvio universal tuvo tal vez el doble objeto de satisfacer la justicia del cielo ofendida y de abrir á la humanidad el camino de su salvacion. La Gracia suficiente obraba en ella, pero era preciso que en uso de su libertad se arrepintiera y pidiera misericordia con ocasion del diluvio. Tal vez, repito, la infinita bondad del Criador convirtiera aquellas abundantísimas aguas en bautismo para todos aquellos que despavoridos y aterrorizados se humillaron ante la magestad divina de lo íntimo de su corazon. ¡Oh, principio fecundo del cristianismo! ¡Oh, soberano misterio de la gloriosa Trinidad que revelaste á los hombres! Tú solo puedes hacer patente la justicia del Padre, superabundantemente satisfecha con el amor perdurable del Hijo, por la Gracia del Espíritu Santo!

«Puesto que Dios ha querido sacar bien del mal, dice un autor cristiano, mas bien que dejar de permitir la existencia del mal, reformemos las ideas de nuestra razon sobre las de la fé. En Dios todo es incomprensible, su bondad como su poder.»

«Liberta á aquellos que son llevados á la muerte: y no ceses de librar á los que son arrastrados al degolladero.»

Prov. cap. 24. v. 11.

El beneficio de la Gracia es el don mas grande que Dios ha hecho al hombre despues de haberlo sacado de la nada. Este don gratuito exige amor, mueve al amor, pero solo por el bien del hombre: solo para la felicidad del hombre. Que el incrédulo deponga su orgullo respecto de su Criador, porque racionalmente considerado ¿qué es la humanidad para añadir un grado de gloria á la gloria del que se basta á sí mismo en la inmensidad de su propia grandeza? ¿Qué es la tierra con sus mil millones de almas para un Dios que puede crear mundos infinitos poblados de adoradores de su Divinidad? Menos que un

átomo en el plan existente de la creacion, según lo conciben los mas de los hombres. Y si la tierra entera es menos que un átomo ¿qué será la adoracion del alma de un ser racional para añadir gloria á la gloria de Dios? El Ser supremo no ha menester, pues, nuestros homenajes para su propia gloria; pero el hombre, sí, ha menester adorar á su Criador para participar de ella. Sin embargo, la infinita misericordia de Dios vé nuestras lágrimas, oye nuestros suspiros y nos tiende su mano poderosa en nuestros infortunios y miserias. Sí, nos vé, nos oye, y nos consuela, porque el consuelo es el fruto de la oracion, tanto mas precioso cuanto es aquella mas ferviente. La humanidad entera no puede engañarse. Dios hace sentir su divina Gracia en nuestra alma, al punto que lo invocamos con fé sincera, porque Dios no es solo soberano del universo: es principalmente nuestro Padre, y por eso difunde en nosotros un rayo de su gloria cuando llevamos á sus altares la ofrenda de un corazon lleno de arrepentimiento y de amor.

Finalmente, la divina Gracia es la que nos mueve á proferir estas consoladoras palabras, que forman la esencia del Cristianismo: HAY UN DIOS DE MISERICORDIA.

CAPITULO XXIII.

DE LA NATURALEZA DEL MISTERIO.

“Mi Padre puso en mis manos todas las cosas. Y nadie conoce al Hijo, sino el Padre: ni conoce ninguno al Padre, sino el Hijo.”

S. Mateo, cap. 11, v. 27.

“El Espiritu de la verdad, que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas.”

S. Juan, cap. 14, v. 17 y 26.

El hombre por la soberbia inherente á su naturaleza llega á mirar siempre con desden todo lo que comprende. Por su sentimiento, que participa de lo infinito, se pone en relaciones con el mismo Dios: por su razon, que es limitada, ha menester el misterio para adorarlo. Sí, el misterio es necesario á nuestra humana condicion: lo finito pugna siempre en vano por lo infinito: todo hombre lo siente, ninguno lo comprende; pero el hombre religioso, porque lo siente y no lo comprende, por eso mismo lo adora.

Sin embargo, no todos los hombres son religiosos: hay muchos que á fuer de incrédulos niegan los misterios de la Religion cristiana. El augusto misterio de la Trinidad, el de la Encarnacion del Hijo de Dios, el de la Eucaristía....

son abismos insondables, dicen, no los comprendemos. Veamos lo que responde Mr. Augusto Nicolas. «Los dogmas cristianos no son incomprensibles mas que en un sentido: presentan siempre como dos faxes: el *cómo* es el misterio, el *porqué* es claro, inagotable en riquezas intelectuales y en fecundidad moral.—El dogma de la Trinidad dice que cada una de las tres personas es Dios: la sustancia de Dios que es *uno*. Nada de contradictorio hay en esto, como no lo hay en que varios rayos de luz sean sustancia de un mismo cuerpo luminoso que los engendra. Este es un misterio, pero nó un absurdo. Por el contrario el absurdo seria querer que la naturaleza divina no fuese un misterio, pues seria pretender que el entendimiento humano, tan limitado, tan abismado en el misterio, que es para sí propio un misterio, pudiese comprender lo infinito en lo que tiene de mas infinito, y penetrar no solo la tierra y el cielo sino el cielo de los cielos.»

«El misterio de la Trinidad, dice en otro lugar este profundo autor, nos descubre tres personas (1) en un Dios: el Padre engendrando un pensamiento eterno, que es su Hijo, y que lo ama y es amado de él con un amor, que procede igualmente del uno y del otro, y es el Espíritu Santo.»

«Las tres divinas Personas no son mas que un solo Dios, dice el erudito abate Du-Clot en las *Vindicias de la Sagrada Biblia*, como que las tres tienen una misma naturaleza: los atributos que las constituyen y distinguen entre sí no son mas que diversas relaciones de una misma naturaleza, perfectamente simple, y de la cual son inse-

(1) «No debe preocuparnos la palabra persona, dice S. Agustin, pues en el lenguaje teológico no se emplea tanto porque espresese la cosa, como porque no ha sido posible espresarla con otra palabra mas propia.»

parables. Esto anuncia que reconocemos en la Divinidad perfecciones altísimas y una fecundidad muy digna de Dios, que los incrédulos y judíos no reconocen. Así nosotros pensamos mas altamente que ellos de la *unidad de Dios*, y este Ser soberano se nos representa lleno de unas riquezas suyas propias, y de una nueva magestad y grandeza que nos hace sentir de su unidad mucho mas perfectamente que ellos sienten.»—«El Verbo engendrado por Dios es distinto de la *persona* que le engendra y envia, pero es de la misma naturaleza que ella. No es ésto lo que David profesaba cuando decia (Salmo 109): *Dijo el Señor á mi Señor: siéntate á mi diestra..... Antes de la aurora de mi propio seno te engendré yo?* Lo cual con palabras de muy profunda significacion espresa el original así: *Del seno. antes de la aurora, á tí el rocío de tu nacimiento.* Donde vemos un *Señor* y *Señor* de David, aunque hijo suyo, segun las promesas de Dios; y á este *Señor*, le habla el Señor, estableciéndole á su derecha; y dícese de aquel *Señor* que es *engendrado*, que tiene *nacimiento*; y que este nacimiento le tiene *antes de la aurora*, antes que existiese ninguna de las criaturas de Dios. Todo lo cual no es otra cosa que una clarísima manifestacion de lo que la fé cristiana profesa, confesando *un Dios engendrado de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero.*»—«¿Acaso ha dejado Dios sin el debido testimonio de la verdad su propia manifestacion, para que sea *racional nuestra creencia?* Pero ¿es por ventura solo la *Trinidad* de las personas en Dios lo que hay de *incomprensible* en el divino Ser? ¿No lo es él todo y en todas sus perfecciones? Su eternidad, su inmensidad, su presciencia, la creacion del universo ¿no son unas verdades indudables, aunque por otra parte presentan dificultades, tan inesplicables, como puede presentarlas la Trinidad de las personas subsistentes en una misma naturaleza? Si el ojo temerario del hombre se empeña en *escudri-*

ñar curiosamente la profundidad y la *magestad de Dios*, gran peligro corre de tener que *sucumbir bajo el peso de su infinita gloria.*»

Por ventura ¿no está la naturaleza entera envuelta en un profundo misterio? No obstante á nadie ha ocurrido, sino á un cortísimo número de filósofos racionalistas, negar la existencia de los cuerpos. Pero si la humanidad no niega la existencia del universo, ¿cómo es posible negar el misterio profundo de que está rodeada? ¿Conocemos las causas que producen tantos efectos maravillosos como contemplamos en el orden y en la armonía de los cielos? ¿Conocemos mejor las leyes eternas que rigen el sistema de la naturaleza? ¿Conocemos siquiera la causa de la germinacion de las plantas? ¿Sabemos siquiera por qué la aguja imantada mira siempre al norte? A nadie, pues, le es dado negar los misterios de la naturaleza.

Pero ¿no es tambien un misterio el hombre mismo? Su concepcion, su desarrollo físico, moral é intelectual encierran profundos misterios. Lo único que sabe, lo que no es un misterio para su inteligencia es que ha de morir, pero ignora cuándo: ignora lo que ha de sucederle en el momento mismo en que respira, que es su único presente, puesto que está suspendido entre el recuerdo y la esperanza. Y esta certeza de su muerte ¿no dice nada á su razon? La muerte rasga la venda á su ignorancia y se le presenta sin misterio, pero el misterio de los misterios está detrás de la muerte!

«El hombre, dice el autor citado, es un misterio mas grande que el hombre Dios por la *encarnacion* de la inteligencia. ¿De qué modo el alma que por la memoria, el pensamiento y el raciocinio recorre de una ojeada todo el campo de la historia y llega hasta los límites del tiempo, abraza y penetra el universo con su contemplacion y deja casi siempre lo real, lo finito, lo visible para esparcirse en

lo ideal, lo infinito é invisible y no detenerse ni aun en presencia de la naturaleza de Dios, en la cual se goza en perderse; de qué modo, repetimos, puede ese alma permanecer unida á un cuerpo?»

Pues si admitimos la existencia de todos los misterios que contiene el hombre; si no dudamos ni podemos dudar de los misterios de que la naturaleza está rodeada, ¿por qué la razon ha de atreverse á dudar de los misterios de la fé? ¿Por qué ha de dudar de la existencia de los milagros? Los milagros son tambien misterios, pero misterios que abriendo un paréntesis á las leyes naturales las afirman, del mismo modo que las escepciones constituyen las reglas. Los milagros hacen mas todavía, pues proclaman la omnipotencia del legislador que quiso establecer esas leyes, por sí mismas impotentes, y hacen sentir los reflejos de su gloria.

¿A dónde está, pues, la consecuencia del racionalismo? ¡Filósofos incrédulos! Sed consecuentes. O admitid todos los misterios, ó negadlos todos. Si los admitís, adorad los misterios de la religion, que procediendo de la perfeccion divina, son muy superiores á los misterios de la naturaleza, que es un tránsito para nosotros. Si los negais, empezaed por negar los misterios de la naturaleza, ó haced como el filósofo Berkley á quien condujo el raciocinio á negarse á sí mismo. ¿Hay cosa, pues, mas en armonía con el misterio de la naturaleza y con el misterio de nuestro ser que una religion misteriosa? Pero qué religion? «Querer hacer abstraccion de la moral Evangélica, dice un autor distinguido, seria lo mismo que aniquilarnos.» ¿No reconocéis que sus divinos preceptos os encaminan á la felicidad? Si la naturaleza no os puede hacer felices, por mas que goceis de ella: si vosotros mismos sois miserables, por mas que querais engreiros con falsas grandezas; y sin embargo no negais esos misterios, que en vano pueden

haceros dichosos, ¿por qué dudais de misterios sacrosantos que os prometen la inmortalidad?

Pero qué digo? ¿Es evidentemente cierto que existen misterios en la religion verdadera, en el universo y en nosotros mismos? ¿Se ha considerado profundamente la naturaleza del misterio? ¿Qué es, pues, el misterio? Ah! El misterio, bien considerado, no es mas que el sentimiento de nuestra ignorancia. Cuando no hubiera probado ya que la verdad reside en el sentimiento, bastaria el de nuestra propia ignorancia para demostrarnos su existencia en él; porque ¿qué otra cosa es el sentimiento de nuestra ignorancia sino la evidencia de la limitacion de nuestra facultad de conocer? No existe, pues, misterio alguno en la religion cristiana: no existe misterio alguno en el universo: no existe misterio alguno en nuestro ser. Lo que existe única y realmente es lo limitado de nuestra razon. Por eso no hay misterio para nuestra facultad de sentir, porque encierra la noción de lo infinito. Por eso el sentimiento adora, porque sube hasta el trono de la Divinidad, en tanto que nuestra limitada razon se encuentra constantemente rodeada de misterios. Tal es la condicion de esta facultad, por otra parte tan preciosa para los conocimientos humanos, y tan indispensable para el uso de la vida; pero llegará algun dia en que desprendido nuestro espíritu del velo de la carne, se rasgue para la razon el velo del misterio al remontarse hácia la Razon divina; y entonces, y solo entonces conoceremos las maravillas de su poder y la grandeza de su sabiduría.

CAPITULO XXIV.

DE LA EDUCACION MORAL.

„El inocente de manos y de corazon limpio; el que no tomó en vano su alma, recibirá bendicion del Señor, y misericordia de Dios Salvador suyo.”

Salmo 23. v. 4 y 5.

„El que sigue la justicia y la misericordia, hallará vida, justicia y gloria.”

Prov. cap. 21 v. 21.

Verdaderamente es feliz el hombre, que en las armonías del universo y del orden moral halla grandes tesoros para enriquecer su esperanza. Por estrecho que sea el horizonte que lo rodee alza sus ojos al cielo, vé la inmensidad y siente lo infinito. En las leyes constantes de los innumerables astros que giran llenos de luz, ve la mano omnipotente que los hizo, y que en seguida les dió el movimiento que no pudieron darse á sí mismos. ¡Qué grandeza en la creación de los cielos! ¡Cuántos espectáculos maravillosos! La aurora, el mediodía, el ocaso producidos por una misma luz! Despues la noche ostentando la hermosura de sus antorchas sin cuento, ó bien iluminada dulcemente por el astro velador del reposo! ¡Cuánta magnificencia en la tierra! ¡Cuánta magestad en los mares! ¡Cuánta sabiduría y omnipotencia en todo el univer-

so! Pero ah! que la sabiduría y la omnipotencia del Artífice supremo serian solo para su gloria, si su bondad infinita no hubiera formado al hombre! ¡Si su amor infinito no hubiera hecho al hombre capaz de sentirlo, aunque sin conocerlo! ¡Si su misericordia infinita no lo hubiera rescatado de la cautividad de la culpa! ¡Qué conjunto armónico tan admirable! ¡Qué deuda de gratitud tan grande por haber venido á este mundo á contemplar tantas maravillas! ¡Qué deuda tan inmensa de amor, no solo por habernos criado sino por habernos rehabilitado con su misma sangre para que podamos gozar de eterna ventura!....

Cuando considero que en todas las obras del Criador se encierran maravillas: cuando veo, por ejemplo, que un solo grano de trigo arrojado á la tierra produce una hermosa espiga cargada de granos, no puedo menos de bendecir la bondad infinita, que no solo es tan pródiga para alimentar el cuerpo del hombre, sino que tambien me enseña en la proceridad de aquel grano que la mas pequeña semilla de virtud es susceptible de producir grandes virtudes. En efecto, así como el grano de trigo contiene el gérmen de la abundante espiga que se alza de la tierra llevando por corona su precioso fruto; del mismo modo el corazon del hombre encierra en su seno mas recóndito la semilla del sentimiento, de esta facultad que me atrevo á llamar divina, la cual una vez beneficiada por la educacion principia á desenvolverse tierna y sencilla, crece erguida y lozana, y cuando sus profundas raíces han acabado de llenar el corazon, entonces fructifica exhalando el aroma de todas las virtudes.

Pero estos beneficios de la educacion han sido y son de todos tiempos y lugares? Nada menos que eso. El corazon no se puede educar dignamente sino teniendo por maestra la religion del amor, la religion de las virtudes por escelencia, la religion que ha revelado á los hombres

que todos tienen en su corazon escondida la fuente copiosa del sentimiento: la Religion del Salvador.

Hable la historia. Si nos remontamos á buscar en ella los primeros rudimentos de enseñanza con aplicacion á la niñez, tendremos hartos motivos para felicitarnos de haber alcanzado nuestra era. Es cierto que el pueblo hebreo estaba consagrado al servicio del verdadero Dios, y que por tanto era el mas á propósito para plantear la educacion moral á la altura de los conocimientos de su tiempo, mas tambien es evidente que las continuas guerras y persecuciones que sufria lo convirtieron en un pueblo errante, á la par que belicoso. Estas causas y la naturaleza de aquellas tribus en que abundaba el número de siervos imposibilitaban el desarrollo de la primera educacion.

No fueron mucho mas felices los griegos, con todo de haber alcanzado un alto grado de cultura, especialmente en todas aquellas ciencias que dicen relacion con las bellas artes. La carencia de unidad religiosa les hacia desconocer el verdadero medio de ser felices; así es que al paso que inspiraban á sus hijos virtudes cívicas y que levantaban altares á la belleza de la forma, condenaban al suplicio á Sócrates porque se habia atrevido á inculcar que la única y verdadera virtud es la que nos eleva al conocimiento de un solo Dios, Criador del universo. He aquí la razon por que los ciudadanos de Atenas, y aun los de toda la Grecia, confiaban la educacion de sus hijos á los músicos, muy persuadidos de que bastaba la combinacion armoniosa de los sonidos para suavizar sus costumbres y hacerlos ciudadanos útiles. Si á esta consideracion se agrega la de que el número de ciudadanos era harto pequeño comparado con el de los ilotas, destituidos de toda clase de instruccion, puesto que hasta el tañer instrumentos músicos les estaba vedado; convendremos en que la Grecia, á pesar de sus escuelas filosóficas, y á pesar de sus gigan-

tescos adelantos en las artes, desconoció el verdadero camino de la sabiduría. No omitiré tampoco el decir que el arte de la escritura ofreció por muchos siglos grandes inconvenientes, lo que era un grande obstáculo para generalizar las ideas.

El pueblo romano fué un ciego imitador de los griegos, pero con una diferencia digna de notarse, que empezó á imitarlos cuando aquellas repúblicas estaban ya en decadencia. Sin embargo los romanos tuvieron el siglo de Augusto para las letras y el imperio del español Trajano para la justicia, pero fuera de la nobleza estaban cerradas para el pueblo las puertas del saber.

En los países idólatras de Asia, y aun entre los mismos romanos de Europa, se inmolaban á los dioses irritados por mano de sacerdotes crueles niños inocentes y vírgenes hermosas...

Finalmente, la antigüedad no presenta los primeros destellos de la educacion moral hasta el imperio del cristianismo, que constituyó la familia. El Salvador del mundo vino á enseñarnos el amar á Dios, el amar al prójimo con su mismo ejemplo. Hizo mas todavia; vino á enseñarnos el amar á nuestros enemigos, como una consecuencia de la dulce caridad, y esta santa virtud fortalecida con su preciosa sangre y con la de los Apóstoles y mártires de los primeros siglos de la Iglesia, ennobleció á la muger, que hasta entonces habia sido esclava del hombre, emancipó á los siervos, y encareció la importancia de los niños en el porvenir del mundo.

Jesucristo dijo á sus discípulos hablando de los niños: *No los estorbeis de venir á mí*, (S. Mateo, cap. 19, v. 14). Oráculo profundo, que ha pasado desapercibido de todos los comentadores de los libros sagrados. En efecto estas divinas palabras no solamente inculcaron el amor que Jesucristo como hombre profesaba al prójimo, sino que como Dios

quiso que la Religion y la sabiduría, emanadas de su ejemplo y doctrina, fuesen patrimonio de la niñez para labrar la felicidad del género humano. Hé aquí deducida la necesidad de empezar por educar y de acabar por instruir á los niños, nó como un principio filosófico que la razon alcanza y la moral aprueba, sino como un precepto divino.

La invasion de los bárbaros del Norte fué por algunos siglos un obstáculo para el desarrollo de la educacion, pero ¡cosa admirable! Era preciso que aquellos numerosos pueblos que gemian en las tinieblas de la ignorancia atravesasen todo el mediodía de Europa, y que llegasen hasta el pais clásico del cristianismo para que tambien se convirtiesen y proclamasen en adelante la divinidad de su doctrina.

«El tiempo de la barbarie, dice Mr. de Chateaubriand en sus *Estudios Históricos*, incubó los gérmenes de la sociedad moderna, y su incubacion tuvo una energía prodigiosa. El cristianismo, filosófico antes de tiempo por consecuencia de una civilizacion vieja que no era hija suya, hubiérase gastado: era preciso que atravesase siglos de tinieblas, que produjese por sí mismo la civilizacion nueva para llegar á su edad filosófica natural; edad á que llega en el dia.»

Todavía sin embargo estaba reservada una nueva invasion que habia de durar cerca de ocho siglos en nuestra combatida España. Los hijos de Ismael se apoderaron de nuestro suelo por una atroz perfidia y enarbolaron el estandarte del falso profeta Mahoma. No es mi ánimo enumerar las gloriosas jornadas de las armas españolas durante la larga y sangrienta lucha que sostuvieron la Cruz y la media luna. La historia tiene consignados estos famosos hechos en que tomaron parte todas las virtudes, así como ha eternizado los nombres de cien monarcas y de mil y mil varones esforzados, que con su constancia y valor, eslabonados en muchas generaciones, consiguieron el triunfo del

cristianismo bajo el muy glorioso reinado de Isabel 1.^a de Castilla. Bastará á mi propósito decir aquí que si bien es cierto que durante las cruzadas y la invasion agarena se retardaron los progresos de la educacion científica, tampoco puede dudarse de que se encendió la fè mas viva, naciendo de ella las virtudes mas eminentes. Solo en las dulzuras de la paz se coge el fruto de la instruccion. El descubrimiento de la imprenta hacia poco tiempo que habia venido á iluminar el mundo; y digo á iluminar el mundo, porque la imprenta fué un nuevo sol para la inteligencia humana.

Aun antes de esta época, ó sea durante la edad media, España debió á varias órdenes religiosas, á mas del depósito de las artes y de las ciencias, la custodia de la educacion moral y religiosa que desde los cláustros difundia sus luces en la juventud. Es cierto que la instruccion de la filosofía escolástica formaba mas hombres disputadores que sólidamente sábios, pero no lo es menos que bajo las formas de los ergotistas se conservó siempre puro el dogma del cristianismo entre nosotros.

Desde fines del siglo XV, es decir, desde el invento que inmortalizó el nombre de Gutemberg, la católica España, engrandecida con la conquista de Granada y mas poderosa y mas llena de gloria con el descubrimiento y posesion del nuevo mundo, caminó rápidamente en la via de los adelantos científicos, y mas todavía en la senda de las buenas letras. La literatura del siglo XVI ofrece un gran catálogo de nombres ilustres para gloria de la religion, de la moral, de la bella poesia y del buen gusto literario. Los siglos posteriores fueron en verdad decadentes respecto de las letras, pero en cambio la educacion moral seguia su curso magestuoso bajo el feliz reinado de Carlos III; en tanto que Alemania é Inglaterra habian proclamado la reforma, y en tanto que Francia levantaba

altares al ateismo y coronaba la prostitucion en nombre de la razon humana, derramando lagos de sangre en medio de la mas cruel y espantosa anarquía.

El siglo XIX se abrió paso para ser testigo en sus primeros años del heroismo Español en defensa de su Religion y de sus antiguas y venerandas leyes. Desde entonces es cierto que la libertad política de que ha gozado España en tres períodos diferentes ha contribuido mucho á ensanchar los conocimientos científicos en todos los ramos del saber humano; pero desgraciadamente es tambien una verdad innegable que hemos perdido no poco en educacion moral. Todo para la instruccion, todo para que el hombre tenga medios de engrandecerse; poco, muy poco para la educacion: muy poco para formar el corazon de los hombres, y sin embargo la educacion es el hombre principalmente, porque ella es la que lo eleva á consideraciones nobles y dignas, en vez de que la instruccion, fundada solamente en la razon, lo aparta y aleja del fin para que fué criado, dando rienda suelta á la soberbia, al egoismo, á la avaricia, á la concupiscencia. El mundo racionalista es poco menos que un caos, porque las pasiones humanas se enseñorean de él aislando á los hombres entre sí. ¿Pudiera dárse por ventura un mundo compuesto de ricos y de hombres en clases elevadas? Y cuando todos aspiran á sobreponerse á los demas, y cuando muchos consideran llanos todos los caminos para llegar al fin de engrandecerse ¿qué consecuencia lógica puede sacar el racionalista mismo de este estado de desbordamiento? Ah! Cuanto mas busca el hombre los goces del cuerpo, cuanto mas se embriaga en los vapores de la concupiscencia, cuanto mas se encenaga en las pasiones, tanto mas desconoce los goces del alma, de este raudal tan puro y fecundo.

Pero no basta en mi sentir que la educacion moral se dé

á los niños por sus maestros: no bastan tampoco las prácticas religiosas para educar completamente el corazon. Muy bueno y saludable es que el niño aprenda en el aula y en el templo á conocer y adorar al Criador, pero á parte de que el estudio de la ética está muy lejos de ser el tratado de moral que ha menester la capacidad de la inteligencia del niño; y prescindiendo de la imperfeccion de nuestro plan de enseñanza, muy propio para trastornar la inteligencia en sus primeros albores con la multiplicidad de estudios científicos en el mismo curso, diré que mis aspiraciones en educacion moral llegan hasta el regazo de las madres. ¿Qué cuadro tan sublime no seria el de una madre amorosa, que teniendo entre sus brazos á su tierno hijo, imprimiese en su corazon con la suave tinta del cariño la imágen del Criador, embelleciéndola con todos los atributos de su omnipotencia! Y qué hombres tan eminentes no hubiera en el mundo si con la leche de sus madres bebieran estas semillas de educacion moral! Los consejos y máximas saludables que recibimos en nuestra niñez de los autores de nuestra existencia, y especialmente aquellos que vienen mezclados con los dulces besos de nuestras madres, tienen en su boca el sello de la profecía, tienen el carácter augusto de la santa verdad, la autoridad de un Dios. Ah! ¿por qué no hemos de utilizar este manantial purísimo en bien de la humanidad?

«Si la naturaleza humana estuviera tan corrompida como pretenden los que se abrogan el derecho de reformarla, dice Saint-Pierre, los niños no dejarían de añadir una nueva corrupcion á la que encuentran ya introducida en el mundo cuando vienen á él. Así la sociedad humana llegaria muy pronto al término de su destruccion. Pero sucede todo lo contrario, porque los niños son los que alejan su corrupcion con sus almas nuevas é inocentes. Es menester un largo aprendizaje para hacerles nacer el

gusto de nuestras pasiones y de nuestros furores. Las generaciones nuevas son semejantes al rocío ó á las lluvias del cielo que refrescan las aguas de los rios estancadas en su curso y próximas á corromperse... Si somos buenos para nuestros hijos, ellos bendecirán nuestra memoria, y transmitirán á los suyos la educacion que les demos, nuestras costumbres etc., hasta la posteridad mas remota. En este caso los padres serán dioses benéficos para sus hijos.»

«Un sistema de educacion, dice el sabio médico Mr. Lauvergne, adoptado por la experiencia puede únicamente ligar las masas y unir las, y el tronco de donde proviene es el primer admonitor de la vida social. Una madre nos da el alimento que la naturaleza depositó en sus pechos, y el primer albor del alma del recién nacido brilla en la primera sonrisa dirigida á su madre: ella le abre las puertas del universo: ella le dice el nombre de su Autor. Toda la sociabilidad de un hombre la resume en principio una buena madre. ¡Desgraciado del que tiene una mala madre...!»

«En el período de la niñez, dice tambien Mr. Devay en su *Fisiología humana*, que puede llamarse crepuscular de la vida moral, es cuando debe intervenir la educacion con sus soberanas consecuencias. El cristianismo ordena la educacion de los sentidos por la moral, nó la de la moral por los sentidos.... Pregúntese á todos los hombres cuál es el mayor de los bienes, y muy pocos dirán que la salud, pero casi todos dirán que es el honor, ó en otros términos, el cumplimiento íntegro de las obligaciones de conciencia. Luego saben muy bien colocar en un punto mas alto que á sus caducos órganos esa *cierta cosa*, segun Bossuet, que es incorruptible.»

Encarecida la importancia de la educacion moral por medio de la madre de familia, que es una de las

principales columnas que sustentan el templo del cristianismo, no estará de mas hacer comprender á las mugeres que al cristianismo lo deben todo, porque siendo la religion de las virtudes por escelencia, y siendo la religion única que premia el sacrificio y la abnegacion, claro es que cooperando á la felicidad de los hijos labra una buena madre su propia felicidad. ¡Cuántos beneficios debe la muger á la religion cristiana! Como madre de familia, ella es el lazo que une los hijos á su padre, el padre á la sociedad. Como hija ella es la delicia y ornamento de la familia, la obra maestra de su madre, el noble orgullo de su padre, el santuario del pudor. De su proceder depende la felicidad ó desgracia de los autores de su existencia: ellos se rejuvenecen para vivir la vida de ella. La muger cristiana domina siempre la familia de que forma parte. ¡Cuán diferente era su condicion antes que el Salvador viniera al mundo!

La muger en el tiempo en que los hebreos constituian un pueblo, formaba parte del botin al par de los animales. El hebreo tenia el derecho de vender sus hijas á sus acreedores. La muger jamás se pertenecia á sí misma, pero pertenecia al pariente mas cercano que quisiera poseerla.

En la floreciente Grecia se consideraban las mugeres como pupilas de sus maridos y aun de sus propios hijos.

En Roma el marido era el juez absoluto de las acciones de su muger. Podia repudiarla, volver á unirse con ella, prestarla á su amigo, juzgarla en familia, y hasta quitarle la vida solo por el hecho de haber bebido vino.

Los Galos tenian el derecho de vida y muerte sobre sus mugeres, como diz que sucede todavia entre las tribus de gitanos, por el delito de adulterio.

En China, en este vasto imperio que cuenta trescientos millones de habitantes, el padre vende á su hija, el marido

compra á su muger, y la hace su esclava: en caso de sospecha acerca de su fidelidad puede matarla, y puede asimismo matar á su hija; siendo espantoso el delito de infanticidio que especialmente entre las familias pobres se conserva autorizado por la costumbre desde la segunda hembra inclusive en adelante por falta de recursos para mantenerlas.

Entre los turcos y moros la muger es reputada como una cosa para lisonjear la concupiscencia, y los mismos padres venden en los bazares á sus hijas, así como los dueños á sus esclavas.

Aun el pueblo Inglés, que se dice tan adelantado en civilizacion, permite en ciertos casos que en sus plazas públicas se presenten maridos feroces á vender á sus mugeres con un cordel al cuello...

Finalmente en Alemania, ah! en Alemania, se trafica con los sentimientos. Basta leer los anuncios de sus periódicos para formar un juicio exacto de sus costumbres actuales. Verdaderamente Lutero fué un gran alquimista: él llegó á metalizar el corazon. Este fenómeno psicológico se observa en todos los paises en que el protestantismo impera, y desgraciadamente aun en aquellos en que pugna por introducirse. Pero un mundo de mercaderes, un mundo de mercaderes de ambos sexos, seria mil veces peor todavía que el de aquellos tiempos en que el Salvador del género humano los echó á latigazos del templo de Jerusalem, cuyo átrio profanaban. Nó, mugeres cristianas, salvad vuestros corazones con vuestras mismas virtudes. Si por desgracia hay muchos hombres que quieren ser de oro, como los ídolos, sed vosotras de amor, como la Divinidad.

¡Oh religion cristiana! ¡cuán hermosa, cuán pura y cuán santa es tu doctrina! Tú has elevado á la muger al nivel del hombre.

Oigamos como habla de la creacion del hombre y de la muger el elocuente autor de las *Mugeres de la Biblia*:

oigamos como interpreta un cristiano el primer libro de Moisés.

«El hombre, sacerdote y rey del universo, semejante á los ángeles por su naturaleza espiritual, el primero de los seres visibles por la belleza de sus formas, viene á ser en cierto modo el horizonte del mundo, el cual encuentra en él un complemento y un compendio de todos sus resplandores. Hecho á imagen y semejanza de Dios, hay en su frente cierto destello de la gloria increada, y en su mirar una especie de revelacion de la eterna sabiduría. Su sonrisa es como una centella de la felicidad de los cielos: su actitud revela su superioridad sobre las demas criaturas visibles, y su corazon tan misterioso como los espacios indefinidos de la creacion, abriga como en un abismo insondable el sentimiento de un insaciable amor y el hambre y la sed de lo infinito,... La muger no fué formada como el hombre de un barro grosero sino de una materia ya ennoblecida para significar sin duda que seria su compañera de honor y no su esclava. El hueso fué tomado de la region donde late el órgano de los sentimientos generosos, santuario habitado por todo cuanto el hombre ama y respeta. Así fué *edificada* la muger, segun la Escritura.»

Esta es la muger del verdadero cristiano. Por eso dice oportunamente Saint Pierre.

«La revolucion mas feliz que puede hacerse en un estado es la de atraer á las mugeres á las costumbres domésticas. No las conocemos mas que bajo el nombre del bello sexo por excelencia, pero cuántos epítetos mucho mas tiernos y espresivos no pueden añadirse á este! Ah! ellas son las que nos reciben al entrar en la vida y las que nos cierran los ojos en la muerte! No es, nó, á la hermosura sino á la religion á la que deben las mugeres su principal imperio. Solo nuestra religion presenta á la muger en la tierra como una compañera del hombre. Todas las

demás religiones las abandonan como á esclavas. A la religion deben las mugeres la libertad de que gozan en Europa, y á esta libertad se ha seguido la de los pueblos y la proscripcion de una multitud de usos inhumanos esparcidos en el mundo por todas partes. ¡Oh sexo encantador! no es en vuestra belleza sino en vuestras virtudes donde reside vuestro poder irresistible!

Puesto que la muger «abre siempre su corazon á todo lo que tiene visos de sacrificio,» como dice un autor citado, y puesto que «si la bendicion del padre asegura las casas, la maldicion de la madre las destruye hasta sus cimientos,» es claro que á la muger toca como esposa y como madre el cuidado de la familia y el desvelo por sembrar las primeras semillas de educacion moral en sus tiernos hijos.

«El gran fin de la educacion moral, dice Amariah Brigham en sus *Observaciones sobre la influencia de la cultura del entendimiento y de la escitacion mental en la salud*, es imprimir una accion continúa á las buenas cualidades que manifiestan los niños. Para esto es necesario estudiar su carácter cuando son muy tiernos, y desde que se percibe el predominio de ciertas cualidades de donde nacen los malos rasgos de carácter, es preciso poner en accion cualidades opuestas. Así cuando un niño se manifiesta interesado se le debe acostumbrar á ejercitar la beneficencia. No bastan siempre los preceptos para producir estos resultados. Si los padres con su ejemplo supieran dirigir convenientemente las afecciones de sus hijos formando sus tiernos corazones, en vez de acelerar el progreso de sus conocimientos, bien pronto se veria un grande y favorable cambio en la conducta de los hombres.»

«Hay padres que no han pensado jamás, en lo que ellos llaman educacion, que las virtudes pueden ser consideradas como de la mas alta importancia; y se sorpren-

derian en gran manera si se les digese que la cosa mas esencial, y aquella á que deben desde luego adherirse en la educacion del ser moral que el cielo ha confiado á su cuidado, es el reformar sus vicios y purificar su corazon, haciendo germinar en él las mejores disposiciones: que sin esta enmienda preliminar, la manifestacion de su inteligencia, lejos de ser favorable á aquel de quien se ocupan, se convierte en un manantial de muchos males.

(*Filosofía de Brown*, t. 2.º)

Pero no basta educar moralmente á los hijos. Es necesario, es indispensable tambien instruirlos, y hé aquí el escollo en que se ha estrellado el siglo XIX. El deseo de ilustrar á los hijos en las ciencias se ha sobrepuesto no solo á la educacion moral, harto desdeñada en nuestros dias, mas tambien á la naturaleza. Queremos niños sabios, niños matemáticos, niños filólogos, niños, en fin, enciclopédicos que sean un portento de sabiduría, porque esta es la gloria de sus padres, y este es principalmente el gran medio de que lleguen á constituirse en dignidades ó á ser ricos, porque como ya he dicho en otro lugar, la idea de la riqueza es la que absorbe todas las demás ideas: de un niño sabio, en la manía dominante, se hace un hombre de porvenir. Mas ¡ay! que no basta el deseo de los padres y maestros cuando se trata de contrariar el orden de la naturaleza.

«Los efectos del estudio, dice el sabio médico Mr. Tissot, varian mucho segun la edad del estudiante. En la infancia una aplicacion continua altera la salud y acaba casi siempre por causar la muerte. La infancia ha sido consagrada por la naturaleza á los egercicios que fortifican el cuerpo, y nó al estudio que lo debilita y le impide crecer y desarrollarse.»

Mr. Huffeland, en su *Arte de prolongar la vida*, dice tambien estas palabras: «Todos los esfuerzos que se han

tentado para escitar la inteligencia en los primeros años, son dañosos, y todo el trabajo de espíritu está en oposicion con las leyes de la naturaleza y no puede ser sino funestísimo á los órganos cuyo desarrollo impide».

Considero muy interesante en el asunto que me ocupa añadir otras citas de hombres eminentes en el arte de curar, que son los verdaderos jueces para fallar entre la salud y la instruccion prematura.

«No se debe jamás cultivar el entendimiento á espensas del cuerpo, dice Spurzhein en su *Ojeada sobre los principios elementales de educacion*, y la educacion fisica debe preceder siempre á la de la inteligencia. Es necesario despues cuidarlas simultáneamente, previniendo sin embargo que por cultivar una facultad no se desatiendan las demás, porque si la salud es la base de la educacion, la instruccion es su ornamento.»

«Los niños que han sido sometidos demasiado pronto á un trabajo intelectual mal dirigido, tienen casi siempre una salud débil y delicada, y casi todos se distinguen por la precocidad de sus facultades intelectuales y tienen un fin prematuro. Tambien raras veces se ve un hombre perfecto, que reuna en igual grado las cualidades fisicas, mentales y morales.» *Mr. Ratier, Ensayo sobre la educacion fisica de los niños.*

«Se debe obrar suave y progresivamente sobre la débil inteligencia del niño, porque es mas prudente perfeccionar el instrumento antes de emplearle, que hacer uso de él cuando no está todavía en buen estado. Así el práctico ilustrado debe oponerse con energía al funesto método de instruir á los niños desde el primer período de su vida. Las desgraciadas consecuencias que resultan de la vanidad de los padres deseosos de ver convertidos á sus hijos en fenómenos de talento y de inteligencia, deben ser el objeto de nuestra constante solicitud.» *Jonh North, Observacio-*

nes prácticas sobre las convulsiones de los niños.

«Estaba en uso en los antiguos tiempos el no empezar á cultivar el entendimiento de los niños antes de que hubiesen llegado á la edad de siete años.» Mr. Friedlander, en una obra dedicada á Mr. Guizot.

«Una ley fundamental de la distribucion de las potencias de la vida es que desde que se aumentan en una parte, se disminuyen en todo el resto de la economía vital: que su elemento, no pudiendo nunca acrecentarse, es necesario sea trasportado de un órgano á otro, y que es menester para aumentar las facultades de un órgano, que estas mismas facultades disminuyan en los demás.» Richat. *Investigaciones fisiológicas sobre la vida y la muerte.*

«El cérebro es el órgano material por el cual se manifiestan las facultades intelectuales: este órgano siendo estremadamente delicado y poco desarrollado en la infancia es muy peligroso escitarle con demasiada intension en este período de la vida.

«Todos los métodos son peligrosos, cuando se pone en accion el cérebro que no está enteramente formado, porque es apartarse de las reglas de la naturaleza egercitar las facultades intelectuales antes que estén perfectamente desenvueltas.

«El método por la memoria es hacerlos papagayos. Este es el menos malo.

«El método por el entendimiento de aquellas cosas que pueden comprender, los fatiga.

«El método de que hagan lo que buenamente quieran por premios y recompensas, despierta otras pasiones de naturaleza funesta.

«El niño tiene una disposicion natural á instruirse. Cuando está entregado á sí mismo se despierta en él un verdadero espíritu filosófico de investigacion; pero si depende siempre de otros, el estudio es para él una tarea y

nada estimula en su tierno corazon el deseo de conocer la verdad y de satisfacer su curiosidad. Los juegos y la libertad de poder correr, cantar etc. fortifican su organizacion y es muy preferible á estar sin movimiento su cuerpo y atormentando su alma.» Mr. Amariah Brigham, en su obra indicada, de la cual he tomado algunas de las citas que preceden.

El mismo autor hablando de las jóvenes dice tambien: «No se presta en general bastante atencion á la educacion de las jóvenes, y á la diferencia fisiológica que existe entre su sexo y el de los hombres: la naturaleza ha dado á sus nervios una accion predominante: están dotadas de una imaginacion mucho mas activa que los hombres: sus emociones son mas fuertes y sus sentidos mas susceptibles de impresiones delicadas. La educacion de las niñas reclama, pues, los mas grandes cuidados, por el temor de que esta estremada sensibilidad que caracteriza su sexo, y que cuando es desenvuelta con cuidado constituye las cualidades superiores y la escelencia de las mugeres, no se torne escesiva por una escitacion fuera de límites ó se aniquile del todo por una educacion mal dirigida.»

Es de todo punto, pues, indispensable que la educacion de las jóvenes sea lo mas esmerada posible, puliendo suavemente sus tiernos corazones para que principien á brillar las virtudes que en ellos se abrigan. De las jóvenes se forman las madres de familia, y de estas espera su remedio y mejoramiento el linage humano. No basta en verdad que la muger sepa llenar cumplidamente sus deberes como hija y como esposa si no sabe inculcarlos como madre; y en vano deseará inculcar el cumplimiento de los deberes, si carece de las nociones necesarias que la eleven á contemplar las maravillas de la creacion, y si carece del conocimiento de la escelencia de su naturaleza para dirigirse por el sendero de la virtud. Ah! El hombre deifica á la muger

como amante, y la condena á las tinieblas de la ignorancia como esposo y como padre! La muger sin embargo como madre del hombre, como ser intermedio entre el hombre y la desgracia, entre el hombre y la fortuna, entre el hombre y el mismo Dios, tiene en la tierra un sacerdocio santo que desconoce de todo punto por falta de educacion moral. Si esta preciosa mitad del género humano es tan acreedora á participar de los beneficios del saber en cualquier estado de su vida, ¿con cuánta mayor razon no debiera educarse dignamente cuando desempeña el ministerio de primera inspiradora del hombre!

«La educacion es la sociedad, dice Mr. Gaume, es el porvenir, porque es el hombre entero mas acá y mas allá del sepulcro.»

Demos principio, pues, por educar nuestra alma. «El alma, dice el Marqués de Caraccioli en un libro precioso, es nuestra mejor amiga. En medio de las naciones bárbaras gozo del consuelo de hablar con ella: en medio de los mares procelosos me infunde las dulzuras de su esperanza: me sigue y acompaña en las prisiones, me aconseja en los peligros, y cuanto mas desgraciada es mi situacion mas me afirma en su gloriosa inmortalidad. Finalmente, todos los bienes que podamos recibir por otro conducto que no sea por el alma no merece el nombre de verdadero bien.»

Sepamos cuáles son los deberes que tenemos que llenar y los derechos á que nos haremos acreedores en el orden moral y en el orden social.

Los principales deberes y derechos del hombre, los hallo equilibrados en una justa balanza.

El hombre tiene el deber:

El hombre tiene el derecho:

1.º De amar á Dios sobre todas las cosas, porque es su Autor y su remunerador.

1.º De aspirar á la inmortalidad, porque este es el fin para que Dios le hizo.

- | | |
|--|---|
| 2.º De amar á su prógimo como á sí mismo. | 2.º De ser respetado por su prógimo como él sabe respetarlo y respetarse á sí mismo. |
| 3.º De obedecer la ley humana en cuanto concierne al bien y conservacion de la sociedad ó nacion de que es miembro ; honrando al monarca y respetando á su gobierno. | 3.º De ser protegido por la ley humana, así como es castigado si falta á ella. |
| 4.º De ser útil á su patria por medio de su trabajo físico, moral ó intelectual, contribuyendo además á las cargas públicas en proporcion de sus medios. | 4.º De participar de los fueros de su patria con arreglo á la importancia de sus servicios ó méritos. |
| 5.º De constituir una familia por medio del matrimonio , si no se consagra al servicio de Dios y de los hombres. | 5.º De ser considerado y distinguido como padre de familia, ó como ministro del Señor, segun el buen ejemplo que dé á la sociedad de que forma parte. |
| 6.º De honrar al gefe visible de la Iglesia verdadera, á sus pastores y ministros ; así como á los altos funcionarios en el órden civil. | 6.º De participar de las gracias que se conceden á los fieles, y de ser tratado como hijo de Dios y como hombre. |

El hombre ha sido hecho para el matrimonio: el hijo

hereda de su padre el deber moral de imitar su ejemplo. Tal ha sido la voluntad del cielo; escepto aquellos seres piadosos que se consagran al culto y al servicio de Dios. Ah! el sacerdote cristiano no constituye una familia, pero mas grande, mas elevado su ministerio debe tener por familia á todo el género humano. Donde quiera que haya un suspiro de dolor: donde quiera que haya una lágrima de arrepentimiento: donde quiera que haya un quejido de agonía, allí tiene alzado su trono el ministro del Señor. Sí, allí, en nombre del Dios vivo, debe derramar consuelos en el afligido, en el menesteroso, en el atribulado: allí, en nombre del Dios vivo, debe perdonar al penitente, fortaleciendo su fè; allí, en nombre del Dios vivo, debe abrir al moribundo las puertas de la inmortalidad. El sacerdote católico, en fin, donde quiera que haya un mortal descarriado debe atraerlo con su ejemplo y con su palabra apostólica al gremio de la Iglesia verdadera, porque *la espada del espíritu*, segun la feliz espresion de S. Pablo, *es la palabra de Dios*. ¡Oh mision augusta! oh! sacerdocio sublime, imágen del Salvador!

El padre de familia representa el tronco de la especie humana, y es al mismo tiempo el principio fecundo y progresivo de la misma especie. Sin él no habria sociedad organizada, porque es tambien el principio moralizador en el orden civil: es por último el molde en que está vaciado todo buen gobierno. Así todo buen gobierno debe dar importancia política al padre de familia honrado. Por este medio se favorecerian los matrimonios, se constituirian nuevas y numerosas familias, y el orden social y el orden moral cogerian el fruto de tan sabia ley.

El matrimonio es un vínculo instituido por Dios para la felicidad y perpetuidad de las familias: es la base de la sociedad. Sin este sacramento el género humano ofreceria la imágen del caos, pues el hijo desconoceria á su pa-

dre, este negaria á su hijo, se extinguiria la sucesion de las familias, no habria leyes protectoras que velasen sobre la propiedad ni sobre las herencias, y el hombre se rebajaria hasta nivelarse con los brutos.

El matrimonio se contrae comunmente por dos causas: por mutuo amor ó por interés á lo menos de una de las partes contrayentes. Este suele llamarse razon de estado. El matrimonio por amor es por consiguiente el que puede hacer estable la felicidad conyugal por cuanto el corazon está interesado en ella. Sin embargo no todos los lazos que se contraen por amor hacen la dicha duradera cuando la razon al mismo tiempo no aprueba la mutua inclinacion. A las jóvenes especialmente que por su falta de esperiencia no pueden formar un juicio exacto de las cualidades que adornan á sus pretendientes, conviene sobremanera que no dejen fomentar en su pecho su naciente inclinacion antes de haber oido los consejos de sus padres. No hay nadie en el mundo tan interesado en la felicidad de una hija como los mismos autores de su existencia. La hija, pues, debe consultar con ellos su inclinacion y prestar atento oido á la voz de la prudencia, porque el amor que una jóven inspira puede equivocarse con el deseo vehemente de la posesion, en cuyo caso desaparece la felicidad con el logro. Pero no basta que una jóven sea solicitada con honestos deseos, ni que brillen en su pretendiente cualidades amables si no se halla en estado de sostener con decoro la familia que se propone formar, puesto que este es el fin del matrimonio. La hija puede entregar su corazon al que ha de ser dueño de su mano con el beneplácito de sus padres ó mayores; pero ¡ay! de aquella que se atreve á llamarse esposa sin haber recibido la bendicion de los que le dieron el ser! El remordimiento de su desobediencia la acompaña por todas partes, y la felicidad huye de su corazon y de su tálamo! Efectuado el matri-

monio por la eleccion unánime del corazon y del consejo de la razon, entra la muger en un nuevo orden de vida desemejante en un todo al que le ha precedido. Hasta entonces le bastaba ser obediente, casta y laboriosa como hija para llenar sus deberes. Ahora debe ser fiel, honesta, cariñosa, solícita, infatigable: ahora es menester que sepa inspirar aprecio y veneracion: que se haga respetar dentro y fuera del hogar doméstico: que vele constantemente por la felicidad de su marido: que dirija su casa con prudente economía: que se considere, no solo por la debilidad de su sexo, sino tambien por divinas y humanas leyes dependiente de la voluntad de aquel en cuanto prescriben los límites de lo justo y de lo honesto. «Las mugeres, dice San Pablo, estén sujetas á sus maridos, como al Señor.» Con semejante comportamiento, y procurando grangear siempre mas y mas el cariño de su consorte, vivirá la muger dichosa con la tranquilidad de su conciencia, y si alguna vez la adversidad la acompaña, hallará siempre en su amor y en su virtud motivos de consuelo y de dulce recompensa.

El matrimonio por razon de estado no estriva sobre bases tan sólidas como el anterior, pues si bien la razon tiene parte en él, se sobrepone casi siempre el interés, en tanto que el amor no existe. La muger que no sustituya la prudencia á la falta de cariño, proponiéndose hacer resaltar sus virtudes para inspirar al menos estimacion á su consorte, seguramente llegará á ser desgraciada aun en medio de los prestigios de la opulencia y de la grandeza.

El hombre al tratar de tomar estado no debe tampoco alucinarse, porque no basta que una muger sea hermosa para hallar la felicidad en su posesion; antes bien la hermosura aumenta los cuidados por lo mismo que es envidiada y apetecida; pero la muger que á los quilates de su hermosura reuna en dote la honestidad y las cualidades que

ya hemos indicado, seguramente hará feliz á su marido. Este por su parte debe estimar á su consorte como la compañera de toda su vida, amarla como la elegida de su corazon, y tener en ella la confianza que inspira una tierna amiga, capaz de suavizar sus dolores y participar plenamente de sus gustos y alegrías. «El que ama á su muger, dice tambien S. Pablo, á sí mismo se ama.» Considerada de esta suerte la muger propia es claro que debe empezar el marido por guardar religiosamente el juramento de serle fiel, puesto que la fidelidad es la base del matrimonio, sin la cual el cariño de la esposa se convierte en celos horribles que abren paso á todas las malas pasiones, y concluyen por la pérdida de la fama, de la hacienda y por la ruina de los hijos y familia.

Pero si la infidelidad en el marido destruye la paz doméstica y redundá en gran daño de los hijos legítimos por la disipacion de la hacienda y por la desunion de sus padres, todavía tiene caracteres mucho mas agravantes cuando es cometida por la muger propia. Dícese que la muger por la delicadeza de su complexion no ha nacido para profundizar en las ciencias, pero que en cambio tiene mas viveza y penetracion para conocer el corazon humano. Siendo esto así ¿cómo se concibe que pueda ser infiel una esposa? ¿Acaso puede ocultársele el cúmulo de males que trae consigo tamaño delito? La muger que falta á sus deberes como esposa es perjura, porque quebranta el juramento que pronunció ante los altares: ulcera el corazon de su marido de una manera incurable haciéndole sufrir un amargo desengaño mas cruel que la muerte; le desgarrá la honra, imprimiéndole un sello ignominioso, á la par que inmerecido é injusto: hiere en lo mas vivo su amor propio, pues entre él y el adúltero no hay comparacion posible; el uno es dueño de su muger, soberano de su casa y de su honra, mientras el

otro es un enemigo encubierto que viene á clavar un aguzado puñal en un pecho inocente; un traidor lleno de alevosía que acecha el instante de hacer á un hombre de bien desgraciado para siempre; un asesino de la honra, que se estima en mas que la vida. La muger infiel obliga además á su marido á dudar de la legitimidad de sus hijos, y le hace probar los tormentos mas horribles al considerar que acaso estrecha contra su seno al usurpador de su nombre, al intruso que viene á participar de los bienes de sus hijos y á compartir su cariño: la muger infiel pervierte á los mismos que ha sustentado en sus entrañas sembrando en sus tiernos corazones la semilla del mal ejemplo, semilla funesta que puede dar por fruto su desventura ó su ignominia: los deshonra igualmente que á su marido: es responsable de todas las consecuencias desastrosas que acarrea comunmente la infidelidad: es el escarnio de su mismo seductor ó cómplice, pues no hay hombre tan insensato que ponga su cariño verdadero en una muger fermentida que principia por hacer traicion á sus deberes mas sagrados y acaba por labrar el infortunio de cuanto la rodea; y es en fin considerada en el orden moral como un ser degradado de su especie, como baldon de oprobio, causa de ruina y de muerte. Hé aquí bosquejado el cuadro de la muger adúltera, de la muger perjura para con Dios, criminal para con su marido, delincuente para con sus hijos, miserable para consigo misma; pues en tanto que á la muger virtuosa, á la matrona respetable se mira como la mas rica joya de su marido, como el mas precioso ornato de la república, á la esposa infiel la sociedad verdaderamente culta la rechaza, la humanidad entera la contempla como un objeto digno de execracion.

Pero busquemos en la *Perfecta casada* de nuestro maestro, ilustre por tantos títulos, Fr. Luis de Leon, algunas reglas que den á conocer á la muger los importan-

tes deberes que encierra este noble estado.

«Si hay debajo de la luna cosa que merezca ser estimada ypreciada es la muger buena: y en comparacion della el sol mismo no luce, y son oscuras las estrellas. Y nó sé yo joya de valor ni de loor que así hermosee con claridad y resplandor á los hombres, como es aquel tesoro de inmortales bienes, de honestidad, de dulzura, de fé, de verdad, de amor, de piedad y regalo, de gozo y de paz, que encierra y contiene en sí una buena muger, cuando se la da al hombre por compañía su buena dicha.»—«Y como la piedra preciosa en sí es poca cosa, y por la grandeza de la virtud secreta cobra gran precio; así lo que en el sujeto flaco de la muger pone estima de bien, es grande y raro bien. Y como en las piedras preciosas la que no es muy fina, no es buena; así en las casadas no hay medianía, ni es buena la que no es mas que buena. Y de la misma manera que es rico un hombre que tiene un rico diamante, aunque no tenga otra cosa, por poseer un tesoro abreviado, así una buena muger no es una muger, sino un monton de riquezas, y quien la posee es rico con ella sola, y solo ella le puede hacer bienaventurado y dichoso.»—«El ser honesta una muger no se cuenta entre las partes de que esta perfeccion se compone; sino antes es como el sujeto sobre el cual todo este edificio se funda, y para decirlo en una palabra, es como el ser y la sustancia de la casada, porque si no tiene esto no es ya muger, sino vilísimo cieno.»—«La muger no es tan loable por ser honesta, cuanto es torpe y abominable si no lo es.»—«Dios en la honestidad de la muger, que es como la tabla, la cual presupone por hecha y derecha, añade ricas colores de virtud, todas aquellas que son necesarias para acabar una tan hermosa pintura.»—«Ramo de deshonestidad es en la muger casta, el pensar que puede no serlo, ó que en no serlo hace algo que le deba ser agradecido. Que como á

las aves les es naturaleza el volar; así las casadas han de tener por dote natural, en que no puede haber quiebra, el ser buenas y honestas: y han de estar persuadidas, que lo contrario es suceso aborrescible y desventurado, y hecho monstruoso.»—«Aquella sola es casta, en quien ni la fama mintiendo osa poner mala nota.»

San Clemente Alejandrino dice: «Las que hermosean lo que se descubre, y lo que está secreto (la conciencia) lo afean, no miran que son como las composturas de los egipcios, los cuales adornan las entradas de sus templos con arboledas, los muros con piedras peregrinas y el interior con plata y mármoles traídos desde Etiopía, y los sagrarios de los templos los cubren con planchas de oro. Mas en lo secreto de ellos, si alguno buscase la imagen del Dios que allí mora hallará un gato, ó un cocodrilo, ó alguna sierpe de las de la tierra, no digno de templo, sino dignísimo de cueva ó de escondrijo.»

Y Tertuliano hablando de este mismo asunto concluye así: «Poneos el blanco de la sencillez, el colorido de la honestidad..... Vestid seda de bondad, holanda de santidad, púrpura de castidad y pureza, que de esta manera será vuestro enamorado el Señor!»

«Y porque agora hablamos de las madres, prosigue Fr. Luis de Leon, entiendan las mugeres que si no tienen buenos hijos, gran parte dello es, porque no le son ellas enteramente sus madres..... Las que son tan sin piedad que entregan á un extraño el fruto de sus entrañas y la imagen de virtud y de bien, que en él habia comenzado la naturaleza á obrar, consienten que otro la borre. De las casadas es engendrar hijos legítimos, y los que crían así son llanamente bastardos.»—«La madre en el hijo que engendra no pone sino una parte de su sangre por nueve meses: el ama pone el mismo caudal por veinte y cuatro, porque sangre es la leche: así la madre influye en el cuer-

po: el ama en el cuerpo y en el alma. Por manera que el ama es la madre y la que le parió es peor que madrastra, pues enagena de sí á su hijo, y es causa que sea mal nacido el que pudiera ser noble: y comete en cierta manera un género de adulterio, poco menos feo, y no menos dañoso que el ordinario. Porque en aquel vende al marido por hijo el que no es dél, y aquí el que no es della.»— «Crie, pues, la casada perfecta á su hijo, y acabe en él el bien que formó: no consienta que conozca á otra antes que á ella por madre. Lo primero en que abra los ojos su niño sea en ella, y de su rostro della se figure el rostro dél.»— «En fin, el blanco á donde ha de mirar la perfecta casada ha de ser Dios, porque lo que se hace y no por él no es enteramente bueno.»

El deber, considerado en general, es estimado en el mundo como una obligacion, y la obligacion supone siempre el cumplimiento de un trabajo penoso. Este juicio está muy lejos de contener la verdad. El deber es por el contrario una necesidad de satisfacer nuestra conciencia: una necesidad de proporcionar goces puros al corazon: una necesidad, en fin, de ser feliz, porque esta es la consecuencia necesaria de la satisfaccion del alma; así como la infraccion del deber es causa de infortunio, de deshonra, de ruina.

Los padres, pues, deben cuidar mucho de despertar y de desenvolver en sus hijos el sentimiento religioso: el sentimiento de su propia dignidad, que es el gran preservativo contra la torpeza de las pasiones. Deben avezarlos desde muy tiernos á decirles y á exigirles siempre la verdad, á que sean dóciles y obedientes, que es por donde ha de empezar el acabar por dominarse: deben hacerse amar y respetar juntamente de ellos: deben inculcarles como máximas, que no hay felicidad verdadera sin la tranquilidad de la conciencia: que es menester huir siempre de

aquellas acciones que no produzcan una fruicion moral: que los goces del alma proporcionan siempre placeres puros y delicados, al paso que los goces del cuerpo traen comunmente remordimientos y dolores: que jamás debe satisfacerse un placer físico á costa de un dolor moral: que el amor á los deberes es la ciencia de la virtud: que el trabajo es por escelencia la moral en accion: que los males de la vida, ó sean las enfermedades y adversidades, nos advierten que la verdadera felicidad no se logra en este mundo: que Dios es siempre testigo y juez de todas nuestras acciones, aun de las mas ocultas: que las prácticas religiosas, el ejercicio de la caridad y la oracion son medios seguros de inundar nuestra alma de consuelo y de gozo; y por último que: «El candor y la inocencia Evangélica es el triunfo mas brillante de la virtud de la cruz.» A las jóvenes debe inculcárseles además que en la eleccion de consorte prefieran siempre las cualidades del espíritu á las dotes personales; y que si el precio de las cosas sube en proporcion de la dificultad de conseguirlas, las mugeres serán tanto mas inestimables, cuanto mas sepan respetarse á sí mismas, por cuyo medio harán nacer en el hombre el sentimiento del amor, el cual basta por sí solo para morigerar las naciones.

Por lo que hace al amor filial bastará decir que debiendo los hijos á sus padres la educacion moral, sin la que es muy amarga la vida: que debiendo á sus cuidados solícitos y grandes sacrificios todo el bien de que pueden disfrutar, es claro que deben amarlos como á los representantes de la divinidad en la tierra; ayudándolos y favoreciéndolos en su vejez y enfermedades con el mismo tierno cariño que ellos han nutrido en sus amantes corazones, teniéndose por muy dichosos si saben imitar su buen ejemplo. *Honra á tu padre y á tu madre para que seas de larga vida sobre la tierra, que el Señor tu Dios te dará.* Este

mandamiento de la ley de Dios es el único que tiene promesa: tal es la importancia que Dios ha querido dar á los padres respecto de los hijos, que les ofrece larga vida si cumplen su mandamiento con fidelidad, porque honrar á los padres, no es solamente amarlos, respetarlos y servirlos, sino tambien ser virtuoso de corazon en obras y palabras.

El deber fraternal se esplica por sí mismo, porque el amor de Dios y el de los hermanos forman la esencia de la Religion de Jesucristo; pero este deber es mas sagrado todavía entre hijos de unos mismos padres, entre hermanos por el vínculo de la sangre, por el cariño mútuo de la infancia, por la identidad de la educacion. Los buenos hermanos jamás olvidan los juegos y caricias de la edad de la inocencia, de la edad de la alegría sin mezcla de amarguras, de la edad en que eran mas ángeles que hombres. Deben por tanto amarse siempre: el fuerte debe ser apoyo del débil: el rico amparo del necesitado: el prudente consejero de la flaqueza. Entre hermanos de ambos sexos principalmente, el hermano debe ser protector y escudo de su hermana y ella debe obedecerlo y respetarlo como á su segundo padre. Deben por último amarse en Dios y en la memoria de los autores de su existencia.

La amistad es un sentimiento que comprende grandes deberes. «Quitar á los hombres la amistad, dijo Ciceron, es lo mismo que quitar el sol al universo.» La amistad por lo mismo que existe comunmente sin que sea parte para ella el vínculo de la sangre, puede mas bien llamarse un parentesco espiritual, contraído entre personas que por la moralidad de su educacion, por la finura de su trato, por la mútua simpatía establecen relaciones de afecto y de estrecha confianza. Esta última cualidad forma su carácter distintivo. No son muchos en verdad los buenos amigos, porque el interés individual suele ser un móvil para soli-

citar la amistad de determinadas personas, y conviene por lo mismo mucho tacto para la eleccion de un amigo, por mas que nos agraden las prendas del sugeto que nos inspira este sentimiento. Pero cuando por fortuna recae una buena eleccion entre personas dignas de sustentar amistad, entonces este sentimiento puede llegar á ser sublime, porque la amistad verdadera hace veces de padre, de hijo, de hermano, segun sea la circunstancia del amigo que necesita ser favorecido. ¡Cuántos ejemplos de abnegacion y cuántas virtudes ha realizado la amistad! Sin embargo, la adversidad es el mejor crisol en que se experimentan los amigos. «La amistad, dice un filósofo *incrédulo*, es el placer de las almas grandes.»

Hé aquí el secreto de los matrimonios verdaderamente felices: es un parentesco del corazon, y no solo se profesan amor sino que son tambien verdaderos é íntimos amigos.

En conclusion presentaré el cuadro que he formado de las penas y recompensas que se reciben en esta vida, aun independientes del premio ó del castigo que nos reserve la eterna justicia.

Nadie pone impunemente la planta en el camino del vicio. Cuando queremos contrariar los designios de Dios es nuestro primer castigo el punzante remordimiento de nuestra conciencia. Eslo el segundo la desunion y discordia de nuestra familia, no menos que el mal ejemplo que damos á nuestros hijos. El tercero la pérdida de la honra y buena fama. El cuarto la destruccion de la salud. El quinto la ruina de los bienes y hacienda. El sexto sufrir el desprecio de aquellos mismos que antes halagaban nuestros desórdenes cuando nos hallábamos en opulencia. El sétimo mendigar el pan amargo de la miseria merecida. El octavo nuestra vergüenza sobrado tardía. El noveno aventurar al precio de placeres vanos y engañosos, cuando

no criminales, nuestro eterno porvenir. El décimo una muerte prematura y desastrosa. Hé aquí contados los pasos del vicioso, sin haber tenido en cuenta las persecuciones de la justicia, y otros males no menos funestos. Por el contrario, sepamos las recompensas concedidas á la virtud. 1.^a La tranquilidad de nuestra conciencia, que es el fruto del cumplimiento de nuestros deberes. 2.^a Las fruiciones inefables que proporciona al alma el ejercicio de las buenas obras. 3.^a El goce que inspira el amor de nuestros hijos y el de nuestra familia por la union, paz y armonía que vemos reinar en ella. 4.^a La satisfaccion que nos causa el laudable ejemplo que damos á todos los que nos rodean. 5.^a Los goces que nos proporciona la salud conservada con nuestra sobriedad y templanza. 6.^a El placer que nos acompaña en el trabajo, que si bien fué impuesto al hombre por castigo, la virtud saca de él el premio cumplido si nó para vivir en la abundancia, lo necesario para labrar su felicidad futura. 7.^a El contentamiento que nos acompaña en el reposo de nuestras tareas, imagen del descanso eterno. 8.^a Los goces que nos proporciona el estudio científico ó literario. 9.^a La pura alegría que nos infunden las prácticas religiosas. 10.^a La satisfaccion que nos posee por la estima y aprecio que inspiramos á cuantos conocen nuestra honradez y buena fama. 11.^a La noble dignidad que se apodera de nosotros al considerarnos como ciudadanos útiles. 12.^a Gozar de una vejez tranquila. 13.^a La dichosa esperanza de la inmortalidad. 14.^a La muerte del justo.

¿Quién no vé en el contraste que ofrece la vida del hombre honrado y la del vicioso la mano de la divina Providencia? ¿Qué puede oponer el ateo al contemplar este cuadro de luces y de sombras? Si su Dios es el acaso ¿cómo el acaso mismo castiga el vicio y recompensa la virtud en la tierra? ¡Oh, virtud de la religion de Jesucris-

to! ¿quién es capaz de dudar de la eficacia y santidad de tu doctrina?

«Donde quiera que se ha clavado una cruz, dice Mr. Nicolas, allí han germinado las virtudes y florecido la civilizacion, aun en el fondo de los desiertos: donde quiera que se ha arrancado, allí han reaparecido la barbarie, la ignorancia y la ferocidad aun en el seno de las ciudades.»

«La gloria de Jesucristo, dice otro piadoso autor, resplandece hoy mucho mas que en el tiempo de su predicacion. No vino para mostrarnos maravillas sino para obrarlas en nosotros, y esto es lo que prueba hoy el dilatado imperio del cristianismo.»

Sí, para obrar maravillas en nosotros, porque el cristianismo es la égida del débil contra el fuerte, es el protector de la inocencia, amparo del pudor, columna de la virtud, moderador de las pasiones, fômes del ejercicio de las acciones heroicas y sublimes, padre por excelencia de la tierna caridad, hijo santo de la abnegacion divina, espíritu luminoso de la esperanza de felicidad eterna, y es finalmente la religion consoladora que glorifica los dolores y angustias de la humanidad.

¡Hombres de todas creencias! ¡oid! El corazon del cristiano es un cáliz sagrado que contiene preciosísimas gotas de la sangre del Salvador. Tales son las virtudes que en él florecen exhalando sus perfumes esquisitos. Amad á Dios, amad á vuestro prójimo con Dios, amaos á vosotros mismos en Dios. El imperio del cristianismo, no lo dudeis, ha de ser universal, porque es la Religion del amor divino, y el hombre tiene necesidad de amar de una manera divina. Si, la voz de la humanidad entera resonará algun dia en el gran templo del universo cantando alabanzas al Señor.

CAPITULO XXV.

DE LOS BIENES DEL POBRE.

„Bienaventurados los pobres de espíritu.”
S. Mateo cap. 5º. v. 3.

Pobres de espíritu, en el sentido literal del Evangelio, no son ciertamente los que carecen de ánimo ó de valor para arrostrar los peligros y adversidades: por el contrario, los pobres de espíritu son aquellos que no tienen apego alguno á las riquezas de la tierra: los que se hallan desnudos de vehementes deseos de adquirir grandes bienes de fortuna. Y por cuanto miran con desconfianza aquellos caducos bienes que hoy se adquieren y mañana pueden perderse, ó acabarse con la vida; esta misma templanza respecto de lo temporal y perecedero aumenta prodigiosamente el deseo hasta un grado sin límites en lo espiritual y eterno.

El hombre no pudiera ser perfectible si no fuera tambien comunicativo; pero es menos comunicativo todavia para su propio engrandecimiento que para ser útil á su familia y al prójimo. En efecto debe á Dios la vida y despues á sus padres: debe tambien á estos su conservacion, su educacion, su instruccion: debe á su patria la proteccion que le dispensan sus leyes: debe á sus semejantes su misma sociabilidad, ya como pariente mas ó menos cercano,

ya como amigo, ya como relacionado, ya como miembro de su nacion. Estas deudas naturales y sociales son las unas contraídas sin que la voluntad tenga parte, y las otras por propia voluntad; pero es muy digno de notarse que aquellas en que no ha tenido parte alguna nuestra voluntad, son no obstante nuestras deudas mas sagradas. Tal es el deber de los hombres para con Dios, para con sus padres y para con su patria. Esto prueba que el hombre no ha podido hacerse á sí mismo, que no se ha ido formando progresivamente sin designio alguno, como suponen los materialistas, sino que ha sido hecho ex-profeso para cumplir un destino; pero que este destino ha de ser obra de su libre albedrío: nace involuntariamente á la vida perecedera para que conociendo el beneficio que recibe, trabaje voluntariamente en abrirse el camino de la vida eterna.

La Religion verdadera impone á todo hombre el deber de amar á su prójimo como á sí mismo; hace mas todavía; no solamente nos manda no hacer á otro el daño que no deseemos recibir, sino que su divino maestro nos enseñó con su ejemplo *hacer á otro todo el bien que deseemos para nosotros mismos*, poniendo en ejercicio el sentimiento de la abnegacion. Este es el Cristo sacrificándose por el hombre.

No he sabido darme cuenta todavía de la razon que asistió á Hegel para negar á Jesucristo un lugar preferente en la estética; pero no habiendo conocido la figura humana del Redentor del mundo, y siendo el fundamento de su pretendida ciencia la belleza de la forma, rechaza el cristianismo sin duda porque no halla el tipo que le deje entrever la idealidad. Si se trata empero de la estatua de la Venus de Médicis ó del Apolo de Bervedere, entonces, sí hay belleza colmada. Esos pedazos de mármol parecen que tienen vida; en tanto que Jesucristo, segun Hegel, es un hombre vulgar. Hé aquí la pintura verdadera del ra-

cionalista: todo para la forma; todo para la materia: nada para el espíritu; nada para lo infinito. «Cristo en pintura, dice Mr. de Malefille, no es un hombre: es la esencia divina personificada: es una belleza enteramente moral que habla al alma y no á los sentidos. Todo el mundo lo ha imitado, nadie lo ha inventado: inspira una adoracion religiosa que nada tiene que ver con las pasiones de la tierra.»—«Mientras que la literatura pagana, dice á su vez Mr. Gaume, es el culto de la forma que se ostenta con lujo y abundancia para ocultar la pobreza del fondo, la literatura cristiana borra la forma todo lo posible para presentar en todo su esplendor la magestuosa hermosura del fondo.»

Jesucristo, no es un modelo para la estética de Hegel, pero es sin embargo el alma de los corazones. Su sacrificio no solamente es bello, sino tambien del mas elevado sublime: es un sacrificio divino. Su moral no solamente es buena, sino que es pura, es santa. Su religion es la única verdadera, porque la verdad eterna es la única que satisface nuestra alma, y Jesucristo nos ofrece la felicidad eterna, glorificando nuestros dolores con su divino ejemplo. Si no hay belleza en Jesucristo, segun Hegel, hay no obstante PERFECCION, en el sentir del género humano. Por eso la poesía es la ciencia de la perfeccion cuando se identifica con la religion cristiana. «Solo la religion, dice Mr de Chateaubriand, debe reinar en la lira.» El cristianismo es, pues, la vestidura de la Perfeccion Divina.

Pero ¿por qué la religion cristiana es el alma de los corazones educados? Porque es la religion de la humanidad entera. En ella caben los poderosos, los ricos y los pobres, desde el monarca hasta el pastor, desde el niño hasta el anciano; pero como formemos los pobres la clase mas numerosa que existe y ha existido siempre en todas las naciones de la tierra, de aquí necesariamente que sea el cristianismo la religion del pobre por escelencia. Además

el Redentor del mundo nos ha enseñado que el que coge aquí abajo escasa cosecha de bienes, tiene mucho adelantado para esperarla muy copiosa en la otra vida, porque *los postreros serán los primeros*.

En efecto el hombre moralmente educado *lleva consigo*, mejor todavía que el sabio griego, preciosos tesoros que le hacen sentir y estimar su propia dignidad, su gran valía; tesoros inestimables que jamás pueden compararse con las riquezas miserables de la tierra; y digo miserables, porque son bienes prestados, sujetos á la inconstancia de la fortuna. Es cierto que hay muchos hombres engreídos con su poder, con su dignidad, ó con su riqueza; pero si la fortuna les llega á ser adversa, entonces conocerán las atenciones que el mundo les tributa. ¡Oh sabiduría celeste de la Cruz! Solamente llevando la cruz del sufrimiento es como conoce el hombre la verdad eterna!

«Mas vale poco con temor de Dios, que tesoros grandes, que nunca sacian.» Prov. cap. 15. v. 16.

«Mejor es buen nombre que muchas riquezas.»

Ibid. cap. 22, v. 1.

Por eso precisamente en los países cristianos existe una clase, que sin dejar de ser pobre, es una clase distinguida; y es distinguida, porque es tal vez la clase mejor educada. Hablo de la clase media; clase tanto mas noble y honrosa cuanto es mas instruida y desinteresada. Esto consiste en que ha tenido por base la educacion moral.

En efecto, si hay algun bien real en la vida, despues de la tranquilidad de la conciencia, no se halla ciertamente en la posesion de los tesoros sino en el amor de las familias; y si echamos una ojeada á las condiciones sociales, nos convenceremos de que el opulento no tiene poco que envidiar al pobre bien educado. La sociedad ha establecido leyes tiránicas, á que se somete mal de su grado muchas veces el hombre constituido en dignidad ó que brilla por

sus riquezas. Para una flor de lisonja que recibe la fastuosa opulencia, la ignorante envidia dispara contra ella mil saetas punzantes. Los matrimonios no se contraen comunmente bajo los auspicios del corazon, sino bajo el yugo de la vanidad ó de la conveniencia. Pero ah! miremos mas alto todavía: miremos por un instante hácia el trono escelso donde se siente una gran reina que mande dilatados dominios: que millones y millones de habitantes la aclamen, la obedezcan, la adoren. Pues bien, esa muger augusta por derecho de dinastía ó por eleccion del gran pueblo que rija, no es dueña de sí misma para entregar su corazon al hombre que tal vez se lo ha prendado. Una humilde pastorecilla, sin mas cetro que su cayado, sin mas corona que su rizada cabellera, sin mas imperio que el fresco soto ó el verde prado, y sin otro régio cortejo que su manso rebaño. es libre para entregar su corazon á un tierno amante. ¡Oh misterio del corazon! ¡Oh ventura de la pobreza en el hogar doméstico!

Pero la muger del hombre pobre bien educado, á mas de gustar de las dulzuras del amor conyugal, puede inspirar en el mundo respeto y veneracion, porque el brillo de los diamantes no iguala nunca al esplendor de la virtud.

No envidiemos, nó, á los poderosos de la tierra: no nos cuidemos del fausto del magnate, ni de la vana ostencion del poderoso. Ah! los pobres poseemos otros bienes mas preciosos: nosotros estrechamos en nuestros brazos tesoros que no trocaríamos por todo el oro del mundo. Nosotros, sobre ser los autores de la existencia de nuestros hijos, los criamos, los educamos, los instruimos, los enseñamos á amar á Dios, los enseñamos á amar á sus padres, los enseñamos á amar al prógimo sin mas documentos que amándolos con toda la ternura de nuestro corazon. Dejemos á las familias de los poderosos y de los ricos que abandonen á sus inocentes hijos desde el nacer en

los brazos de una nodriza: dejemos que cuando rayen en la puericia los alejen del hogar paterno para condenarlos á penosos estudios: dejemos que vayan á pasar su juventud en países extranjeros, y que no tornen al seno de sus padres hasta que sean ya hombres formados, instruidos y experimentados. ¿Qué han hecho estos padres por el corazon de sus hijos? ¿A dónde están las virtudes que ellos mismos le han hecho germinar? Ah! Si estos hijos no son naturalmente buenos, ellos darán el pago de su educacion: ellos tornarán al hogar doméstico deseando poder heredar á los autores de sus dias sin derramar en su muerte ni una sola lágrima de ternura!...

«El hacer el padre por su hijo, dice nuestro gran Cervantes, es hacer por sí mismo, porque mi hijo es otro yo, en el cual se dilata y se continúa el ser de padre: y así como es cosa natural y forzosa el hacer cada uno por sí mismo, así lo es el hacer por sus hijos, lo que no es tan natural ni tan forzoso hacer los hijos por los padres; porque el amor que el padre tiene á su hijo descende, y el descender es caminar sin trabajo, y el amor del hijo con el padre asciende y sube, que es caminar cuesta arriba; de donde ha nacido aquel refran: Un padre para cien hijos, antes que cien hijos para un padre.» Si el amor de padre es tan superior al amor de hijo, ¿qué mucho que el hijo del poderoso, que no ha conocido las dulzuras paternales, sea indiferente á la pérdida del autor de su existencia ó desee verse pronto en posesion de sus títulos, honores y riquezas?

Mr. la Mourette, encareciendo las delicias de la religion en su escelente libro, que tiene este mismo título, se esplica así:

«La muger fuerte, de quien dice el Espíritu Santo que todo el oro y todas las riquezas de la tierra no pueden ser comparadas con el valor de un tesoro tan grande, no es una

criatura extraordinaria destinada á asombrar al mundo, sino la que *está retirada y aplicada continuamente en lo interior de su casa*, que lo dirige todo, que cuida de sus hijos, arregla las labores entre los criados y prepara con su mano industriosa la lana y el hilo. Esta es la muger que camina delante de Dios en la inocencia de su corazón.»

«¡Oh Religion divina! prosigue este elocuente autor, tú satisfaces todos los deseos de la naturaleza, y solo para aquellos que comunicas tu gran luz está reservado el gozar del placer de ser padres. No se puede concebir de qué modo un corazón sensible, atendido el tierno interés que inspiran los hijos, puede vivir sin las esperanzas de la fé. ¿Quién podrá persuadirse de que el paternal amor mirando el fruto de sus entrañas no quedará inconsolable si no cree que es inmortal y eterno? Pues qué, aquel corazón tan cariñoso é inocente no amará algún día á nadie? aquellas manos tan tiernas y acariciadoras no se asirán á nada? nada verán aquellos ojos en que brilla tanto candor, que anima una alegría tan pura al encontrarse con los de sus queridos padres? ¿Cómo, en fin, podría explicarse la causa de aquel amor tan irresistible que la naturaleza les imprimió hácia su hijo, y el deseo tan ardiente que tiene por la conservacion, aumento y felicidad de una cosa tan pequeña y juntamente de tan inestimable valía? ¡Qué triunfo tan grande para la religion, que solo ella justifique nuestras mas amadas inclinaciones, y que no se pueda abandonar sin entristecer la naturaleza en su mas dulce y puro amor! Nuestro corazón nos dice, y es una verdad de sentimiento, que las relaciones que tenemos con nuestra familia y con nuestros hijos son perpétuas y que nada de cuanto vemos bajar á lo profundo de los sepulcros cesa de existir. ¡Oh, fé divina! obra la mas perfecta y adorable, ¡cuán grande es tu poder para disipar el horror que nos causa la vista del sepulcro, donde la

inexorable muerte tiene encerrado al dulce objeto de nuestro cariño! ¡Qué luz tan brillante vemos resplandecer desde lo alto de aquella gloria, á donde está el que ha espirado en nuestros brazos! ¡Oh tierno objeto de mis deseos! La felicidad de mi vida consistia en verte, conservarte y hacerte dichoso..... Desapareciste como un sueño, pero aun vives..... Ahora te contemplo enagenado. En tí amaba mi misma sangre: te estrechaba contra mi corazon, como á una posesion preciosa y amable de mí mismo; pero en el dia, postrado en tu presencia, te tributo una especie de culto, al ver en tí un ser divinizado, incorruptible y eterno. Y vos, gran Dios, ante quien todo está vivo, ¿no es cierto que siempre que adoro vuestra magestad inmensa, vuelvo á poseer todo lo que me parecia haber perdido? Sí, en vos encuentro aquel hijo perdido: en vos le veo, le oigo, le acaricio y le abrazo en la misma fuente de la vida.» Hé aquí el verdadero espíritu del cristianismo.

Veamos ahora la escena solemne que se representa en el interior de una humilde morada. Un anciano respetable yace en el lecho de muerte, próximo á exhalar el último suspiro; pero aun no se ha apagado el brillo de sus ojos: su frente venerable tiene el sello de la tranquilidad luminosa de su alma. Su esposa, ya entrada en edad, está sentada á la cabecera de su lecho: la palidez de su rostro, y las gruesas lágrimas que ruedan por sus mejillas atestiguan lo acerbo de su mudo dolor: ahoga sus sollozos y suspiros, pero cada suspiro que reprime se convierte en un raudal de llanto. A un lado del lecho se halla arrodillada una jóven hermosa, afligida y suplicante, en la actitud de orar por aquel ser tan querido que yace moribundo: es una vírgen de Rafael con una espresion celeste, ó tal vez el modelo divino que vió Murillo en sus grandes inspiraciones: es la figura de un ángel que ha descendido del cielo para endulzar los últimos momentos del anciano.

A los pies del mismo lecho hay dos figuras varoniles en la flor de la mocedad: en sus semblantes se pinta la consternación. El uno tiene los brazos cruzados y está contemplando el rostro venerable del paciente: el otro con la barba apoyada en el pecho, se encuentra abismado en su pena, porque de cuando en cuando echa una alternativa mirada al anciano y á su esposa. Estos tres jóvenes hermosos son los renuevos de aquellos consortes, cuyo suave yugo va á romper la muerte. Un recogimiento religioso reina en aquella fúnebre estancia. De repente se mueven los labios del anciano: la esposa y los tres hijos se quedan inmóviles para no perder ni una palabra de las que se prepara á proferir aquella boca amante de la verdad. «El cuerpo me abandona, dice con voz apagada, pero mi espíritu conserva su energía para amaros. No os dejo riquezas, hijos míos, pero os dejo el mayor tesoro en vuestra tierna madre: que su virtud sea siempre tu espejo, hija del alma mía: que su virtud sea siempre vuestro escudo, hijos de mi corazón. Amadla siempre, imitadla siempre, y el cielo os bendecirá; porque la virtud es el único bien precioso que puede haceros felices en esta vida, y ganáros una corona celestial. Rogad á Dios por mí.»—La esposa y los hijos se arrodillan en derredor del lecho anegados en lágrimas de dolor, y quieren ahuyentar la muerte de aquel cuerpo tan amado; pero su espíritu inmortal, mas pronto que la luz, su imagen; mas veloz que el pensamiento, su principal atributo; y mas rápido que el sentimiento de lo infinito, su esencia, voló á la morada de los justos.

En efecto, la vida y la muerte del hombre moralmente bien educado: de aquel ser respetable que llenando cumplidamente sus deberes como padre y como miembro de la sociedad no ha ambicionado nunca otras riquezas que las puras alegrías del corazón; esa vida exenta

de pasiones y esa muerte serena son verdaderamente envidiables.

No es menester erudicion para saber que casi todos los grandes hombres que han honrado la historia del género humano han salido de la clase humilde, porque siendo la virtud la verdadera riqueza, no solo ha bastado su brillo para ilustrar á sus siglos, sino que ha sobrado todavía luz para difundirse de gente en gente hasta los siglos mas remotos.

«El talento, el retiro, el estudio, la ciencia, dice un autor citado, sirven para hallar la verdad de las cosas ocultas y estas prendas son mas comunes en los pobres que en los ricos y poderosos, porque se entregan al trabajo con asiduidad y constancia, exentos de la atmósfera de la lisonja y de las preocupaciones del orgullo, que hacen nacer el esplendor y la grandeza.»

Una observacion profunda nos da á conocer que en las altas categorías y en las grandes riquezas desaparece la individualidad: solo quedan en pié los títulos y los montones de oro para los que guarda el mundo todas sus reverencias. Seria de desear que pudiera establecerse como regla, nó como sus escepciones, que estas clases no honrasen al hombre, sino que constantemente el hombre las honrase con sus virtudes, talentos y méritos.

Es un error social la creencia comun de que el poderoso y el rico son mas independientes que el pobre bien educado. Todos dependemos del mundo y de la fortuna. El pobre, cumplida la obligacion que se ha impuesto, es dueño enteramente de disponer de sí mismo: puede libremente buscar en sus horas de descanso un lícito pasatiempo, pero aquellos, siempre esclavos de compromisos sociales y de la desapiadada etiqueta, se ven reducidos á la necesidad de abandonar el lado de sus familias para ser consecuentes con la alta posicion que ocupan. Además, la

alta sociedad cuanto mas encumbrada tanto mas se disfrazaba. La franqueza, la sinceridad, la verdad huyen de los grandes salones de los palacios. El poderoso ni aun en su propia morada es dueño muchas veces de arrojar el antifaz.

No es esto decir que la grandeza y la opulencia sean siempre un obstáculo para ejercitar las virtudes. Por el contrario, el hombre virtuoso constituido en dignidad ó poseedor de cuantiosos bienes puede labrar la ventura de muchas familias. Semejante á un génio benéfico, no solo le es lícito sino que debe derramar el bálsamo del consuelo en las heridas de la indigencia y del infortunio.

Todas las buenas acciones, y principalmente las heroicas, rayan en lo sublime, y bastan por consiguiente para engrandecer al hombre. Estas grandes acciones no tienen mas origen que el sentimiento de la abnegacion, que está siempre al alcance del pobre, y que puede engrandecerle mucho mas todavia que los pomposos títulos y honores. Cuanto mas desprecia el hombre los bienes de la tierra tanto mas apto se encuentra para ejercer esta virtud. Despreciemos, pues, todo bien que pertenezca solamente al cuerpo: todo bien que se acabe con la vida. Hasta el óbolo que ponian griegos y romanos á los cadáveres de sus amigos era enteramente inútil. No hay felicidad sin la esperanza de la vida eterna: este es el amor de Dios. No hay felicidad sin hacer el bien ageno: este es el amor del prójimo. No hay felicidad sin la tranquilidad de la conciencia: este es el verdadero amor de sí mismo. Todo lo demas es caduco y perecedero; y así el que se constituye perpétuo vigilante de sus bienes, por mas que sean adquiridos legal y noblemente, pierde las afecciones de su corazon. Por el contrario, los pobres tenemos la honra de proveer al sustento de nuestras familias con el sudor de nuestra frente, con el fruto de nuestra sangre, con el fruto de nuestra in-

teligencia, que es todo lo mas precioso que podemos dar á seres que nos son tan preciosos. Amemos, santifiquemos en nuestro corazon el instrumento que favorece nuestro trabajo: él es nuestro mejor amigo y protector: él nos eleva á la dignidad de hombre; por que solo el que trabaja honradamente, rico ó pobre, es digno de ser hombre. El ocio por el contrario engendra la pereza hasta el grado de constituirlo en autómatas, cuando no lo echa en brazos de los vicios, que á su vez lo precipitan en la muerte. ¡Oh maravilla del órden moral! Dios ha impuesto al hombre por castigo lo único que es capaz de hacerle feliz en la tierra!

En resolucion, la grandeza, la opulencia, las riquezas están llenas de recelos, de cuidados y desabrimientos, y rodeadas de peligros, de enemigos y envidiosos; mientras que la honrosa pobreza, cuanto le falta de brillo exterior y de pompa, otro tanto, y mucho mas todavía, le sobra de confianza en la divina Providencia. Sí, la confianza ardiente en Dios: el tesoro de esperanzas, que lejos de disminuirse ó de acabarse como las riquezas del mundo, se aumenta prodigiosamente cuanto mas se acerca el hombre á los umbrales de la eternidad. Guarde, pues, el avaro su tesoro; que si su corazon es semejante á la caja de hierro que lo encierra, el corazon del hombre de bien es un templo magnífico, lleno de luces y armonías, donde adora á su Criador.

CAPITULO XXVI Y ULTIMO.

DIVINIDAD DEL CRISTIANISMO.

"No hay sabiduría contra el Señor."

Prov. cap. 21. v. 50.

"Iluminaré (habla la sabiduría) á todos los que esperan en el señor."

Eclesiástico cap. 24. v. 43.

"Dad gloria al señor porque es bueno: porque para siempre su misericordia."

Paralipómenon cap. 16 v. 34.

"Todo aquel que es de la verdad, escucha mi voz."

S. Juan cap. 18 v. 37.

Al poner fin á mis débiles estudios, séame permitido traer á un punto de vista sus miras principales.

Todos los sistemas filosóficos han sido fundados ya en la negacion, como el Epicúreo; ya en la duda, como el Pirrónico; ya en la afirmacion deducida de la duda hipotética, como el Cartesiano. De aquí han surgido todos los errores, pues el mismo Descartes no se vió exento de inconsecuencias, estableciendo la duda como principio esencial; lo que hizo que sus discípulos se estrellasen en el escollo de la negacion. Todos los sistemas basados en la razon tienen, pues, débiles bases, aun aquellos mismos

que buscan en la fè su complemento, nó su principio esencial. Solo la filosofia del sentimiento halla la *evidencia* en un principio comun á todo el género humano, esto es, en la plenitud del deseo de una inmortalidad feliz, que es lo único que puede satisfacernos; y pues este sentimiento íntimo y profundo es universal sin escepcion alguna, podemos concluir que la verdad eterna no se halla en la vida: que la verdad eterna no se halla en la muerte; pero que la muerte es el medio de gozar de la verdad eterna, que es Dios. La filosofia del sentimiento, á mas de hallar la evidencia con el testimonio de toda la humanidad, la prueba tambien con la autoridad de la revelacion, con la conformidad del cristianismo, con la armonía del amor divino que coronándose de espinas, coronó nuestra dichosa esperanza, colmando de gloria nuestro anhelante deseo de felicidad sin fin.

En efecto, por dos grandes cosas suspira constantemente el hombre; á saber: por el conocimiento de la verdad: por la satisfaccion de su deseo. Pero esta verdad se escapa siempre de su inteligencia: este deseo no tiene objeto que lo sacie en la vida. ¿Qué cosa, pues, mas natural que buscar este uníson haciendo que el deseo repose en la verdad? ¿Qué cosa puede haber, pues, mas verdadera que la armonía del anhelo de la razon con el anhelo del corazon? Hé aquí el fruto de la filosofia del sentimiento.

Si pues el sentimiento es la base de la verdadera filosofia; y si la filosofia es la base de las ciencias y de las artes, no puede dudarse de que la razon penetre la verdad tanto mas fácilmente cuanto mas puro y recto sea el sentimiento que la ponga en accion. Siendo Dios el principio de todo cuanto existe, es claro que el fin de todas las cosas debe guardar conformidad con el principio perfecto y divino; y como la perfeccion divina es la causa de nuestro anhelo de felicidad, es claro que la felicidad ha de ser siem-

pre el gran fin de la ciencia; pero una felicidad pura, que es la única que puede llenar el gran vacío de nuestro corazón cuando no está lleno de Dios. Así la ciencia humana se engrandecerá siempre que sea el medio de aquel principio y de este fin; y por el contrario, dejará de ser verdadera ciencia la que no esté basada en la verdad eterna, es decir, la que no tenga por fin único la felicidad del género humano.

Pero como la filosofía del sentimiento sea también la única que pueda esforzar nuestra razón sin riesgo de estraviarse, al concluir este libro voy á satisfacer cumplidamente la razón, haciendo un llamamiento á nuestros hermanos de todas las creencias, y aun á todos los incrédulos, para interrogarlos en nombre de la ley de Jesucristo.

¡Hijos del pueblo de Israel, discípulos de Lutero y de Calvino, descendientes de Ismael, y vosotros deístas, idólatras y materialistas! acudid, os ruego, al pie de la cruz del Redentor. ¿No habeis visto los celestiales resplandores que ha difundido su tronco en los ámbitos del mundo? ¿No habla á vuestro corazón este tosco madero con que adornan su pecho y su frente los grandes y los soberanos de la tierra? ¿No os habeis estasiado con el olor de su santidad? ¿No habeis paladeado gota alguna de aquel refrigerante licor que derramó por todos nosotros? ¿No habeis tocado, en fin, con vuestras manos sacrílegas al rostro sacrosanto del hombre oscuro y humilde que ama y perdona?

Los descendientes del pueblo de Dios me responden que esperan baje del cielo el verdadero Mesías ostentando pompa y magestad para humillar la cerviz del orgullo humano con su brazo poderoso, porque solo así tronará su justicia, y el hombre se enmendará. Pero por ventura quereis juzgar de los designios de Dios por vues-

tras propias miserias? Esto es lo mismo que decir que si cualquiera de vosotros fuera Dios, reuniria en sí solo el poderío de todos los reyes del mundo para sojuzgar á la humanidad. ¿No reconocéis que si Dios hubiera escogido ese medio seria igual á vosotros? ¿quereis imponer leyes á la divinidad con arreglo á vuestras pasiones? Si quereis que Dios se os manifieste en la plenitud de su gloria ¿nó observais que vivís en la tierra? Reconoced, pues, á Jesucristo como Dios por sus maravillas, que es el verdadero carácter de la divinidad. Además ¿nó dice nada á vuestro corazon la dispersion y el abatimiento en que os hallais desde su venida al mundo? Pero aun quiero daros otra prueba. El fruto del antiguo testamento, que adorais, es el temor de Dios. El fruto del nuevo testamento, que no adorais, es el amor de Dios. El nuevo testamento, pues, ha sido el complemento del antiguo, porque en la balanza de la justicia divina faltaba la misericordia. Ahora bien: si creéis que Jesucristo no es el verdadero Mesías, sino que es solo un hombre, considerad que este hombre ha completado la obra de Dios, y por consiguiente es mucho mas que Moisés y los profetas inspirados de Dios. De modo, que si Jesucristo no es mas que un hombre, los profetas son todavía menos que hombres; pero si son hombres inspirados de Dios, porque cuanto mas alumbran las luces de las ciencias humanas tanto mas proclaman la gloria de Moisés, entonces Jesucristo, que ha dado un complemento divino á la doctrina de los profetas, es el verdadero Hijo de Dios.

Los discípulos de Lutero y de Calvino no creen en los misterios, porque no los comprenden, y niegan especialmente el de la transustanciacion. «Solo Dios podia inventar un misterio, dice Marolle, tan distante de las miras humanas: solo Dios pudo tener la confianza de proponerlo como una verdad incontestable: sobre todo, solo Dios pudo

lograr hacerlo creer tan fácil y tan universalmente.» Pero creen, sí, en la predestinacion del hombre. Este nace para ser bueno ó para ser malo, sin que sus fuerzas sean poderosas para contrariar lo que está decretado, porque todas las causas son necesarias; es decir, que el hombre no es un ser libre moralmente considerado, y no obstante conceden á la razon humana una libertad ilimitada, á fin de que los misterios y figuras del antiguo y del nuevo testamento comparezcan ante el tribunal individual para que cada uno pronuncie su fallo segun sus convicciones. ¿No os dicen las numerosas comuniones protestantes en que estais divididos y subdivididos que no es este el verdadero medio de alcanzar la verdad? ¿Cuál de vosotros es el que la posee?

Los sectarios de Mahoma aplauden el que los protestantes hayan bebido en sus fuentes la creencia del destino. *Dios es Dios*, dicen, y *Mahoma es su profeta*. Este sabio legislador les escribió é impuso el Coran con la punta de su espada. Ah! ¿por qué los judíos no son ya tambien mahometanos, pues que esperan á un Mesías conquistador? Pero Mahoma para premiar la esclavitud de sus prosélitos los indemniza con todos los goces sensuales. Epicuro fué el maestro de Mahoma. Les permite serrallos numerosos al darles por ley la poligamia y el concubinato: tolera la degradacion del hombre hasta el mísero estado de eunuco para que sea guardian de sus esclavas. No hay madre de familia en la ley del profeta. Ah! no solo no existe entre ellos esta robusta columna de la humanidad, sino que Mahoma no se acuerda del sexo delicado ni aun para concederle el paraíso. ¡Pobre muger! ¿no comprarias tú á costa de tu existencia venir á reinar algunos dias en el orbe cristiano y sustentar la esperanza de alcanzar despues una gloriosa inmortalidad? Las houríes del paraíso son mugeres de otro género, y aun allí la sensualidad es la gloria

del fiel creyente. ¿Son estos los hombres que han desdeñado adorar á un Dios de carne, quiero decir, á un Dios hecho hombre?

Los deistas graves creen en Dios ó en la nada. Todos seremos eternamente venturosos ó todos juntos pereceremos para siempre. La virtud y el crimen no esperan ni recompensa ni castigo. Si hay un Dios todopoderoso no se cuidará nunca de nuestras pequeñas miserias. Si Dios no existe ¿para qué sirve el triunfo de la virtud? Vivamos, dicen, cada uno en su ley, puesto que no hay mas que una sola medida para todos. De este número fueron Ciceron, Séneca y Rousseau. Estos son propiamente dichos ateos vergonzantes.

Los idólatras tienen el derecho de fabricarse dioses, bien en su propio modelo, como en la antigua Grecia y en Roma, bien mónstruos ó animales como en la antigua Babilonia y en Egipto. Nosotros, dicen, tenemos necesidad de adorar. ¿Por qué el objeto de nuestro culto no ha de ser el verdadero, por mas que no hayamos recibido de él grandes beneficios? A lo menos, adorándole, no nos hará mal alguno.

Los materialistas y ateos, es decir, los que creen en el panteismo ó sea en el mónstruo de la naturaleza, y los que no creen absolutamente en nada; los que son incrédulos á las palabras de Dios y juntamente los mas crédulos á las insensatas opiniones de un corto número de hombres sin fé y sin virtudes, formulan su sistema, poco mas ó menos, en estos términos. El mundo es eterno: la materia elemental son los corpúsculos que se reproducen fatalmente singérmén y por combinaciones al acaso se han ido formando sucesivamente las especies. El hombre antes de llegar á serlo pasó por la escala de los orangutanes, y ¿quién sabe si traerá su procedencia de un pez ó de un cuadrúpedo?: la prueba es que los hombres y los animales

todos somos iguales. Tres cosas constituyen la felicidad: la salud, la riqueza y el placer. Todo hombre tiene derecho á gozar de la concupiscencia en toda su plenitud. Todos los medios son iguales con tal que lleguemos al fin que nos hemos propuesto: cuando un hombre estorba es menester deshacerse de él. Cuando á fuerza de goces perdamos la salud es menester tener valor para suicidarse, porque el dolor es insoportable. No hay crimen, no hay virtud en la tierra: estas son convenciones humanas, pero el que sea malo, si no sabe esquivar el golpe de la justicia humana, que lo encierren como loco ó que le quiten la vida: la sociedad tiene el derecho de vengarse de quien la ultraja. En fin, no hay Dios, ni alma, ni conciencia: nacemos de la nada y tornamos á ella para siempre. Así toda religion es parto de la hipocresia sustentada por el fanatismo.

Ah! si los brutos tuvieran lengua para hablar, harian al hombre mas justicia de la que se hace á sí mismo. Ellos proclamarian la superioridad del hombre, y seguramente no se igualarian á él, como se iguala á ellos el incrédulo.

Peró voy á heriros con vuestros mismos filos. Oid las verdades escapadas á vuestros primeros apóstoles: «El buen pueblo, dice Voltaire, cree en Dios y le adora en Jesucristo: el razonador soberbio desconoce á Dios en la naturaleza, y le blasfema en la religion de que es Autor.» «Es imposible suponer razonablemente, dice el baron de Holbach, que haya en la tierra un solo pueblo que no tenga nociones de alguna divinidad.» Lo mas notable es que esta justa observacion se halla en su *Sistema de la naturaleza* (t. 2.º cap. 13.º) en que pretende negar á Dios.—«Ningun bien se puede hacer por principios de filosofia, dice Rousseau, que no lo haga mejor la religion; y la religion hace muchos que la filosofia no sabe hacer.» (*Los apologistas involuntarios*.) Oid ahora á un cristiano católi-

co. «Hay luz mas verdadera en el cristianismo que la que hubo en todas las escuelas filosóficas. Hay mas ilustracion en nuestras cabañas que en todo el Areópago. El niño sabe mas entre nosotros acerca de Dios que los siete Sabios de Grecia.» (Idem). Jamás será amigo de los hombres el enemigo de Dios, porque, como dice Mr. Nicolas, «el ateismo no arranca la fé sino para ceder á la crueldad su puesto.»

Los ateos y materialistas nunca responderán satisfactoriamente este argumento. Si el espíritu fuera de la misma sustancia que el cuerpo, ó si fuesen ambos materiales, habria constante conformidad en ellos, como la hay en la cohesion y en todas las leyes de la naturaleza. No hubiera por consiguiente ni contradiccion, ni inconsecuencia, ni lucha: habria afirmacion absoluta, ó absoluta negacion; pero es así que existe en el hombre la duda, la vacilacion, ya la negacion, ya la afirmacion, siempre el combate: es así que el hombre tiene que sacrificar muchas veces hasta sus mas caras afecciones al cumplimiento de un deber, en abierta lucha con su reposo, con su mismo bienestar, con su mismo deseo de ser feliz; luego el espíritu es de naturaleza contraria á la del cuerpo; luego el hombre es un compuesto de dos sustancias, una siempre activa, que no puede ser material por su misma actividad: otra pasiva, siempre inclinada á la inercia, enemiga del trabajo. El hombre, pues, es un ser espiritual y corporal.

«No hay en el universo una fuerza capaz de destruir la gota de agua que ves brillar al través de los rayos del sol en los pámpanos de las colinas, dice un autor elocuente; y tú, ser sublime, que mides y pesas este universo: tú que abrazas todos los tiempos y todos los espacios: que has llegado á descubrir mundos de fuego ocultos en las concavidades de los cielos: tú que tocas lo infinito, y te has elevado hasta las regiones situadas donde reverbera mas

particularmente el resplandor divino, ¿es posible que vengas á ser nada, y que tu último movimiento sea tu caída en el horror de una destruccion irreparable....!»

Los protestantes añaden que ellos son tambien cristianos, pero cristianos reformados: que empezaron por dejar de ser papistas á causa de la relajacion de la disciplina que hubo en un tiempo en la ciudad santa: que despues las controversias habidas entre ellos mismos fueron acalorando el ánimo de Lutero, que pasó de la disciplina á invadir el terreno del dogma: que negó todo lo que se oponia á la moral que profesaba, y que en un momento de exaltacion llegó á proclamar: *que él solo decia la verdad, porque estaba inspirado por el Espíritu Santo* (1).

Respecto del dogma, véase lo que dijo un alto personaje que visitó á Roma por aquel tiempo: «Creo en la divinidad de la doctrina católica, sobre la cual habia sustentado hasta aquí mis dudas, porque el dogma se conserva inmaculado en medio del desórden reinante.» Digna de censura es ciertamente la falta de disciplina, y la Iglesia de Jesucristo así lo proclama en boca de sus santos Padres, pero ¿por qué confundís el dogma con la disciplina? Cuando en el silencio profundo del caos tronó la voz del Eterno, los elementos se desenvolvieron obedientes y constituyeron una obra grandiosa llena de órden y armonía. ¿cómo, pues, la virtud de Dios habia de mudar de naturaleza por un desórden accidental? Ah! el templo de Jesucristo durará por los siglos de los siglos, y saldrá siempre triunfante de sus encarnizados enemigos ó de las culpas de sus mismos discípulos, porque tiene su cúpula en el cielo.

(1) *Estudios filosóficos del Cristianismo* por Mr. Augusto Nicolás.
Estudios históricos por Mr. Philarette Chasles.

Pero todavía pretendéis pertenecer á la religion de Jesucristo habiendo faltado á la unidad católica. Tal vez no tuviera el caos tantos elementos de desorden como aparecen en la confusion de vuestras comuniones, y todavía decís que sois cristianos reformados? Ah! El cristianismo es por excelencia la religion augusta del sentimiento, de aquel principio divino contenido en lo infinito, que es Dios: el sentimiento ilustra la fé, fortalece la esperanza, hace florecer la caridad, y todos estos sentimientos van á acogerse en el seno de Jesucristo, que es la personificacion del sentimiento del amor divino. Vosotros por el contrario habeis renunciado al sentimiento sustituyendo la razon humana al dogma divino: vosotros quereis medir á Dios con la limitacion de vuestras facultades! Os erigís en jueces de sus augustos misterios, y todavía osais apellidaros cristianos? No; el protestantismo en todas sus faces es mas bien anticristiano, porque no tiene mas luz que la razon humana.

Los Mahometanos me replican que si la religion cristiana es la verdadera, ¿por qué se hallan ellos en posesion de Jerusalem y por consiguiente del santo Sepulcro? Ah! Hé aquí uno de los grandes designios de Dios. El mahometismo nació despues del cristianismo, y todo lo que abarcó su imperio tornará seguramente á él. El sepulcro del Señor se conserva en los dominios mahometanos para que el mudo silencio de su recinto sagrado hable á sus corazones. Para que llegue el dia en que desaparezca de la faz de la tierra el islamismo, como sucederá con todas las demás sectas, y podamos todos abrazarnos como buenos hermanos. ¿No habeis conocido todavía, por ventura, las numerosas conquistas que hace diariamente entre vosotros este augusto madero? ¿No habeis hecho reparo en las diferentes naciones que representan los guardianes del santo Sepulcro? ¿No estais admirando el culto que le tri-

buta la tierra en todas las lenguas? ¿Sois vosotros acaso los poseedores del santo Sepulcro ó los depositarios de él? Pues el Señor que dijo: «*Todo lo que pidiéreis al Padre en mi nombre, yo lo haré: para que sea el Padre glorificado en el Hijo.*» (S. Juan, cap. 14, v. 13); ese mismo Señor, espera amorosamente que le pidais, para colmaros de los beneficios de su gracia.

Los deistas declaran que prescinden de otras objeciones para hacerme una sola, que no sabré responder. ¿Si Jesucristo es el verdadero Dios, dicen, ¿qué se hizo en la oscuridad desde su puericia hasta la edad viril? ¿Por qué toda su vida no fué una serie de milagros?—Porque el Hijo de Dios quiso como infante significar la alborada del gran día de la redencion del mundo: como niño apareció en el templo como el sol naciente de la celestial sabiduría; y como hombre quiso ostentarse en toda la magestad de su edad como el sol en el zenit. Jesucristo no quiso empezar la predicacion de su doctrina hasta la edad viril, porque, como sol de sabiduría y de misericordia, dió á entender que escogia el momento en que están sin sombra los cuerpos en la naturaleza, porque su mision divina era ahuyentar las sombras del pecado.

Los judíos reponen que esto no pasa de ser una figura, sin considerar que son numerosísimas las que se hallan y se acatan en el antiguo testamento.

Los materialistas á su vez me dicen que no creen en los misterios y prodigios que son la base del cristianismo. Que escuchen: «Los misterios que se cree ser la parte mas débil de la religion hacen su fuerza y su demostracion, y son su propio motivo de credibilidad, porque cuando su peso hiere y abruma al incrédulo, entonces se hace sensible el gran prodigio del universo convertido, prodigio mayor que el de los que se quiere disputar. (Bossuet, Malebranche y Bourdaloue.)—«El prodigio de los prodigios,

dice un ilustrado autor, es que tantos pueblos infieles hayan comprado á costa de su sangre la fé de misterios incomprensibles, cuando la costumbre, la autoridad, la educacion, el respeto á la antigüedad; cuando los sabios y los emperadores, todo combatia contra la religion de Jesucristo. ¿Cómo las manos débiles y desarmadas de los Apóstoles pudieron encorvar bajo el yugo tantas naciones soberbias? Ah! la ceguedad de mi entendimiento no me puede ocultar el triunfo de la cruz de Jesucristo. Yo le veo adorado como Dios, como Redentor y Autor de la salvacion.... El universo postrado á sus pies se coloca al rededor de este madero resplandeciente.... El madero de la cruz es vil á mis ojos, pero ¿no es mas que un mortal el que subió desde la cruz al trono de los cielos?.... Es preciso ser Dios para posesionarse de los templos al salir de un suplicio afrentoso.»

Pero no siempre ha triunfado la fé, me volveis á replicar, desde la institucion del cristiano ni aun entre vosotros que tanto alarde haceis de ser cristianos. La divinidad de los primeros siglos de la Iglesia fué sin duda esa fé que hizo tantos mártires. La divinidad de la edad media fué el valor heróico. En los siglos posteriores hasta el XVI lo fué el fanatismo: el siglo XVII la heregía: el XVIII la nada: el XIX es el oro. ¿Es ese el Dios que hoy adorais? —No, el Dios verdadero no ha perdido jamás el culto del corazon entre nosotros, porque siempre ha habido justos y santos como tambien pecadores. Si hoy se adora el oro, como decís, no es mas que una consecuencia nacida de un siglo que proclamó la nada espiritual: era necesario, pues, que á la nada espiritual sustituyera el todo material que el oro representa. Por eso precisamente el culto que se tributa al oro es tan contrario al espíritu del cristianismo. Pero con todo, el error que proviene de una pasion no escluye la religion verdadera. La época del egoismo

pasará tal vez muy luego, porque el egoismo aisla, y el aislamiento rompe los lazos sociales; en tanto que la religion del Crucificado ensanchará mas y mas sus dominios, reorganizando la fraternidad de los pueblos, conquistando por amor los imperios, y depurando con sus virtudes á la humanidad.

¡Hombres incrédulos! no me digais que el sentimiento de la existencia de Dios, que el sentimiento de nuestra inmortalidad, que el deseo de ser siempre feliz son de la misma sustancia que una roca, que todo es material en la naturaleza humana; porque me creeré autorizado para responderos, que mereciais mas bien ser rocas que hombres. «Una leve tintura de filosofía, dice Bacon, hace al hombre vano y disputador y comunmente lo lleva á la incredulidad, pero una filosofía profunda lo lleva siempre á la religion.»

¡Y vosotros, hombres de todas creencias! sabed que en España ha habido siempre mas autores ascéticos que filósofos, porque para gloria nuestra, en el pais en que hay mas fé es en donde menos se discute. La antigua Grecia y la moderna Alemania son los paises en donde las escuelas filosóficas han sido y son numerosas; pero aquellas repúblicas, con todas sus brillantes máximas filosóficas, no salieron jamás del politeismo; así como de las diferentes escuelas alemanas no ha surgido mas que la heregía dividida y subdividida en nuevas comuniones protestantes, mucho mas encarnizadas entre sí que contra los mismos católicos. Tal es y ha sido siempre el delirio de las pasiones egoistas, mal encubiertas con el nombre pomposo del señorío de la razon humana.

No lo dudeis, estudiad el cristianismo, y sereis adoradores suyos. Las ideas se iluminan cuando tienen por principio á un Dios de misericordia, porque la verdad eterna es el amor divino, y el amor divino es el sol del alma.

La verdad es eterna, que es mas que infinita, y así toda verdad finita se esclarece cuando procede de aquella. Por el contrario, cuando el principio no es Dios, el fin es solo tinieblas.

«Religiosamente hablando, concluye diciendo Mr. de Chateaubriand en sus *Estudios históricos*, despues de haber investigado si puede sustituir otra religion á la católica, nada existe despues del cristianismo.

«El cristianismo intelectual, filosófico y moral tiene sus raices en el cielo y no puede perecer. En cuanto á sus relaciones con la tierra, solo aguarda un grande ingenio para renovarse.»

Este eminente filósofo cristiano se refiere á la fusion de las diversas sectas en la unidad católica, y cree que un grande ingenio podrá llevarla á cabo en virtud de ciertas condiciones.

Yo creo que basta conocer bien el cristianismo para que las naciones cristianas sean verdaderamente Evangélicas; y que entonces, al imperio de su buen ejemplo, desaparecerán todas las sectas de la tierra por conquista de amor.

¡Hombres de todas creencias! conoced bien el cristianismo, y adorareis su divinidad.

¿Creeis en el sentimiento de vuestra propia existencia? Si creeis en él tambien presentireis, mal que le pese á los materialistas, la existencia de la divinidad, porque aquel sentimiento está contenido en este. Por eso no hay pueblo en la tierra, como confiesan ellos mismos, que no tenga creencia religiosa. Todos sienten á Dios.

¿Habeis observado profundamente la gradacion que guardan vuestras facultades morales é intelectuales? El sentimiento, que abarca lo infinito, procede necesariamente del cielo, porque al cielo se encaminan todas sus aspiraciones. La razon humana, que es una facultad que reúne

en sí todas nuestras operaciones intelectuales, es limitada, porque es el término de nuestro sentimiento al identificarse con nuestra sustancia material. Por eso está siempre sujeta al error. Esto nos esclarece el misterio de nuestra inmortalidad y juntamente que el hombre es un ser compuesto ó ser misto. El misterio de nuestra inmortalidad está, pues, estrechamente unido al de la existencia de Dios.

Puesto que hay un Ser Supremo y contenemos en nosotros mismos un espíritu inmortal, y por consiguiente inmaterial, es necesario que Dios se propusiera algún fin al crear el universo. Solo Dios se basta á sí mismo: la gloria, la verdad y la perfeccion residen en su naturaleza infinita, por consiguiente, si observamos que ninguna de las especies de animales siente á Dios sino el hombre, es claro que el hombre es el ser privilegiado por Dios. Pero el Señor no quiso atarlo al carro de la fatalidad en el hecho mismo de haberlo criado para que le amara por medio del sentimiento religioso, que comprende los demás. Así le dió libre albedrío, y le señaló la existencia del mal. El mal no pudo tener su cuna sino entre Dios y el hombre, porque siendo Dios infinito en perfeccion, y existiendo ya el mal á la aparicion del hombre en la tierra, es evidente que el mal no nació ni de Dios ni del hombre. La soberbia humana, empero, se reveló contra el precepto divino, y esta es la mejor prueba de que el hombre es un ser libre. Dios previó el pecado, porque es omnisciente, como efecto de la concupiscencia de la carne, pero quiso hacerle sentir al hombre que su verdadera libertad se halla en la senda de la virtud, nó en la de las pasiones, para que despues reconociera el gran beneficio de su redencion; esto es, el beneficio de volverlo al estado primitivo de gracia, pero que aun así obrase siempre libre. Por eso Dios, que es la suma bondad, puesto que

por ella crió al hombre, quiso escoger el momento en que la corrupcion de la carne era universal, tanto para que el hombre mismo conociese el término á que su libertad lo condujera, cuanto para que brillasen mas y mas los resplandores de su omnipotencia, de su sabiduria y de su amor. Pero para venir á conquistar un mundo enteramente pervertido, obra solo del hombre, no quiso elegir la pompa y la grandeza de los monarcas orgullosos, sino por el contrario del seno mismo de la oscuridad y casi de la nada social se ofreció al mundo como prenda de amor y de misericordia, haciendo volver la razon humana á su verdadero cáuce, que es el sentimiento. Por el sentimiento hizo florecer las virtudes y regeneró al linage humano partiendo de la humildad y de la pobreza. Pero no satisfecha su infinita bondad con la celestial semilla que habia esparcido en la tierra, quiso morir en el madero santo para que su sangre preciosa la regase, con el fin de que brotase de ella el árbol misterioso y augusto, que estendiendo sus pomposas ramas por todos los confines de la tierra, habia de cobijar con su sombra y alimentar con su jugo á toda la humanidad. Por eso se ostentó tambien como hombre en el zenit de su gloria y magestad, queriendo hacer desaparecer la sombra del pecado para sustituirnosla con su sombra sagrada. La sombra de un árbol, representada en Luzbel, fué causa de la caida del hombre: la sombra protectora del árbol de la Iglesia de Jesucristo es nuestro remedio y reparacion.

Hé aquí la justicia de Dios satisfecha por su amor infinito. En afecto, el antiguo testamento nos ofrece constantemente á Dios como poderoso y justiciero. Por eso en todos los libros sagrados se encarece la máxima del *temor de Dios* como fuente de la sabiduría. El nuevo testamento, por el contrario, tiene el sello augusto del *amor de Dios al hombre*, porque para satisfacer la justicia del Padre, bajó á

ofrecerse el Hijo por la gracia del Espíritu Santo. «Estos son los caracteres de los dos testamentos, dice un autor ilustrado, á saber: el temor en el antiguo, el amor en el nuevo, figurados, segun San Pablo, en los dos hijos de Abraham, uno de una esclava y otro de una muger libre, pues el temor es el patrimonio de la esclavitud y el amor lo es de la libertad.»—«La fé de los justos del antiguo testamento, dice S. Agustin, es la misma fé que la nuestra, puesto que creyeron lo que habia de suceder y nosotros creemos que se ha hecho.»—«En el principio, dice Santo Tomás, abandonó Dios al hombre á su libre albedrío bajo la ley natural para que pusiese en ejercicio sus fuerzas. Encontrándose el hombre demasiado débil recibió la ley, pero la corrupcion de la naturaleza humana hizo que el hombre recurriese al médico y á buscar el socorro de la gracia.»—«El hombre entregado á la concupiscencia, dice Bossuet, la trasmite á su posteridad. Al punto que todo nace en la concupiscencia todo nace en el desórden. ¿Qué delito ha cometido este niño? Es hijo de Adán; hé aquí su delito. No debemos juzgar de la justicia divina por la nuestra. La nuestra es una justicia de igual á igual. La divina es una justicia de lo infinito á lo finito, del Criador á la criatura. Sin embargo nuestra justicia misma no castiga algunas veces á los hijos de los crímenes de sus padres? ¿No tenemos leyes que degradan de nobleza no solo al criminal sino á su posteridad tambien? Estas leyes no nos parecen injustas. Tambien tenemos leyes que degradan su posesion á fin de que las tierras sean castigadas del delito cometido por sus dueños y señores. Así Dios que habia dado al hombre el imperio de la tierra marchitó su hermosura cuando aquel se hizo indigno de poseerla. El paraíso se convirtió en lugar de abrojos y de espinas.»—Sobre la trasmision del pecado original dice el rabino Menalhhem:

«El día en que fué criado el primer hombre estuvo ya todo criado. Adán era el primer término del mundo y la suma del género humano cuya semilla contenía. Así cuando pecó, pecó con él todo el género humano.»—«El hombre dotado de libertad, dice Mr. Nicolas, de quien he tomado la cita anterior, fué constituido custodio responsable de su propia perfeccion, por consiguiente este trastorno se le debe imputar atribuyendo la causa de él á una primera mancha que corrompiendo el tronco de su especie infestó todas las ramas hasta que la concupiscencia vino á ser una segunda naturaleza.» Y añade en otro lugar: «Toda la filosofía de la naturaleza humana puede reducirse á esta fórmula. El hombre es un enigma, cuyo primer término es la caída original y el último la redencion.» «Todo el género humano, dice en otro pasaje el mismo profundo autor, padeció por el pecado de uno solo. ¿No era, pues, maravillosamente conforme á este primer misterio el que uno solo padeciese *necesaria y voluntariamente* por lo que se habia convertido en pecado de todo el género humano? Y si en cada uno de estos dos misterios hay una aparente injusticia ¿no se neutralizan recíprocamente para producir la mas perfecta combinacion de justicia y de amor?»

Si, de justicia y de amor. Así como la base de la sociedad humana es el sentimiento religioso que nos eleva á Dios, y así como el remordimiento y el arrepentimiento serán eternos testigos de la libertad moral del hombre, á pesar de la creencia en el fatalismo de los antiguos griegos, del destino de los mahometanos y de la predestinacion de los protestantes; de la propia manera la justicia es la base de los gobiernos de la tierra y el amor es la base de la familia. Pero el amor mas puro y mas desinteresado que existe en nuestro corazon, prescindiendo del sentimiento de la divinidad, es el amor maternal y el amor paternal, porque en el amor

de los padres para con los hijos estriva esencialmente la conservacion y el progreso de la humanidad. Por eso el hombre nace desnudo y entre llantos y miserias; esto es, con el doble fin de que exija la solicitud y el desvelo de sus padres, y que esta misma solicitud y este mismo desvelo produzca en ellos un puro y entrañable amor. Por este mismo amor se desarrolla en nosotros el principio divino, esto es, por este mismo amor comienzan á correr los raudales del sentimiento hasta desembocar en el piélago sin fondo y sin orillas, que es el sentimiento de lo infinito, esencia del mismo Dios. Y hé aquí por qué es mucho mejor la condicion del hombre naciendo desnudo y sujeto á los dolores que la de las demás especies de vivientes que nacen vestidos; argumento capcioso del materialismo, que destruye victoriosamente la ley de Jesucristo. Ahora se comprenderá bien al profundo Pascal cuando dice que «nuestra miseria es origen de nuestra grandeza», del mismo modo que nuestra primitiva grandeza fué causa de nuestra miseria; leccion sublime que no deben olvidar nunca los que se hallan en prosperidad.

Si el amor de los padres para con los hijos es de quilates tan subidos que no hay un buen padre ni una buena madre que no prefiera la muerte á sobrevivir á aquellos á quienes ha dado ser y vida, nada mas natural que ver á los buenos padres arrostrar toda suerte de peligros y de calamidades por salvar á sus dulces hijos. Pero qué mucho? Abranse los anales del cristianismo, y veránse llenos de rasgos sublimes de abnegacion producidos por el amor paternal. ¿Pero podrán conocer este sentimiento delicioso, cuya anchurosa via nos ha enseñado nuestro Dios y maestro, los judíos y mahometanos que esclavizan á sus hijos, los idólatras que los venden ó conservan sobre ellos derecho de vida y muerte, los materialistas que desdeñan su educacion para convertirlos en malvados, ni ninguno en

fin que no sea verdaderamente discípulo del Salvador del mundo? ¿De aquel que dijo hablando de los niños que *el reino de los cielos es de aquellos que se le parecen*? Ah! ¡cuántos padres cristianos no han sido víctimas voluntarias de su entrañable amor! ¡cuántos padres no han perdonado á sus amados hijos cuando penetrados del dolor de su arrepentimiento han tornado á guarecerse en su seno despues de haber perpetrado toda suerte de desafueros y desórdenes? Pues si este sentimiento paternal es tan susceptible de heróicos sacrificios: si nunca es tan grande ni se encuentra tan gozoso un buen padre como cuando pronuncian sus labios la palabra *perdon* en favor de su hijo descarriado ¿se pretenderá por ventura que sea el hombre todavía de mejor condicion que el mismo Dios su Autor, su maestro y soberano? Si Dios por su naturaleza eterna es infinito en todas sus perfecciones, ¿por qué hemos de dudar que como Padre se haya ofrecido en expiacion de los pecados del mundo, y que como Dios y Señor los perdone, exigiendo de nosotros la fé y el arrepentimiento para conservar siempre íntegro al hombre libre? Además si es natural que un buen padre se sacrifique por uno ó muchos hijos ¿nó es proporcionado á Dios que se sacrifique solo por todo el linage humano? «Así como Adan es el compendio del hombre caido, Jesucristo es el compendio del mundo regenerado.»—«Todos somos hijos de Adan, y por solo este título participamos del pecado original. Pero somos hijos del primer hombre, solamente segun la carne, nó segun el espíritu. Nuestras almas proceden inmediatamente de Dios, mientras que nuestros cuerpos no son sino una propagacion de la carne de Adan.»—«Cuando Adan pecó todo sufrió las consecuencias de su pecado. Su cuerpo pecó por consiguiente y recibió el sello y la mancha del pecado. Pero la carne es la sangre, que podria muy bien llamarse carne que fluye;

y por los vínculos de la sangre somos herederos del primer hombre, y se nos trasmitió su corrupcion como una segunda naturaleza. Por este mismo medio quiso Dios que esta naturaleza fuese expiada y reparada. Esta sangre debia ser el paciente de la expiacion y convertirse luego en agente de nuestra regeneracion.—Jesucristo como representante de la naturaleza humana *expió*: como representante de la naturaleza divina, su sangre, infinitamente pura, *lava*. Finalmente, la gran víctima debia ser para la humanidad *alimento* de una nueva vida.» (Mr. Augusto Nicolas.)

Hé aquí el gran milagro del signo de la redencion derramando sus luces por todo el universo, así como la víctima sacrosanta que se ofreció en holocausto en él derramó su sangre por toda la humanidad para satisfacer su justicia divina. ¿Puede darse un carácter de divinidad y de amor mas pasmoso, mas digno de culto y de adoracion? ¿Y qué nos exige en recompensa de su sacrificio? *Nuestro amor...*! Solo el cristianismo reúne á la santidad de su moral el carácter de divino, porque solo en él adoramos á un Dios infinitamente misericordioso.

«Lo que la naturaleza hace, dice Fr. Luis de Leon en *Los nombres de Cristo*, que inclina á cada cosa al amor de su propio provecho, sin que ella misma lo sienta; eso obró Dios, que es por quien la naturaleza se guía, inclinando al deseo de Cristo aun á lo que no siente ni entiende. Porque todas las cosas guiadas de un movimiento secreto amando su mismo bien, le aman tambien á él y suspiran con su deseo, y gimen por su venida. Por manera que los deseos generales de todo, y el mundo con todas sus partes le mira y abraza; porque este templo del universo, que él mismo hizo para sí en la manera como para tal Rey convenia; rico, y hermoso, y lleno de variedad admirable, y artizado con artificio grandísimo, le trae consigo, y le demuestra, y le sirve de asiento. En todo está, en todo vi-

ve, en todo gobierna, en todo resplandece y reluce.»

«El Eterno, dice el abate La Mourette, reconoce en el hombre la imagen de su gloria, y en su virtud la reproduccion de su Hijo encarnado.»—Y añade en otro pasage: «Así como las ramas reciben su jugo, su calor, su fecundidad y su vigor del tronco á que están unidas, de la propia manera el hombre cristiano está ingerido de un modo inefable en la vida incorruptible de Jesucristo, é incorporado en su gloria inmortal en virtud del parentesco que contrajo con el linage humano en el misterio de la Encarnacion, porque dijo Jesucristo. *Yo estoy en mi Padre, mi Padre en mí y yo en vosotros.*»

Jesucristo despues de haber revelado á sus discipulos el gran misterio de la unidad eterna, añadió: *Yo os he hablado así á fin de que mi gozo esté en vosotros, y que vuestro contento reciba su último grado de perfeccion y de plenitud.*

¿Y sabeis por qué Dios Trinidad (1) ha sido infinitamente misericordioso con nosotros? Porque la justicia eterna no podia quedarse sin la reparacion consiguiente á la culpa del hombre. ¿Y sabeis por qué no podia quedarse sin reparacion? Porque la justicia eterna, que es la verdadera y única justicia en absoluto, premia y castiga; y porque tambien premia, por eso mismo tiene que castigar necesariamente. Hé aquí al mismo Dios satisfaciendo por el hombre su eterna justicia, á fin de poderle conceder un premio proporcionado á su liberalidad, grandeza y misericordia. La justicia humana, que no es mas que una sola

(1) Lo mas grande, lo mas admirable y sublime que hay en la religion cristiana, consiste precisamente en que si bien Jesucristo vino á redimir al mundo como Padre del género humano, bajó del cielo como Hijo del Eterno Padre y por su voluntad omnipotente á consumir su sacrificio. El Padre envió al Hijo, por la gracia del Espiritu Santo, á ser inmolado por el hombre, á fin de que la infinita misericordia fuera el don divino de la gloriosa Trinidad.

faz de la verdadera justicia, castiga al culpado levantando suplicios, sin ofrecer recompensa al inocente. La justicia divina, que premia y castiga, viene á morir por el hombre para salvar al hombre. ¡Oh divinidad del cristianismo! ¡Oh fuente perenal de amor! ¡Oh tesoro del sentimiento! ¡Oh prenda segura de la bondad de nuestro inmortal espíritu!

Pero la justicia de Dios es tan sabia y perfecta, que al venir á ofrecerse en sacrificio por nosotros, tomó carne en el cláustro inmaculado de la Virgen por escelencia. Dios hizo para dulce Madre suya la joya mas preciosa que habia de resplandecer en el cristianismo, y la esmaltó con virtudes, que son los verdaderos colores de su gloriosa belleza. En su frente brilló la pureza y la castidad: en sus ojos la santidad y el amor: sus labios manaron la piedad, la caridad y la dulzura: sus púdicas y perfectas formas ofrecieron el conjunto admirable de la mansedumbre, la humildad, el candor, la modestia, la honestidad y la fortaleza. Sí, Dios formó para dulce Madre suya la que iba á tener por escabel y por corona los coros celestiales: la humanidad divinizada, Señora del cielo y de la tierra: aquella, cuya gloria es todo su corazon; aquella, cuyo corazon es toda la gloria; y reservó su amante ruego para glorificar su eterna justicia, como único y alto premio por su infinita misericordia con el hombre.

FIN.

INDICE.

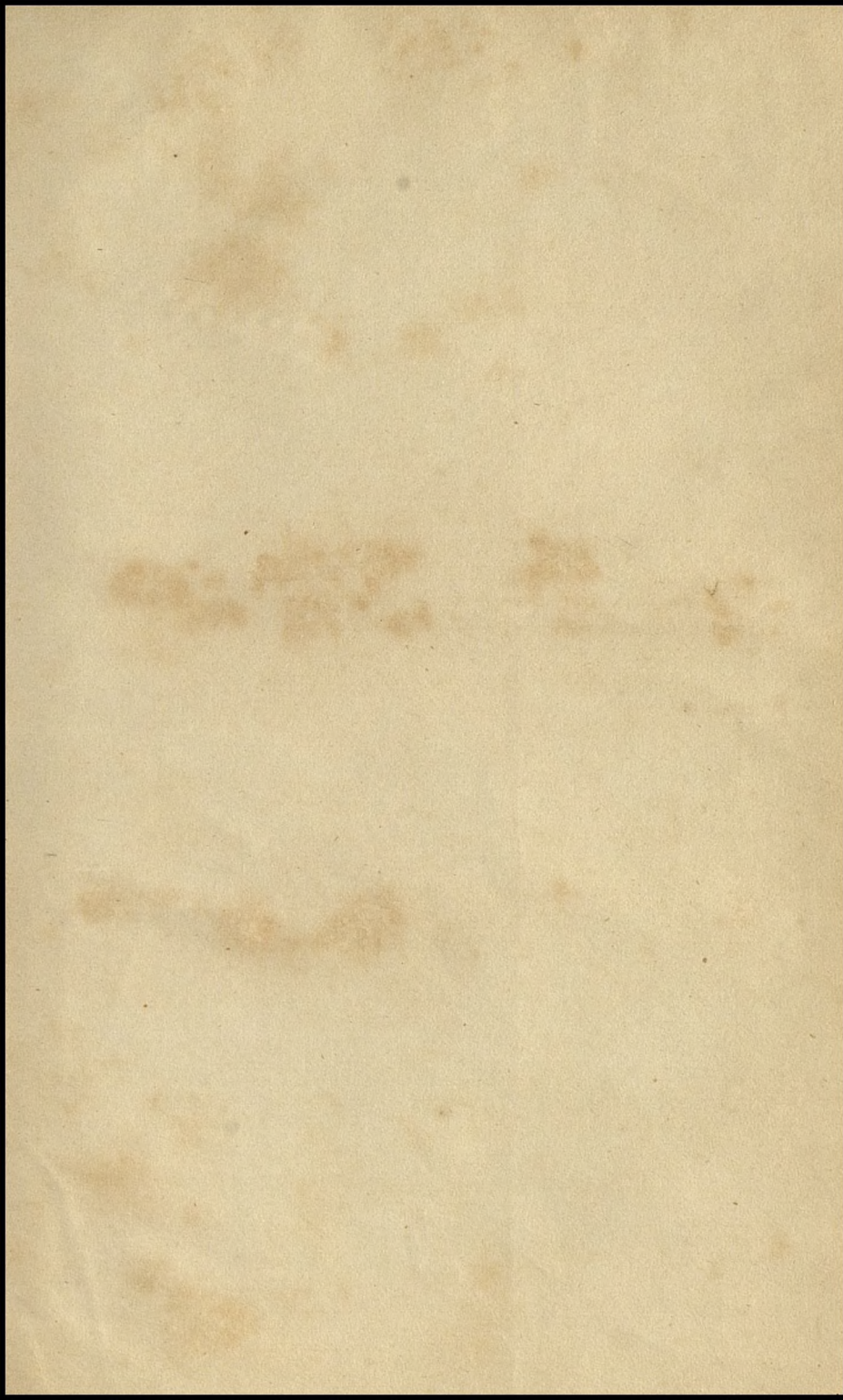
PRÓLOGO.	III
DISCURSO PRELIMINAR	V
INTRODUCCION	XXIX
CAPITULO I.—Principio fundamental	I
CAPITULO II.—Una ojeada al universo.	9
CAPITULO III.—De la naturaleza de Dios	21
CAPITULO IV.—Reseña histórica del sentimiento	25
CAPITULO V.—De la naturaleza del hombre.	31
CAPITULO VI.—Del alma humana.	57
CAPITULO VII.—Del sentimiento	69
CAPITULO VIII.—Del sentimiento religioso y de la conciencia	89
CAPITULO IX.—De lo bello, lo bueno y lo verdadero.	99
CAPITULO X.—De la inocencia, el amor y la virtud	123
CAPITULO XI.—De la fé, esperanza y caridad.	129
CAPITULO XII.—De la admiracion, el deseo y el pre- sentimiento	135
CAPITULO XIII.—De la voluntad	145
CAPITULO XIV.—De la presciencia de Dios y del libre albedrío del hombre	157
CAPITULO XV.—De las facultades intelectuales	171
CAPITULO XVI.—De la razon.	211
CAPITULO XVII.—De las ideas	231
CAPITULO XVIII.—De los juicios	251
CAPITULO XIX.—Del raciocinio.	287
CAPITULO XX.—Del método	321
CAPITULO XXI.—De las pasiones	345
CAPITULO XXII.—De la divina Gracia.	363
CAPITULO XXIII.—De la naturaleza del misterio	371
CAPITULO XXIV.—De la educacion moral	377
CAPITULO XXV.—De los bienes del pobre.	409
CAPITULO XXVI Y ULTIMO—Divinidad del cristianismo.	421

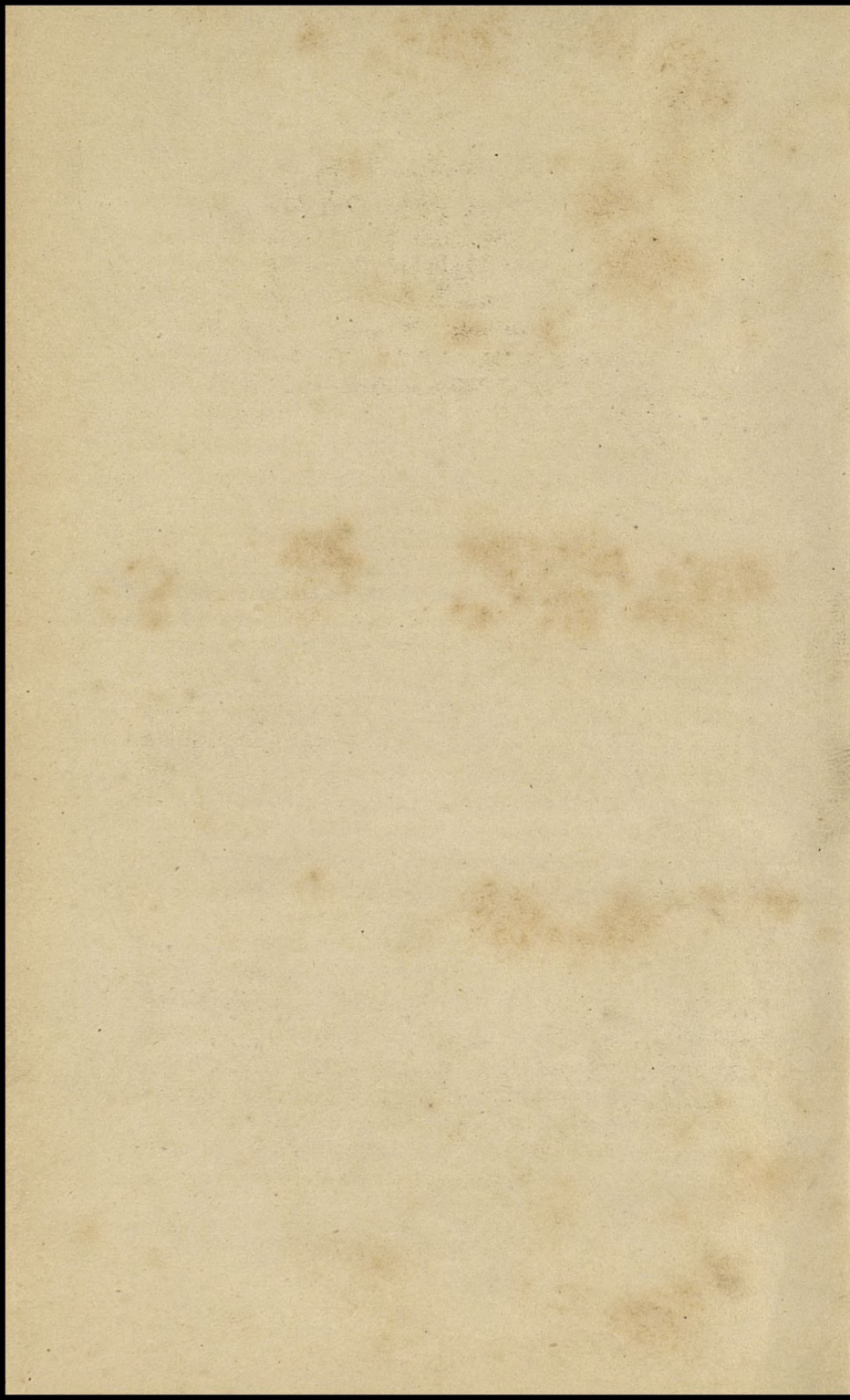
INDICE

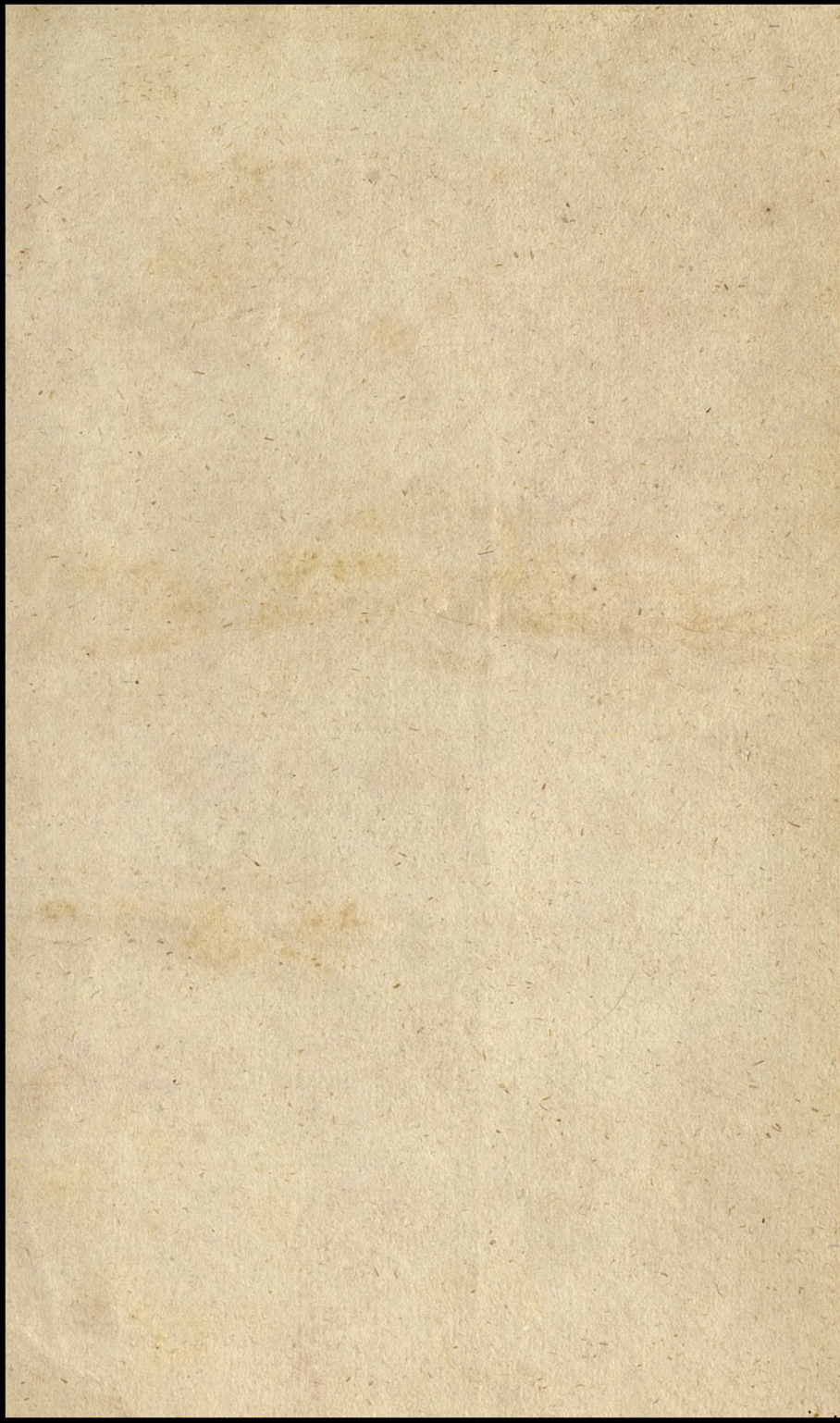
171	LIBRO I
171	LIBRO II
171	LIBRO III
171	LIBRO IV
171	LIBRO V
171	LIBRO VI
171	LIBRO VII
171	LIBRO VIII
171	LIBRO IX
171	LIBRO X
171	LIBRO XI
171	LIBRO XII
171	LIBRO XIII
171	LIBRO XIV
171	LIBRO XV
171	LIBRO XVI
171	LIBRO XVII
171	LIBRO XVIII
171	LIBRO XIX
171	LIBRO XX
171	LIBRO XXI
171	LIBRO XXII
171	LIBRO XXIII
171	LIBRO XXIV
171	LIBRO XXV
171	LIBRO XXVI
171	LIBRO XXVII
171	LIBRO XXVIII
171	LIBRO XXIX
171	LIBRO XXX

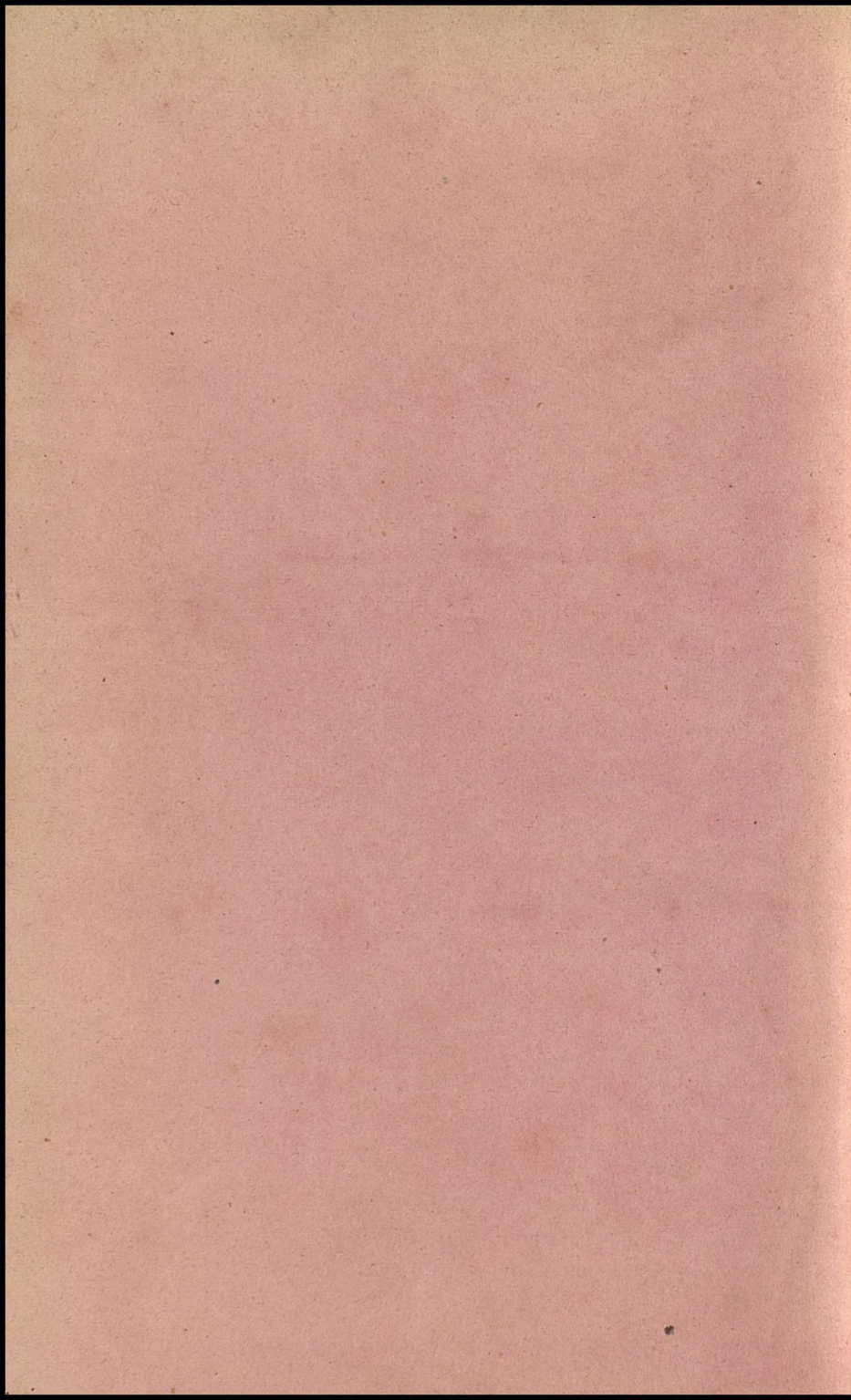
Esta obra es propiedad de su autor, y está bajo la protección de las leyes.

171	LIBRO I
171	LIBRO II
171	LIBRO III
171	LIBRO IV
171	LIBRO V
171	LIBRO VI
171	LIBRO VII
171	LIBRO VIII
171	LIBRO IX
171	LIBRO X
171	LIBRO XI
171	LIBRO XII
171	LIBRO XIII
171	LIBRO XIV
171	LIBRO XV
171	LIBRO XVI
171	LIBRO XVII
171	LIBRO XVIII
171	LIBRO XIX
171	LIBRO XX
171	LIBRO XXI
171	LIBRO XXII
171	LIBRO XXIII
171	LIBRO XXIV
171	LIBRO XXV
171	LIBRO XXVI
171	LIBRO XXVII
171	LIBRO XXVIII
171	LIBRO XXIX
171	LIBRO XXX









1059769

